



# EL SÍMBOLO

Adolfo Losada García

ePUB

coronaborealis

Un descubrimiento desvela la posible conexión entre tres enigmáticas civilizaciones: la olmeca, la maya y la egipcia.

Todo comienza cuando la Tierra sufre el impacto de un objeto caído del cielo. Sesenta y cinco millones de años después de aquel acontecimiento, el protagonista, Thomas Mc.Grady, hallará en un antiguo asentamiento olmeca una misteriosa sala subterránea.

Desde ese mismo instante, se verá inmerso en numerosas aventuras y desventuras que le harán descubrir, junto a Natalie Duthij, una de las civilizaciones más buscadas y misteriosas de la Historia.

Los protagonistas recorren lugares tan diferentes como Honduras, Egipto, el océano Atlántico Sur y la Antártida. En el periplo, se irán incorporando extraños y pintorescos personajes poseedores de las claves del desenlace y todos ellos se adentrarán en el ritmo trepidante de la novela conduciéndonos hacia el inesperado hallazgo. Esta novela encierra en la ficción que desarrolla una propuesta lúcida pero atrevida sobre el origen de una civilización madre progenitora de las grandes y misteriosas civilizaciones.



eBooks con estilo

Adolfo Losada

# El símbolo

**ePUB v1.0**

**NitoStrad 19.0.13**

---

más libros en [epubgratis.me](http://epubgratis.me)

---

Título original: *El símbolo*

Autor: Adolfo Losada

Fecha de publicación del original: enero 2010

Diseño/retoque portada: Olga Canals y Carlos Gutiérrez

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

*Este libro va dedicado a mis compañeros de trabajo,  
a toda mi familia y, en especial, a mi madre.  
Para todos ellos mi más profundo agradecimiento,  
ya que sin su ayuda nunca hubiera sido posible.*

# LA EXTINCIÓN

*La Tierra, hace 65 millones de años.*

**M**uchos millones de años atrás, tantos como sesenta y cinco, la Tierra era muy diferente a como hoy la conocemos. Era un lugar de incesantes cambios, pues los continentes estaban en continuo movimiento, separándose y colisionando entre sí, dándose forma y relieve. Los volcanes no cesaban de escupir toneladas de lava, provocando la formación, y a veces la destrucción, de islas, montañas, etc., y cambiando así todo lo que los rodeaba.

A pesar de los continuos cambios, la Tierra se hallaba cubierta de extensas selvas, bosques y praderas, surcadas por cristalinos ríos y pequeños arroyos. Entre tanta vegetación no podían faltar los animales, que reinaban por completo en mares, ríos, cielo y tierra. Vivían en completa armonía y se imponía la ley del más fuerte; no había lugar para los débiles y enfermos, lo que provocaba la fortaleza y la continuidad de las especies.

Una mañana, el carnívoro más temido por todos, el Tyrannosaurus Rex, se hallaba plácidamente bebiendo agua de un manantial cristalino después de haberse comido a un pobre Velociraptor. Mientras bebía, sus penetrantes ojos no cesaban de buscar una nueva víctima. De repente, comenzó a ponerse nervioso; alguna cosa lo hacía estar intranquilo. Cesó de beber y levantó su enorme cabeza para observar lo que le producía tal desasosiego. En la lejanía pudo ver que a un grupo de Iguanadones que se hallaba pastando le ocurría lo mismo.

Sin ningún motivo aparente, el cielo quedó mudo y exento de todos los animales que anteriormente lo surcaban con total tranquilidad, parecía que todos los seres vivos de la Tierra estaban sintiendo la misma sensación que al Tyrannosaurus Rex le producía aquella intranquilidad.

Todo quedó en una extraña calma. Las selvas, los bosques, los ríos y los mares quedaron mudos, como si el planeta estuviera falto de vida. El más profundo de los silencios se adueñó de aquel fantástico lugar.

El cielo, antes azul, comenzó a oscurecerse, volviéndose negro como el carbón y envolviéndolo todo en la más profunda oscuridad.

Los animales, muy asustados al no saber qué ocurría, miraban al cielo esperando que volviera a ser como antes, pero en vez de eso, cada vez se volvía de un negro más profundo. De repente, comenzó a escucharse un leve silbido, como si procediera de las entrañas de la Tierra. Los inquietos animales no cesaban de mirar a un lado y a otro buscando la procedencia del misterioso ruido que les producía aquel miedo. Poco a poco, aquel leve silbido se iba transformando en un sonido más intenso y desagradable, hasta que se convirtió en un ruido atronador.

Ensoberdecidos, observaban incrédulos lo que estaba sucediendo, y comenzaron a correr despavoridos, asustados por no saber lo que ocurría. Cada uno de ellos presentía en su interior, como si de un sexto sentido se tratase, que algo malo iba a pasar, que alguna cosa sucedería en breve.

Todo el planeta comenzó a temblar, y el cielo, antes envuelto en tinieblas, comenzó a iluminarse. De

entre las tinieblas se pudo ver como surgía una pequeña luz, que a medida que descendía se iba haciendo, poco a poco, más grande.

Centenares de animales, apoderados por el pánico, veían cómo una gran bola de fuego descendía del cielo, recorriéndolo de punta a punta, y provocando a su paso que todo se iluminara con una extraña luz, que al desaparecer dejaba un rastro de muerte; todo lo que tocaba lo envolvía en llamas y lo reducía a cenizas. El suelo, antes estable, comenzaba a desquebrajarse, como si de una cáscara de huevo se tratase, convirtiendo aquel lugar en un infierno.

La Tierra comenzó a convertirse en un caos: inmensas olas surgían del mar y avanzaban tierra adentro, había bosques enteros ardiendo y animales reducidos a cenizas por todas partes; centenares de grietas aparecían por el suelo, tragándose todo a su paso. Era el fin de aquella armonía que había existido durante millones de años.

La gran bola de fuego continuaba su recorrido mortal, arrasándolo todo a su paso, descendiendo cada vez más y acercándose peligrosamente a tierra, hasta que al fin cayó al suelo, en medio de una isla. En ese mismo momento todo quedó en calma, el ruido ensordecedor cesó, la tierra dejó de retorcerse, y el cielo comenzó a abrirse, dejando pasar los rayos del Sol nuevamente. Los animales, que huían aterrados, cesaron de correr, y una extraña tranquilidad se adueñó de todo. Tras unos instantes de desconcierto, una nueva luz, distinta a la anterior, cubrió de nuevo el cielo en su totalidad, y acompañándola llegó una muerte silenciosa para todo ser vivo de la Tierra.

Aquellos magníficos ejemplares que habían reinado la Tierra durante millones de años desaparecieron para siempre.

# EL HALLAZGO

## *En la actualidad, excavación arqueológica en Honduras La Venta (antigua capital olmeca).*

**E**n medio de la selva, en una pequeña tienda de tela blanca, se encontraba el profesor de Historia Thomas McGrady, especializado en antiguas civilizaciones extintas, estudiando con detenimiento, y posteriormente catalogando, unas pequeñas vasijas y huesos encontrados en la excavación que estaban realizando.

Thomas, de una complexión fuerte y no muy alto, era un hombre solitario. Por esa razón, con 31 años, todavía estaba soltero. Tenía el pelo corto, negro, y sus ojos de color marrón claro reflejaban el afán y el entusiasmo por encontrarle el significado a las cosas. Nunca estaba satisfecho con la primera impresión y siempre necesitaba saber otra, es decir, la suya. Como era un poco supersticioso, nunca dejaba su mochila impermeable y su chaleco lleno de bolsillos, en los que llevaba utensilios que le eran útiles en sus expediciones.

Después de seis meses de incursiones en las profundidades de la selva, alejado de cualquier urbanización y acompañado solamente por sus hombres y por los fascinantes ruidos de los animales que habitaban aquel lugar, había topado con un hallazgo asombroso.

Estaban excavando a pocos metros de una gran cabeza de un antiguo guerrero, esculpida en piedra por una civilización anterior a los mayas, la olmeca, que habitó en aquel lugar desde el año 1200 a. C. hasta el 400 a. C. Habían encontrado muchos vestigios de aquella civilización: vasijas, collares, pequeñas esculturas y decenas de huesos, tanto de animales como de personas, en fin, habían hallado lo que tanto anhelaba, un lugar todavía no excavado por nadie.

Un día, sobre las diez de la noche, Thomas estaba enfaenado fotografiando, catalogando y tomando apuntes de todos los objetos que iban encontrando cuando, de repente, escuchó un fuerte ruido que parecía proceder de la excavación. Al oírlo, no le dio importancia, pues pensó que sería alguno de sus hombres haciendo de las suyas, pero un fuerte murmullo comenzó a sonar. Alarmado, se levantó rápidamente de la silla, haciéndola caer. Apartó con su mano la tela mosquitera que hacía de puerta y, al salir, se encontró de cara con Pancho, el capataz de la excavación.

Ya mayor y arrugado por el paso del tiempo, le dijo con voz cansada y temblorosa, pero a la vez llena de sorpresa y alegría:

—Venga, corra, tiene que ver lo que hemos hallado, es fantástico, maravilloso, sorprendente, no se lo va a creer.

—Pero ¿qué pasa? —le preguntó nervioso y desconcertado por su reacción.

—Sígame y lo verá. ¡Apresurémonos!

Sin más demora, Thomas cogió su mochila y comenzaron a correr como alma que lleva el diablo hacia la excavación.

Mientras corrían, no dejaba de preguntarle de dónde procedía aquel ruido, a lo que Pancho le

respondía que no le explicaría nada hasta que lo viera él mismo con sus propios ojos, pero que al verlo, se daría cuenta de que lo que había ocurrido era algo increíble, inexplicable.

Tras estar corriendo cinco eternos minutos, llegaron al fin a la excavación. Thomas quedó paralizado delante de ella, sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo. Pancho, que se encontraba a su lado, le preguntó:

—¿Qué le parece? ¿Era sorprendente o no?

Thomas, que todavía se encontraba paralizado, se quedó sin palabras al ver lo que el capataz le estaba mostrando.

Un tumulto de hombres rodeaba la cabeza que se hallaba al lado de la excavación, que inexplicablemente se había derrumbado, dejando al descubierto un extraño bloque de piedra liso de pequeñas dimensiones adosado al suelo.

—¿Qué le dije, jefe? ¿Era o no era sorprendente? —le preguntó a Thomas, con una sonrisa en la cara.

—Sí, es fantástico. ¿Pero cómo lo habéis hallado? —quiso saber, mientras se acercaban sin dejar de mirar el extraño hallazgo.

—Los hombres estaban excavando al lado de la cabeza, con la intención de sacar una pequeña vasija con relieves que habían encontrado, cuando de repente, y sin previo aviso, el suelo que tenían bajo sus pies comenzó a temblar y seguidamente a desmoronarse, haciéndolos caer. Cuando todo quedó en calma y el susto ya había pasado, me acerqué para comprobar que los hombres estaban bien, y cuál fue nuestra sorpresa al ver que debido al corrimiento de tierra la cabeza se había derrumbado, dejando al descubierto esta losa tan extraña, que se hallaba debajo. Inmediatamente les ordené que lo dejaran todo como estaba hasta que usted llegara.

Thomas escuchaba con atención el fabuloso relato que Pancho le estaba contando, mientras observaba de cuclillas aquella losa de piedra. Con un gesto de su mano les indicó a los trabajadores que le acercaran los focos para poder verla mejor. Al acercárselos, comprobó con asombro que era completamente lisa; su tacto era muy agradable, parecido al del mármol. Tras medirla con un metro que sacó de su chaleco, observó que era un cuadrado perfecto de  $90 \times 90$ . Comenzó a excavar, con sus propias manos, un pequeño agujero en el suelo al lado de la losa, para comprobar si estaba enterrada a mucha profundidad.

Se levantó lentamente y pensativo, sin apartar su mirada de ella. Pancho se le acercó y le preguntó:

—¿Qué hacemos, jefe? ¿La sacamos?

—Sí Pancho, pero hoy ya no. Debemos extraerla con sumo cuidado, pues parece estar muy enterrada, y con esta oscuridad podríamos dañarla.

—Pero si es una simple losa, ¿qué más da?

—Eso parece, pero algo me dice que si estaba tan escondida era por algo.

Thomas agradeció a sus hombres el trabajo tan formidable que estaban realizando y les dijo que por ese día ya era suficiente. Seguidamente, le pidió a Pancho que lo acompañara hasta la tienda para comentarle el plan de trabajo del día siguiente, pues había sufrido un cambio inesperado.

Mientras caminaban, los dos hombres comentaban cómo extraerían aquella losa. Pancho, que era de un pueblecito de México, y no muy delicado en sus métodos, le daba la idea de hacerla volar con dinamita, o a golpes con una maza. Thomas, al escucharlo, le puso la mano en el hombro mientras se reía, y le dijo:

—No Pancho, así no —continuaba riéndose—. Ya te dije que había que extraerla con mucho cuidado,

debemos usar las poleas. Debes pensar que quizás tiene algún escrito o tallado en el otro lado, y con los métodos que tú propones lo destruiríamos.

—Tiene razón jefe, mis métodos son demasiado bruscos.

Tras estar unos minutos más hablando delante de la tienda, se despidieron y se fueron los dos a dormir.

Aquella noche Thomas no consiguió conciliar el sueño, no dejaba de dar vueltas en el pequeño colchón que tenía por cama, con una única imagen en su cabeza, la de aquella extraña losa y el lugar tan extraño en el que la habían hallado. Se preguntaba una y otra vez si debajo encontrarían algo, alguna cosa que arrojara un poco de luz sobre la vida de aquella civilización, o quién sabe si algo más extraño y sorprendente.

Al amanecer, con los primeros rayos del Sol, Pancho salió de su tienda, todavía con las legañas en los ojos, y vio a Thomas sentado delante de la hoguera haciendo café. Sorprendido, y preguntándose qué hacía levantado tan temprano, se volvió a meter dentro para asearse un poco. Al salir, le preguntó:

—¿Qué hace despierto tan pronto, jefe? Todavía no se ha levantado el día.

—Ya lo sé Pancho, pero me he pasado toda la noche en vela sin poder dormir.

Pancho se acercó, todavía medio dormido, y comenzó a llenar su taza de café, mientras Thomas no dejaba de repetirle las ganas que tenía de comenzar a investigar lo que habían encontrado.

Poco a poco el día fue levantándose y con él, todos los trabajadores que estaban durmiendo.

Ese día el cielo estaba completamente descubierto, exento de nubes, dejando que el Sol, que ya había salido por completo, bañara con sus rayos aquella zona y evaporara las últimas gotas de rocío que quedaban en las hojas de los árboles y las plantas. Los animales nocturnos, que durante la noche habían rondado por la selva, buscaban un refugio para pasar el día, dando paso a los diurnos, que comenzaban a despertar.

Thomas y Pancho se acercaron hasta el lugar de la excavación, donde varios hombres ya se encontraban trabajando en el montaje de las poleas con las que moverían la pesada losa.

Thomas levantó la mirada al cielo y exclamó:

—¡Vamos chicos! Hoy va a ser un gran día para todos.

Tras decir esto, Pancho se acercó para supervisar el trabajo, mientras Thomas, muy impaciente, se agachaba para observar la losa nuevamente. En ese mismo instante comenzó a sentir una extraña sensación de intranquilidad que le recorría todo el cuerpo. Se incorporó y comenzó a mirar a un lado y a otro, como si buscara algo. Pancho, que lo estaba observando, le preguntó extrañado:

—¿Qué le pasa, jefe? ¿Qué busca?

—No lo sé Pancho, es como si nos estuvieran observando, como si hubiera alguien o algo escondido y vigilara todos nuestros movimientos.

—Me parece, jefe, que no haber dormido le está afectando. Ahí no hay nadie, sólo árboles, plantas y animales. Estamos completamente solos. Es muy normal tener esa sensación en la selva, a mí me ha sucedido centenares de veces.

—Debe ser eso. No me hagas caso.

Volvió a agacharse, mientras miraba los alrededores no muy convencido con la explicación que le había dado Pancho.

Cuando los hombres acabaron de montar las poleas, Thomas les indicó cuatro puntos en la losa donde

debían anclar las cuerdas para alzarla sin que sufriera daño alguno.

Ya con todo preparado, los hombres, las poleas y las cuerdas, Thomas reculó unos metros, y se preparó para dar las indicaciones necesarias para que todo saliera bien. Cuando ya lo estuvo, con voz decidida, gritó:

—¡Vamos! ¡Tirad con fuerza todos a la vez! ¡Arriba!

Los hombres comenzaron a tirar de las cuerdas, mientras Thomas continuaba gritando «¡arriba, arriba!», pero la losa permanecía inmóvil, como si pesara millones de toneladas, o como si no quisiera que se descubriera lo que escondía.

Pancho, que continuaba tirando, dijo:

—Me parece jefe que al final tendrá que hacerlo como yo dije, es más pesada de lo que nos creíamos.

—Vamos Pancho, tenemos que lograrlo, sería una lástima que por las prisas destruyéramos algo importante, continuad así.

Dicho esto, siguieron tirando aun con más fuerza. De repente, la losa hizo un pequeño ruido.

—¡Quietos! —gritó Thomas al ver que se comenzaba a mover.

Se acercó a sus hombres, y cogiendo la cuerda, les dijo:

—Esto ya se mueve, lo vamos a conseguir. Todos a la vez, ¡arriba, arriba!

Nuevamente comenzaron a tirar, provocando que la losa se volviera a mover. Poco a poco, y bajo la atenta mirada de Thomas, comenzó a levantarse.

—Vamos ya falta poco. Un esfuerzo más —les decía ilusionado a sus hombres.

La losa, que probablemente había estado escondida durante miles de años, comenzó a levantarse unos centímetros del suelo, dejando ver su grosor, de unos veinticinco centímetros.

Ya casi fuera de su asentamiento, Thomas soltó la cuerda y se acercó para ver lo que les deparaba la otra cara. Mientras se agachaba, sacó de su chaleco una pequeña linterna, y la introdujo con cuidado por debajo de la losa para iluminarla. Cuál fue su desagradable sorpresa al ver que no había nada, ni una sola escritura o pintura, nada de nada.

Apagó la linterna y levantándose muy desilusionado les dijo a sus hombres:

—Soltad la cuerda, es simplemente una losa, no hay nada aquí abajo.

Al escuchar esto, los hombres, que durante unos largos minutos habían soportado el peso de la losa, abrieron sus manos, dejando ir las cuerdas de golpe y provocando que la losa cayera y se golpeará con fuerza contra el suelo, rompiéndose por la mitad. Agotados por el esfuerzo que habían realizado, algunos se sentaron en el suelo, mientras otros, intrigados, miraban la losa, intentando comprender por qué estaba tan escondida si simplemente era un trozo de piedra.

Pancho se acercó a Thomas, que se hallaba sentado solo, y le dijo:

—No pasa nada jefe, ya verá como descubriremos alguna otra cosa.

—Gracias Pancho por darme ánimos, pero me había hecho muchas ilusiones. Creí haber encontrado algo increíble, algo que nunca antes se había visto, pero en vez de eso he encontrado un trozo de piedra liso.

Pancho se comenzó a reír y le dijo:

—Sí jefe, pero no me negará que el lugar donde la hallamos no era extraño.

—Eso es verdad —se comenzó a reír también—, pero lo que no entiendo es por qué estaba ahí, debajo de aquella cabeza. Y si...

Antes de poder acabar la frase, uno de los hombres comenzó a gritar:

—¡Venid, corred! Mirad esto.

Thomas y Pancho volvieron la cabeza para saber qué ocurría, y vieron como los hombres miraban sorprendidos la losa rota. Se levantaron rápidamente y comenzaron a correr para averiguar qué causaba aquella expectación entre sus hombres. Al llegar y ver lo que había producido tal revuelo, Thomas, mientras se echaba las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Dios mío!

—Mire jefe, ¿cómo no lo hemos visto?

—¿Cómo no nos dimos cuenta antes Pancho? Estaba delante de nosotros y se nos había pasado. Estábamos cegados con la dichosa losa, y no veíamos nada más.

Al partirse la losa por la mitad, se había abierto una enorme grieta, por la que parecía verse un agujero en el suelo. Rápidamente comenzaron a sacar los pedazos de losa, dejando al descubierto en su totalidad un agujero de unos 60 por 60 centímetros.

—Mira Pancho, esto es lo que escondía la losa —le dijo al capataz mientras lo abrazaba.

—¿Qué debe ser, jefe? Parece un pozo o algo así.

—No lo sé, Pancho, no lo sé —le contestó pensativo—, pero ahora mismo saldremos de dudas. Ve a por las bengalas, que lanzaremos una al interior. ¡Corre! —le dijo a Pancho mientras miraba el oscuro agujero.

Pancho comenzó a correr hacia la tienda donde guardaban todas las herramientas de la excavación, cuando comenzó a sentir la misma sensación que le había comentado con anterioridad Thomas. Se detuvo un instante y comenzó a mirar hacia todos los lados, pero no conseguía ver nada, sólo árboles y hojas. Comenzó a pensar que su jefe le había contagiado aquella sensación de malestar, de miedo, una intranquilidad que nunca antes había sentido. Le parecía tener unos ojos clavados en su espalda, observándolo, vigilándolo. La angustia comenzó a recorrerle todo el cuerpo, cuando escuchó:

—Pancho, ¿qué haces ahí parado? ¡Vamos, corre!

Volvió a mirar para todos lados, pensó que sería mejor no preocupar a Thomas diciéndoselo y prosiguió su camino. Al llegar a la tienda, cogió las bengalas de una vieja caja de madera, las introdujo en una mochila y se apresuró a llegar donde se encontraban los demás.

Mientras tanto, Thomas intentaba distinguir algo con su pequeña linterna, pero lo único que veía eran unas paredes lisas, sin ningún dibujo, ni escrito. Impaciente por descubrir lo que se ocultaba en el interior, le cogió una bengala a Pancho de la mochila, la encendió rápidamente y la lanzó al interior.

Aquel oscuro agujero, que parecía ser un pozo, y que se encontraba oculto bajo la losa, que a su vez estaba oculta por la enorme cabeza, volvía nuevamente a iluminarse, desvelando un secreto que con tanto tesón se había intentado ocultar.

Después de que la bengala recorriera un par de metros de caída libre, se paró en lo que parecían ser unos escalones. Al ver eso, Thomas se levantó y dijo:

—Se ha detenido. Mira Pancho, ¿eso no son unos escalones?

—No lo veo muy bien, pero... sí que lo parecen —le contestó, mientras se asomaba para ver mejor.

—Vamos a entrar, ya no puedo esperar más —dijo Thomas muy impaciente, e ilusionado por el nuevo descubrimiento.

—Pero jefe, si no sabemos lo que nos podemos encontrar ahí abajo —le dijo un poco asustado.

—Si no entramos, seguro que nunca lo sabremos —contestó repleto de entusiasmo, mirando a sus hombres.

Al escuchar lo que decía, comenzaron a retroceder asustados, pues temían que alguna maldición o algo parecido cayera sobre ellos si entraban, porque sobre aquella zona se contaban innumerables y oscuras leyendas que les infundaban temor.

Thomas comenzó a buscar cuerdas y otros utensilios que creía que le harían falta para bajar y para lo que se pudiera encontrar después en aquel oscuro y siniestro agujero. Dándose media vuelta observó como sus hombres permanecían quietos, mirándolo. Sus rostros estaban descompuestos por el miedo y el terror a lo desconocido que les impedía moverse y, por consiguiente, obedecer las órdenes de su jefe.

Pancho, que no las tenía todas consigo, tampoco se movía. Miraba a Thomas y no comprendía cómo podía ser que no tuviera miedo a lo desconocido, pues tenía la intención de meterse sin saber lo que se encontrarían.

Thomas, extrañado por el comportamiento que estaban teniendo, les dijo:

—¿Qué os pasa?

—Jefe, creo que nadie va a querer bajar con usted. Tendrá que ir solo —le contestó mientras los hombres asentían con sus cabezas.

—¿Por qué, Pancho? ¿Qué tontería estás diciendo? ¡Vamos, ayudadme! —les decía mientras les señalaba con el dedo lo que debían coger.

—No señor, me parece que no lo entiende.

—¿Me vais a decir qué os pasa de una vez? —preguntó enojado al ver que nadie le hacía caso.

—Pues mire, desde pequeños, mis hombres y yo hemos escuchado terribles historias de este lugar, que hablaban de muertes y desapariciones, por ese motivo creemos que este lugar y todo lo que lo rodea está maldito.

—Eso son tonterías. No me digáis que todavía creéis en esas cosas de niños —le contestó riéndose.

—No se ría, porque se lo digo muy en serio. Nadie va acompañarle.

Thomas se acercó a Pancho y agarrándolo del hombro lo alejó de sus hombres, donde no pudieran escuchar lo que le iba a decir. Cuando estuvieron fuera del alcance de los oídos de los demás, le dijo:

—No me podéis hacer esto, debéis ayudarme. Sin vuestra ayuda no lo conseguiré. Además, para algo os pago.

—Ya lo sé, pero debe comprendernos.

Los hombres miraban como discutían Thomas y Pancho, sin saber cuál era el motivo. Tras unos minutos de acalorada discusión, Thomas se dirigió hacia su tienda, mientras que Pancho se acercó a sus hombres y les dijo:

—El jefe dará una prima a quien le acompañe al interior del agujero.

Al escuchar esto comenzaron a hablar entre ellos, comentando la oferta que les habían ofrecido. Pancho, se volvió a dirigir a ellos diciéndoles:

—Os doy unos minutos para que os lo penséis, el que no esté conforme con la oferta ya puede coger sus cosas, pasar por la tienda del jefe para coger su salario y marcharse.

Nuevamente se pusieron a hablar entre ellos tras el ultimátum que Pancho les había dado. Al acabar de hablar, uno de ellos se dirigió hacia él y le dijo:

—Hemos decidido que nuestras vidas no tienen precio y por tanto no hay suficiente dinero en el

mundo que nos pueda hacer cambiar de opinión, por ese motivo nos marchamos todos. Esto que quiere hacer le va a costar la vida a él y a quien decida acompañarlo, la maldición caerá sobre aquellos que se adentren en su interior.

—Muy bien, si ésa es vuestra decisión, no tengo nada más que decir. Ya os podéis marchar.

—Y tú, Pancho, ¿no te vienes con nosotros? ¿Vas a quedarte?

—Sí, no puedo dejarlo solo ahora, debo estar a su lado en esto —les dijo mientras se daba la vuelta y se dirigía a la caseta donde guardaban las cosas de la excavación.

Thomas, que se encontraba sentado al lado de su tienda, vio desilusionado como los hombres que le habían ayudado en todo momento se acercaban hacia él con la intención de marcharse. Se levantó rápidamente y les dijo:

—No os vayáis por favor, os necesito.

Pero los hombres tenían claro lo que querían hacer, y le exigieron que les diera el dinero, porque no se iban a quedar ni un minuto más allí.

Mientras tanto, Pancho ya había preparado todo lo que creyó necesario para poder bajar al misterioso agujero, cuando de repente escuchó un ruido que procedía de entre los árboles. Asustado, giró la cabeza rápidamente para ver qué lo había provocado, pero no consiguió ver nada. Armándose de valor, cogió el machete que tenía en su cinturón y empuñándolo con la mano se acercó al origen de aquel ruido. Las manos le comenzaron a temblar y a sudar, el corazón y su respiración se le aceleraron. El miedo, como si de su propia sangre se tratase, le comenzó a recorrer todos los rincones de su cuerpo, a la vez que no le dejaba apartar la mirada de aquellos árboles que, a medida que se acercaba, se movían con más intensidad.

Se detuvo un instante, pues le faltaban escasos metros para llegar, tragó saliva y preguntó:

—¿Hay alguien ahí?

Al preguntar, los árboles dejaron de moverse. Asustado por lo acontecido, dijo nuevamente:

—Si hay alguien, por favor que salga, porque voy armado y soy capaz de cualquier cosa.

Pero no obtuvo respuesta. Tras esperar unos instantes, comenzó a dar pequeños y lentos pasos, acercándose cada vez más a los árboles. El corazón le latía tan rápido que parecía salirse del pecho, y a duras penas podía sujetar el machete debido a los temblores que le estaban causando el miedo y el terror a lo desconocido. Miles de causas que habían podido producir aquel ruido se le comenzaron a pasar por la mente, desde un simple animal hasta las misteriosas maldiciones de las que sus hombres tantas veces hablaban, insistiendo en que poblaban aquel misterioso lugar. Alzó su mano para apartar las ramas, mientras ponía la otra en posición de ataque, cuando de repente comenzó a gritar al notar que algo lo cogía por detrás. Cegado por el pánico, se dio media vuelta con la intención de defenderse con su machete, y escuchó:

—¿Qué haces Pancho? ¿Estás loco?

Thomas, asustado, estaba estirado en el suelo.

Pancho, que continuaba gritando, abrió los ojos, y al ver a Thomas, dijo mientras se movía nervioso de un lado a otro:

—Cuidado jefe, alguien ha querido matarme, me ha agarrado por detrás.

—¿Pero qué estás diciendo? Era yo el que te ha agarrado. Al verte aquí y con el machete en la mano comencé a llamarte y, como no me respondías, me he acercado para ver qué te ocurría. Luego te toqué por detrás y te giraste rápidamente con el ánimo de apuñalarme, y al ver tus intenciones me he tirado al

suelo para protegerme.

Pancho, todavía visiblemente nervioso, dejó caer el machete al suelo, y echándose las manos a la cara, dijo:

—Lo siento jefe, no era mi intención. Perdóneme, he estado a punto de matarle, pero creí que había algo que me estaba observando desde esos árboles y por eso me he acercado. Los hombres me han metido el miedo en el cuerpo, me estoy volviendo loco.

—Tranquilo, no pasa nada, no les hagas caso, son sólo supersticiones. Te voy a demostrar que no hay nada ahí detrás.

Bajo la atenta mirada de un tembloroso y aterrorizado Pancho, Thomas se levantó del suelo y comenzó a apartar las ramas muy lentamente, demostrándole a Pancho que no había nada, que todo había sido una mera ilusión producida por los comentarios que le habían hecho sus hombres y que éstos, a su vez, habían alimentado sus miedos, haciéndole creer y ver cosas que no existían.

—¿Ves Pancho como no hay nada?

—¿Está seguro? Le juro que antes se estaban moviendo y que de ellos salían unos extraños ruidos. Thomas comenzó a reír y le dijo:

—De verdad, te repito que no hay nada. Lo que viste y escuchaste seguramente era un animal que habrá salido huyendo al verte venir.

—Quizás fuera eso —le contestó mientras recogía su machete del suelo, todavía nervioso.

—Anda, vamos a comer algo a ver si te tranquilizas un poco, y mientras lo hacemos planificaremos la manera de entrar.

Mientras se dirigían hacia la tienda para preparar la comida, Thomas no dejaba de hablar de lo que podría ocultarse en el interior del agujero a un Pancho que no le escuchaba y que no dejaba de mirar hacia atrás, inquieto por lo que le había sucedido.

Justo enfrente de la tienda de Pancho, se sentaron alrededor de una pequeña hoguera en unos troncos de madera y abrieron unas latas de comida precocinada. Thomas, entre risas, le comentaba el miedo que había pasado cuando Pancho intentó matarlo, a lo que él, muy avergonzado por su comportamiento, continuaba pidiéndole disculpas. También comentaban el poco valor que habían demostrado los hombres al marcharse: sin su ayuda los trabajos de búsqueda durarían el doble o el triple.

Ya por la tarde, al acabar de comer y habiéndolo recogido todo, se encaminaron nuevamente hacia la excavación, donde les esperaba el misterioso y oscuro agujero.

Al llegar, Thomas preguntó a su compañero si se encontraba más tranquilo y si se veía capaz de bajar con él a las profundidades del agujero, a lo que Pancho le respondió que sí.

Comenzaron a preparar las cuerdas, atándolas a un enorme fragmento de la losa. Después cogieron varias bengalas y otros utensilios.

Thomas, ilusionado y a la vez impaciente, cogió la cuerda, se puso en el mismo borde del agujero y le dijo a Pancho:

—Tengo el presentimiento de que vamos a hacer historia. Debemos armarnos de valor, como hicieron antes que nosotros los antiguos exploradores, que se adentraban en lo desconocido y en lo oculto para descubrir y enseñar a la humanidad nuevas y fascinantes cosas.

# AL FINAL DEL TÚNEL

**D**icho esto y sin esperar a que Pancho le respondiera, comenzó a introducirse dentro del oscuro y tenebroso agujero.

Pancho, desde el exterior, miraba como la oscuridad se tragaba literalmente a Thomas, haciéndolo desaparecer unos pocos metros más abajo. De repente una bengala se encendió en el interior, y una voz gritó:

—¿A qué esperas? ¡Baja ya!, no te vas a creer lo que estoy viendo.

—¡Ya voy, jefe! —le contestó desde el exterior, no muy convencido de lo que iba a hacer.

Pancho se puso un viejo casco minero que tenía una pequeña linterna y la encendió. Después agarró la cuerda con sus manos y comenzó a descender mientras susurraba unos rezos, sin dejar de mirar al final de la cuerda, donde Thomas le estaba esperando. Mientras descendía lentamente, observaba asombrado las paredes de aquel túnel, que inexplicablemente parecían ser de mármol, ya que estaban perfectamente pulidas, hasta el punto de dejarlas completamente lisas.

Al llegar abajo, Pancho se encontró solo, sin el amparo de su jefe, lo único que había era una bengala sin encender en el suelo. La recogió y gritó:

—¡Jefe! ¿Dónde está?

—¡Aquí, Pancho! Recoge la bengala que te he dejado, baja los escalones que tienes justo delante e introdúctete por un pequeño agujero que hay en una de las paredes.

Pancho encendió la bengala y comenzó a bajar por los pequeños pero alargados escalones, hasta que llegó a una especie de habitación cuadrada. Comenzó a buscar la entrada que le había indicado Thomas, con la ayuda de la poca luz que le daba la linterna del casco y acercando la bengala a las paredes, sorprendido observó que en una de ellas, por un pequeño agujero, salía un resplandor que anteriormente no vio. Se agachó para mirar a través de él, y vio a Thomas, que le estaba esperando de cuclillas mientras se tocaba la cabeza con la mano.

—Ten cuidado al pasar Pancho —dijo—, pues en este lado hay otro túnel, pero éste es muy pequeño, la altura no debe ser de más de setenta centímetros y puedes golpearte al salir. Te lo digo por propia experiencia. —Los dos se rieron.

Pancho comenzó a introducir su cuerpo con cuidado por el estrecho agujero. Al llegar al otro lado, observó lo que Thomas le había comentado.

Se encontraban en otro túnel, bastante ancho pero muy bajo, lo cual los obligaba a caminar por él en cuclillas. Sus paredes eran como la losa, completamente lisas, y parecía que estuviesen hechas de un único bloque de piedra, pues las juntas entre cada bloque eran casi imperceptibles a la vista. Era extraordinario el nivel técnico de los que lo habían realizado, sólo comparable a las majestuosas y a su vez maravillosas pirámides de Egipto.

Comenzaron a adentrarse hacia las profundidades del oscuro túnel. Thomas y Pancho permanecían en completo silencio, quizás por el miedo de un posible derrumbe, quizás porque estaban demasiado concentrados en que no se les escapara ningún detalle, o quizás por estar en un lugar tan misterioso, repleto de mitos y de horribles historias de muerte y desapariciones, oculto al ojo humano durante miles

de años, y que ahora estaba siendo recorrido e investigado por dos hombres deseosos de conocer lo que se ocultaba en sus entrañas.

Tras recorrer aquel lugar durante unos minutos, no encontraban nada que les diera una orientación de quién había construido tan maravilloso túnel o de la época en la que fue realizado, ni unos dibujos ni siquiera una inscripción. Nada de nada.

El silencio y la oscuridad que durante miles de años habían reinado en aquel lugar se veían ahora perturbados por la luz y los ruidos que aquellos dos hombres producían.

De repente Thomas se detuvo, provocando que Pancho, que miraba las paredes y el techo, se golpeará contra él. Thomas se giró y, dirigiéndose a él, le dijo:

—Mira Pancho, parece que hemos llegado al final del túnel.

Pancho se asomó apartando a Thomas.

—No hay nada, ahí delante solamente hay una pared —dijo desilusionado, y añadió—: Parece que todo lo que hemos hecho no ha servido para nada.

—No Pancho no, mira bien la pared —le dijo con una sonrisa en la cara, mientras iluminaba una de las esquinas.

—¿Qué es eso, jefe? —le preguntó al ver que había algo en la esquina.

Thomas comenzó a acercarse lentamente, mientras Pancho le continuaba preguntando qué era, sin obtener respuesta alguna por parte de él, que estaba concentrado observando el hallazgo.

Thomas, muy nervioso, sacó su linterna de la mochila y se la dio a Pancho para que iluminara el lugar. Seguidamente sacó un papel y un carboncillo. Apoyó primero el papel a la pared y comenzó a frotarlo enérgicamente con el carboncillo. Pancho, sin entender nada de lo que estaba haciendo, vio que en el papel, como por arte de magia, comenzaba a aparecer algo, alguna cosa con forma, rayas y círculos.

Al acabar, Thomas separó el papel de la pared y lo acercó a la linterna que sostenía Pancho. Ambos vieron asombrados lo que había quedado plasmado en él.

—¿Qué es eso, jefe? —preguntó Pancho extrañado.

—No lo sé, es muy raro. Es como un dibujo o un signo, nunca antes había visto algo igual.

—Podría ser una deformación de la piedra, o quizás un golpe.

Thomas, al escuchar a su ingenuo compañero, se echó a reír y le dijo:

—No hombre no, cómo va a ser eso. Ven, que te lo voy a demostrar.

Thomas cogió la mano de Pancho y la acercó al lugar donde estaba tallado lo que habían descubierto. Comenzó a pasar los dedos por encima recorriendo lentamente toda la zona.

—Qué Pancho, ¿te parece un golpe u otra cosa?

—No, no —le decía asombrado, mientras continuaba pasando sus dedos por la zona.

Thomas introdujo su mano en la mochila nuevamente, dejó en su interior el papel y sacó de ella una pequeña maza. Tras hacerlo, comenzó a golpear con suavidad la pared.

Mientras tanto, en el exterior reinaba una extraña calma que sólo se veía truncada por el ruido de los golpes que producía Thomas y que surgían por la boca del agujero. De repente, los arbustos que se encontraban junto a la tienda de herramientas comenzaron a moverse, como si hubiera alguien o algo que intentara abrirse paso entre ellos.

Una misteriosa mano cubierta con un guante negro surgió de entre los arbustos apartando las ramas y tras ella la silueta de una persona que, al salir por completo, quedó inmóvil observando la boca del agujero.

Aquella silueta llevaba un atuendo muy extraño y completamente negro: los pies estaban calzados con botas, el cuerpo cubierto con una gabardina ceñida y completamente abrochada hasta la nariz, las manos cubiertas con guantes y sobre la cabeza llevaba una capucha. Lo único que se le podía ver eran sus ojos, unos ojos azules claros, con una mirada intensa, penetrante y que no dejaba de observar el agujero. Comenzó a encaminarse hacia él con pasos cortos pero seguros. Al llegar, se agachó lentamente, apoyó una rodilla y sus manos en el suelo y miró hacia el interior. Tras unos instantes, volvió a incorporarse, y entre la gabardina y la pierna quedó al descubierto una punta de metal, que parecía ser una especie de espada, con unos signos grabados muy extraños. Ya de pie, y dándose media vuelta, levantó su mano hacia los arbustos y comenzó a mover sus dedos como si señalara el lugar. De repente, los arbustos comenzaron a moverse nuevamente y de ellos salieron más individuos con el mismo atuendo, hasta un total de once, y todos comenzaron a caminar hasta donde se encontraba el primero. Dos de ellos cargaban con una pequeña caja de madera cerrada, en la que se podía leer una inscripción: TNT. Al llegar hasta él, rodearon la boca del agujero, y los dos hombres que cargaban con la caja la dejaron en el suelo. El primer hombre, que parecía ser el cabecilla de todos ellos, les indicó nuevamente con gestos que abrieran la caja. Tras hacerlo, quedó al descubierto su contenido: cartuchos de dinamita. Comenzaron a sacarlos lentamente, con sumo cuidado, y a ponerlos estratégicamente en la boca del agujero, al parecer, con la intención de sellarlo para siempre con Thomas y Pancho en su interior.

Mientras colocaban los explosivos por toda la excavación, Thomas continuaba golpeando con su maza y Pancho, que estaba sentado detrás alumbrando la pared con la linterna, le comentó:

—Me parece que es más dura de lo que creía usted.

—Sí, Pancho, tienes razón, llevo más de media hora golpeando y ni siquiera le he hecho un rasguño —le contestó quitándose el sudor de la frente.

—¿Por qué no me deja que lo intente? Usted ya está cansado y yo todavía no he hecho nada.

—Creo que tienes razón. Ya no puedo más, estoy agotado.

Thomas dejó paso a su compañero e intercambiaron la maza por la linterna. Seguidamente, Pancho escupió en sus manos, las frotó enérgicamente, agarró la maza y comenzó a golpear la pared con fuerza.

Tras unos minutos, el sudor comenzó a descender por la frente de un agotado Pancho y sus golpes enérgicos y certeros cada vez eran más débiles y aleatorios.

—¡Para, para! ¡Lo has conseguido! —exclamó Thomas de repente, zarandeándole por el hombro, mientras iluminaba una pequeña grieta que se había hecho en la dura pared, y preguntó—: ¿Se ve alguna cosa por la grieta? Intenta mirar a través de ella.

Pancho soltó la maza y cogió la linterna para ver si podía distinguir alguna cosa.

—No jefe, no se ve nada todavía, no es muy profunda, pero ahora será mucho más fácil derribarla.

Pancho comenzó a buscar por el suelo alguna cosa que le pudiera servir de palanca o de cuña para lograr abrir más la grieta. Thomas, que lo observaba intrigado por su extraño comportamiento, preguntó:

—¿Qué buscas?

—Busco algo que me sirva para abrir más la grieta, pero no consigo encontrar nada —le contestó mientras continuaba explorando el suelo—. Espere, tengo una idea mejor, si quiere esperarse aquí un momento, iré al exterior a buscar alguna cosa que me pueda servir —le propuso.

—Muy bien Pancho, aquí te espero sentado —comenzó a reírse—, pero no tardes mucho.

—No jefe, usted siga dándole golpes a ver si logra hacerla un poco más grande —le dijo mientras se

reían.

Pancho devolvió la maza a Thomas y, dejándole completamente a oscuras, comenzó a hacer el camino de regreso al exterior.

Cuando llevaba unos metros recorridos a través del túnel, el miedo comenzó a adueñarse de su mente, miles de oscuros pensamientos comenzaron a brotarle en su imaginación, y entonces, sumergido en la más absoluta soledad y en el temor, se acordó de su juventud y de las palabras que le decía su santa madre para estas ocasiones: «Hijo mío, cuando estés en alguna situación peligrosa o en la que tengas mucho miedo, ponte a cantar y así ahuyentarás al miedo». Seguidamente, después de recordar el consejo de su querida madre, comenzó a cantar lo primero que se le ocurrió.

Thomas, más valiente que su compañero e inmerso en la oscuridad, continuaba golpeando la pared, mientras escuchaba a lo lejos cantar a Pancho una canción típica de su pueblo.

En el exterior, los extraños hombres continuaban situando las cargas mortales, cuando de repente el cabecilla les indicó con un gesto que se detuvieran, pues estaba escuchando como uno de los hombres que se habían introducido por el agujero estaba cada vez más cerca de ellos, y podría descubrir el triste final que les tenían reservado. Sin pensárselo dos veces, introdujo su mano por una abertura que tenía la gabardina y sacó una extraña espada plateada, repleta de extraños signos y de punta redondeada, adornada con cuatro pequeños cristales de color azul y con forma ovalada en la punta. Por su extraña forma y su ornamentación, no parecía estar realizada para atravesar la carne o para fines maquiavélicos, más bien parecía concebida para actos religiosos o ceremoniales.

El hombre la empuñó con sus manos en actitud amenazadora y se quedó completamente inmóvil, esperando que el pobre Pancho apareciera por el agujero, para darle muerte.

Mientras tanto, Pancho, que no tenía la menor idea de lo que le esperaba en el exterior, seguía arrastrándose por el estrecho túnel y cantando, hasta que llegó a la pequeña abertura que le iba a permitir pasar a la otra habitación, le conduciría a los escalones y seguidamente a la salida. Deslizó su cuerpo por ella y, al pasar, surgió un grito de alegría de su garganta cuando pudo ponerse de pie nuevamente y ver el reflejo de la luz del día al fondo de la sala.

Pancho comenzó a subir por los peldaños, mientras buscaba con la linterna el extremo de la cuerda por la que habían descendido.

Cuando encontró el extremo de la cuerda, metió la linterna en uno de los bolsillos de su pantalón y comenzó ascender por ella. La cuerda comenzó a moverse y le dio al verdugo la señal para prepararse y concentrarse en su golpe mortal, mientras que Pancho, muy contento por haber dejado aquel siniestro lugar, proseguía con su ascensión.

La mano de Pancho surgió por el agujero agarrándose a un fragmento de la losa y, al ver esto, el verdugo levantó su espada al aire con fuerza, esperando que el resto del cuerpo acabara de salir. De repente, vio como aparecía la otra mano, y en ese mismo instante lanzó con fuerza la espada hacia ellas al no poder esperar más, con la intención de cortárselas. Cuando estaba a punto de seccionarlas, se escuchó un grito desde el interior que provocó que se detuviera y que aquellas dos manos volvieron a introducirse hacia dentro rápidamente.

Pancho comenzó a descender por la cuerda, mientras llamaba desesperado a Thomas, que inexplicablemente había cesado de golpear la pared. Muy preocupado por su jefe, se escurrió por la pequeña abertura y comenzó a correr por el estrecho túnel, mientras gritaba.

—¡Thomas, Thomas! ¿Se encuentra bien? ¡Contésteme! —no cesaba de gritar sin obtener respuesta

alguna.

Extrañado, el misterioso hombre se asomó por el agujero para ver lo que había sucedido con su víctima. Al no ver nada, se levantó del suelo y, guardando su espada, les indicó a sus compañeros que prosiguieran con la colocación de los artefactos.

Pancho, a duras penas, consiguió llegar al lugar donde anteriormente había dejado a Thomas, pero lo único que encontró fue una pequeña abertura en la pared y ni rastro de Thomas. Comenzó a llamarlo muy preocupado, pensando que le podía haber ocurrido alguna cosa en su ausencia, y de repente, la voz de Thomas surgió por el pequeño agujero:

—¡Estoy aquí! ¡Pasa! No te vas a creer lo que estoy viendo.

Asomó su cabeza y vio, nuevamente, un pequeño túnel que conducía a lo que parecía ser una sala que inexplicablemente estaba iluminada. Comenzó a gatear por el túnel y al incorporarse quedó atónito ante aquella visión.

# TRAS LA PARED

Lo que estaba viendo era maravilloso, se encontraba en una sala grandiosa. Sus paredes, exentas de dibujos o signos, estaban alisadas hasta tal punto que se reflejaba en ellas la luz que anteriormente había visto. Surgía de un extraño cristal de color azul y con forma triangular, que se encontraba justo en el centro del techo. En la sala no había absolutamente nada de mobiliario, lo único que veía era lo que parecía ser un pequeño altar, situado en el centro.

Perplejo por lo que estaba viendo, escuchó:

—Pancho, lo hemos conseguido, aquí está nuestra recompensa —le dijo mientras se agarraba de su hombro y con un gesto de la mano se la mostraba.

—Sí jefe, nos ha costado, pero al final lo hemos conseguido —le contestó asintiendo con su cabeza y sin dejar de mirar para todos los lados—. Mire, ¿cómo puede ser que salga luz a través de eso? —le preguntó señalándole el enorme cristal.

—No lo consigo entender, yo he pensado lo mismo que tú, pero seguramente sea un mineral que nunca antes se haya visto, con la virtud de retener la luz durante mucho tiempo y luego tener la capacidad de poder reflejarla —le contestó mientras miraba el cristal no muy convencido de la explicación que le había dado.

Pancho, que no le había entendido muy bien, dejó de mirar el cristal y comenzó a explorar la sala junto a Thomas, que tomaba apuntes de todo lo que veía en una libreta que había sacado de su mochila.

Mientras Thomas continuaba tomando apuntes, Pancho recorría la sala. De repente, algo que vio en una de las esquinas de la pared llamó su atención.

—¡Thomas!, ¡venga rápido! He encontrado una cosa muy extraña.

Thomas se acercó rápidamente hacia donde se encontraba él y pudo ver, sorprendido, una pequeña abertura rectangular de unos pocos centímetros. Pancho, que todavía llevaba la linterna, la dirigió hacia el interior con la intención de descubrir lo que había al otro lado.

—¿Ves algo, Pancho? —le preguntó impaciente.

—No se ve nada, pero parece que sale una ráfaga de aire fresco por ella.

Thomas apartó a Pancho y acercó su cara para comprobar lo que le había dicho. Al arrimarse a la abertura, le dijo:

—Tienes razón, parece que debe estar conectada con el exterior. Espera... —añadió acercando su oreja hacia ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó intrigado.

—*Shhh*, calla. Me parece escuchar alguna cosa, como si fuese un leve rumor.

—Un leve rumor... ¿Qué debe ser? —le volvió a preguntar.

—No tengo la más remota idea. Pero creo que se ideó con la intención de ventilar esta sala.

—¿Y cuál es el motivo por el que tiene que estar ventilada?

—No lo sé, pero seguramente las respuestas a nuestras preguntas nos las dará ese extraño altar —le contestó señalándolo.

Thomas y Pancho comenzaron a acercarse lentamente, mientras que en el exterior toda la zona de la

excavación había quedado desolada; aquellos misteriosos personajes habían desaparecido. Únicamente quedaban los explosivos, unidos entre sí por una larga mecha que siguiendo su sinuoso recorrido acababa entre los pies del cabecilla, que estaba escondido entre los arbustos. En sus manos sostenía un mechero, lo encendió y lo acercó a la mecha, dándole el calor que necesitaba para comenzar su fatal recorrido.

En la sala, ingenuos al final que les habían preparado, Thomas le comentaba a Pancho la magnífica forma en la que había sido tratado aquel lugar.

—Mira Pancho, sin duda alguna las personas que realizaron estos túneles, la sala y este altar debían tener grandes conocimientos de arquitectura y de la forma de tratar la piedra.

—¿En qué se basa para decir eso?

—Observa todo lo que nos rodea. Ese misterioso cristal que ilumina toda la sala, las paredes de todo el recorrido, que están alisadas hasta tal extremo que nos reflejamos en ellas..., y fíjate bien en este altar de roca maciza, no es un bloque de piedra que hayan esculpido aparte, sino que sale del mismísimo suelo: ¡sorprendente! Debes pensar que en aquella época no tenían las herramientas ni los materiales que hay hoy en día, con los que podríamos realizar este tipo de maravillas.

Continuaban mirando con fascinación todo lo que los rodeaba cuando, de repente, la mecha llegó a su fin. Una enorme explosión se produjo en el exterior, sepultando con toneladas de tierra y piedra la excavación, mientras que una fuerte sacudida estremeció toda la sala. Asustados y sin comprender lo que estaba ocurriendo, se miraron y dijeron al unísono:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, Pancho, pero creo que deberíamos salir de aquí lo antes posible y ver si ha sucedido alguna cosa en el exterior.

—Eso es lo más sensato que he escuchado en todo el día.

Corrieron hacia la abertura de la sala, pero de ella surgió una gran masa de polvo que los impulsó unos metros atrás y los tiró al suelo. Más asustados que antes y acongojados por lo que estaba sucediendo, volvieron a mirarse, cuando otra sacudida volvió a estremecer la sala. Thomas se levantó del suelo y gritando le dijo a Pancho que permanecía estirado.

—¡Vamos, levántate! ¡Rápido! —le dijo ofreciéndole su mano para ayudarlo.

—Pero ¿qué pasa? —le preguntaba mientras se levantaba.

—Algo ha ocurrido, parece que hemos perturbado el delicado equilibrio que mantenía este lugar en pie.

—Se lo dije y no me hizo caso, debe ser la maldición que tantas veces le repetimos mis hombres y yo.

—Calla, no digas sandeces.

Thomas, mientras continuaba discutiendo, buscaba la forma de salir de aquel lugar. Un extraño ruido recorrió la sala y, alertados, comenzaron a buscar su procedencia, cuando vieron que el techo comenzaba a agrietarse.

—Pancho, esto no pinta bien, parece que este lugar va a desmoronarse.

—¡Vamos a morir! —gritó echándose las manos a la cara.

—No digas eso, yo te convencí para que entraras y yo te voy a sacar.

En el exterior, los misteriosos hombres se retiraban del lugar, mientras el cabecilla observaba que donde antes había una excavación, con sus herramientas, sus cuerdas, etc., ahora sólo quedaba un montón de tierra que lo había sepultado todo por completo, sin dejar indicio alguno de que en ese lugar hubiera

existido antes una excavación.

Mientras tanto, en el interior, los dos hombres suspiraban tranquilos, pues las sacudidas habían cesado y el techo había dejado de agrietarse.

—¿Qué vamos hacer? ¡Estamos perdidos! —le repetía continuamente Pancho.

—No lo sé, no lo sé. Déjame pensar —le respondía mientras se agachaba y miraba por donde anteriormente habían entrado.

—¿Ve algo? ¿Cree que podremos volver a salir por ahí? —le preguntaba muy angustiado.

Thomas, que intentaba mantener la calma, le pidió la linterna para comprobar el estado en el que había quedado la entrada. Después de examinarla durante unos minutos y bajo la presión de las preguntas insistentes de Pancho, volvió a incorporarse.

—No creo que volvamos a salir por aquí, está totalmente bloqueada, solamente veo rocas y tierra —dijo mientras lo agarraba del hombro y le hacía con su rostro un gesto tranquilizador.

Al escucharlo, y como si se moviera a cámara lenta, Pancho comenzó a agacharse, apoyó sus manos en el suelo y seguidamente se sentó. Luego, alzó sus manos temblorosas, y echándoselas a la cara, le dijo:

—Jefe, esto no tendría que acabar de esta forma.

Thomas, al escuchar las palabras de un Pancho que había perdido por completo todas las esperanzas de salir con vida de aquel lugar, se sentó a su lado, lo rodeó con su brazo y con voz pausada y serena le dijo:

—No digas eso, esto no es el final. Déjame que piense con tranquilidad y te aseguro que encontraré la manera de salir de aquí.

Pancho, ante las palabras de consuelo, descubrió su rostro, y con los ojos humedecidos lo miró fijamente y le preguntó:

—¿No me miente? ¿Es verdad eso que dice?

—Nunca te mentaría y menos en esta situación.

En ese mismo instante, como si de un niño pequeño se tratase, se abrazó fuertemente a Thomas y llorando desconsolado no dejaba de repetir:

—No quiero morir así. Sáqueme de este lugar, por favor.

Thomas, preocupado y a su vez extrañado por la situación, comenzó acariciar la cabeza de Pancho con la intención de consolarlo.

Después de varios minutos llorando y ya más tranquilo, separó su cuerpo de Thomas y le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Si te soy sincero, no lo he pensado todavía, pero seguro que tiene que haber alguna forma de salir, y si la hay, te garantizo que la encontraremos —le contestó mientras se levantaba y miraba para todos lados.

Pancho, que permanecía sentado, sabía que las palabras de su jefe estaban vacías y no contenían esperanza. Únicamente se las decía para consolarlo, pues podía ver como sus ojos habían perdido ese brillo que anteriormente tenían y que a él, al verlos, le daban las fuerzas y el valor para permanecer a su lado.

Thomas, que caminaba por la sala sin rumbo fijo buscando la manera de salir, giró su cabeza y pudo ver al pobre Pancho que nuevamente se había derrumbado. Sus manos cubrían de nuevo su rostro y su cabeza no dejaba de moverse de izquierda a derecha, dándole a entender el arrepentimiento de haberse

arriesgado a entrar con él y no haberse marchado con sus hombres cuando tuvo la oportunidad. Al verlo en este estado, un sentimiento de culpa se apoderó de su mente. Comenzó a pensar que todo era culpa suya, Pancho y sus hombres le habían avisado de las maldiciones y él, haciendo caso omiso, decidió entrar, arrastrándolo a lo desconocido y quién sabía si a una muerte segura.

De repente, una nueva sacudida estremeció el lugar. Thomas, que se encontraba absorto en sus pensamientos, corrió hacia donde se encontraba Pancho, que no reaccionaba, y cogiéndolo de las axilas lo comenzó a arrastrar hacia una de las paredes, con la intención de cubrirle por si caía algún fragmento del techo que pudiera dañarle o incluso matarle.

—Pancho, reacciona de una vez, no puedes comportarte de esta forma, debes ser fuerte y afrontar la situación, porque yo solo no puedo. Te necesito a mi lado o al final me derrumbaré yo también y entonces estaremos perdidos. ¡Levántate de una vez! —le gritó desesperado al ver que seguía sin reaccionar.

La sacudida cesó y todo volvió a quedar en calma. Pancho, al escuchar el grito de su jefe, levantó la mirada hacia él y dijo:

—Tiene razón, debo dejar de comportarme como un niño asustado e intentar buscar con usted una solución al problema que nos ha surgido.

—Muy bien, así me gusta. Ahora levanta y salgamos de este lugar de una vez por todas.

—Ahora mismo es lo que más deseo... Un momento, mire hacia el techo; ¿qué es eso? —le preguntó señalándole el techo con su dedo.

Lo que Pancho le enseñaba era una de las grietas del techo que continuaba su recorrido, acercándose peligrosamente al cristal que iluminaba la sala. Thomas, alarmado pero sin perder la calma, se quedó inmóvil, sin palabras.

—¡Diga algo! ¿No va a hacer nada? —le preguntó al ver la impasibilidad de Thomas.

—No, no te muevas, vamos a ver qué pasa. A lo mejor se detiene antes de llegar o quizás continúe su camino hacia el gran cristal y, si eso sucede, lo mejor es que estemos aquí quietos y permanezcamos atentos a lo que pueda ocurrir.

Pancho se levantó rápidamente al escuchar las indicaciones de Thomas y se apoyó en la pared con fuerza junto a él, sin perder de vista la grieta que lentamente, pero sin pausa, proseguía su camino hacia el cristal, hasta que...

—¡Ya ha llegado! Pero no sucede nada —le dijo Pancho apartándose de la pared.

—¿Ves como no debíamos tener miedo? Ya te dije que no pasaría nada —le respondió entre suspiros de alivio, y prosiguió—: Ahora debemos buscar la salida antes de que una nueva sacudida, más fuerte que las anteriores, nos cause algún problema más grave del que tenemos ahora.

Los dos hombres comenzaron a mirar, por separado, la sala a conciencia, buscando alguna entrada o salida secreta que anteriormente se les hubiera pasado por alto. Pero aquella sala no parecía tener ninguna otra salida o entrada, sus piedras se hallaban perfectamente ensambladas entre sí, y por más que buscaban no lograban hallar nada. Thomas, que estaba sentado en el altar, observaba como Pancho pasaba las palmas de sus manos por las paredes con la esperanza de encontrar algún tipo de resorte u otra cosa que abriera alguna trampilla.

—Jefe, ¿qué hace ahí sentado? Así no encontraremos nada.

—Espera un momento, estoy descansando un poco.

—¿Sabe una cosa? Creo que no va a ser fácil encontrar algo. Los que construyeron este lugar lo hicieron a conciencia y escondieron muy bien cualquier otra salida.

—*Je, je, je* —Thomas comenzó a reír al ver que había recuperado la esperanza y le dijo—: Continúa buscando a ver si la encuentras. Yo ahora me levantaré y seguiré buscando.

Thomas comenzó a pensar que era inútil el esfuerzo que estaban realizando, puesto que sabía que allí no había nada más. Habían quedado completamente encerrados y seguramente morirían en cualquier otra sacudida que se produjera, pero no podía decírselo ni demostrárselo, porque si no, volvería a desmoronarse, y entonces la muerte que les esperaba se les haría mucho más lenta y a su vez más agonizante y angustiosa. Tras pensar esto y teniendo presente lo que les esperaba, emprendió nuevamente su infortunada búsqueda e intentando darle más ánimos a Pancho gritó:

—¡Vamos, seguro que la encontramos!

—¡Pues claro que sí! Lograremos salir de aquí con vida y cuando lo hagamos nos tomaremos un café mientras nos reímos de lo sucedido —gritó esperanzado.

Tras casi una hora buscando, no les quedaba ni un solo rincón al que mirar, habían palpado cada centímetro de las paredes y del suelo e incluso buscaron en el altar. Al ver que no les quedaba nada más que mirar, y agotados por el esfuerzo realizado, se sentaron en el altar, apoyando sus espaldas una contra otra para descansar. Ninguno de los dos decía nada, el silencio se apoderó del lugar. De repente, un pequeño fragmento del cristal cayó, golpeando el hombro de Pancho, que al notar el pequeño golpe dijo:

—Estoy bien jefe, no se preocupe más por mí.

—Ya lo sé, ¿pero por qué me dices eso? —preguntó muy extrañado.

—Porque usted ha tocado mi hombro e imaginé que quería saber cómo me encontraba de ánimos.

—¿Yo? Yo no he sido, te lo aseguro.

Exaltados ante tan extraña situación, se levantaron rápidamente y, mirándose sorprendidos, vieron sobre el altar un pequeño punto de luz.

—¿Qué es eso? Cuando lo he examinado antes no estaba ahí —dijo Pancho mientras se movía de un lado para otro mirándolo.

—No lo sé, yo tampoco lo vi. Me acercaré para examinarlo y así veré lo que es.

—Me parece que es lo más apropiado. Acérquese usted, pero tenga mucho cuidado.

Thomas se acercó lentamente para ver aquello que relucía sobre el altar. Después de haberlo examinado, volvió a dar un paso atrás y miró hacia arriba, donde estaba situado el gran cristal.

—¿Qué pasa?, ¿qué mira?, ¿ya sabe lo que es? —comenzó a bombardearle con preguntas.

—Pancho, no quiero alarmarte, pero eso que vemos es un pequeño fragmento del cristal —le señalaba con su mano mientras le daba la explicación.

—¿Cómo dice? ¿Y cómo ha llegado ahí? —volvió a preguntar mientras se tocaba la barbilla con su mano y movía su cabeza de arriba abajo mirando el cristal y el pequeño fragmento.

—Puede que se haya producido una pequeña fisura por culpa de la grieta —le explicó mientras se subía al altar para poder verlo más de cerca y comprobar si había sufrido algún desperfecto más.

Subido en el altar, lo miraba detenidamente, poniendo su mano abierta encima de sus ojos, pues el resplandor le dificultaba la visión. Tras unos minutos, volvió a bajar y dijo:

—No se ve nada más, parece que está bien pero no lo he podido examinar bien porque la luz que desprende no me ha...

Sin haber podido acabar lo que le estaba diciendo, se produjo un ruido sobrecogedor procedente del cristal.

—¡Corre! —gritó Thomas.

Asustados y sin saber lo que ocurría, corrieron hacia una de las paredes. El gran cristal comenzó a temblar bajo la atenta mirada de Thomas y Pancho, el ruido cada vez era más ensordecedor, el temblor ganaba intensidad y la luz que emitía comenzó a parpadear.

—¿Qué sucede? Parece que va a estallar en cualquier momento. ¡Es el fin! —gritaba Pancho abrazado a Thomas.

De repente, el enorme cristal dejó de parpadear y de hacer ruido, comenzó a dar una luz más intensa y en ese mismo instante se partió en dos. Una de las mitades se desincrustó del techo, se precipitó hacia el suelo e impactó sobre el altar.

Al caer, vieron atónitos cómo se fragmentaba en miles de pedazos que se repartieron por toda la sala y que sorprendentemente continuaban dando luz.

—¿Ha visto lo que ha sucedido, jefe? Casi nos aplasta. Thomas, sin hacer caso a Pancho, miraba fijamente el altar, algo que había ocurrido llamó su atención.

# CALMA EFÍMERA

**T**ras deshacerse del abrazo de Pancho, comenzó a caminar hacia el altar, sorteando los numerosos fragmentos del suelo. Al estar lo bastante cerca y comprobar lo que le había parecido ver, se echó las manos a la cabeza y gritó:

—¡Sí, lo sabía! Acércate Pancho, no te lo vas a creer.

Con mucho cuidado e intentando no pisar los cristales del suelo, se acercó donde se encontraba su jefe para ver lo que le había causado tal reacción. Al llegar a su lado pudo ver lo que le quería mostrar y, olvidándose de la complicada situación en la que se encontraban, reaccionó de la misma manera.

—Lo hemos conseguido jefe, lo hemos tenido todo el rato delante de nuestros ojos y no lo hemos sabido ver.

—No me lo puedo creer, había perdido toda esperanza de encontrar algo. Además, nunca hubiera imaginado hallarlo en el lugar donde lo hemos hecho.

La esperanza había vuelto, sus caras habían cambiado por completo, a Thomas le había vuelto a los ojos ese brillo que anteriormente no tenían y Pancho ya no se acordaba de lo mal que lo había pasado.

Se acercaron al altar para ver lo que había ocurrido más de cerca, pues la mitad del cristal que había impactado sobre él rompió una de las esquinas y produjo multitud de grietas. Thomas miró el agujero que se había producido y pudo ver que se equivocó rotundamente, pues el altar no era de roca maciza, sino que estaba hueco. Pancho se agachó y recogió un pequeño fragmento de la esquina que se hallaba en el suelo. Dándole a Thomas, le señaló lo que parecían ser unas inscripciones que se encontraban en la cara que daba al interior del altar.

—¿Sabe lo que es, Thomas? —preguntó muy interesado.

Thomas comenzó a mirarlo y a pasar las yemas de sus dedos sobre aquellas inscripciones, y después le respondió:

—Parecen jeroglíficos, pero... nunca antes los había visto. Este tipo de escritura no se parece a la que tenían los olmecas ni a la de ninguna otra civilización que haya habitado esta zona.

—¿Qué quiere decir con eso? —volvió a preguntarle todavía más interesado.

—Pues eso, que no sé a quién pueden pertenecer. Es la primera vez que los veo —le contestó mientras los miraba fijamente.

Pancho cogió la linterna de uno de los bolsillos del chaleco de Thomas, que continuaba mirando el fragmento de piedra, y la introdujo por el agujero del altar. Al encenderla y ver el interior exclamó:

—¡Dios mío! Si eso es extraño, mire aquí dentro.

Thomas dejó con cuidado el fragmento sobre el altar, cogió la linterna y miró en el interior. Al hacerlo sus ojos y su boca se abrieron de par en par, y su cuerpo y sus manos comenzaron a temblar por el nerviosismo. Miró a Pancho y le dijo:

—¿Has visto lo que hay?

—Claro, si yo le he llamado para que lo viera —comenzó a reír al ver el nerviosismo de Thomas.

—Su interior está lleno de inscripciones y de multitud de hojas de árboles secas. ¡Qué extraño!

No podía creer lo que veía, durante toda su vida había estado estudiando multitud de civilizaciones,

sus costumbres, religiones, construcciones, etc., había pasado cientos de horas en museos y bibliotecas e incluso participó en multitud de excavaciones arqueológicas, pero lo que estaba viendo nunca antes lo había visto, era algo sorprendente y sin precedentes. Lo que habían hallado era posiblemente algo que la humanidad no conocía, una civilización jamás antes estudiada y de la que ni siquiera se tenía conocimiento. Era el mayor hallazgo de los últimos tiempos y quién sabía si de la historia, y aquellos dos hombres, que habían olvidado por completo que se encontraban atrapados, quizás no podrían compartir tal descubrimiento, volvería a quedar en secreto nuevamente hasta que alguien lo encontrara, o quizás quedara en el olvido hasta el fin de los tiempos.

—No me lo puedo creer, Pancho. Lo que hemos descubierto sobrepasa con creces todas mis expectativas —le decía maravillado mientras observaba el interior del altar.

—Perdóneme por interrumpir este momento de euforia, pero... ¿por qué contiene esas inscripciones y esas hojas en su interior? —preguntó muy interesado.

—Muy buena pregunta. Personalmente creo que debía ser una costumbre de esta civilización —le contestó, y se quedó pensativo tras la respuesta, porque no había quedado muy convencido de ella.

Miles de dudas y preguntas comenzaron a bombardear su mente. ¿Por qué esas inscripciones y hojas en su interior? ¿Por qué tanto afán en ocultar tan misteriosa sala? Y la que más le intrigaba: ¿a quién pertenecía y cuál era el porqué de aquella maravillosa y misteriosa construcción? Por muchas vueltas que le daba, no conseguía obtener ninguna explicación lógica o científica para ellas.

Al ver que solo no podía esclarecer ninguna de sus dudas, le comentó a Pancho:

—Hay que mostrar este descubrimiento a la gente, se debe conocer y estudiar lo aquí hallado. Seguramente cuando lo mostremos y lo hayamos estudiado con más detenimiento, sabremos más detalles y posiblemente se despejarán todas nuestras dudas, pues yo solo no puedo. —Y continuó diciéndole—: Mira bien esta escritura, es muy extraña, no se parece a ninguna otra, y este ritual de las inscripciones y las hojas dentro del altar es la primera vez que lo veo, y jamás he tenido conocimiento que alguna civilización lo realizara. Tampoco llego a comprender por qué todo esto estaba oculto debajo de una cabeza de piedra de la civilización olmeca. ¿Tendrían algo en común? —Lanzaba sus preguntas al aire, sabiendo que su querido compañero no le daría respuesta alguna.

—Yo no lo sé, pero es cierto que es todo muy extraño. Es más, recuerde aquello que encontramos en la pared que sellaba la entrada.

—¡Es verdad! —exclamó Thomas—, se me había olvidado por completo —dijo mientras introducía su mano en la mochila y sacaba el papel donde anteriormente lo había calcado.

—Mira Pancho, ¿no te parece extraño? No es una inscripción como las que hemos hallado aquí, es más bien un símbolo, seguramente tendría algún significado religioso o de poder para aquella civilización —le explicaba mientras le entregaba la hoja para que la viera.

—Sí que es raro, sí, parece cosa de extraterrestres.

Thomas, al escuchar a Pancho, comenzó a reír.

—Tú siempre tan imaginativo. ¿Cómo va a ser obra de extraterrestres? —comenzó a reírse Pancho también.

Tras un buen rato riéndose los dos, Thomas se puso serio y comenzó a explicarle que no podían tocar nada, puesto que allí no tenían los instrumentos apropiados para hacerlo. Continuó explicándole el procedimiento que debían seguir. Primero debían fotografiarlo y catalogarlo todo, seguidamente introducirlo en cajas herméticas para que el aire del exterior no deteriorara nada y por último sacarlas

con sumo cuidado. Pancho, que lo escuchaba muy atentamente, lo interrumpió diciéndole:

—Todo lo que me está explicando me parece bien, pero hay un pequeño detalle que se le escapa.

—¿Ah sí? ¿Cuál es? —preguntó intrigado.

—Pues... que no podemos salir de aquí.

Al escuchar las palabras de Pancho, Thomas, que tenía la sensación de estar volando en una nube tras el descubrimiento, cayó en picado de ella para poner los pies en tierra firme nuevamente.

—Es verdad, ya no me acordaba.

Thomas introdujo la linterna en uno de los bolsillos del chaleco tras haberla apagado previamente, apoyó su mano derecha en el altar y comenzó a levantarse. Cuando aún no se había levantado por completo, un nuevo temblor sacudió la sala y provocó que Thomas y Pancho cayeran al suelo, justo al lado del altar.

—Jefe, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó muy asustado.

El temblor, que era más intenso que los anteriores, comenzó a desquebrajar el ya malogrado altar, haciendo que se rompiera en pedazos y vaciando su contenido sobre Pancho.

—¡Dios mío, ayúdeme! Ha caído sobre mí todo lo que había en el interior.

—No te muevas Pancho, ahora voy a ayudarte.

Thomas intentó levantarse del suelo, pero el temblor no le dejaba, pues le hacía perder el equilibrio y caer nuevamente. Entonces, comenzó a gatear para acercarse a su pobre compañero, que pataleaba y gritaba entre el bulto de hojas.

—No te asustes, simplemente son hojas.

—No jefe no, ha caído un pedazo de piedra sobre mí, noto el peso.

—Espera entonces, no te muevas por favor. Aguanta, o podrías dañarte.

La sala volvió a quedar en calma, pero esta vez se podía ver que habían surgido multitud de grietas en paredes, suelo y techo.

Al llegar Thomas al lado de Pancho se incorporó, rodeó el montón de hojas y comenzó a buscar entre ellas la cabeza para descubrirla. Al encontrarla, y después de apartar las hojas de su rostro, le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero algo me oprime el pecho.

—Tú no te muevas, te sacaré todas estas hojas de encima.

Comenzó apartar los pedazos de altar y hojas con sumo cuidado, asombrándose del buen estado en el que se encontraban. De repente, dio un paso atrás. Pancho, que lo miraba con el rabillo del ojo, vio que la cara de Thomas había cambiado por completo y le preguntó:

—¿Qué sucede?, ¿qué está viendo? ¿Me ha pasado algo? ¿Es grave?

—No, no, todo lo contrario, estás perfectamente —le respondió sin cambiar su semblante.

—Entonces, ¿qué pasa? Dígame algo de una vez.

—Está bien, levanta tu cabeza lentamente, sin hacer movimientos bruscos, y mira tu pecho.

Pancho, que se encontraba inmóvil, medio sepultado aún por las hojas y con los ojos cerrados para no ver si le había ocurrido algo, comenzó a levantarse muy lentamente, y cuál fue su horror cuando al abrirlos se encontró de frente con una cara terrorífica. En ese mismo instante, un grito aterrador salió de su garganta y, sin que Thomas pudiera reaccionar a su ataque de pánico, se levantó velozmente, dejando caer todo lo que tenía sobre él al suelo.

—¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido? —preguntó asustado.

—Ha salido del interior —le contestó sorprendido—. Ahora sí que no entiendo nada. Me había equivocado rotundamente —dijo echándose su mano sobre la cara.

—¿Usted? ¿En qué se había equivocado?

—Pues está claro, Pancho. Fíjate bien, esto no era un altar —le decía mientras le señalaba lo poco que quedaba— sino un sarcófago, y no estamos en una sala cualquiera, se trata de una sala mortuoria.

—Entonces, eso es...

Lo que Pancho le señalaba y había tenido sobre su pecho, y por lo que Thomas había quedado sorprendido, era un cuerpo momificado, que había surgido del interior de lo que habían creído que era un altar. La momia, que parecía ser masculina, se encontraba en posición fetal, con sus brazos rodeando las piernas. Estaba en unas condiciones fantásticas. Una gran melena surgía de debajo de un gorro cilíndrico, adornado en su parte superior por unas coloridas plumas. El rostro de aquella momia no manifestaba dolor ni sufrimiento, parecía como si se hubiera quedado dormida. Sus manos y sus pies no tenían signos de haber estado castigados con los duros trabajos del campo ni con algún otro. Estaban perfectamente, como si hubieran sido tratados con sumo cuidado durante toda su vida, por lo que Thomas dedujo que se trataba de algún alto cargo de aquella civilización. Sus ropas, que también estaban en óptimas condiciones, eran de colores vivos, y se componían de dos piezas, una especie de chaquetilla abotonada de mangas cortas y un pantalón abombado que le llegaba hasta los tobillos y estaba atado a su cintura por una especie de pañuelo.

Thomas se sentó en el suelo frente a la momia y sin dejar de mirarla decía:

—No me lo puedo creer. Con cada cosa que hallamos, menos entiendo.

—¿Qué quiere decir? Es simplemente una momia. Usted ha tenido que ver cientos de ellas —le decía Pancho más tranquilo.

—Sí, pero... —quedó pensativo.

—¿Pero qué? —le insistió.

Thomas, que todavía no se creía lo que estaba viendo, dijo:

—Nunca antes había visto algo igual.

—Hombre jefe, los mayas ya hacían este tipo de entierros.

—Sí, ya lo sé, los egipcios también lo hicieron durante miles de años, pero no de esta forma. Fíjate bien en el sumo cuidado que tuvieron con el cadáver; su ropa, las plumas de su gorro, hasta las hojas que lo cubrían, se encuentra todo en magníficas condiciones, y ese sarcófago es muy raro, nunca antes había visto otro igual. Normalmente todos los que he podido ver y examinar hasta ahora estaban sumamente adornados.

—Entonces, tiene razón, lo que hemos hallado es una cámara mortuoria.

—Sí Pancho, pero es muy extraña, como hemos podido ver anteriormente no tiene ni un solo grabado. Nos será muy difícil averiguar a quién y a qué época perteneció.

—Lástima que se haya destruido el sarcófago, porque parece ser que las únicas inscripciones que había eran las del interior.

—Tienes razón —le decía mientras miraba lo poco que quedaba y los fragmentos repartidos por el suelo.

En ese mismo instante, comenzó a levantarse. Ya de pie, se quitó la mochila y la dejó en el suelo, la

abrió y sacó unos papeles en blanco y el carboncillo, que dio a Pancho.

—¿Qué quiere que haga con esto? —le preguntó.

—Toma unos cuantos papeles, coge los fragmentos que puedas y comienza a calcar los grabados de esta forma —le dijo mientras le mostraba cómo debía hacerlo.

Pancho comenzó a calcar el mayor número de inscripciones posible, pues el tiempo apremiaba. Mientras, Thomas miraba la fascinante momia y tomaba apuntes en su libreta de todo, estaba convencido que no pertenecía a la civilización olmeca, ni a ninguna otra que se conociera. Aunque la manera de momificar, la construcción y multitud de detalles que habían hallado se parecían a otros ya encontrados y estudiados, Thomas continuaba pensando que no pertenecía a ninguna de ellas. ¿Sería esta civilización la madre de todas las demás?, ¿o quizás simplemente era un montaje para engañar a los saqueadores de tumbas? Y si era así, ¿por qué ese atuendo tan raro y esas inscripciones nunca antes vistas?

Multitud de nuevas dudas surgieron en su mente tras el nuevo hallazgo. Pensativo y muy concentrado en lo que estaba haciendo, una voz le interrumpió:

—Ya está jefe, he hecho los que he podido, los demás fragmentos están demasiado deteriorados para calcarlos.

—Muy bien Pancho, guárdalos y acércate.

Guardó con sumo cuidado todos los papeles y el carboncillo en el interior de la mochila y se acercó donde se encontraba Thomas de rodillas. Se puso en la misma posición que él y Thomas comenzó a decirle:

—Mira bien esta momia, fijate con qué cuidado la momificaron.

—Perdone que le interrumpa. ¿Ha visto eso que tiene en el cuello? —le señalaba con el dedo.

—No. ¿Qué es? —le preguntó intentando ver lo que le señalaba.

—Eso. Parece una cuerda, y si la sigue, se pierde bajo su ropa.

Thomas, se acercó con mucho cuidado para ver lo que le estaba indicando y exclamó al verlo:

—¡Es verdad! No me había dado cuenta. Menos mal que estás tú aquí —le dijo mientras le daba unas palmadas en la espalda.

—Gracias jefe, pero seguro que se hubiera dado cuenta.

Thomas sacó de su chaleco un bolígrafo y lo introdujo, con sumo cuidado para no ocasionar ningún desperfecto, entre el cuello de la momia y la cuerda. Seguidamente comenzó a tirar de ella con la intención de ver si tenía algún tipo de colgante u otro ornamento en su extremo, pero antes de poder acabar, la sala comenzó a temblar nuevamente, sin que a él le afectara ni le molestara.

—Otro temblor, jefe. ¿Nos resguardamos? ¿O será como los anteriores? —le decía Pancho mientras miraba a un lado y a otro.

—Espera, espera —le contestó haciendo caso omiso al temblor, al estar tan concentrado en la operación que estaba efectuando.

Aquel temblor, que era menos intenso que los anteriores, hacía que la sala se estremeciera de una forma diferente, como si procediera del suelo. Pancho, que comenzaba a asustarse, volvió a preguntar:

—¿Qué hacemos?

—Ya casi estoy, tranquilízate.

Se encontraba manipulando algo muy delicado, con cualquier movimiento brusco de su mano podría estropearlo.

—¡Ya está! —gritó.

—Muy bien, pero ¿qué hacemos?

—¿Qué hacemos de qué? —En ese mismo instante se dio cuenta del temblor y añadió—: ¡Dios mío!, otro temblor. ¿Por qué no me has avisado?

—Pero si llevo un rato diciéndoselo y no me hacía caso —le dijo asombrado ante su pregunta.

—Perdóname, tienes razón, estaba tan concentrado que no me había dado cuenta. Vayamos a aquella pared para resguardarnos.

Corrieron los dos hasta la pared y, ya en ella, Pancho le preguntó:

—¿Ha encontrado algo?

—Sí, mira.

Thomas abrió lentamente la mano de la que colgaba la cuerda y dejó al descubierto aquello que durante tanto tiempo había permanecido oculto. Lo que sus ojos estaban viendo era un colgante de piedra cuadrado, en el cual se podía ver un grabado.

—¿Qué tiene grabado? ¿Es una inscripción?

—No me ha dado tiempo a mirarlo con las prisas, pero ahora mismo te digo lo que es.

Se acercó el colgante para verlo mejor, cuando de repente el temblor comenzó a ganar intensidad. Pancho, tan asustadizo como siempre, se abrazó fuertemente a Thomas, provocando que el colgante cayera al suelo.

—Tranquilízate un poco, Pancho, mira lo que has hecho —le decía intentando deshacerse de su abrazo para coger el colgante.

—Lo siento jefe, pero estos temblores me ponen muy nervioso.

Cuando al fin pudo deshacerse de él, se agachó para recoger el colgante muy lentamente y con cuidado, pues el temblor le hacía perder el equilibrio. Cuando lo tuvo al alcance de su mano, pudo ver aterrizado como una enorme grieta comenzaba a abrirse debajo de sus pies. Rápidamente cogió el colgante, lo metió en uno de los bolsillos del chaleco, se levantó y, sin perder de vista la evolución de aquella grieta, cogió a Pancho del brazo y le gritó:

—¡Corramos! Este lugar ya no es seguro.

—¿Por qué dice eso ahora? ¿Qué pasa?

Pancho, sin saber aún lo que ocurría y dejándose llevar por Thomas, miró al suelo y gritó:

—¡Dios mío! ¡De ésta no salimos!

—Claro que saldremos, te lo aseguro.

Recorrieron la sala de una punta a otra, acabando en la pared que tenía la pequeña abertura. Apoyados en ella, veían con espanto como el suelo comenzaba a abrirse, provocando que cayeran por su interior multitud de fragmentos del sarcófago, y se acercaba peligrosamente a la momia.

—¡Noooo! —gritó Thomas al ver la gran pérdida que iban a sufrir.

—Jefe, se está tragando todo lo que hemos descubierto. Thomas, sin pensárselo dos veces, comenzó a correr para ver si podía salvar la momia y algún pedazo del sarcófago, pero otra grieta comenzó a abrirse justo al lado de la momia, haciéndola tambalearse hacia el interior. Al ver esto, Thomas se lanzó al suelo para intentar salvar aquello que con tanto esfuerzo habían hallado. Comenzó a deslizarse hasta que llegó donde se encontraba la momia, y la cogió del pañuelo que llevaba en la cintura justo en el último momento, cuando ya iba a caer al abismo.

—¡Ya la tengo, Pancho! —le gritó enseñándosela.

—¡Muy bien, jefe! —le contestó orgulloso de él sin moverse de la pared.

Thomas miró hacia el interior de la grieta y pudo ver que todo lo que caía en ella se perdía en la oscuridad. De repente un grito lo alarmó.

—¡Cuidado!, ¡detrás de usted! —le decía Pancho muy nervioso.

Al girarse para ver el motivo de su alarma, contempló con espanto cómo se le acercaba otra grieta rápidamente. Se intentó levantar con cuidado para no estropear la momia, pero ya era demasiado tarde, la grieta los engulló a él y a la momia. Pancho, que vio toda la terrible escena, quedó inmóvil, sin palabras, sin poder reaccionar; ni siquiera parpadeaba. Tras unos instantes, sus ojos volvieron a parpadear. Muy asustado y con rabia, al ver que no había podido hacer nada por su jefe, sacó fuerzas de su interior y comenzó a correr hacia la grieta que había engullido a Thomas, con tan mala suerte que tropezó y cayó al suelo. Se arrastró hasta que llegó a ella y, cuando se disponía asomarse para ver si lo veía, la momia surgió del interior. Esto hizo que Pancho se diera un susto de muerte y se levantara rápidamente. Como todavía no se había recuperado, pudo escuchar una voz familiar que lo llamaba. Paralizado por el miedo y con la sensación de que en cualquier momento se le saldría el corazón por la boca, preguntó con voz temblorosa:

—¿Quién me llama?

—¿Pues quién te va a llamar? ¡Ayúdame a salir! —le gritó Thomas desde el interior de la grieta.

Se asomó para ver a su jefe, que creía muerto, y muy contento exclamó con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Está vivo!

—*Je, je*, no te vas a librar de mí tan fácilmente —comenzó a reír.

Pancho se puso de rodillas y pudo ver cómo Thomas estaba colgado con una sola mano de una roca.

—Déme la mano; le ayudaré a subir.

La sala se estaba convirtiendo en un infierno. El temblor ganaba intensidad con cada minuto que pasaba, las grietas del suelo cada vez eran más grandes y multitud de nuevas y enormes grietas comenzaron a salir por el techo y las paredes.

Pancho, que había conseguido sacar a Thomas, recibió un abrazo en señal de agradecimiento por el valor que había demostrado acercándose, sin saber si seguía vivo.

Tras acabar de abrazarlo efusivamente, le dijo:

—Debemos salir de aquí como sea, porque no creo que este lugar continúe en pie mucho más.

—¿Pero cómo? Hemos estado buscando en todos los rincones y no hemos encontrado nada.

—No lo sé aún, pero alguna cosa se me ocurrirá. Por el momento, lo que debemos hacer es poner la momia a salvo en aquella pared —le señalaba donde anteriormente se habían refugiado.

Tras decir esto, recogieron la momia del suelo, que desgraciadamente había sufrido algunos desperfectos, y se encaminaron hacia la pared, sorteando con dificultad las grietas del suelo.

Extrañamente el temblor cesó, las grietas se detuvieron y todo volvió a quedar en una calma efímera. Thomas y Pancho se detuvieron un instante, agotados y sorprendidos por el repentino e inexplicable cese del temblor.

—¿Qué va a suceder ahora? —le preguntó Pancho muy asustado.

—Si te soy sincero, no lo sé. Podemos esperar que ocurra cualquier cosa. Lo mejor será que sigamos.

Al llegar a la pared, dejaron con suma delicadeza la malograda momia. Seguidamente Thomas puso

su mano sobre el hombro de Pancho.

—No sé si saldremos con vida de este lugar, pero quiero que sepas que ha sido un placer trabajar contigo —le dijo con voz temblorosa y con los ojos humedecidos.

—Para mí también, jefe, pero no diga eso, parece como si lo diera todo por perdido.

Thomas agachó la cabeza, colocó su otra mano en sus ojos y le dijo con voz entrecortada:

—Pancho, por más que pienso e intento, ya no sé qué más hacer.

—No pierda la esperanza, acuérdesse de todo lo que me dijo cuando me encontraba bajo de moral. Además, creo que esta sala aún nos depara muchas sorpresas.

Thomas comenzó a reír al escuchar sus palabras y le dijo:

—¿Te das cuenta de cómo se han intercambiado los papeles? Antes era yo el que te daba ánimos para continuar y ahora eres tú el que me los da a mí.

—Para eso estamos, para lo bueno y lo malo —le dijo Pancho poniendo las manos sobre sus hombros—. Yo confío plenamente en usted, por ese motivo debe pensar en lo que hemos encontrado y en la manera de salir de este lugar, para que nuestra hazaña no quede en el olvido.

Tras estas palabras de ánimo, Thomas levantó su cabeza, lo miró fijamente a los ojos y vio en ellos a un hombre lleno de esperanza, que no estaba dispuesto a morir en aquel lugar y que lucharía por ello.

—Tienes razón, querido amigo. Te agradezco tu gran gesto, pues tu fuerza de voluntad y de esperanza son las que han hecho que yo recobrara las mías. Te lo agradezco de todo...

En ese mismo instante y sin que se lo esperaran, la sala volvió a estremecerse, el suelo que tenían bajo sus pies comenzó a temblar y seguidamente a abrirse. Al ver esto, Pancho empujó con fuerza a Thomas, haciéndole retroceder y caer al suelo, donde quedó a salvo. En cambio, él y la momia no corrieron la misma suerte, pues quedaron atrapados junto a la pared rodeados de la nada. Thomas, sorprendido por el acto heroico de Pancho, le gritó mientras se levantaba y buscaba la manera de sacarlo:

—¡No te muevas! ¡Ahora voy en tu ayuda!

Las paredes y el techo, que se hallaban agrietados por los sucesivos temblores, comenzaron a derrumbarse, provocando que su situación se agravara más.

—¡Jefe! —gritó Pancho desesperado—, busque la manera de salir de aquí y sálvese, se le acaba el tiempo.

—No pienso dejarte, saldremos juntos de ésta.

La sala comenzó a llenarse de polvo, lo que les dificultaba la respiración y la visión. El ruido del temblor, sumado a las piedras que caían, también les dificultaba que se entendieran entre sí. Pese a todas estas condiciones adversas, Thomas continuaba buscando la manera de ayudar a Pancho.

—No le veo. ¿Dónde está? —preguntaba Pancho.

—Estoy aquí, en una de las paredes.

Cegado por el polvo, Thomas se agachó y comenzó a palpar el suelo y la pared, con la intención de localizar a su compañero, sin correr el peligro de caer en una de las grietas o que la pared se derrumbara a su paso. De repente escuchó a Pancho gritar:

—¡Jefe!, se me acaba el tiempo. El suelo se derrumba. ¡Voy a caer!

En ese mismo instante Thomas se detuvo; algo llamó su atención. Una ráfaga de aire comenzó acariciar suavemente su rostro. Abrió sus ojos para ver la procedencia y sorprendido gritó:

—¡Pancho, estamos salvados! ¡He encontrado una salida!

—¿Cómo dice? ¿No le entiendo? ¿Dónde está? Tengo mucho miedo, Thomas, no me queda sitio donde poner los pies. Desgraciadamente la momia ha caído al abismo y si tarda mucho yo correré la misma suerte.

Thomas, que con muchas dificultades escuchó lo que le había dicho su compañero, y viendo que le era imposible hacer nada por él, se encontró en un dilema.

Comenzó a pensar en lo que debía hacer, quedarse allí y morir junto a Pancho, a quien no podía ayudar, o salvarse por la salida que había encontrado.

El tiempo se le agotaba, las paredes comenzaron a desmoronarse y el techo empezaba a caer.

Thomas estaba en una grieta que se había formado bajo la abertura de respiración recién encontrada. Por fortuna para él, tras esa abertura había un pasadizo. Entró y se sentó, a salvo del derrumbe de la sala, mientras continuaba pensando qué hacer con su compañero, al que escuchaba gritar asustado.

Asomó la cabeza por la grieta y le gritó:

—¡Pancho, no encuentro ninguna salida!

Al escucharlo, le contestó:

—¡Siga buscando! Confío en usted.

Al oír la respuesta de su compañero, las lágrimas le comenzaron a recorrer el rostro a Thomas. Veía como aquel hombre, que se encontraba en las puertas de la muerte, no perdía la esperanza. Pensaba que su jefe aún podría hacer algo por ayudarlo, pero él sabía que no podía ayudarlo.

Thomas, al ver la fe que Pancho tenía depositada en él, comprendió que no podía dejarlo solo y que debía quedarse junto a él hasta el último momento.

Pancho, que sabía que esos eran sus últimos instantes de vida, y con la cara repleta de lágrimas, no cesaba de gritar.

Volvió a asomarse y escuchó que Pancho gritaba con tono triste, como si se estuviera despidiendo de él:

—¡Thomas McGrady! ¡Ha sido un orgullo estar a su lado! ¡Acuérdese de mí!

En ese mismo instante se escuchó un grito de horror, y seguidamente... silencio. Thomas, acongojado por la terrible situación que estaba ocurriendo, gritó:

—¡Nooooo!

Volvió a introducir su cuerpo en la grieta, cogió su linterna y, envuelto en lágrimas de dolor y desconsuelo, comenzó a correr por el pasadizo, repitiendo continuamente la misma frase:

—¡Gracias Pancho! ¡No te olvidaré en la vida!

Llevaba más de una hora recorriendo el pasadizo y, aunque se encontraba más tranquilo, su rostro, todavía lleno de lágrimas al no poder dejar de pensar en Pancho, reflejaba un estado anímico bajo, al que se le sumaba el agotamiento, que a cada paso que daba aumentaba.

La tenue luz de su linterna buscaba en la oscuridad la salida, pero aquel pasadizo, húmedo y estrecho, le parecía interminable. Aún así, dentro de él le decía que el final se encontraba cerca, pues el rumor que anteriormente había escuchado salir por la abertura, cuando se encontraba en el interior de la sala, se hacía más fuerte, y la ráfaga de aire cada vez era más intensa. De repente, vio algo extraño en la pared. Primero creyó que era una fisura o una grieta de la roca, ya que aquel pasadizo no tenía las paredes lisas como los anteriores, pero no muy convencido se acercó para comprobarlo y pudo ver que se había equivocado. Lo que tenía frente a él era un dibujo grabado en la pared, de unos dos metros de largo, que

se componía de dos escenas. Sorprendido ante aquel hallazgo y extrañado por el lugar donde lo había encontrado, recordó las palabras de ánimo que le dio su querido compañero: «No pierda la esperanza, acuérdesse de todo lo que me dijo cuando me encontraba bajo de moral. Además, creo que esta sala aún nos depara muchas sorpresas».

Comenzó a reír al recordarlas y pensó en voz alta:

—Qué razón tenías, amigo mío; qué razón tenías.

Comenzó a mirar las diferentes escenas del dibujo, con la esperanza que le arrojaran algo de luz sobre el enigma de aquella momia y lo que la rodeaba.

La primera escena se componía de lo que parecían ser dos barcas, en la primera de ellas había un hombre sentado, con sus manos orientadas hacia el cielo y vestido igual que la momia que habían hallado. En la segunda barca había cuatro hombres con el mismo atuendo, que era muy extraño, y pudo distinguir una especie de espada que sujetaba cada uno de ellos. De la misma forma que las manos del primer hombre, las llevaban orientadas al cielo.

Más confundido que antes, prosiguió mirando para ver si la otra escena conseguía desvelarle el secreto.

En esta, el hombre que iba sobre la barca estaba sentado en el suelo frente a otro hombre que, por el atuendo que llevaba, parecía ser un indígena del lugar. Aquel hombre volvía a señalar al cielo, donde ahora aparecían dibujadas unas estrellas que mostraban una constelación. Detrás de aquellos dos hombres, que estaban sentados, se hallaban los otros cuatro, señalando con sus espadas lo que parecía ser una multitud de personas arrodilladas.

Sin salir de su asombro, Thomas quedó perplejo ante las escenas que había visto. No entendía nada de nada. A las preguntas sin respuesta que anteriormente le habían surgido se les sumaban ahora otras: ¿de dónde procedían aquellos hombres que venían sobre barcas?, ¿a quién y qué hablaban cuando estaban sentados?, ¿por qué señalaban con sus manos a lo que parecía ser una constelación?, ¿vinieron en son de paz o vinieron a sembrar el pánico? ¿y qué hacían esos grabados en el pasadizo y quién los hizo?

—¡Dios mío! —volvió a pensar en voz alta.

Thomas estaba hecho un lío, tenía demasiada información y pocas pistas que indicaran a quién había pertenecido todo aquello. Nunca antes había escuchado, ni leído, sobre un encuentro entre civilizaciones similar. Tras mirar el grabado nuevamente, sacó su libreta y comenzó a dibujar lo que había encontrado y a tomar apuntes, con la esperanza de que si salía con vida de allí podría estudiarlo todo con más detenimiento y quizás encontrar respuesta a todas sus preguntas.

Cuando terminó de copiar todo lo que pudo, continuó avanzando por el pasadizo, pero le hizo falta una hora más hasta que consiguió llegar al final. Una vez allí se encontró con una desagradable sorpresa: volvía a estar atrapado, se hallaba sin salida nuevamente.

Se asomó al borde del pasadizo, que daba a una cueva interior, y en el fondo de ella, a unos cuantos metros, descubrió lo que producía el murmullo, era un río subterráneo.

Sentado al filo del pasadizo, con la mirada perdida y sabiendo que correría la misma suerte que Pancho, pensaba en todo lo que había sucedido, el hallazgo de la losa, los túneles, la pared y el enigmático grabado que tenía. Tras esa pared, la sala, el altar que luego resultó ser un sarcófago, las misteriosas inscripciones, las hojas y la momia de su interior, la desafortunada pérdida de todo ello y, por último, el dibujo que había hallado. Pero a lo que no dejaba de darle vueltas a la cabeza era a la muerte de Pancho y a lo que hubiera ocurrido si él no hubiera aceptado seguirle. En ese mismo instante,

absorto en sus pensamientos y en su melancolía, recordó cómo había aceptado excavar en aquel lugar, ahora maldito para él.

# RECUERDOS DEL PASADO

*Clase de Historia,  
Universidad Lebo (Estados Unidos). Seis meses antes.*

Thomas estaba dando su clase de Historia, situado frente la pizarra de espaldas a sus alumnos, escribiendo los nombres de los más grandes faraones del Antiguo Egipto, cuando de repente alguien interrumpió la clase dando tres golpes en la puerta. Thomas se giró y se disculpó ante sus alumnos por la interrupción, y seguidamente se dirigió hacia la puerta para ver quién era. Al abrirla, pudo comprobar que era el director de la universidad, que le susurró:

—Perdóneme por la interrupción, ¿podría salir un momento?

Thomas accedió a su petición, no sin antes decirles a sus alumnos que repasaran el tema que estaban tocando. Cuando hubo cerrado la puerta, Thomas le preguntó preocupado:

—¿Ha pasado algo?

—No se preocupe, no ha pasado nada. Solamente le quería entregar este sobre —le contestó mientras se lo daba.

—¿Quién se lo ha dado? —le volvió a preguntar extrañado, mientras observaba el sobre, que estaba completamente en blanco.

—Eran dos hombres vestidos con traje, pero ninguno de ellos se ha identificado. Lo único que me han dicho era que se lo entregara lo antes posible, pues su contenido le podría interesar mucho.

Tras decir esto y habiéndose despedido los dos, Thomas volvió a entrar en la clase, se disculpó nuevamente por la tardanza y, después de dejar el sobre en el interior de su maletín, reanudó la clase.

Mientras proseguía con su explicación, miraba continuamente el maletín, extrañado y ansioso a la vez por averiguar lo que contenía el sobre que había guardado en su interior.

Al acabar su clase, media hora después, Thomas esperó a que salieran todos los alumnos, sacó de su maletín el sobre y se dispuso abrirlo. Cogió el abrecartas de uno de los cajones de su mesa, pero cuando lo acercó al sobre, un alumno despistado entró en clase y lo sobresaltó. Tras coger los libros que se había dejado en su pupitre y disculparse, con una sonrisa en su cara por el susto que le había dado, Thomas volvió a quedarse solo. Cuando se hubo tranquilizado, pensó que sería mejor abrirlo en su despacho, sin que nadie lo volviera a sobresaltar.

Salió de la clase y comenzó a recorrer, con la mirada fija en el sobre, los escasos metros que lo separaban de su despacho. Al llegar, abrió la puerta, dejó el maletín en un perchero que había junto a ella, la empujó con el pie para cerrarla y encendió la luz. Seguidamente se dirigió hacia el pequeño escritorio que tenía junto a la ventana, que daba al campo de béisbol, dejó el sobre encima de la mesa y se sentó en su cómoda silla de piel reclinable con ruedas. Comenzó a dar vueltas con ella, como si de un niño pequeño se tratase, nervioso por saber lo que contenía el sobre y descubrir, al fin, qué era aquello que le podría interesar tanto.

El ambiente que creaba su despacho contribuía a darle más intriga a la extraña situación que estaba

viviendo. Era muy pequeño, tenía dos estanterías; una repleta de libros, antiguos y nuevos, que hablaban de civilizaciones ya desaparecidas, de ritos y culturas antiguas, de leyendas, etc., y otra con la repisa de arriba llena de cajas de diapositivas sobre esas culturas, de sus monumentos, sus escrituras, etc., y con las otras repletas de antigüedades, reliquias de sus viajes y de alguna excavación en la que había participado. En resumen, al entrar en él daba la sensación de encontrarte en un museo de Historia.

Con el abrecartas en una mano y el sobre en la otra, se dispuso abrirlo para acabar con el misterio que le estaba corroyendo por dentro. Lentamente comenzó a rasgar el sobre por un lado y, cuando lo tuvo abierto, lo giró y lo zarandó para que cayera sobre la mesa lo que había dentro. De repente, salió una pequeña tarjeta, que cogió y observó detenidamente. Una de sus caras contenía una dirección escrita a mano y en la otra una hora, las 20:40. Rápidamente miró el reloj que tenía sobre su escritorio y vio que eran las 19:30. Desconcertado, volvió a coger el sobre y miró en el interior por si contenía algún otro papel u otra cosa; pero estaba completamente vacío, solamente llevaba aquella tarjeta.

Aún más intrigado porque el contenido no le había desvelado el misterio, cogió una guía de la ciudad y buscó la dirección que llevaba escrita la tarjeta. Comprobó que era un camino en las afueras de la ciudad, que conducía al bosque. Thomas, que ya no aguantaba más aquella situación y deseoso por saber qué sucedería si acudía a la cita, se levantó de su silla, metió la tarjeta en uno de los bolsillos traseros del pantalón, cogió su maletín del perchero, apagó la luz, cerró con llave su despacho y se encaminó hacia el aparcamiento, con la intención de coger su coche para acudir a ella.

Mientras se dirigía hacia la dirección que contenía la tarjeta, no dejaba de mirar el reloj que llevaba en el salpicadero, pensando en lo que encontraría al llegar y en si hacía bien o no en ir.

Su cabeza no dejaba de darle vueltas, una y otra vez, a las palabras que dijeron aquellos hombres al darle el sobre al director, provocando que se preguntara sin cesar qué quisieron decir con que le interesaría tanto.

Pensativo, puso el intermitente para girar hacia el desvío que lo conduciría a través del bosque hasta su cita.

Se introdujo por un estrecho camino de asfalto, que dio paso a otro de tierra, repleto de socavones y ramas secas de los innumerables árboles que lo flanqueaban. Thomas miraba a un lado y a otro con la intención de ver alguna luz, pues la oscuridad de aquel lugar era absoluta y ni siquiera el reflejo de la luna, que aquella noche brillaba con fuerza, podía atravesar las ramas del frondoso bosque.

El reloj del salpicadero marcaba las 20:39 y había llegado al final del camino, frente una puerta metálica oxidada por el paso del tiempo. Desorientado y sin saber qué hacer, detuvo el coche, se bajó de él y comenzó a caminar hacia la puerta. Una vez delante, giró la cabeza y vio un pequeño interfono. Se acercó y presionó el pequeño botón de color rojo que tenía. Tras hacerlo, una voz surgió de él diciéndole:

—Señor Thomas McGrady, mi señor se alegra de que haya aceptado la invitación.

Sin que le diera tiempo a decir ni una palabra, la puerta que le bloqueaba el paso comenzó abrirse.

Rápidamente se introdujo de nuevo en su coche y reanudó la marcha despacio por un camino rodeado de robles.

A lo lejos, podía ver la impresionante mansión rodeada de grandes jardines y de majestuosas fuentes.

A medida que se acercaba pudo ver la entrada principal y, en ella, la silueta de una persona que parecía estar esperándolo. Al llegar, comprobó que aquella silueta que había visto anteriormente era la del mayordomo, el cual, al detener el coche, se acercó y le abrió la puerta, y mientras lo ayudaba a bajar

le dijo:

—Buenas noches señor McGrady.

—Buenas noches —le respondió Thomas mientras bajaba.

—Mi señor agradece su puntualidad y se alegra de que haya aceptado la invitación —le decía cerrando la puerta del coche—. Le acompañaré hasta la biblioteca; allí deberá esperar su llegada.

Seguidamente, entraron a la gran mansión.

Mientras se dirigían hacia la biblioteca, Thomas observaba impresionado el interior de la mansión.

Seis grandes columnas de mármol blanco adornaban el *hall*, el suelo estaba revestido por enormes baldosas de color blanco y negro, multitud de cuadros de diversos tipos adornaban las paredes y una gran escalera de madera con una formidable alfombra roja daba paso a la segunda planta.

Abrumado ante tanta majestuosidad e intrigado al no comprender qué querría de él aquel adinerado hombre, le preguntó al mayordomo:

—Perdona, ¿Sabes qué quiere tu señor de mí?

—Debo recordarle que soy un simple mayordomo y los negocios de mi señor no son de mi incumbencia —le respondió sin mirarle y muy refinadamente.

Thomas, al escuchar la respuesta del mayordomo, hizo un gesto de sorpresa con su rostro.

Al llegar a una puerta corredera, el mayordomo se detuvo, la abrió y lo invitó a pasar mientras le decía con rostro serio y remilgado:

—Espérese aquí, en unos instantes vendrá mi señor. Tras decir esto, cerró la puerta.

Solo e intrigado, comenzó a caminar por la enorme biblioteca, que se dividía en dos plantas.

Subió por una escalera de caracol metálica que llegaba hasta la planta de arriba, que estaba llena en su totalidad de libros, quizás cientos. Comenzó a ojear unos cuantos y pudo comprobar que algunos de ellos eran muy antiguos.

Tras bajar, observó la primera planta, que parecía ser el lugar de lectura y punto de reuniones, puesto que en medio de ella había una gran mesa rectangular con doce confortables sillas que la rodeaban y con un formidable sillón de cuero negro que la presidía. Sobre ella y alumbrándola, se hallaba una enorme lámpara de cristales de colores. Al fondo de esa planta había una impresionante chimenea con una bola del mundo al lado. Al abrirla, vio que contenía en su interior botellas de licor y vasos. Sobre la chimenea había un gran cuadro que llamó su atención. Era un antiguo papiro que tenía dibujadas unas líneas, colocadas sin ningún sentido aparente.

Mientras estaba embelesado ante tan extraña obra, oyó una voz que le dijo:

—Es fascinante, ¿verdad?

Thomas se giró rápidamente y vio en la puerta al que debía ser el señor de aquella mansión. Aquel hombre debía tener unos 62 ó 65 años, su pelo era canoso y tenía el semblante afable, lo que le daba la apariencia de ser un buen hombre. Llevaba unas pequeñas gafas de color negro con vidrios gruesos. Vestía un elegante traje negro, conjuntado con una corbata y una camisa azul turquesa que le restaba sobriedad a dicho traje. Debido a la edad, o por afición, llevaba en su mano un bastón de madera que tenía en su extremo una réplica en miniatura de la máscara de Tutankhamón, que parecía ser de oro.

—Sí que es fascinante, nunca antes había visto algo parecido —le respondió Thomas acercándose a él.

—Ni creo que lo vea en ningún otro sitio, pues este cuadro es único y no consta su existencia en

ningún lugar. Ha pertenecido a mi familia durante generaciones y todavía hoy es un misterio su origen.

Aquel misterioso hombre comenzó acercarse a la mesa y, con pasos cortos y lentos, mientras caminaba de espaldas a él le dijo:

—Le agradezco su puntualidad y me alegro de que haya aceptado mi invitación, le aseguro que no se va a arrepentir.

Al llegar a la mesa, colocó su bastón en una de las sillas y se sentó en el sillón que la presidía. Seguidamente y con un gesto de su mano invitó a Thomas, que permanecía inmóvil, a sentarse junto a él. Cuando ya estuvo sentado, aquel hombre sacó una pequeña campanilla de uno de sus bolsillos y comenzó a hacerla sonar. Inmediatamente el mayordomo entró en la biblioteca preguntándoles si los señores querían tomar alguna cosa. Thomas contestó que no tomaría nada, en cambio su señor le respondió que tomaría una copa de coñac. Tras haberle puesto la copa y preguntado si necesitaban alguna cosa más, el mayordomo se retiró, dejándoles solos nuevamente.

El misterioso hombre levantó su copa, la comenzó a mover y mirando el contenido le dijo:

—Se preguntará quién soy y el porqué de mi invitación.

Thomas, que cada vez estaba más nervioso ante tan extraña situación, respondió:

—Me tiene intrigado. No llego a entender el interés que tiene en mí.

—Ahora mismo le desvelaré todas sus dudas, empezaré presentándome. Me llamo Arthur Moulen y, aunque no lo crea, mis antepasados, que procedían de España, vinieron aquí hace mucho tiempo buscando trabajo, fortuna..., y como habrá podido comprobar, no les fue nada mal —hizo una pausa, bebió de la copa y prosiguió—: Mi interés por las antigüedades me ha llevado hasta la obsesión, he viajado y buscado por todos los rincones del mundo, pero el tiempo no pasa en balde y mi edad ha conseguido encerrarme en esta mansión.

—No entiendo nada. ¿Qué me quiere decir con todo esto? ¿Qué quiere de mí? ¿De qué me conoce? —le comenzó a preguntar interrumpiéndole.

—Tranquilícese, todo a su debido tiempo.

Dejó la copa sobre la mesa y se levantó con dificultad de su cómodo sillón, cogió su bastón y se acercó a la chimenea. Al llegar a ella, presionó con suavidad una de las esquinas del cuadro, y al hacerlo, comenzó a desplazarse hacia arriba, dejando al descubierto una caja fuerte. Seguidamente levantó el bastón y desenroscó la máscara del faraón que tenía en su extremo. La colocó en una pequeña abertura que tenía la caja y, tras hacerlo, introdujo un código en un pequeño teclado. La puerta comenzó a abrirse lentamente.

Sin dejarle ver a Thomas lo que contenía en su interior, introdujo una mano y sacó un cilindro de aluminio de grandes dimensiones, de unos setenta centímetros, que se hallaba cerrado por sus dos extremos.

El Sr. Arthur volvió a cerrar la caja, sacó la máscara y el cuadro comenzó a descender hasta colocarse en su lugar original.

Thomas, que cada vez estaba más nervioso, miraba fijamente aquel misterioso tubo que con tanto cuidado portaba el hombre en su mano.

Sin mediar palabra con Thomas, el Sr. Arthur se sentó nuevamente en su sillón y con mucha delicadeza apoyó sobre la mesa su tanpreciado objeto.

Ya acomodado, cogió nuevamente su copa y se dirigió a Thomas diciéndole:

—Éste es el motivo por el cual le hice llamar.

—No le entiendo, es simplemente un cilindro —le dijo no muy sorprendido pero a la vez intrigado.

Al escucharle, el Sr. Arthur comenzó a reír y le dijo:

—No es por el tubo —continuó riendo—, es por lo que guarda en su interior.

—¿Su interior? ¿Qué contiene? —le preguntó levantándose de la silla.

—Tranquílese, ahora mismo se lo enseño —explicó mientras dejaba su copa nuevamente sobre la mesa.

Tras decir estas palabras y bajo la atenta mirada de Thomas, comenzó a desenroscar el cilindro.

La tensión y el misterio se palpaban en la biblioteca. En breves instantes Thomas descubriría lo que guardaba en su interior y, al fin, sabría el motivo de aquella misteriosa cita.

Cuando lo hubo desenroscado por completo, separó las dos piezas, dejando con suavidad una de las mitades sobre la mesa.

Thomas, al ver lo que contenía en su interior, le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Este es el motivo por el que le he citado.

Con extremo cuidado, el Sr. Arthur liberó de la otra mitad del cilindro el contenido, dejándolo en la mesa. Seguidamente volvió a coger su copa y dijo:

—Acérquese y dígame lo que cree que es. Demuéstreme que no me he equivocado llamándole.

Thomas se acercó lentamente y con la mirada fija en el objeto. Cuando estuvo frente a él, exclamó:

—¡Esto es increíble! ¿Qué es? ¿Dónde lo ha conseguido?

—Eso se lo explicaré más tarde, primero me gustaría que le diera un vistazo.

Thomas cogió el objeto con suma delicadeza y lo comenzó a observar.

Lo que sostenía en sus manos era un tubo de madera de unos cinco centímetros de diámetro y unos sesenta o sesenta y cinco centímetros de largo. A primera vista, parecía ser muy antiguo, pero a su vez su estado de conservación era formidable. No había nada dibujado ni escrito a lo largo del tubo, salvo en uno de sus extremos, que parecía tener algún tipo de relieve. Al querer mirar mejor dicho relieve, se dio cuenta de que era una tapa. La abrió y comprobó que estaba hueco y que en su interior no contenía nada. Muy impresionado, preguntó:

—Dígame qué es y si sabe qué contenía.

—Sí, y creo que ha llegado el momento de que le explique la historia de dicho tubo. Siéntese y escuche atentamente mi relato. —Dio un pequeño sorbo a la copa y comenzó a explicarle—: Cuando Cristóbal Colón descubrió América, como usted bien sabrá, barcos repletos de exploradores y colonos vinieron buscando riquezas y nuevas tierras. Uno de estos exploradores descubrió, en tierras mayas, un antiguo templo venerado por esta civilización. Como bien se sabe, aquellos exploradores no eran muy delicados en sus métodos y saquearon, sin ningún tipo de escrúpulos, aquel recinto, quemando y destruyendo todo aquello que no fuera oro o algún tipo de joya. Pues bien, uno de los soldados que lo acompañaban cogió este tubo y se lo guardó sin que nadie se diera cuenta. Tras matar, saquear, quemar y vaya usted a saber qué cientos de barbaridades más, aquellos exploradores volvieron a España y, con ellos, el soldado y el tubo.

«Durante unos años permaneció oculto en casa de aquel humilde soldado, pero en aquella época la pobreza del pueblo era inmensa y se vio obligado a malvenderlo. —El Sr. Arthur hizo una pausa para levantarse del sillón; cogió su bastón y comenzó a caminar por la biblioteca, mientras proseguía con el

fantástico relato que tenía cautivado a Thomas—: Prosigo. Aquel soldado se deshizo de él y se lo vendió a un antepasado mío, que por fortuna supo ver el verdadero valor que tenía. Tras viajar por toda España en busca de fortuna, se embarcó con destino a América, llevando con él a su familia y sus pocas pertenencias. Después de muchos años de penuria, consiguió un pequeño terreno. A medida que pasaban el tiempo, éste fue creciendo y con él su fortuna, que ha ido pasando de generación a generación, dejándoles sus terrenos, su fortuna y cómo no, el tubo, hasta llegar a lo que ve hoy.

Thomas lo interrumpió preguntándole:

—¿Y no sabe qué contenía?

—Espérese, que no he acabado aún. Como le iba diciendo antes de su interrupción, hace unos meses mandé hacer unas reformas en la bodega y al picar el viejo cemento de una de las paredes descubrieron lo que parecía una cámara sellada. Rápidamente se me informó del hallazgo y me personé en el lugar para dar permiso para la apertura. Al abrirla, descubrimos con asombro que dicha cámara contenía varios cuadros y antigüedades. En una esquina de aquella cámara, olvidado por el paso de tiempo, encontré este tubo y un viejo diario. Tras leerlo atentamente, descubrí que perteneció a mi tatarabuelo, el cual explicaba toda su vida y el motivo por el que había escondido todas aquellas cosas en la cámara. También explicaba el origen del misterioso tubo. Fascinado, y viendo la importancia que había tenido aquella pieza en mi familia, decidí, aunque no le hacía falta, mandarlo a restaurar; y cuál fue mi sorpresa cuando una noche me llamaron pidiéndome que me acercara al laboratorio lo antes posible, pues habían descubierto algo sorprendente. —Se detuvo delante de la chimenea, señaló con el bastón el cuadro que antes había llamado la atención a Thomas y dijo—: Esto es lo que encontraron en su interior.

—¿El papiro? —le preguntó mientras se levantaba y se acercaba hasta donde se encontraba el Sr. Arthur.

—Sí, el papiro. Ha estado oculto en el interior de ese tubo durante miles de años, hasta ahora.

—Son simples rayas sin ningún sentido aparente. Quizás no sea tan antiguo, a lo mejor lo introdujo algún antepasado suyo en el interior.

—No, pues las pruebas que le hicieron en el laboratorio determinaron que tenía miles de años de antigüedad y que la tapa no había sido abierta en todo ese tiempo.

Thomas se acercó al cuadro y mirándolo le preguntó:

—¿Sabe lo que está diciendo? Si eso es cierto, este papiro es un descubrimiento sin precedentes y, como tal, debería ser estudiado por científicos de todo el mundo, para poder determinar con exactitud su antigüedad y su procedencia.

—Eso es imposible, ha pertenecido siempre a mi familia y seguirá perteneciendo a ella. Por ese motivo le hice venir. Sé que es una eminencia en estos temas y confío en que usted podrá averiguar su procedencia y si este papiro tiene algún significado.

—Pero entiéndalo, es un descubrimiento increíble. He estudiado todas las antiguas civilizaciones que poblaron la Tierra y nunca antes he visto algo parecido, ni siquiera esta forma tan extraña de guardar documentos.

—Hágame caso, déjeme que lo lleve a la universidad y se lo enseñe a unos colegas míos.

—Le he dicho que no, éste es su hogar y de aquí no se va a mover.

Thomas, que no entendía la tozudez de aquel hombre, no quiso insistirle más y decidió examinar el tubo, para ver si se le había escapado algún detalle.

Tras acercarse a la mesa, lo cogió y comenzó a mirarlo más concienzudamente que antes.

De repente, preguntó:

—¿Tiene una hoja de papel y un lápiz?

—¿Para qué los quiere? —preguntó el Sr. Arthur extrañado.

—Si lo tiene, démelo por favor, sólo será un momento.

El Sr. Arthur se acercó a una pequeña mesita, abrió uno de los cajones, sacó un lápiz y un papel y se los entregó, mientras le preguntaba extrañado y a la vez intrigado:

—¿Para qué los quiere?

—Espérese un momento, ahora mismo lo verá.

Thomas tiró el lápiz al suelo y comenzó a pisarlo con fuerza hasta que consiguió romperlo.

—¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco?

—Ahora le pido yo que tenga paciencia, confíe en mí.

Seguidamente se agachó y cogió la mina de carbón del interior del lápiz. Tras volver a incorporarse, colocó la hoja de papel que le había entregado sobre la tapa y empezó a frotar el carboncillo con fuerza sobre él.

—¿Ve ahora lo que quería hacer?

—Sí, pero no entiendo con qué fin.

—Mire y vea lo que aparece en el papel. El Sr. Arthur veía con asombro cómo comenzaba a aparecer algo.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado.

—Todavía no lo sé, este relieve es muy pequeño. Necesitaría alguna cosa que me aumentara la imagen para poder verla mejor. ¿No tendría por casualidad un proyector?

—Claro que sí, ahora mismo se lo traigo.

Mientras el Sr. Arthur buscaba el aparato, Thomas miraba el dibujo que había plasmado en el papel y se preguntaba: «¿Por qué se guardaba en su interior aquel extraño papiro?, ¿qué significado tiene?, ¿por qué lo encontraron en un templo maya?, ¿pertencería a ellos? Y si no, ¿a quién?».

Absorto en sus pensamientos, trataba de dar una respuesta a sus preguntas, cuando de repente una voz lo trajo de nuevo a la realidad:

—Aquí tiene lo que me ha pedido, espero que le sirva.

—Ahora mismo saldremos de dudas.

Sin perder tiempo, Thomas seccionó la parte del papel dibujada y la introdujo en el proyector.

—Apague la luz mientras lo pongo en marcha —le dijo Thomas ansioso.

El Sr. Arthur se acercó a la entrada, donde estaba situado el interruptor de la luz. Al apagarlo escuchó:

—¡Dios mío, no me lo puedo creer!

—¿Qué pasa? —preguntó el Sr. Arthur asustado.

—Venga rápido, mire lo que había dibujado.

—Pero si no le he puesto aún la pantalla para el proyector.

—Déjese de pantallas y venga.

Viendo la insistencia que demostraba Thomas, se acercó y al ver con sus propios ojos lo que le decía, exclamó:

—¡Es inaudito! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Lo que había pasado era que cuando Thomas puso el papel y conectó el proyector, el dibujo salió proyectado sobre un mueble y pudo ver que había dibujadas unas líneas como las del papiro, pero al no lograr verlas con nitidez buscó en la biblioteca alguna pared donde pudiera distinguir mejor el dibujo, mientras el Sr. Arthur apagaba la luz y preparaba la pantalla. Tras probar en varios lugares, decidió que el más adecuado sería el papiro, ya que era de grandes dimensiones y su color era el apropiado. Lo que Thomas no se imaginaba era lo que descubriría al hacerlo.

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó impresionado el Sr. Arthur.

—Si le digo la verdad, ha sido pura casualidad —le confesó Thomas.

—Eso ahora da igual, lo importante es que sin su ayuda no lo hubiera descubierto nunca. ¿Sabe qué es?

Thomas se levantó y se acercó hasta la chimenea sobre la que estaba colgado el cuadro. Durante unos minutos, y con la mirada fija en el papiro, permaneció callado, pensativo, completamente inmóvil.

—¿Qué es? Dígame algo —le preguntaba el Sr. Arthur muy excitado.

Thomas se giró hacia él y mirándolo serio le contestó:

—Es un mapa.

—¿Un mapa? —preguntó sorprendido.

—Sí, un mapa —le respondió nuevamente.

Lo que había conseguido Thomas era unir las piezas de un puzle, quizás el más antiguo de la historia. La primera pieza era el papiro, repleto de rayas sin sentido, y la segunda pieza era la tapa, igualmente repleta de rayas. Sorprendentemente, al unir dichas piezas surgía lo que parecía ser un mapa.

—¡Es increíble! En todos mis años de carrera jamás antes había visto algo parecido. Quien lo ideó se aseguró de que nadie lo encontrara jamás.

—Pero lo que no sabía esa persona era que usted lo lograría —le dijo el Sr. Arthur.

—Eso es cierto, pero ha sido por pura casualidad como le dije anteriormente. Si no hubiera movido el proyector, seguiría oculto.

—¿Sabe de dónde es o qué lugar indica? —le preguntó ansioso por saber.

—A primera vista no sabría decírselo. Pero si ese lugar existe, no debería ser muy difícil localizarlo, pues el mapa tiene muchos detalles. Si deja que me lo lleve, posiblemente podría averiguarlo.

—Rotundamente no, le he dicho que de aquí no se mueve —le dijo muy serio mientras se levantaba del sillón.

—Compréndalo, aquí no tengo los medios necesarios para identificar el lugar.

—¿Cómo que no! La planta de arriba de la biblioteca está repleta de libros y si necesitara alguna otra cosa, yo se la podría conseguir, por eso no debe preocuparse.

—No sabe lo que está diciendo... Podría tardar días, incluso meses. Debería estar viniendo cada día y, como entenderá, yo no tengo ese tiempo, pues doy clases.

—No se preocupe por eso. Todo el tiempo que permanezca aquí se lo pagaré muy bien, y por las clases tampoco se preocupe, mi mayordomo se encargará de llamar al director de su universidad.

—Pero...

—No tiene excusa —le dijo con tono autoritario.

El Sr. Arthur se acercó a la puerta de salida, la abrió y dijo:

—Le dejaré unos instantes solo para que se decida. Piense que esta oportunidad es única y que quizás

se arrepentiría toda la vida si la dejara escapar.

Tras decir esto, cerró la puerta.

Thomas se sentó en una silla y comenzó a pensar en las palabras que le había dicho. Sabía que lo que estaba frente a él era un descubrimiento único y que, posiblemente, jamás tendría la oportunidad de ver y estudiar algo igual.

Pensativo ante el ofrecimiento que le había propuesto el Sr. Arthur, no dejaba de mirar el mapa y de darle vueltas a la forma tan increíblemente extraña con la que había sido ocultado.

De repente la puerta de la biblioteca se abrió y apareció nuevamente el Sr. Arthur con un papel en la mano. Muy tranquilo encendió la luz, se acercó a la mesa, apagó el proyector y dijo:

—Sólo se lo voy a pedir una vez: si quiere aceptar mi propuesta, dígamelo ahora, y si no, firmeme este papel y después levántese de la silla y márchese.

Thomas, muy sorprendido ante su actitud, cogió el papel y comenzó a leerlo.

Lo que había escrito en aquel papel decía que tras salir de aquella mansión debería olvidar todo lo visto y ocurrido en ella, puesto que si contaba o escribía lo allí ocurrido sería denunciado y obligado a pagar una suma de dinero incalculable.

—Pero... ¡esto es un chantaje! —exclamó Thomas mientras dejaba el papel sobre la mesa muy enfadado.

—Llámelo como usted quiera, pero debe entender que no puedo correr el riesgo de que me lo quiten. Decídase ya, no tengo todo el día —le insistió mientras sacaba de su chaqueta un bolígrafo.

—Guárdese ese bolígrafo, no me hace falta. Me ha convencido.

—Me alegro de que haya entrado en razón. No dudé que aceptaría, ni siquiera por un instante.

Thomas se levantó de la silla, se acercó a la escalera de caracol que daba paso a la planta de arriba y dijo:

—Bueno, pues si es así empecemos cuanto antes a buscar, no hay tiempo que perder.

—Tiene razón, no perdamos más el tiempo hablando.

Mientras los minutos pasaban y se convertían en horas, aquellos dos hombres buscaban entre los cientos de libros que se hallaban en las estanterías. Decenas de libros abiertos se veían esparcidos por el suelo de toda la biblioteca.

La noche dio paso al día y todavía seguían buscando, sin fortuna, cuando de repente exclamó Thomas:

—¡Ya está! ¡Lo encontré!

Rápidamente el Sr. Arthur se acercó hasta Thomas, sorteando los numerosos libros que se hallaban desparramados por el suelo.

—¿Qué ha encontrado?

—Bajemos, necesito ver el mapa nuevamente.

Los dos hombres bajaron por la escalera sin perder tiempo. Al llegar abajo, el Sr. Arthur se dirigió a apagar la luz, mientras que Thomas, muy impaciente, ya había encendido el proyector y se había acercado al cuadro.

Al apagar la luz, Thomas dijo:

—¡Venga!, ¡mire!

—¿Lo ha encontrado? —preguntaba sin cesar un intrigado Sr. Arthur.

—Sí, por fin sabemos de dónde es —contestó mientras le echaba su brazo por encima del hombro.

Tras toda la noche de búsqueda, por fin habían encontrado lo que tanto ansiaban, la localización del

lugar que se hallaba en el cuadro y su procedencia.

El Sr. Arthur, que miraba el cuadro perplejo sin entender nada, preguntó:

—¿A quién pertenece y cuál es su localización?

—No hubiera imaginado nunca que lo encontraría en este libro —le contestó enseñándole la página de un libro que contenía una foto de satélite, y prosiguió—: Este libro habla de las civilizaciones que poblaron Honduras.

—¿Honduras? —preguntó ingenuamente.

—Eso es lo más raro. Usted me ha dicho que lo encontraron en un templo maya, ¿no?

—Sí, eso es lo que decía el diario de mi tatarabuelo.

—Pues entonces no lo entiendo —le dijo Thomas tocándose con la mano la barbilla.

—Acláreme de una vez este misterio. ¿Qué es lo que le parece tan extraño? No entiendo nada.

—Se lo voy a explicar. En Honduras nació una civilización llamada Olmeca, que permaneció en aquel lugar desde el 1200 a. C. hasta el 400 a. C. y este mapa señala la capital de aquella civilización. Fíjese bien en estas líneas gruesas de aquí. ¡Es increíble! —exclamó—, representan los ríos Grijalva y el Papaloapa, y entre ellos había dicha capital, llamada La Venta —le explicaba mientras comparaba el cuadro con la foto del libro.

—¡Es verdad!, ¡ahora lo consigo ver! —exclamó sorprendido.

Durante varios minutos observaron el libro y el cuadro con suma atención y, mientras lo hacían, Thomas apuntaba en una libreta, que previamente le había traído el Sr. Arthur, todo aquello que le parecía importante. Al acabar, Thomas se levantó de la mesa, encendió nuevamente la luz y volvió junto al Sr. Arthur, que estaba sentado, sin dejar de mirar boquiabierto el fascinante descubrimiento que habían hecho.

—¡Esto es increíble! Parece mentira que una cultura tan antigua hiciera algo así. Entre esas líneas sin sentido, ocultaron a la vista de extraños la localización exacta de su capital —le decía muy ilusionado.

—Es cierto. Además, su creador lo hizo sin escatimar detalles. Mire, están los ríos, templos, cultivos, incluso las estatuas.

Thomas lo escuchaba mientras miraba el libro y los apuntes. De repente, su rostro cambió y se volvió serio y preocupado. Pensativo, le hizo un gesto al Sr. Arthur para que cesase de hablar, pues parecía que alguna cosa le rondaba por la cabeza.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó extrañado ante tan repentino cambio de humor de Thomas.

—*Shhh...*, espérese un momento. He visto algo que no me cuadra —le contestó sin levantar la mirada de los apuntes.

El Sr. Arthur, perplejo ante el comportamiento de Thomas, volvió a preguntar:

—¿Me quiere decir qué pasa? ¿Qué es lo que no le cuadra?

Thomas se levantó y se acercó nuevamente al cuadro, llevándose consigo el libro. Colocó el libro sobre el cuadro y con el dedo índice de la mano derecha señaló un punto. Al hacerlo susurró:

—¿Por qué has llegado hasta aquí?

—¿Qué dice? —preguntó el Sr. Arthur sentado en el sillón.

—Venga un momento, por favor, hay algo muy extraño que me gustaría comentarle.

El Sr. Arthur se apresuró a levantarse, pues estaba muy intrigado. Cuando estuvo junto a él, vio el lugar que señalaba con su dedo y le preguntó:

—¿Qué señala? No hay nada en ese punto.

—Efectivamente, eso es lo que veo yo también. Ahora mire la foto del libro y dígame que ve.

—Veo una estatua, ¿qué tiene de raro? —le respondió con cara de sorpresa.

—Eso es lo raro, en el cuadro no está, en cambio en la foto actual... —Quedó pensativo.

—En la foto actual, ¿qué? ¿Quiere decirme algo claro ya? Me tiene en vilo.

Thomas continuaba contrastando las dos imágenes. Después de varios minutos, exclamó:

—¡Fíjese qué raro! —señaló nuevamente ese punto.

—Le repito que no veo nada raro, piense que la foto del libro es actual. Además, está hecha desde un satélite y no suelen cometer errores. En cambio, el papiro debe de tener miles de años y en todo ese tiempo hasta ahora, esa zona debe de haber sufrido muchos cambios.

—Eso es cierto, pero si se da cuenta, todo está en el mismo lugar. Donde antes había un templo, ahora están sus ruinas; en cambio, en este punto no había nada y ahora sí, y si se fija bien, este punto está más deteriorado que el resto. ¿No le parece extraño?

—¿Que está más deteriorado? —preguntó mientras se acercaba para comprobarlo, y tras hacerlo dijo —: Es verdad, cómo no nos habíamos dado cuenta antes. ¿Qué piensa?

—No lo sé, pero creo que en ese lugar había algo que quisieron ocultar.

Thomas, pensativo, se acercó hasta la mesa.

—¿Qué le pasa? —le preguntó el Sr. Arthur.

—Todo esto me parece muy misterioso y es una pena no poder averiguar qué intentaron ocultar.

—Si ocultaron algo —le dijo el Sr. Arthur acercándose a él.

—Seguro que sí, podría haber una tumba, joyas, o vaya usted a saber. Pero lo mejor de todo es que seguramente nadie habrá excavado en ese lugar.

Al escuchar las palabras de un entristecido Thomas, el Sr. Arthur comenzó a reír.

—¿De que se ríe? Yo no le veo la gracia —se quejó Thomas al ver su reacción.

—No me río de usted, sino de lo que ha dicho. Si se acuerda, le dije anteriormente que tengo obsesión con las antigüedades y creo que ésta es una buena oportunidad para mí en la que poder conseguirlas, y también para usted, si quiere, para encontrarlas y poder excavar en un lugar jamás antes excavado.

—¿Usted estaría dispuesto a financiar una excavación en aquel lugar?

—Por supuesto —afirmó rotundamente.

—Pero no es tan fácil, se necesitan muchos permisos y muchísimo dinero.

—Eso no es problema para mí. —Comenzó a reír nuevamente y prosiguió—: Usted dígame solamente si aceptaría ir.

Thomas se levantó de la silla, se acercó al cuadro y observándolo dijo:

—Acepto, pero la universidad...

—No siga, eso tampoco es problema.

Thomas y el Sr. Arthur estuvieron hablando durante horas sobre la universidad, sobre cómo se iba a realizar la excavación y los materiales necesarios para efectuarla. Al acabar, Thomas dijo:

—Bueno, pues si eso es todo me voy a mi casa a preparar las cosas que me harán falta para el viaje.

—Muy bien, mi mayordomo preparará su viaje en avión, se encargará del material necesario y contratará a personal para que le ayude. Cuando esté todo preparado le llamaré para decirle la hora en la

que saldrá el avión.

—De acuerdo —le dijo mientras tendía su mano al Sr. Arthur.

—Así quedamos —agarró su mano fuertemente.

Sin creer aún lo que estaba a punto de hacer —dejar su rutinaria vida, su casa, su universidad...—, salió de la mansión, se introdujo en su coche y se dirigió hacia su casa.

En el trayecto, su cabeza no cesaba de darle vueltas a la propuesta; una sensación de temor y a su vez de ilusión le recorría todo su cuerpo. Su sueño se iba a ver realizado, podría excavar en un lugar que, en teoría, se hallaba oculto, y sería el primero en ver y tocar restos de miles de años que, posiblemente, fueron escondidos con el fin de permanecer así para siempre.

Se encontraba absorto en sus pensamientos cuando se dio cuenta de que el Sol ya había salido por completo y que la calle donde había vivido los últimos cuatro años ya estaba repleta de gente, con sus vidas monótonas y vacías. En ese mismo instante se dio cuenta de que la vida le había ofrecido una oportunidad única e irrepetible.

Circulaba lentamente por la calle con su coche con la esperanza de que ese día, que había sido un día repleto de sorpresas, alguien le sorprendiera y le salvara de la búsqueda de aparcamiento que siempre duraba aproximadamente una hora. De repente, un coche comenzó a moverse frente a su puerta. «¡Qué suerte la mía!», pensó. Pacientemente esperó a que saliera y, al hacerlo, aparcó y salió del coche.

Había pasado toda la noche junto al Sr. Arthur buscando la solución del enigma y, por ello, decidió que antes de subir a su casa desayunaría en el bar de la esquina de la calle, en el que cada día lo hacía antes de ir a la universidad.

Ya sentado en la barra le pidió a la camarera, a la que llamaba cariñosamente mi pequeña, que le pusiera lo mismo que cada día. De repente, una voz le dijo susurrándole al oído:

—No se gire profesor y escuche atentamente lo que le voy a decir. No siga con esto y continúe su vida como hasta ahora o no lo podrá hacer jamás.

—¿Cómo dice? —preguntó girándose rápidamente y muy asustado.

—Aquí tienes tu desayuno, corazón —le dijo pequeña.

Thomas, que continuaba girado buscando el dueño de aquella voz, se dio la vuelta y mirándola le preguntó:

—¿Has visto quién había detrás de mí?

—No he visto a nadie. ¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó extrañada.

—Nada, nada, no importa. Un momento mi pequeña, me lo he pensado mejor, pónmelo todo para llevar que me lo tomaré en mi casa.

Tras pagar, salió del bar y se dirigió hacia su casa sin dejar de mirar a un lado y a otro muy asustado. No llegaba a entender el por qué de esas palabras, ni si ellas se referían a lo que habían hallado y, si era así, ¿cómo era posible que alguien lo supiera?

Llegó hasta la puerta de su casa y sin dejar de mirar hacia atrás la abrió y entró rápidamente.

Se dirigió hasta la cocina atravesando el pequeño comedor, que estaba muy poco decorado. Un pequeño sofá, una mesa con cuatro sillas, una pequeña televisión y una estantería repleta de libros era lo único que contenía. Ya en la cocina, estaba desayunando sobre el frío mármol, sin dejar de pensar en aquella voz y si sería capaz de ejecutar su amenaza, cuando de repente, el teléfono que tenía colgado en la pared junto a la puerta sonó, asustándolo y haciendo que le cayera el tenedor que tenía en la mano. Inmóvil y asustado, se le escapó una risa nerviosa.

Se apresuró en coger el teléfono, que continuaba sonando. Una voz con tono serio le dijo:

—Señor Thomas, el avión sale dentro de dos horas. Preséntese en el aeropuerto. Allí le estaré esperando con el billete.

—Pero... —antes de poder terminar la frase ya le había colgado.

Desorientado por todo lo que le estaba ocurriendo, hizo la maleta como pudo, introdujo una mochila impermeable, un chaleco lleno de bolsillos, varios enseres que le iban a servir para estudiar lo que encontrara, útiles de limpieza personal y ropa de recambio. Tras cogerlo todo, salió a la calle, se metió en el coche y muy ilusionado se dirigió hacia el aeropuerto.

Al llegar, en la puerta le estaba esperando el mayordomo, que le dijo:

—Aquí tiene su billete y un sobre.

—Gracias —dijo mirando hacia los lados—. ¿El señor Arthur?, ¿dónde está? —preguntó.

—No ha podido venir, pero me ha dicho que le diga que en el interior del sobre se halla una copia de lo que han encontrado.

—Dígale que muchas gracias por darme esta oportunidad y por confiar en mí. Una pregunta: ¿qué debo hacer al llegar allí?

—No se preocupe por eso, ya está todo programado. Cuando llegue le estará esperando un hombre llamado Pancho, con una cartulina con su nombre. El, le llevará hasta el lugar de la excavación y allí será su mano derecha.

—Muy bien, ya iré llamando para informar de lo que vaya hallando.

—Me olvidaba, me ha dicho que no le llame hasta que halle algo importante, es un hombre que no puede perder el tiempo en tonterías —le decía mientras se escuchaba por los altavoces la salida del vuelo de Thomas.

—Bueno, me voy, ése es mi avión.

Se despidieron y entró rápidamente.

Ya en el avión, muy nervioso por la aventura que estaba a punto de comenzar, recordó nuevamente aquella voz y decidió no volver a pensar en ella, puesto que podría condicionarle en su búsqueda.

# SALTO A LA ESPERANZA

*En algún lugar bajo tierra.*

Sentado al filo del pasadizo, con la única compañía del murmullo del río y la soledad, Thomas movía la cabeza de un lado a otro al recordar lo ilusionado que estaba y lo mal que había acabado todo. Entristecido por los acontecimientos y ante la situación en la que se encontraba, se preguntó: —¿Quién me iba a decir que acabaría así?

Maldiciendo aquel lugar por todo lo acontecido, se acordó de aquella voz y comenzó a pensar si lo que le estaba ocurriendo no sería lo que quería advertirle.

Llevaba ya más de dos horas sentado cuando decidió que debía hacer algo, no podía soportar más aquella situación, pues los remordimientos por Pancho y la impotencia ante el problema que tenía le bombardeaban la mente. En aquel mismo instante, con el rostro repleto de lágrimas, se armó de valor, se levantó y mirando hacia el río, gritó mientras saltaba:

—¡Va por ti, Pancho!

Rápidamente comenzó a caer, mientras que miles de pensamientos, e incluso la totalidad de su vida, pasaban frente a sus ojos.

Al llegar al río, se hundió en él como si de una pesada piedra se tratase. Tras unos instantes y mientras era arrastrado por una fuerte corriente, resurgió de las profundidades y comenzó a luchar para salvar la vida, pues no estaba dispuesto a morir. Cuando hubieron pasado unos minutos de lucha férrea con las aguas y la corriente, las fuerzas comenzaron a flaquearle. Agotado y maltrecho por los golpes recibidos en el interior de la sala y las paredes del río, decidió dejar de luchar, pues era inútil seguir. Dejó su vida a merced del río, que lo engulló nuevamente, haciéndolo desaparecer, sin remedio alguno, en las cristalinas y profundas aguas.

# COMITIVA INESPERADA

*Aeropuerto de Washington. Dos semanas después.*

Un hombre uniformado observaba su reloj de pulsera tras mirar la pantalla que indicaba la llegada del vuelo número 1 - 8576, procedente de Honduras. Rápidamente se dirigió a la puerta de desembarco número 2, por la que comenzaban a salir los pasajeros del vuelo.

Cinco minutos después, y creyendo que había salido todo el mundo, aquel hombre se acercó a una azafata que permanecía en la puerta y le preguntó:

—Perdone, ¿me podría decir si ya han salido todos los pasajeros?

—No, aún queda uno —le respondió muy amablemente.

En ese mismo instante se abrió la puerta automática y apareció el último pasajero, un hombre con el rostro cansado, lleno de magulladuras y con una mochila colgada del hombro como único equipaje. Al verlo, le preguntó:

—Perdone, ¿es usted el señor Thomas McGrady?

—Sí, soy yo —le respondió acercándose a él.

—Soy el chófer del señor Arthur, me envía para recogerle y llevarle ante él.

—Muy bien, pero antes debería pasar por mi casa para asearme y...

—Tranquilo, en casa del señor Arthur podrá hacerlo, está todo preparado para su llegada.

Accediendo a la petición del chófer, Thomas lo siguió a través del aeropuerto y del aparcamiento, hasta llegar al vehículo que lo llevaría ante el Sr. Arthur, una impresionante limusina de color negro.

Thomas se detuvo frente la puerta trasera y se quitó la mochila, mientras el chófer le abría la puerta y lo invitaba a entrar. Tras acomodarse en el interior, el chófer, que se hallaba sentado en el asiento del conductor, le preguntó si estaba cómodo, a lo que Thomas le respondió que sí. Seguidamente arrancó el vehículo e inició la marcha hacia la mansión.

Ya en la autopista, Thomas, que estaba muy cansado por el viaje, preguntó:

—¿Le importaría que echara una cabezada antes de llegar?

—Cómo me va a importar. Haga usted lo que quiera —le contestó mirándolo por el retrovisor.

Al escucharlo, se arrinconó en una esquina, utilizó su mochila como almohada y se dispuso a dormir.

Media hora después, y sin previo aviso, el vehículo frenó bruscamente, provocando que Thomas, que seguía durmiendo, se despertara.

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos llegado ya? —preguntó desorientado y mirando a través de la ventanilla.

—No hemos llegado todavía. Perdóneme si le he despertado, pero he tenido que frenar así porque el vehículo que tenemos delante ha realizado una maniobra muy extraña. Continúe durmiendo tranquilo, que no ocurre nada. Le despertaré cuando lleguemos.

Thomas volvió a acomodarse con la intención de dormir un poco más, cuando el chófer volvió a frenar nuevamente hasta detenerse por completo.

El vehículo que tenían delante, un todoterreno gris con los cristales negros, se había detenido,

obligando a la limusina a que frenara y se saliera al arcén.

—¿Pero qué le pasa?, ¿está loco? —le preguntó al chófer muy asustado.

—No lo sé, pero de poco colisionamos con él —le contestó también muy asustado, y prosiguió—: Mire, sale el conductor y se dirige hacia nosotros.

El chófer, al ver la extraña indumentaria que llevaba aquel hombre y la forma que había utilizado para detenerles, le comentó:

—Apártese, voy a poner el seguro de las puertas y a subir la barrera que separa los asientos delanteros de los traseros, por si acaso.

Pulsó los botones y abrió la ventanilla para ver lo que quería aquel hombre.

Thomas, que no podía ver nada, pues la barrera que había interpuesto el chófer era totalmente translúcida, escuchaba cómo discutían.

Muy preocupado ante tan extraña situación, se percató de que su mochila se había caído a consecuencia del frenazo, y al abrirse había caído su contenido al suelo. Sin perder tiempo, se agachó y comenzó a recogerlo todo.

Al acabar de recoger, estaba estirado por completo en el suelo y con su cara apoyada en el asiento del conductor. Tras la barrera continuaba la acalorada discusión, y los gritos entre los dos hombres, aun estando insonorizada la parte trasera, seguían escuchándose. Pero de repente las voces cesaron. Y creyendo que ya había acabado todo, preguntó:

—¿Pasa algo?, ¿necesita ayuda? ¿Qué es lo que quería ese hombre?

Y en ese mismo instante, vio perplejo cómo una punta brillante redondeada atravesaba ensangrentada el asiento del conductor y se quedaba a unos pocos centímetros de su rostro. La tenía tan cerca que podía verse reflejado en ella. Muy asustado, comenzó a gritar:

—¡Dios mío!, ¿qué es esto? ¿Pero qué está pasando? —no dejaba de gritar mientras intentaba incorporarse y veía cómo aquella punta repleta de sangre volvía a desaparecer.

Descontrolado por el pánico, comenzó a golpear las ventanillas y las puertas en un inútil intento de romperlas o abrirlas. Aterrorizado, no dejaba de pensar en el porqué de esa situación y en si él llegaría a correr la misma suerte que el pobre chófer.

Sus manos estaban enrojecidas de golpear las ventanas y las puertas, su voz no dejaba de pedir auxilio a los vehículos que circulaban incrédulos a su lado, su respiración se aceleraba cada vez más..., cuando un ruido llamó su atención. La barrera que lo ponía a salvo de todo peligro comenzaba inexplicablemente a descender. Al verlo, cesó de su vano intento de huir, agarró su mochila con las dos manos, se arrinconó en el asiento y se preparó para una muerte segura. En ese mismo instante, una lluvia de cristales cayó sobre él. Se giró para comprobar qué la había ocasionado, cuando inesperadamente un individuo entró por el agujero que había hecho en el parabrisas trasero y se abalanzó sobre él.

En un primer instante, Thomas quedó inmóvil, desconcertado, asustado y sin saber qué hacer, pero a los pocos segundos reaccionó e intentó defenderse del intruso, que comenzó a golpearle mientras le repetía:

—Fue advertido y no hizo caso.

Thomas, sin dejar de golpearle, le preguntaba:

—¿Qué quiere?, ¿por qué hace esto? ¿De qué advertencia me habla?

La barrera, que había bajado por completo, dejó al descubierto a otro individuo que intentaba mover al chófer al asiento del copiloto.

Thomas, que debido a los golpes recibidos sangraba por la nariz abundantemente, propinó un certero golpe en la cara al intruso, que al retroceder se golpeó con la puerta y quedó inconsciente. Aprovechando su buena suerte, agarró su mochila y, viendo que el otro individuo estaba agachado acabando de colocar al chófer en el otro asiento, se abalanzó sobre él, lo empujó y lo echó del coche. Rápidamente se sentó en el asiento del conductor, cerró la puerta y arrancó. Después, apretó con fuerza el acelerador y se incorporó a la circulación a gran velocidad.

Sin dejar de mirar por el retrovisor por si lo seguían y al individuo que se encontraba estirado en los asientos traseros aún inconsciente, murmuraba las palabras que le había dicho, intentando buscarles un significado o recordar el momento de dicha advertencia.

Después de unos diez minutos circulando a gran velocidad y de asegurarse de que no lo seguían, redujo la marcha hasta detenerse en el arcén, se giró y comenzó a observar el extraño atuendo que llevaba aquel hombre, vestido en su totalidad de color negro, con una gabardina ceñida a su cuerpo y completamente abrochada hasta la nariz, las manos cubiertas con guantes y sobre la cabeza una capucha que sólo dejaba ver al descubierto sus ojos. Bajo la gabardina, pudo ver aterrorizado algo que ya había visto antes de muy cerca, era aquella punta, brillante y redondeada. El miedo volvió a apoderarse de él y recorrió cada centímetro de su cuerpo, y a ese miedo le acompañó un escalofrío que le hizo estremecerse.

Inmóvil, paralizado por aquella sensación, volvió a mirar hacia delante despacio, pulsó el botón que accionaba la barrera, llevó sus manos al volante y nuevamente se puso en marcha.

Sin dejar de pensar en lo que debía hacer con aquel hombre, vio la señal que le indicaba la salida hacia la mansión del Sr. Arthur, puso el intermitente y se desvió.

Unos pocos metros más adelante, aparcado en un pequeño saliente de la carretera, vio un todoterreno parecido al que antes les había hecho detenerse. Sus manos apretaron el volante con fuerza y, sin dejar de mirarlo por los espejos, pasó por delante hasta perderlo de vista.

Suspiró tranquilamente y se repitió:

—Tranquilo Thomas, tranquilo, que no pasa nada. Estás paranoico.

Circulaba por una carretera desierta, cuando un ruido en la parte de los asientos traseros lo obligó a parar.

Muy despacio, se acercó a la barrera y arrimó la oreja a ella, con la intención de saber si el ruido había salido de ahí o había sido otra cosa.

—Parece que no se escucha nada, habrá sido una rama o algo que habrá golpeado el coche —susurró.

En ese preciso instante, otro golpe, esta vez de mayor intensidad, hizo que apartara la cara de la barrera, pues la sacudida fue brutal.

—Dios mío, ha despertado. ¿Qué hago ahora? —se preguntaba asustado sin quitarle ojo a la barrera.

Tras ella, el individuo que anteriormente se hallaba inconsciente, había despertado, golpeándola con fuerza y gritando:

—¡Abre la barrera! ¡No te vas a escapar!

Desde el otro lado, un aterrorizado Thomas escuchaba aquellas palabras. Por un instante, pensó en salir del coche y huir corriendo, pero recordó que aquel hombre había entrado por un agujero en el parabrisas trasero y que podría salir por él, darle captura y matarlo. Entonces, rápidamente volvió a emprender la marcha, pensando que así no se arriesgaría a salir por el parabrisas y que ganaría algo de tiempo para pensar en lo que iba hacer. Pero por desgracia sus problemas no acababan ahí, pues por unos

de los espejos retrovisores vio que se acercaba a gran velocidad el todoterreno que estaba aparcado en el saliente de la carretera.

—¿Qué más me puede pasar? —gritaba enloquecido.

Llevado por el pánico, pisaba el acelerador con fuerza, poniendo su propia vida en peligro.

Los problemas de Thomas se agravaban por momentos, sus perseguidores poco a poco iban ganando terreno y en el interior la barrera comenzaba a bajar. Sin saber qué hacer ya, apretaba el botón de subida una y otra vez, con la esperanza de que no bajara más, pero era inútil, porque seguía descendiendo. Sin saber a dónde mirar, si a la barrera o al todoterreno, continuaba aumentando la velocidad por aquella carretera.

—¿Por qué a mí, señor? ¿Cuándo acabará todo esto? —preguntaba sin cesar esperando una respuesta.

De repente, quedó inmóvil, pues de la barrera, que se había abierto unos pocos centímetros, apareció una extraña espada plateada. Estaba repleta de extraños signos, tenía la punta redondeada y la adornaban cuatro pequeños cristales de color azul. Se quedó clavada en el salpicadero.

Sin ni siquiera pestañear y escuchando los gritos amenazantes del individuo, pulsó el botón de bajada de la barrera, se giró y le dijo al intruso con voz serena:

—No sé lo que queréis de mí, pero no vais a lograr acabar conmigo.

—Eso ya lo veremos, porque...

Antes de que pudiera acabar la frase, Thomas, en un impulso de valentía, pisó el freno a fondo. El coche se detuvo bruscamente y el hombre salió despedido por el parabrisas delantero y se golpeó brutalmente contra el asfalto. Murió.

Thomas, que estaba aturdido por el fuerte impacto contra el airbag del conductor, levantó la vista y vio que el todoterreno no reducía la velocidad. Impacto contra la limusina pocos segundos después, y ésta salió de la carretera envuelta en llamas, colisionó con unos árboles y explotó.

El todoterreno, que había quedado muy maltrecho por el golpe, no se movía, su motor se había detenido y en el parabrisas delantero se podían apreciar unas grietas, como si alguien o algo desde el interior lo hubiera golpeado.

Ante tan caótica visión, un rayo de esperanza surgió, pues unos metros más adelante del accidente se podía ver la figura de una persona arrastrándose por el suelo e intentando escurrirse bajo el quitamiedos de la carretera, se trataba de Thomas, que milagrosamente había saltado del vehículo antes de la nefasta colisión.

Tras pasar por debajo del quitamiedos, comenzó a rodar por una pequeña pendiente, hasta que quedó estirado en el suelo boca arriba.

Con la mirada fija en el cielo, daba gracias a Dios por haberse salvado.

Nervioso y asustado, comenzó a reírse y a gritar:

—¿Qué os creáis, que ibais a acabar conmigo?

Tras unos minutos, cuando se había tranquilizado un poco, se levantó del suelo, sacudió el polvo de su ropa y de la mochila y se encaminó hacia un pequeño camino de tierra.

Mientras andaba, pudo ver que a lo lejos, a un kilómetro más o menos, había una pequeña gasolinera. Apretó el paso y se dirigió rápidamente hacia allí.

Cuando le faltaba poco para llegar, se giró un instante para comprobar que ya no le seguía nadie, pero se llevó una amarga sorpresa cuando vio que el todoterreno, que creía que había quedado inservible, atravesaba el quitamiedos como si de papel se tratase, salvaba la pequeña pendiente y se dirigía

rápidamente hacia él.

Sin demorarse, comenzó a correr para pedir auxilio, pero por desgracia no iba a tenerlo, pues la gasolinera estaba abandonada desde hacía mucho tiempo.

Moviendo su cabeza de un lado a otro desesperadamente, buscaba algo o alguien que le ayudara a salvar su vida.

Comenzó a mirar por todos los rincones de aquella gasolinera, pero era inútil, no había nada ni nadie y el todoterreno estaba cada vez estaba más cerca. Cuando ya lo daba todo por perdido, observó que detrás de un árbol se podía ver lo que parecía ser la parte trasera de una moto y, sin perder tiempo, corrió hacia ella. Al llegar, comprobó que en efecto era una moto, una Harley Davidson para ser más exactos, y que extrañamente tenía las llaves puestas en el contacto. Miró hacia el cielo y dio gracias a Dios una vez más. Tras hacerlo, se subió a ella, arrancó el motor y salió a toda prisa de allí.

A unos pocos metros el dueño de la moto y su pareja estaban estirados en una pequeña manta, disfrutando de la privacidad que les daba aquel abandonado lugar, una privacidad que se vio truncada cuando escuchó el típico sonido de su moto. Rápidamente se levantó y, al ver lo que estaba sucediendo, salió corriendo como pudo, pues llevaba los pantalones bajados hasta los tobillos, detrás de Thomas, que no escuchaba los gritos desesperados de aquel hombre.

La persecución ahora tenía lugar en una pequeña urbanización de pocos habitantes. Thomas, que no sabía ni dónde estaba ni hacia dónde dirigirse, daba vueltas por las calles intentando despistar a sus perseguidores, que cada vez estaban más cerca de él.

Sacándole partido a las pequeñas dimensiones de su vehículo, se introdujo por un callejón, lo que hizo que el todoterreno se detuviera, ya que le era imposible pasar. Aprovechando el tiempo y la distancia que había ganado entre él y sus perseguidores, divisó a lo lejos una pequeña riera seca y sobre ella un pequeño puente de madera, hacia el que decidió dirigirse. Sin perder tiempo, se metió con la moto bajo él, apagó el motor y se quedó muy quieto.

Thomas, que aguantaba la respiración y no hacía ni un solo movimiento, veía como el todoterreno se acercaba muy despacio hasta el puente y, al llegar, se detenía en su entrada. Tras unos instantes de desconcierto, reanudó la marcha y prosiguió su búsqueda.

Soltando el aire, se echó las manos a la cara y comenzó a pensar en todo lo que le había ocurrido desde que había llegado, cuando inesperadamente alguien se acercó por detrás en silencio. Luego, una mano tocó su hombro, lo que provocó que nuevamente se exaltara y se girara gritando para ver quién le había dado caza al fin.

Del grito pasó a un suspiro de alivio, pues quien le había dado caza era un pobre niño que, perplejo ante la reacción que había tenido aquel desconocido, preguntó:

—¿Qué le pasa señor? ¿Se encuentra bien?

—Sí chaval, perdona si te he asustado con mi reacción —le decía mientras le tocaba la cabeza para tranquilizarlo.

Tras estar hablando con el niño durante unos minutos sobre cómo podía salir de allí, arrancó la moto, se despidió de él y se dirigió nuevamente hacia la mansión del Sr. Arthur. Pensó que si iba a la policía no le creerían, y además tenía el agravante de haber robado una moto. Así que decidió que lo mejor sería dirigirse hacia allí. Además, seguramente el Sr. Arthur tendría una solución para su problema.

Al anoecer y tras un largo día de penurias, llegaba a la mansión. En la puerta le esperaba el

mayordomo. Al verlo llegar sin la limusina, le preguntó:

—Buenas noches señor Thomas. ¿No ha ido a recibirle el chófer?

—Sí, sí que ha ido, pero desgraciadamente hemos tenido algunos problemas. Por favor, dile a tu señor que estoy aquí. Tengo que hablar con él urgentemente.

—Muy bien, pase a la biblioteca, que ahora mismo le aviso de su llegada.

Ya en la biblioteca, se dejó caer sobre uno de los confortables sofás, mientras respiraba aliviado, pues era su primer momento de tranquilidad.

—Buenas noches —le dijo el Sr. Arthur desde la puerta.

—Perdóneme, no me había dado cuenta de que estaba ahí —le dijo levantándose del sofá de un salto.

—Tranquilo, siéntese y cuénteme eso tan importante que quería decirme. ¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras se acercaba a la mesa para sentarse en su sillón.

Thomas, que se sentó a su lado en una de las sillas, comenzó a explicarle, con todo lujo de detalles, todo lo sucedido desde su llegada. El Sr. Arthur puso atención, y sorprendido ante la barbarie que le estaba contando, no daba crédito a lo que escuchaba. Cuando terminó de oír el relato de Thomas, el Sr. Arthur se levantó de la silla, cogió su bastón, se acercó a él y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo con voz serena y tranquila:

—No se preocupe por nada, aquí estará seguro. Suba con mi mayordomo a sus aposentos, aséese, pida de comer lo que quiera y duerma tranquilo, que yo me encargaré de solucionarlo todo. Mañana, con más tranquilidad, ya hablaremos de cómo le fue en la expedición.

—Sí, será lo mejor, porque ahora mismo tengo la cabeza colapsada. Gracias por su comprensión.

—No tiene por qué dárme las, le entiendo perfectamente.

Thomas se levantó, salió de la biblioteca no sin antes agradecerle nuevamente su comprensión y ayuda y siguió al mayordomo hasta su habitación.

# LA INCREÍBLE HISTORIA

*A la mañana siguiente.*

Aquella mañana, el sol brillaba y unos pequeños rayos de luz se colaban por las rendijas de las persianas de la habitación en la que estaba Thomas durmiendo plácidamente en una confortable y majestuosa cama. Molesto por la claridad, se despertó y, sin levantarse, comenzó a pensar en cómo proseguiría su vida después de todo lo que había sucedido.

Unos golpes en la puerta hicieron que Thomas dejara a un lado sus pensamientos, se incorporara y preguntara:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy el mayordomo, puede bajar cuando quiera al salón. El desayuno ya está listo.

—Muy bien, ahora mismo bajo.

Tras asearse y vestirse, cogió su tan apreciada mochila, salió de la habitación y bajó por las escaleras. Al llegar abajo, se dio cuenta de que no sabía dónde estaba situado el salón y comenzó a vagar por la enorme mansión.

Perdido por ella, uno de los guardias de seguridad le advirtió:

—Perdone, si busca el salón, no es por ahí.

—Lo siento, no sé por dónde se va. Esto es tan grande que uno se puede llegar a perder.

—Eso es verdad —comenzó a reír y prosiguió— lo que debe hacer es ir hasta la biblioteca y allí, seguramente, esté esperándole el mayordomo para llevarle hasta él.

—Muchas gracias por su ayuda, si no me hubiera encontrado, seguramente tendría que estar buscándome usted dentro de un rato.

Al decir esto, el guardia de seguridad comenzó a reírse nuevamente, mientras que Thomas, que también se estaba riendo, se dirigió hacia donde le había indicado tan amablemente.

El mayordomo, que efectivamente le estaba esperando en la puerta de la biblioteca, llamó al despistado Thomas, que ya se pasaba de largo.

—Señor Thomas, el señor Arthur le espera en el salón.

—Lo sé, pero es que no tengo ni la más remota idea de cómo se llega hasta él.

—Para mí será un placer enseñarle el camino —le dijo muy cortésmente.

Tras pasar varios pasillos, el mayordomo se detuvo frente a una gran puerta de madera, la golpeó con los nudillos tres veces y una voz desde el interior dio permiso para entrar. Acto seguido, abrió la puerta y, quedándose fuera, le pidió a Thomas que pasara.

Thomas, desde el interior, observaba boquiabierto la enorme habitación donde se encontraba y murmuró:

«Esto es grandísimo. ¿Cuánto dinero tendrá este hombre?», pensó.

Aquel salón era majestuoso, su techo estaba pintado con escenas de batallas épicas, decenas de barcos, escenas de la naturaleza y sus animales, etc. Era como estar en una galería de arte, en la que su

tema principal era el pasado, puesto que todo lo que había pintado en él era de tiempos remotos. De las paredes colgaban multitud de alfombras con formidables dibujos árabes. Grandes ventanales dejaban pasar la luz del día, haciendo inservibles, por el momento, las magníficas lámparas de cristal que colgaban del techo. En el centro del salón había una mesa rectangular, que debía medir unos ocho metros y tenía las patas adornadas con relieves de jeroglíficos de distintas civilizaciones. Al final de aquella mesa, sentado en una silla y con una copa en la mano, estaba el Sr. Arthur, que al ver a Thomas en aquel estado de embelesamiento le dijo:

—Pase, pase y acomódese, que ahora mismo traerán el desayuno.

—Su mansión es formidable, nunca antes había visto cosa igual —le decía mientras se sentaba en una silla sin dejar de mirar el salón.

—Gracias, se lo agradezco. Me ha costado mucho trabajo conseguir todo lo que tengo y estoy muy orgulloso de todo ello, pero ahora no es momento de halagar mi mansión y lo que ella contiene, ahora es momento de hablar de usted y de cómo le fue.

—Antes de comenzar, me gustaría saber si ha podido solucionar lo referente a lo ocurrido ayer.

—Ya está todo arreglado, olvídese de lo que sucedió.

—No sé si podré, pues lo pasé verdaderamente mal y, además, murió su chófer.

—Una gran pérdida, puesto que estaba bajo mis órdenes desde hacía muchos años y tenía confianza plena en él.

—¿Y su familia? ¿Les ha llamado? —le preguntó muy preocupado.

—No tenía a nadie, vivía aquí.

—Pobre hombre, qué muerte más espantosa tuvo —le decía angustiado.

—Bueno, ya no se puede hacer nada por él.

—Y de mis perseguidores..., ¿sabe algo?

—He hablado con el jefe de policía y me ha dicho que desde hace un tiempo hay una banda que se dedica a robar y a secuestrar a los ocupantes de los coches de lujo. Gracias a mis contactos, he conseguido que inmediatamente se pusiera en marcha para averiguar quiénes eran.

—Muy bien, si es así me quedo más tranquilo. Por un momento pensé que me conocían y que iban a por mí.

—Como le dije anteriormente, olvídese ya de lo que pasó y comencemos hablar de lo que nos interesa.

Justo al acabar de hablar, cinco sirvientes entraron por una pequeña puerta que había al final de la habitación, trayendo consigo un copioso desayuno. Tras dejarlo y habiéndoles dado el visto bueno el señor de la casa, volvieron a salir por la misma puerta que entraron, dejándolos solos de nuevo.

Thomas, abrumado ante tanta comida y sin saber por dónde empezar, decidió comenzar primero a explicarle, a un atento y fascinado oyente, todas las aventuras que acontecieron en aquel emplazamiento.

Le explicaba entusiasmado el extraño lugar y de qué forma encontraron la losa, y también la rareza de la extremada lisura de las paredes del oscuro y silencioso túnel.

Haciendo un pequeño inciso, se agachó para recoger su mochila, la abrió y comenzó a sacar unos papeles.

Siguiendo con el relato y con los papeles esparcidos por la mesa, le contaba cómo era el extraño símbolo de la pared que encontraron al final de túnel y, enseñándoselo, le explicaba que tuvieron que derribar la pared.

—Perdone que le interrumpa, pero ¿sabe qué significa este símbolo? —le preguntó el Sr. Arthur enseñándole el dibujo.

—Si le soy sincero, no lo sé, pero tengo mi hipótesis sobre él.

—Explíquemela.

—Yo creo que era algún símbolo con significado religioso o de poder para aquella civilización desconocida.

—¿Cómo que para aquella civilización desconocida? —preguntó extrañado.

—Sí, como oye. Déjeme que acabe de contárselo todo y entenderá el motivo por el que lo digo.

—Me tiene en vilo. Continúe, por favor.

Siguió explicándole cómo se sintió al entrar en la sala que se hallaba oculta tras aquella pared. Con todo lujo de detalles le habló de cada centímetro de aquella sala: sus paredes, el altar, el extraño cristal del techo que la alumbraba, la pequeña abertura de ventilación..., todo. Mientras continuaba dándole los detalles, su rostro, que hasta entonces mostraba entusiasmo, cambió por otro de tristeza, pues llegaba el momento de volver a recordar la pérdida del único hombre que confió en él y se atrevió a entrar allí: Pancho.

—¿Qué le pasa?, ¿por qué pone esa cara? —le preguntó el Sr. Arthur al ver su cambio repentino de actitud.

—Ahora mismo se lo cuento. Escuche.

Comenzó explicando el inoportuno derrumbamiento de la entrada de la sala y el miedo que pasaron al ver que estaban atrapados, seguidamente le explicó cómo toda la sala, que había aguantado el paso del tiempo, comenzaba a derrumbarse sobre ellos y cómo, por casualidades de la vida, descubrieron que aquello que creían que era un altar, no lo era, sino que era un sarcófago repleto de jeroglíficos, hojas secas de árbol y una momia. En ese mismo instante, el Sr. Arthur se apoyó en el respaldo de la silla y echándose las manos en la cabeza dijo:

—No me lo puedo creer, ¿de verdad encontró eso?

—Se lo juro, era impresionante, nunca antes había visto ni estudiado algo igual. Mire y entenderá por qué dije antes que era una civilización desconocida —le decía mientras le enseñaba los papeles que contenían los jeroglíficos, y le preguntó—: ¿Entiende ahora por qué lo dije?

—Pero esto es fantástico, es un hallazgo inigualable. Siga explicándome.

Prosiguió con su relato, diciéndole que tras intentar copiar todo lo que pudieron, la sala comenzó a desmoronarse cada vez más rápido, haciendo peligrar sus vidas. Luego, le explicó cómo estaba vestida aquella momia y lo que encontraron colgado de su cuello. Tras decir esto, Thomas desabrochó un botón de su camisa, dejando al descubierto su cuello, en el que se hallaba el colgante que encontraron en el cuello de la momia.

—Déjemelo ver —le pidió el Sr. Arthur insistentemente, levantándose de la silla.

Thomas sacó el colgante de su cuello y se lo dio. Entonces le contó cómo después de encontrarlo todo empeoró, la caída de la momia al abismo y la irreparable e injusta muerte de Pancho.

Prosiguió contándole la manera en que se salvó de morir aplastado y cómo donde no esperaba encontrar nada halló unos dibujos grabados en la pared. Seguidamente le explicó que habiendo perdido la esperanza de salir con vida de allí, y sentado al filo del pasadizo, se llenó de valor y saltó al río subterráneo, pensando que quizás la suerte le sonriera.

El Sr. Arthur, que daba vueltas al colgante entre sus manos, preguntó:

—¿Y qué pasó después de caer al río subterráneo?

—Al caer en él, intenté luchar con todas mis fuerzas para mantenerme a flote, pero los golpes con las paredes y el agotamiento hicieron que renunciara a la lucha y que me diera por vencido.

—Pero..., ahora está aquí. ¿Qué pasó?

—Al perder el conocimiento en el río, quedé a merced de sus aguas, su corriente me arrastró hasta el exterior y me dejó estirado en una de sus orillas. Afortunadamente, unos lugareños dieron conmigo, me llevaron a su casa y cuidaron de mí. Permanecí sin conciencia durante tres días y al despertar me contaron cómo me encontraron y dónde; un lugar que para mi sorpresa estaba a muchos kilómetros de la excavación.

Al recuperarme del todo, les pedí si me podían llevar hasta la excavación y acto seguido me acompañaron hasta allí, pero inexplicablemente había desaparecido por completo. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Asombrado y desconcertado, volvimos al pueblo, donde en seguida le llamé y esperé para regresar.

—Vaya aventura ha vivido, señor Thomas —le dijo sorprendido.

—Sí, he tenido mucha suerte de regresar con vida de allí, no como Pancho —contestó cabizbajo y muy triste.

Tras unos instantes de silencio. El Sr. Arthur preguntó:

—¿Sabe lo que quieren decir estos jeroglíficos?

—No, nunca antes había visto un tipo de escritura igual o parecida —le decía Thomas mientras negaba con la cabeza.

—Lástima que no sepamos lo que significan, pues si es cierto que es una civilización nunca antes estudiada, podrían esclarecer algo de sus vidas o de quién había allí momificado. Otra cosa, este colgante, ¡qué raro es! ¿Y este dibujo?

—Me imagino que en aquella época era un tipo de distinción entre clases, puesto que como ha podido apreciar es un simple cuadrado de piedra, como si se tratase de una ornamentación. Y si se fija bien, en él hay un dibujo.

—Sí, veo el dibujo, pero parece inacabado.

—*Ja, ja, ja* —comenzó a reír Thomas.

—¿De qué se ríe? —preguntó el Sr. Arthur muy serio.

—Déjemelo, verá qué rápido le desvelo su duda sobre el dibujo.

Mientras Thomas cogía el colgante, le explicaba que durante días intentó averiguar el significado de aquel grabado sin resultado alguno, y que cuando ya lo daba todo por perdido, al repasar los apuntes se dio cuenta de que el grabado era parecido al símbolo que habían encontrado en la puerta. Tras explicárselo, cogió el dibujo y sobre él puso el colgante, demostrándole que era cierto lo que le decía.

—¿Ve?, es el mismo símbolo, salvo que en el colgante sólo está grabado la mitad.

—¿Y dónde estará la otra mitad? —preguntó muy intrigado mientras miraba el dibujo y el colgante.

—La verdad es que no sé si era así, o si por el paso del tiempo se ha deteriorado, o si durante el derrumbamiento se fragmentó. No sabría decírselo —le respondió mientras se encogía de hombros.

Tras esta aclaración, continuaron hablando durante horas del fabuloso hallazgo.

Al atardecer, Thomas le preguntó al Sr. Arthur si ya podía volver a su casa y retomar su vida de

nuevo, a lo que le contestó que sí.

Se levantaron los dos de la silla y el Sr. Arthur le pidió que le acompañara un momento a la biblioteca, pues quería darle una cosa.

Intrigado, lo acompañó hasta la biblioteca. Thomas se sentó en uno de los sofás, mientras el Sr. Arthur abría su caja fuerte. Introdujo posteriormente el colgante y las hojas en ella y, al acabar, sacó un sobre cerrado.

—Tome, es para usted, por todo lo que ha hecho por mí.

—No debe molestarse. Con la aventura que he vivido y con averiguar qué significan esos jeroglíficos y saber más cosas sobre esa civilización ya me sirve —le dijo rechazando el sobre.

—Acéptelo, pues lo que ha hallado no saldrá de aquí.

—¿Cómo dice? —se levantó rápidamente.

—Lo que ha escuchado. Como sabe usted, con mis cosas soy muy reservado, y esto que ha encontrado se quedará aquí oculto.

—Pero se tendría que estudiar, ¿no lo entiende? —le insistía.

—Coja el sobre y márchese. Le agradezco de corazón su interés, pero no me gusta que se entrometan en mis cosas, y ahora esto me pertenece a mí y a nadie más. No tengo ningún interés en que nadie sepa sobre esto, pues podrían arrebatármelo.

—No le entiendo, de verdad. ¿Sabe lo que está diciendo? Es una locura, entre en razón...

El Sr. Arthur, que no quería saber nada de lo que le estaba diciendo, lo volvió a invitar a que se marchase y, entregándole el sobre nuevamente, le dijo:

—No tengo nada más que hablar con usted, gracias por todo y le pido que nunca más vuelva a venir a mi mansión.

—Pero...

—Coja el sobre y márchese de una vez —le dijo con tono agresivo.

Thomas, que no entendía su comportamiento, cogió el sobre, se despidió de él y salió de la mansión.

Ya fuera, y subido en la moto, comenzó a pensar en la pérdida tan grande que estaba teniendo la humanidad al esconder, otra vez, aquello que durante miles de años había permanecido en secreto y que, por desgracia, permanecería en secreto de nuevo.

Fuera del alcance de la vista de algún integrante de la mansión, se detuvo un instante en el camino, abrió su mochila y dijo:

—Lo siento señor Arthur, pero esto me lo llevo conmigo.

Tras reanudar la marcha, fue hasta donde había cogido la moto y la volvió a dejar en el mismo lugar.

Arrepentido por lo que había hecho, comenzó a escribir una nota en uno de los dorsos del sobre, en la que ponía: «Siento mucho lo ocurrido, aquí le dejo un sobre que espero que le haga pasar el disgusto que le ocasioné».

Tras hacerlo, lo dejó sobre el asiento de la moto, se dirigió caminando hacia la urbanización, llamó por teléfono a un taxi y, después, a la policía, a la que le indicó donde podían encontrar la moto extraviada.

Pasados diez minutos llegó el taxi y, con su conciencia ya tranquila, se dirigió hacia su casa, donde retomaría su vida monótona y tranquila.

# GOLPE DE SUERTE

*Universidad Lebo (Estados Unidos). Tres meses después.*

**T**homas, recuperado de todo lo que le había ocurrido unos meses atrás, proseguía con su vida como si nada hubiera pasado.

Estaba en su despacho de la universidad observando algo que tenía sobre su mesa muy interesado, mientras daba pequeños giros con la silla y apoyaba sus manos en la cabeza.

—¡*Buff!* —resopló mirando al techo—. Nunca sabré qué significan —pensó en voz alta muy decepcionado.

Lo que miraba con tanto interés eran unos papeles que contenían toda la información que le había dado al Sr. Arthur, pues durante su recuperación en Honduras, se dedicó a copiarla toda.

Llevaba tres meses intentando darle sentido a todo aquello: al símbolo, a la escritura..., en fin, a todo lo que había visto sobre aquella civilización. Pero era inútil. Ni en sus libros, ni en internet, ni en ningún otro lugar había logrado conseguir información que le diera alguna pista que pudiera esclarecer alguna de sus dudas.

Cansado y desilusionado por no poder hacerlo, decidió que era hora de poner fin a aquella obsesión.

Se levantó de su silla y cogió una carpeta vacía que tenía en una de las estanterías, introdujo uno a uno los papeles en su interior, mientras les daba el último vistazo, esperando que se le ocurriera algo en el último momento, pero no fue así. Cuando lo tuvo todo recogido, acercó su silla a una de las estanterías y subiéndose en ella, colocó con cuidado la carpeta al lado de una caja de cartón, con tan mala suerte que la silla se movió y le hizo perder el equilibrio. La caja se cayó y todo su contenido quedó esparcido por el suelo.

Maldiciendo su suerte, se bajó de la silla y comenzó a recoger todo aquel estropicio, cuando...

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo no he sabido verlo antes? —gritó echándose las manos a la cabeza.

Rápidamente, volvió a abrir la carpeta, se puso de rodillas en el suelo y comenzó a esparcir todos los papeles.

Tras observar durante un instante aquel desorden, gritó:

—¡Por fin! ¡La solución ha estado aquí todo el tiempo!

En ese mismo instante, la puerta del despacho se abrió y asomó una cabeza. Era un alumno que le preguntó preocupado:

—¿Le pasa algo? ¿Se encuentra bien?

—Tranquilo, no me pasa nada. Se me ha caído todo por el suelo y sin querer se me ha escapado un grito —le respondió sin mirarle ni a la cara.

—¿Quiere que le ayude a recoger?

—No, no, tranquilo, puedes irte. Además, ¿no empieza tu clase ahora? —le dijo para que le dejara solo.

—Uy, es verdad. ¡Ya me voy! —exclamó mientras cerraba la puerta y salía corriendo.

Dentro, Thomas no se había levantado aún, continuaba de rodillas en el suelo y observando boquiabierto todo aquello.

Lo que había sucedido era que la caja que se había caído, dejando esparcido por el suelo del despacho todo su contenido: diapositivas de los abecedarios de antiguas lenguas de civilizaciones extintas, para ser más exactos de la egipcia y la maya.

Todas las diapositivas, que con tanta perfección tenía colocadas en el interior de la caja, se habían mezclado por el suelo. Al agacharse para recogerlas, se percató de algo insólito, algo sorprendente, un hallazgo inesperado. Varias diapositivas, a causa de la falta de uso o de la electricidad estática, se habían pegado entre ellas y, al cogerlas para despegarlas, observó que la sobreimpresión de una con otra le resultaba muy familiar; lo que tenía entre las manos lo había visto antes. Se dio cuenta de que era lo que estaba buscando.

Inexplicablemente, la unión de aquellas dos transparencias, una de un jeroglífico egipcio y otra de uno maya, guardaba una extraordinaria semejanza con los jeroglíficos que él tenía en los papeles.

Thomas, que después de tres meses de esfuerzo, de trabajo continuo y de búsqueda obsesiva no había conseguido nada, tenía ahora la solución delante de él. Un golpe de suerte le había esclarecido, por fin, todas sus dudas.

—¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible? —repetía mirando el desorden.

Rápidamente comenzó a meter todos los papeles y las diapositivas en la carpeta, se levantó del suelo y salió del despacho. En el pasillo, se encontró de frente con el director, que le preguntó:

—¿Dónde va con tanta prisa? Su clase empieza dentro de media hora.

—Lo sé, pero es que estoy un poco indispuesto. Le agradecería que me dejara ir a mi casa —le respondió tocándose la barriga.

—Entiendo —le dijo mirándole, y prosiguió—: Muy bien, puede irse.

—Gracias, seguramente mañana ya me encontraré mejor y volveré a reincorporarme —le decía mientras se marchaba corriendo.

Ya en su casa, solo y sin el peligro de que nadie le interrumpiera, dejó la carpeta sobre la mesa del comedor y se dirigió hacia la cocina, donde abrió uno de los armarios. Sacó una cafetera, la llenó de café y la puso en el fuego, pues parecía que la noche iba a ser muy larga.

Thomas aprovechó para asearse y cambiarse de ropa mientras se preparaba el café. Cuando estuvo todo preparado, se sentó en una silla con la carpeta en la mano. Lentamente comenzó a esparcir todas las diapositivas por la mesa, mientras las observaba una a una, para poder separar los dos abecedarios. Después de clasificarlos, tanto por civilización como por orden alfabético, sacó los papeles donde tenía copiados los extraños jeroglíficos que había encontrado dentro del sarcófago de la sala y los colocó en medio de las dos columnas que había hecho con las diapositivas.

Hizo una pequeña pausa y se llenó la taza de café. Dándole un pequeño sorbo, pensó: «¿Cómo puede ser que ésta sea la solución de mi acertijo?».

Dejó la taza sobre la mesa en un lugar donde no le molestara, para poder así observar con claridad todo el montaje que con tanto tesón había realizado.

Poco a poco, comenzó a hacer todas las posibles combinaciones que había entre ambas escrituras, escribiéndolas posteriormente en una libreta que, a medida que transcurría la noche, se iba llenando hoja tras hoja.

Como si de un niño con un juguete nuevo se tratase, Thomas, que estaba muy ilusionado, no se separaba de aquella mesa. Se había propuesto no levantarse ni descansar, hasta darle fin a lo que había comenzado.

Le hicieron falta dos cafeteras más para poder finalizar las numerosas combinaciones, pero aún quedaba otro trabajo no menos importante, pues debía buscar las semejanzas entre lo que él había dibujado y los jeroglíficos de los papeles.

Tras unas cuantas horas más comparando y multitud de retoques en sus dibujos, gritó con efusividad levantándose de la silla:

—¡Ya está! ¡Lo conseguí!

Al fin lo había acabado. Entre sus manos sostenía una hoja con todas las semejanzas que encontró, dándole así forma al abecedario que le permitiría entender, por fin; el contenido de aquellos papeles.

Nervioso y a la vez intrigado, no se atrevía a comenzar a traducirlos, sus manos temblorosas hacían temblar el papel que sostenía con fuerza, como si de la hoja de un árbol sacudida por el viento se tratase.

En un intento de tranquilizarse, volvió a sentarse, dejó el papel en la mesa y se hizo una pregunta a sí mismo:

—¿Cómo es posible?

Tras la pregunta retórica y mirando fijamente el papel, comenzó a pensar en por qué la unión de las escrituras de esas dos civilizaciones, que eran muy parecidas pero estaban separadas por el tiempo y por cientos de kilómetros, daba como resultado la escritura de esa nueva civilización. ¿Serían antepasados? ¿Habría alguna conexión entre ellos o simplemente todo era un engaño? Multitud de preguntas comenzaron a bombardearle la mente, y contra más preguntas le surgían más inquieto estaba, pues la solución de todas ellas, posiblemente, la tenía en aquellos papeles.

Con decisión, cogió uno de los papeles y lo comenzó a leer de arriba abajo y de izquierda a derecha, pues imaginó que viendo la similitud con los egipcios y los mayas sería lo más correcto.

Fue escribiendo cada uno de los signos traducidos en una hoja y así hasta acabar con todos los extraños jeroglíficos. Tras hacerlo, releyó todo lo allí escrito.

Sus ojos se abrieron de par en par. Un «¡no me lo puedo creer!» se escapó de su garganta; los nervios comenzaron a apoderarse de él una vez más, pues lo allí escrito tenía sentido. Lo había conseguido.

Apoyado en su silla, con una mano sobre la cabeza y la otra en la barbilla, leía una y otra vez todo lo que había escrito. «¿Estará bien traducido?», se preguntaba. «Claro que sí», se contestaba a sí mismo.

Lo que había traducido eran numerosas frases y palabras separadas entre sí, ya que los papeles eran calcos de los fragmentos incompletos del sarcófago. Entre las palabras más destacadas estaban: *vida, muerte, cielo, supremo, guardia*. Algunas de las frases eran: *la vida aquí es diferente, inquietos por saber, cuando llegué*. Tradujo muchas palabras y frases más, pero no tenían ningún significado especial o desgraciadamente estaban incompletas, pero había una entre todas ellas, las más inquietante y reveladora del individuo que estaba momificado allí, que decía: «Soy Aketarram, uno de los sabios supremos de la...».

—Lástima que la frase acabe así, podría haberme dado el dato que revelaría quiénes eran y de dónde venían.

Thomas, que no dejaba de releer la frase, intentaba recordar si ese nombre lo había escuchado o leído alguna vez.

Levantándose de la mesa y dirigiéndose hacia el sofá, se volvió a preguntar: «¿Quién era ese hombre?, ¿de qué civilización se trataba?, ¿qué tenía en común con las otras dos?, ¿de qué lugar era sabio supremo?, ¿de allí o de otro emplazamiento?», y la preguntaba qué más le inquietaba: «¿Qué voy a hacer ahora con toda esta información?».

Sentado ya en el sofá, continuaba dándole vueltas a las preguntas, sabiendo que nadie le podría ayudar a resolver ninguna de ellas, pues el Sr. Arthur había sido muy claro y Thomas no estaba dispuesto a llamarlo para informarle de su descubrimiento, ya que había sido muy poco científico y, seguramente, si le contara lo que había descubierto, volvería a arrebatárselo y lo escondería, llevándolo así, nuevamente, al olvido.

Agotado, el pobre Thomas se quedó dormido mientras repetía una y otra vez:

—Soy Aketarram, uno de los sabios supremos de la...

# NO ESTABA SOLO

Thomas se hallaba en medio de la selva muy desorientado.

Un cúmulo de sensaciones comenzó a recorrerle todo su cuerpo, pues el miedo y la desesperación se adueñaron de él. De repente comenzó a gritar:

—¡Pancho! ¿Dónde estás?

Empezó a correr entre el espeso follaje, hasta llegar a la orilla de un río de aguas cristalinas y vio con asombro que Pancho se encontraba sentado en la otra orilla, de espaldas a él y hablando con unos extraños hombres, a los que no podía ver con claridad a causa de la distancia y las sombras que hacían los árboles.

—¡Pancho, estoy aquí! —le gritó.

Sin inmutarse, Pancho continuó hablando, haciendo caso omiso a sus gritos desesperados.

Sin entender por qué no le contestaba, se lanzó al agua y comenzó a nadar hacia donde estaban, pero inexplicablemente, contra con más fuerza nadaba más se alejaba de ellos. De repente, Pancho y los hombres se levantaron y se giraron hacia él. Al verlo, Thomas se detuvo, pues vio aterrorizado que aquellos hombres con los que conversaba Pancho con tanta tranquilidad eran los mismos que intentaron matarle al llegar de Honduras. También pudo ver que Pancho portaba entre sus manos el tubo de madera que el Sr. Arthur tenía en su poder, y que se lo ofrecía muy cordialmente a los hombres.

Acto seguido y sin saber ni el cómo ni el porqué, se encontró de pie, totalmente seco y en medio de un pequeño emplazamiento indígena desolado. Extrañado por lo que había pasado, miraba hacia todos los lados, con la esperanza de encontrarle sentido a lo que estaba ocurriendo.

Aquel lugar estaba exento de vida, las chozas estaban vacías y no se veía ninguna persona ni animal. Era como si la tierra se hubiera tragado a todos los que allí vivían.

Comenzó a caminar por el poblado, haciendo paradas para introducirse en las pequeñas chozas, con el ánimo de encontrar a alguien que le pudiera decir dónde se encontraba exactamente.

Tras atravesar un rudimentario puente hecho con dos troncos de madera que sorteaba un pequeño riachuelo, vio con asombro que allí estaban todos los indígenas, rodeando una gran choza y arrodillados frente a los hombres que habían querido acabar con él y que había visto antes hablando con Pancho.

Rápidamente se escondió tras un gran árbol para observar lo que estaba ocurriendo y comprobó que los indígenas tenían una actitud de adoración frente aquellos hombres, como si de dioses se tratase. Enojado al saber que eran unos viles ladrones y que posiblemente intentaban aprovecharse de aquellos *pobres infelices*, salió de su escondrijo y comenzó a gritarles, pero permanecieron inmóviles, impasibles a sus gritos. Al ver su actitud de prepotencia, corrió hacia ellos con la intención de preguntarles por qué habían intentado acabar con él, qué habían hecho con su amigo y qué intentaban hacer con toda aquella gente, pero al llegar e intentar coger a uno se dio cuenta de que no le podía hacer nada, era como si de un espectro se tratase, pues su mano atravesó su cuerpo. Asustado, dio un paso hacia atrás. En ese instante se percató de que en la choza había gente, pues se escuchaban voces dentro. Sin pensárselo, se asomó a la tienda buscando respuestas a lo que estaba ocurriendo y vio una escena que le resultó muy familiar, pues el cabecilla del poblado estaba sentado frente a un hombre vestido como la momia que habían

hallado Pancho y él en la sala.

Aquel hombre no cesaba de señalarle el cielo y, seguidamente, le mostraba un objeto que sostenía entre sus manos. Thomas, olvidando por completo la extraña situación que estaba viviendo y llevado por la curiosidad, se acercó despacio para observar aquel objeto, cuando de repente un fuerte ruido se escuchó en el cielo de la selva. Las aves, que se hallaban plácidamente descansando en las ramas de los árboles, retomaron el vuelo espantadas, y los dos hombres que hablaban se levantaron y lo miraron fijamente. Thomas, muy asustado, dio un paso atrás, tropezó con un tronco que hacía de banco y se cayó al suelo. En ese mismo instante despertó en el frío suelo de su casa. Se había caído del sofá y su frente estaba empapada de sudor. Cogió el filo de su camiseta y, quitándose el sudor, dijo:

—¡Dios mío! Era sólo un sueño.

Todavía sin reaccionar y sentado en el suelo, pensaba en el extraño sueño, cuando se percató de que el ruido que había provocado aquel revuelo en su sueño era el del teléfono, que continuaba sonando una y otra vez.

Adormecido aún, se levantó como pudo y se acercó hasta él. Lo cogió y preguntó:

—¿Sí? ¿Dígame?

—Buenos días, señor Thomas —le dijo una voz seria.

—Buenos días. ¿Me podría decir quién es? —preguntó mientras se apretaba los ojos con los dedos para ver si se despejaba un poco.

—Soy el director de la universidad, y me preguntaba si se encontraba bien ya.

—Sí, ya estoy mejor. Perdóneme por no haberle reconocido, pero es que me acabo de despertar —le dijo con cara de sorpresa.

—Si está mejor ya, ¿vendrá a trabajar hoy? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Muy bien, estaba preocupado al ver la hora que era y que no había dado señales de vida.

Thomas levantó la mirada y vio el reloj que tenía en la pared. Eran más de las once y media de la mañana.

—Perdone, ahora mismo voy —le dijo mientras colgaba rápidamente el teléfono y corría hacia el lavabo para asearse.

Al llegar a la universidad, se dirigió al despacho del director, con la intención de disculparse por su demora y por su falta de responsabilidad al no haber ni siquiera llamado.

Tras media hora de charla, salió del despacho, cabizbajo y con la mirada fija en el suelo. Iba reprochándose lo ocurrido y pensaba si aquel sueño querría decir alguna cosa, si era como una especie de revelación o visión, pues las escenas que ocurrieron en él le eran muy familiares.

Empecinado en encontrarle una explicación lógica, pensó que sería mejor no darle más importancia de la que tenía, pues podría llegar a obsesionarse con él y en ese momento tenía otras cosas en las que pensar. Por todo esto, decidió no darle más vueltas y zanjar el tema.

Ya con la cabeza más despejada, se dirigió hacia su clase, donde lo esperaban los alumnos, impacientes, pues debían entregarle un trabajo que contaba para las notas finales. Al llegar, se disculpó por su tardanza, se sentó en su mesa y les pidió a sus alumnos que le entregaran los trabajos y que, tras hacerlo, repasaran el tema que estaban dando.

Con tranquilidad, comenzó a corregir los trabajos uno a uno, de vez en cuando hacía una pequeña pausa para pensar en su descubrimiento, pues era algo insólito, algo que podía cambiar el concepto que

se tenía hasta entonces de ciertas civilizaciones antiguas, pero también pensaba en que lo había perdido todo: la momia, el sarcófago, la extraordinaria sala... Sólo tenía aquellos papeles copiados de los originales y, seguramente, al ver sus inconsistentes pruebas, nadie creería la existencia de aquella civilización. Lo más probable era que pensarán que era un simple chiflado.

Continuaba corrigiendo los trabajos cuando vio algo inusual en uno de ellos. Dejó el bolígrafo en la mesa, se levantó y se dirigió al propietario de dicho trabajo.

—¿Podrías acompañarme a mi mesa, por favor? —le pidió amablemente.

—Claro —le respondió el alumno extrañado.

Thomas volvió a sentarse y enseñándole el trabajo al alumno le preguntó:

—¿Me podrías decir qué es esto?

—¿El qué? No veo nada.

—Sí, fijate bien —le señaló la esquina superior con el bolígrafo.

—Uy, perdóneme —exclamó avergonzado.

—Sabes que este trabajo tiene una gran repercusión sobre la nota final, es una cosa muy seria e importante para ti, no deberías hacer dibujos en él.

—Le suplico que me perdone, no volverá a ocurrir —le volvió a decir avergonzado.

—Muy bien, hoy seré indulgente contigo y no tomaré ninguna represalia, pero la próxima vez no tendrás tanta suerte y deberé suspenderte —le dijo con voz autoritaria.

—De verdad que no volverá a ocurrir —se disculpó de nuevo.

Al ver el arrepentimiento de su alumno, decidió acabar con su reprimenda y, asintiendo con la cabeza, le dijo que volviera a su mesa.

Entre risas de sus compañeros, volvió avergonzado a su mesa y cuando se sentaba sonó la sirena que daba por finalizada la clase. Como si de una manada en estampida se tratase, comenzaron a salir los alumnos, dejando a Thomas, que debía quedarse para acabar de corregir los trabajos solo.

Thomas, al finalizar, comenzó a recoger los trabajos de su mesa y a meterlos en su maletín.

La puerta de la clase se abrió y por ella apareció el director, que se acercó y comenzó a explicarle que por la tarde había una reunión muy importante y que si estaba dispuesto a comparecer en ella. Thomas le contestó que no había ningún problema, que allí estaría. El director, mientras se quitaba las gafas y las apoyaba en los trabajos que aún tenía Thomas sobre la mesa, comenzó a explicarle de qué iba a tratar dicha reunión, cuando Thomas gritó:

—¡Es increíble!

Se levantó de un salto, haciendo que la silla cayera al suelo.

—¿Pero qué le pasa? ¿Se encuentra bien? —le preguntó el director boquiabierto.

—Sí, sí, luego continúa explicándome.

—Pero... —intentó decirle a Thomas, que salía corriendo de la clase con un papel en la mano.

Thomas corría por los pasillos de la universidad como si el mismo diablo lo persiguiera, miraba a un lado y a otro desesperado, colisionando con todo lo que se interpusiera en su camino. De repente, se detuvo frente la cristalera que daba a la cafetería de la universidad. Comenzó a mirar una a una las mesas, repletas de estudiantes, hasta que por fin su mirada alocada se detuvo centrándose en una de ellas, en la que hablaban tranquilamente cuatro muchachos.

Con más tranquilidad, pero visiblemente nervioso, entró en la cafetería y se acercó a dicha mesa.

—Daniel, ¿podrías venir un momento por favor? Tengo algo que preguntarte.

—¿Qué quiere? Mi clase ya ha finalizado, ahora estoy en mi descanso —le dijo extrañado.

—Lo sé, pero te pido por favor que me acompañes, será sólo un momento. Luego podrás continuar con lo que estás haciendo.

El muchacho, accediendo a su petición, se levantó de la mesa y acompañó a Thomas fuera de la cafetería.

Daniel, que era el chico que le había dado una reprimenda por el dibujo hacía unos veinte minutos, le volvió a preguntar:

—¿Qué quiere de mí ahora?

—Perdona por haber interrumpido tu descanso, ¿pero te importaría hablarme sobre el dibujo? —le preguntó enseñándoselo.

—Ya le he dicho que me disculpara, que no lo volveré a hacer más —repitió una vez más.

—No, no, no digo eso. Me gustaría saber de dónde lo has sacado.

—¿Para qué lo quiere saber? Si quiere lo borro o repito nuevamente esa hoja.

—¡No, por Dios! —exclamó—. No lo borres, sólo dime de dónde lo has sacado.

Daniel se tocó la barbilla y dijo:

—Pues ahora mismo..., no me acuerdo.

—No me digas eso por favor, intenta recordar —le insistía.

—Es que no me acuerdo —le volvió a decir.

—De acuerdo. ¿Podrías volver a dibujarlo?

—Eso sí, del dibujo me acuerdo perfectamente.

Tras decir esto, Thomas le comentó si no le importaría acompañarlo hasta su despacho. Daniel, al ver la persistencia y el gran interés que mostraba ante aquel simple dibujo, accedió a su petición.

Ya en el despacho y bajo la atenta mirada de Thomas, Daniel comenzó a dibujar en una hoja que previamente le había dado. Tras unos minutos dijo:

—Ya está.

—Sí que es, no me equivocaba —dijo Thomas sorprendido al verificar lo que se temía.

—¿Sí que es el qué? —le preguntó Daniel—. ¿Qué le pasa? Está muy extraño.

—Por favor Daniel, intenta recordar de dónde lo has sacado. Haz memoria.

—Es que no me acuerdo. Bueno..., déjeme que piense.

Daniel comenzó a pensar de dónde había podido sacarlo, pues hacía una semana que había acabado aquel trabajo. Mientras tanto, Thomas continuaba observando el dibujo.

—¡Ya está! ¡Ya me he acordado! —exclamó Daniel.

—Dime, ¿de dónde lo sacaste?

—Mientras hacía el trabajo sentado en el escritorio de mi habitación, me surgió una duda en uno de los temas que había propuesto usted y tras intentar buscar la solución en los libros sin éxito alguno, decidí meterme en internet para probar suerte. Navegué durante horas, buscando en varias páginas, y al ver que no encontraba la respuesta a mis dudas, me metí en un foro de arqueología y colgué mi pregunta. Seguidamente me levanté y fui a cenar. Tras cenar, volví a mi habitación, con la esperanza de que alguien hubiera leído mi pregunta y me la hubiera respondido. Al volver a encender la pantalla de mi ordenador, comprobé que alguien me había contestado, y no era alguien cualquiera, pues la respuesta era muy

extensa y daba detalles que sólo alguien que conoce bien la materia podría dar.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —le preguntó efusivamente.

—Espérese, no he acabado de contarle aún —le contestó tranquilizándolo, y prosiguió—: Afortunadamente, esa persona que me había contestado aún estaba conectada, y pude ponerme en contacto con ella en el chat. Estuvimos comentando la respuesta durante un buen rato, luego nos despedimos y no he vuelto a meterme más en esa página.

—¿Pero el dibujo? —volvió a preguntarle.

—Ese dibujo era el avatar que tenía. Al verlo, me hizo gracia la forma y lo dibujé en la primera hoja que cogí, con la desgracia de que luego no me acordé de borrarlo.

—¿Sabes algo más de esa persona? ¿En qué página la encontraste?

—Se llama *Nefertari* y si me da otra hoja le escribiré la pagina donde la encontré.

Al acabar, Thomas le agradeció el tiempo que había perdido con él y le dijo que podía proseguir con su descanso.

Tras salir Daniel del despacho, Thomas se sentó frente al ordenador y lo conectó. Mientras acababa de cargarse el programa, pensaba en cómo la casualidad le había brindado esta oportunidad. Si no hubiera sido por los cristales de las gafas del director, que tenían un aumento considerable e hicieron de lupa, nunca se habría fijado bien en aquel dibujo y no hubiera sabido ni lo que era.

Era increíble lo que le estaba ocurriendo, no se lo podía creer. Una y otra vez miraba el dibujo y lo comparaba con la hoja que había realizado en su casa, pues aquel dibujo, que había pasado desapercibido ante sus ojos, era una letra del diccionario que había compuesto, en concreto la «o».

Cuando acabó de cargar el ordenador, introdujo su clave de acceso privada para entrar en internet y tecleó la dirección de la página que Daniel le había escrito en la hoja. Tras unos escasos segundos, que le parecieron a Thomas una eternidad, apareció en su pantalla una página que trataba de temas arqueológicos. Sin demora, buscó el apartado del chat y, tras ponerse un nombre y elegir uno de los avatares que le proporcionaba la propia página, buscó aquella misteriosa persona que se hacía llamar *Nefertari*. Pasó media hora, pero no logró encontrarla. Desesperado y decepcionado a la vez, recordó la sección de foros donde Daniel había colgado su pregunta, y rápidamente se introdujo en ella y colgó un comentario: «Hola, buenas, soy profesor de Historia de una universidad y me gustaría hablar con una tal *Nefertari* sobre su avatar. Aquí dejo mi dirección de correo electrónico. Gracias».

En ese mismo momento, sonó la sirena que indicaba que su clase comenzaba. Lentamente se levantó y apagó su ordenador, pensando si aquel mensaje lo leería la persona que buscaba y obtendría alguna respuesta de ella.

Las clases posteriores se le hicieron interminables, no dejaba de mirar una y otra vez el reloj. Su cabeza, como siempre, no paraba de darle vueltas a todo lo que le estaba sucediendo y lo fantástico que era que alguien más tuviera conocimiento sobre aquellos signos, pues eso significaba que posiblemente no estaba solo en su búsqueda.

Cuando terminó todas sus clases, se dirigió a su despacho para comprobar si su mensaje había sido leído por ella. Entonces apareció el director por el pasillo y le preguntó:

—Me gustaría saber si se encuentra bien de verdad, porque su comportamiento es muy raro.

—Pues claro que sí, permíteme si mi comportamiento es un poco inusual.

—Muy bien, pero si no está bien, dígamelo. Hablando de otro tema, la reunión de esta tarde...

—No voy a poder asistir, lo siento —le interrumpió.

—¿Cómo que no? ¿Qué ha pasado?

—Son unos temas personales y si me disculpa tengo mucha prisa.

Se despidieron y rápidamente se dirigió a su despacho, donde pudo comprobar, tras encender el ordenador, que nadie le había respondido. Decepcionado, recogió todo y se encaminó hacia su casa.

Al llegar a ella, y sin ni siquiera quitarse la chaqueta, se sentó frente al ordenador e introdujo la dirección de la página de arqueología, con la esperanza de que *Nefertari* hubiera hecho acto de presencia. Tras introducirse en el foro, comprobó que su mensaje había sido leído y respondido por cuatro personas.

—¡Bien! —exclamó levantando los brazos al aire con los puños cerrados.

Nervioso, abrió uno a uno sus mensajes.

Los dos primeros no tenían nada que ver con lo que él preguntaba, el siguiente era de una persona que bromeaba sobre la vida de *Nefertari*. Muy desilusionado ante su fracaso, abrió de mala gana el último de ellos y al hacerlo sus ojos se abrieron de par en par, pues en él ponía: «Hola, soy *Nefertari*, casualmente he leído tu mensaje y me ha hecho gracia que te interese mi avatar, ya que eres el primero que me pregunta por él. Me suelo conectar por las noches, te lo digo por si estás interesado en que hablemos de él. Un beso, *chao*».

Thomas estaba asombrado, se regocijaba de alegría, pues había obtenido respuesta de aquella misteriosa persona. Al fin podría hablar, posiblemente, de su descubrimiento con alguien sin que se riera o dudara de él.

Al anoecer, Thomas había preparado todos sus apuntes en la mesa donde tenía el ordenador. Nervioso, no dejaba de mirar el chat por si *Nefertari* aparecía. Después de dos horas de larga espera se dispuso a apagar el ordenador y a probar la próxima noche, cuando vio cómo aparecía el nombre de *Nefertari* en la pantalla. Sin perder tiempo, le mandó un privado para poder hablar con más tranquilidad, sin que nadie les molestara ni les interrumpiera.

Pasaban ya cinco minutos, la incertidumbre de no saber si le iba a responder comenzó a desesperarle, los nervios comenzaron a aflorar, haciendo que se moviera en la silla de un lado a otro, cuando...

—Hola, perdón por la espera —le contestó *Nefertari*.

Thomas se acercó a la pantalla del ordenador echándose las manos a la cabeza y dando un grito de alegría, sin perder tiempo le contestó:

—No, tranquila, no pasa nada.

—*Ja, ja, ja*, espero no haberte hecho esperar mucho, pero he estado un poco liada.

—Llevo sólo un rato esperando, pero al ver que no entrabas estaba pensando en irme ya.

—Pues al final he aparecido, ¿eh? *¡Ja, ja, ja!*

—Sí, ya lo veo.

Tras un rato de continuos mensajes sin mucho sentido para Thomas, *Nefertari* preguntó:

—Perdona, ¿por qué te interesa tanto mi avatar?

Thomas se retiró del ordenador, se levantó de la silla y comenzó a caminar en círculos, pensando si debía explicarle la increíble historia de su hallazgo, o dar tiempo para conocerse un poco más, ya que no sabía cómo reaccionaría al contársela. Quizás pensaría que era un loco y perdería la gran oportunidad que se le había presentado.

Tras enviarle *Nefertari* un seguido de zumbidos para que le contestara a su pregunta, Thomas se sentó

nuevamente y escribió:

—Antes de todo, me gustaría saber de dónde lo has sacado.

—*Ja, ja, ja*. Te tiene intrigado, ¿eh? Muy bien, te lo contaré. Hace dos años, en una de mis continuas visitas a Egipto, fui a pasear por uno de sus mercados con la intención de comprar alguna cosa que me llamara la atención, pero aquel día no me gustaba nada de lo que veía. De repente, un hombre, que más bien parecía un mendigo, me cogió del brazo y me metió en un callejón. Asustada, porque no sabía cuáles eran sus intenciones, le di un empujón, apartándolo de mí y haciendo que se golpeará con una de las paredes. «Tranquilícese», me dijo. Le pregunté qué quería de mí y entonces sacó de debajo de su andrajosa ropa un pergamino enrollado, que abrió y me dejó ver. Tras observarlo, comprobé que no era un pergamino egipcio, pues su contenido, multitud de extraños signos, no era conocido para mí.

Thomas, sorprendido por lo que le estaba contando, le interrumpió y le preguntó:

—¿Conocidos para ti? ¿Es que entiendes de eso?

—*Ja, ja, ja*, claro que entiendo. Trabajo en el museo de Londres y todos los artículos que nos llegan de Egipto pasan por mis manos, pues soy la supervisora en los trabajos de conservación de todos ellos. Además, mi padre ha pasado muchos años llevando a cabo excavaciones allí y desde pequeña he estado en contacto con esa civilización.

—Ahora lo entiendo todo —pensó en voz alta al saber que no hablaba con una persona inexperta y sin conocimientos de esos temas.

—Bueno, ahora continúo con mi explicación, porque aún no he acabado. Como te decía, esos signos no los había visto en ningún otro lado. Tras mirarlo con más detenimiento, comprobé que el pergamino era antiguo, pues estaba muy deteriorado y tenía indicios de haber estado guardado durante muchos años. Aquel hombre me lo arrebató de las manos y me preguntó si lo quería comprar. Yo le pregunté que dónde lo había sacado y qué significaban esos dibujos. El misterioso hombre miró a un lado y a otro y me respondió que estaba trabajando en una excavación. Al levantar una roca halló una vasija en perfecto estado. Sin avisar a su capataz, introdujo la mano en ella y sacó este papiro. Rápidamente se lo metió bajo la ropa para intentar sacar dinero de él, ya que les pagan una miseria de sueldo. Tras hacerlo, avisó a su capataz y le enseñó la vasija. Al contarme la historia, quedé sorprendida y no sabía si creérmela, aunque en ese lugar son muy frecuentes los robos en las excavaciones por parte de los trabajadores. Sin pensármelo dos veces, accedí a comprárselo, sabiendo que quizás el pergamino sí que era antiguo, pero los signos que estaban en él dibujados no eran verdaderos. Seguramente los dibujaría él mismo u otra persona, ya que hasta la fecha no he logrado saber nada de ellos. Ya en mi casa de Londres, lo enmarqué y lo colgué de la pared junto a otras copias de otros papiros. Una noche, encontré esta página, y al registrarme no me gustó ningún avatar de los que me proponía, así que saqué el pergamino de su marco, lo escaneé, elegí uno de esos signos y me lo puse de avatar.

Thomas no salía de su asombro; lo que tenía colgado en su pared podría ser una de las piezas de su rompecabezas, un rayo de luz sobre el oscuro túnel en el que se encontraba inmerso y del cual no veía la salida. Pero lo que más le llamó la atención era que ella había encontrado, en el otro lado del mundo, esos símbolos.

—Perdona, ¿me los podrías enseñar?

—Claro que sí, pero yo ya te he contado mi historia, ahora te toca a ti.

—Creo que sería mejor que te lo contara personalmente. Además, me gustaría poder ver esos signos de cerca.

—¿Pero qué tienen de interesante para ti? Sólo es un vil engaño para turistas, pero bueno, si quieres verlos deberás venir a Londres, porque yo no me puedo desplazar hasta allí, ya que mi trabajo no me lo permite en estos momentos —le contestó cautamente.

Thomas quedó pensativo, se levantó rápidamente y se dirigió a la cocina para ver el calendario que tenía pegado en la nevera. Sorprendentemente dentro de dos días tenía una semana de fiesta en la universidad y sería la ideal para poder viajar hasta allí y ver in situ aquel papiro.

Corrió hasta el ordenador y le envió un mensaje citándose con ella delante del museo de Londres, dentro de dos días a las cinco de la tarde.

*Nefertari*, tras unos minutos, aceptó su cita, le envió su número de móvil y se despidió de él.

Thomas apagó el ordenador sin poder creer lo que le había ocurrido. Era fantástico, un milagro se podría decir. No sólo había contactado con una persona a la que podía contarle la historia, sino que había encontrado una persona que tenía en su poder un escrito con aquellos símbolos. Quizás así podría encontrar una traducción y obtener algún indicio más sobre aquella misteriosa civilización.

# AMARGO ENCUENTRO

## *Museo de Londres. Dos días después.*

**E**n la puerta del museo de Londres, como si de un turista más se tratase, se encontraba Thomas con su mochila en el suelo, apoyada en su pie, su chaleco y un papel en la mano donde llevaba dibujado el símbolo, el nombre de «Nefertari» y el número de su móvil. Miraba el reloj una y otra vez, deseando que pasaran los treinta minutos que quedaban para encontrarse con ella.

Cuando lo separaban del gran encuentro sólo dos minutos, comenzó a pensar si aquella persona no le habría engañado, pues no sabía nada de ella, ni siquiera sabía si en verdad vivía en Londres. Se había dejado llevar una vez más por su ímpetu, sin pensar en las consecuencias que tendría si todo era un mero engaño. Ansioso, sacó su móvil de uno de los bolsillos del chaleco con la intención de llamarla, cuando de repente alguien le dio un golpe por la espalda, provocando que el móvil cayera al suelo.

—Perdóneme señor —le dijo la joven que lo había golpeado.

—Mira lo que has hecho —le dijo Thomas agachándose para recoger su móvil destrozado—. Lo has roto... —al levantar la mirada y ver la persona que lo había golpeado, quedó mudo.

Aquella joven era preciosa, debía tener unos veinticinco o veintiséis años, de complexión delgada y estatura media, su pelo era oscuro y estaba recogido con un pequeño moño sujetado con un lápiz; sus ojos eran azules, de un azul que al mirarlos daba la sensación de estar contemplando el cielo. Su piel morena dejaba entrever unas graciosas pecas y sus labios —«Dios mío qué labios», no dejaba de pensar Thomas — eran perfectos, pequeños pero muy bien perfilados.

—Perdóname de verdad, no fue mi intención, si quieres te lo pago —le dijo muy arrepentida a Thomas, que seguía agachado y con la boca abierta admirándola.

Thomas, que se dio cuenta de que estaba ensimismado mirándola, hizo un rápido movimiento con su cabeza para despertar y comenzó a recoger los pedazos de su móvil. Al acabar se levantó y aceptó sus disculpas, diciéndole que no se preocupara y que no debía pagárselo, que todo había sido un accidente. Mientras continuaban con la conversación, frente a ellos, se detuvo un coche que hizo sonar el claxon.

—Me parece que te llaman —dijo Thomas.

—No, no, me parece que te llaman a ti —dijo ella.

—Eso es imposible, no soy de aquí. Además, he llegado hoy mismo. Al salir del aeropuerto me he dirigido directamente hacia aquí y nadie, que yo sepa, me conoce.

El ocupante del coche, al ver que ninguno de los dos se acercaba, bajó la ventanilla y una voz surgió del interior dirigiéndose a ellos:

—Por favor, señor, ¿podría acercarse un momento?

Thomas, extrañado al ver que se había dirigido a él directamente, se puso de espaldas al coche, miró fijamente a la chica y le dijo:

—No te conozco de nada, pero creo que eres una buena persona. Te pediría por favor que me guardaras esa mochila que está ahí en el suelo y este papel —le dijo entregandoselo a escondidas en la

mano, y prosiguió—: Si me ocurriera algo, te pido por favor que llames al número que en él está escrito. El nombre de la persona con la que debes contactar está ahí escrito también. Ella ha quedado conmigo, dale estas cosas; sabrá qué hacer con ellas.

Tras acabar de hablar, se giró y se dirigió hacia el coche bajo la mirada atónita de aquella joven que no entendía nada.

Muy intrigada por tanto misterio, abrió el papel para ver lo que había escrito en él, y al leerlo levantó la mirada y comprobó asustada cómo Thomas era introducido en el coche a la fuerza.

En el interior de aquel coche, Thomas se resistía a sus captores e intentaba mirar como podía por la ventanilla para saber si la joven pedía auxilio, cuando sus ojos vieron que ella salía corriendo y se perdía entre la multitud. Entristecido y decepcionado ante la reacción de la muchacha, se giró para ver quién lo había raptado y en ese mismo instante recibió un fuerte golpe en la cabeza, que lo dejó inconsciente.

Al recuperar la conciencia, estaba atontado, había perdido la noción del tiempo y sufría un fuerte dolor de cabeza. Sin saber todavía qué estaba ocurriendo, se vio atado de pies y manos, sentado en aquel coche en el asiento del conductor y frente a la orilla de un río.

Comenzó a moverse con la intención de deshacerse de sus ataduras, cuando una voz procedente de la parte trasera del coche se dirigió a él. Thomas, que no podía girarse, miró por el retrovisor y vio aterrorizado que la persona que le estaba hablando era uno de los hombres que le persiguieron al llegar de Honduras.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí? —le repetía una y otra vez asustado.

—Te avisé hace tiempo, en aquel bar, pero tú no hiciste caso. ¿No te acuerdas?

Thomas, al escucharle, dejó de moverse. Recordó aquel día que salió de casa del Sr. Arthur y se dirigió hacia el bar donde siempre desayunaba. Pudo recordar aquella voz y sus palabras: «No se gire profesor y escuche atentamente lo que le voy a decir. No siga con esto y continúe su vida como hasta ahora o no lo podrá hacer jamás».

Aquellas palabras comenzaron a retumbar en su cabeza, no lograba entender por qué le estaba ocurriendo todo aquello.

—Pero... ¿por qué me perseguís? —le preguntó con la esperanza de obtener respuesta.

—Fuiste avisado y ahora ya es demasiado tarde, sabes demasiado —le respondió el misterioso hombre mientras le ponía la mano sobre su hombro.

—¿Pero de qué me hablas? ¿Qué es lo que sé?

El hombre, al que sólo se le veían los ojos de un azul claro y con mirada intensa y penetrante, soltó a Thomas del hombro y se apoyó en el respaldo de los asientos traseros. Después volvió a acercarse a él y le dijo:

—Creo que ya que vas a morir, podría contártelo. ¿Tú qué crees?

—¿Cómo que voy a morir? No por favor, ¡te lo suplico!... —gritaba desesperado.

—¡Calla! —le gritó—. Escucha atentamente lo que te voy a contar, porque son las últimas palabras que vas a escuchar.

Thomas, que veía que su vida se acababa sin remedio alguno, le volvió a suplicar. Le preguntaba una y otra vez qué era lo que les había hecho y por qué tenían tanto interés en él, si no sabía nada.

El hombre lo volvió a hacer callar y seguidamente comenzó a explicarle:

—Yo y muchos más como yo somos los guardianes de un secreto más antiguo que la vida misma. Mis

antepasados y los antepasados de mis antepasados ya guardaban este secreto, al que te estás acercando peligrosamente. Como puedes apreciar por lo que te acabo de decir, mi sociedad es muy antigua y su nombre, como la identidad de cada uno de nosotros, ha permanecido en secreto todos estos años.

—¿Qué me estás contando? ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —le dijo Thomas, que no comprendía nada.

—La sociedad a la cual pertenezco es la de los Itnicos. Para que comprendas mejor todo lo que te estoy contando, mira esto.

Introdujo su mano por una pequeña apertura de la oscura gabardina, sacó una medalla que llevaba y al mostrársela por el retrovisor, Thomas exclamó:

—¡Esa medalla...! ¡Claro! El símbolo que está grabado en ella es el mismo que encontramos en la excavación. Estaba grabado en el muro que daba paso a la sala y lo llevaba la momia colgado de su cuello, salvo que en el colgante estaba incompleto. Entonces... ¿todo lo que ocurrió en la excavación no fue una mera coincidencia?

—Sí Thomas, veo que empiezas a entender.

—Pero ¿qué secreto es ése? ¿Tan importante es? ¿Tanta importancia tiene para haber destruido una sala que debía tener miles de años? ¿Tanta importancia tiene para llegar a matar por él? —le preguntaba.

—Es muy complicado de entender, sólo te digo que lo que protegemos es el secreto mejor guardado de la humanidad.

—¿Pero no me lo vas a contar?

—*Ja, ja, ja.* No, y creo que ya te he contado demasiado. Ahora me despido de ti —le decía mientras salía por la puerta trasera del coche.

Thomas comenzó a gritar desesperado, mientras veía por el retrovisor como aquel hombre se introducía en otro coche que aguardaba detrás. De repente, el coche comenzó a acercarse lentamente, hasta llegar a apoyarse en el que se encontraba Thomas, lo empujó y lo precipitó al río.

Poco a poco comenzó a sumergirse, hasta desaparecer por completo.

En el interior, con los pies humedecidos por el agua que comenzaba a entrar, Thomas luchaba por salvar su vida, intentando deshacerse de las ataduras que lo tenían retenido en aquel asiento. Mientras, en el exterior, el hombre que había estado hablando con Thomas salió del coche, se acercó a la orilla, miró el lugar por donde se había sumergido el vehículo y dijo:

—Vamos, de ésta ya no sale.

Volvió a subir al coche y se alejó de aquel lugar.

En el interior del vehículo, la angustia de Thomas cada vez era mayor, el agua, que le llegaba por el pecho, le comenzaba a impedir que se moviera.

Agotado por el esfuerzo que hacía por desatarse y sin dejar de gritar, veía que todos sus esfuerzos no servían para nada, que no podría salir de allí, que ese lugar se convertiría en su morada para la eternidad. En ese mismo instante, al borde de la catástrofe, su vida comenzó a pasar por delante de él.

El agua le cubría ya casi por completo. Con su cara pegada al techo del coche, intentaba recoger el poco oxígeno que quedaba dentro del habitáculo. En un último esfuerzo, recogió todo el aire que pudo antes de que el agua lo cubriera todo, se sumergió e intentó con todas sus fuerzas desatarse por última vez, pero no obtuvo resultado alguno. Entonces, habiendo utilizado todas las cartas de su baraja, desistió y esperó con esa última bocanada de aire que le quedaba en los pulmones que llegara su fin.

«¡No quiero morir!», se repetía una y otra vez.

Sus pulmones no aguantaban más, querían soltar el oxígeno empobrecido de su interior y así lo hicieron. Poco a poco el aire comenzó a salir de su boca. Thomas veía como con aquellas burbujas se le escapaba la vida, era su fin, su vida acababa.

Rápidamente cerró la boca para que dejara de salir el aire y el agua no entrara, pero sus pulmones necesitaban aire, un aire que en aquel lugar no existía. Con todas sus fuerzas intentaba aguantar el impulso de cogerlo, pues sabía que si lo hacía sus pulmones se llenarían de agua, y eso le provocaría la muerte. Pero eso era una cosa que no podía evitar por más tiempo.

Comenzó a sentir que se mareaba. Se estaba quedando inconsciente, necesitaba aire rápidamente y en ese mismo momento, entre la conciencia y la inconciencia, entre la vida y la muerte, pudo ver una silueta por el espejo retrovisor que se acercaba al coche.

La silueta que vio Thomas por el espejo retrovisor era la de aquella chica que había conocido en las puertas del museo, que afortunadamente había venido a rescatarlo.

La muchacha, que estuvo en el exterior viéndolo todo, se acercó a la ventanilla del conductor para comprobar el estado en el que se encontraba Thomas y vio horrorizada que estaba inconsciente. Se apresuró a romper la ventanilla con una piedra que había cogido en la orilla y, tras hacerlo, desató tan rápido como pudo las cuerdas que lo tenían inmovilizado y lo extrajo por la ventanilla que había roto. Sin demorarse, pasó su brazo por debajo de las axilas de Thomas y comenzó a bucear hacia la superficie.

Ya en la orilla del río, echó a Thomas al suelo y comprobó que no respiraba. Nerviosa, comenzó a hacerle el boca a boca y a oprimirle el pecho con las palmas de sus manos, intentando así que soltara todo el agua que había en el interior de sus pulmones, pero era inútil, continuaba sin respirar. La pobre muchacha no tenía experiencia en situaciones así y comenzó asustarse. Miraba a un lado y a otro para ver si había alguna persona que le pudiera socorrer, pero era inútil, por allí no pasaba nadie, estaba muy apartado de cualquier lugar. Entonces, dejándose llevar por la desesperación, comenzó a darle fuertes golpes en el pecho con sus puños y a gritar:

—¡No te mueras! ¡Respira!

Y en ese mismo instante, Thomas, como si de un milagro se tratase, comenzó a toser y a sacar agua por la boca. La muchacha, al ver que había conseguido reanimarlo, comenzó a gritar de alegría mientras ayudaba a Thomas a incorporarse para facilitarle que respirara y vaciara sus pulmones de agua.

Después de unos minutos, Thomas, que ya se encontraba mejor, le dijo:

—Gracias por salvarme la vida, eres mi ángel de la guarda. Si no fuera por ti ahora mismo estaría en el fondo de ese río.

—No tienes por qué dárme las. Tú hubieras hecho lo mismo por mí —le dijo la muchacha que lo tenía apoyado en su pecho.

—*Ja, ja, ja*, pues claro que sí. Hay que ver qué manera de conocernos más extraña.

—Eso no es del todo cierto.

—¿Cómo que no es del todo cierto? —preguntó extrañado.

La muchacha lo dejó sentado en el suelo, se levantó, se puso frente a él, se arrodilló, sacó un papel mojado de su bolsillo y se lo entregó. Thomas lo abrió cuidadosamente para no romperlo y vio sorprendido que aquel papel era el que le había entregado antes de que lo raptaran.

—Gracias por devolvérmelo, pero... con el agua se han borrado la mayoría de cosas que había

escritas. Nunca podré contactar con esa persona —dijo entristecido.

—No, no. No lo entiendes —le dijo con una sonrisa en la boca.

—¿Cómo que no lo entiendo? Me parece que el agua ha hecho estragos en mi cabeza, porque no entiendo nada de nada.

—*Ja, ja, ja*, ¿de verdad que no lo entiendes?

—No —negó tajantemente.

—Te explico. Cuando me lo diste, no pude aguantarme y lo abrí, y cuál fue mi sorpresa cuando vi que el dibujo, el nombre y el número de teléfono eran míos.

—Entonces... ¡tú eres *Nefertari*! —exclamó abrazándose a ella.

—Sí, soy yo.

—¿Pero cómo lo has hecho para encontrarme? ¡Si vi como te marchabas desde el coche!

—A eso iba, cuando vi el papel. Intenté decírtelo, pero ya era demasiado tarde. Veía aterrorizada que te metían en aquel coche a la fuerza y, sin pensármelo dos veces, cogí mi coche y lo seguí hasta aquí. Después, vi cómo se detenía frente al río y salían unos hombres vestidos de una forma muy rara de su interior y se metían en otro coche que los esperaba detrás. Al poco rato, salió otro hombre del coche, vestido de la misma forma que los anteriores, se metió donde los otros y comenzó a empujar el coche en el que estabas tú. Después de unos escasos minutos, que fue lo que tardó en sumergirse por completo el coche, se marcharon. Al verlo, esperé unos instantes para cerciorarme de que no volvían y salté al agua para intentar salvarte, y aquí estas, vivito y coleando.

—Menos mal, *Nefertari*, que eras tú. Vete a saber si otra persona hubiera hecho lo mismo.

—¿Sabes quiénes han intentado hacerte esto? —preguntó mientras se ponía en pie.

—No te lo creerías nunca. Antes de contártelo, preferiría contarte por qué he venido hasta aquí a conocerte, y luego entenderás mejor quiénes son esos individuos sin escrúpulos —le respondió Thomas mientras se ponía en pie y miraba a un lado y a otro.

—Muy bien, como quieras. Ahora deberíamos irnos a cambiar de ropa, pues ésta ha quedado empapada.

—Sí, será lo mejor, aquí no estamos seguros.

# EL PLAN

Sentado en el asiento del copiloto, con la cara apoyada en el cristal de la ventanilla y con la mirada perdida, Thomas pensaba en todo lo que le estaba pasando, no cesaba de pensar en aquel hombre que vio por el retrovisor del coche y en lo que le había contado. Todo lo que le estaba ocurriendo y el misterioso velo que lo envolvía le parecía increíble, había desenterrado del olvido un secreto tan importante, tan trascendental para aquellos hombres, llamados Itnicos, que eran capaces de lo que fuese para que continuara así.

La noche envolvía Londres, las luces de las farolas iluminaban el asfalto mojado por la humedad y a un coche que circulaba a poca velocidad por una calle poco transitada. Ese coche era el de *Nefertari*, y se detuvo frente una vieja casa.

En el interior del coche, *Nefertari* tocó el hombro de Thomas, que dormía profundamente debido al cansancio, y le dijo con voz suave:

—Despierta, ya hemos llegado.

Al ver que no despertaba lo zarandeó suavemente.

—¿Cómo? —se despertó y preguntó desorientado sin saber dónde se encontraba.

—Que ya hemos llegado —le repitió.

—*¡Buff!* Siento haberme quedado dormido, pero es que ha sido un día muy difícil para mí, como comprenderás —le decía mientras se apretaba los ojos con el índice de su mano.

—No pasa nada, lo entiendo. Lo mejor es que ahora subamos a mi casa, nos cambiemos de ropa y que comiences a contarme lo que está pasando.

—¿A tu casa? Pero... ¿y mi hotel? —preguntó extrañado.

—No es seguro que vayas a tu hotel, quizás esos hombres lo estén vigilando para cerciorarse de que han acabado contigo. He pensado que ellos nunca te asociarían conmigo y, por lo tanto, nunca aparecerán por mi casa, así que te quedas conmigo —le dijo con firmeza.

—Espera. ¿Mi mochila? —dijo asustado mirando a un lado y a otro buscándola por el interior del coche.

—Tranquilo, está en el maletero. Ahora mismo te la devuelvo.

Tras salir del coche y sacar la mochila del maletero, comenzaron a subir por unas bonitas escaleras de piedra que acababan en un pequeño porche, que daba acceso a la puerta de entrada de la casa.

*Nefertari* sacó las llaves de un pequeño bolso y lentamente abrió la puerta, mientras miraba hacia la calle para asegurarse de que nadie les había seguido.

Ya en el interior, *Nefertari* dejó el bolso en un gracioso perchero con forma de camello, mientras encendía la luz del recibidor.

Al cerrar la puerta, le preguntó a Thomas:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —respondió.

—Con tantas emociones, ni siquiera nos hemos presentado —le dijo sonriendo.

—Es verdad, tienes razón —le contestó echándose la mano a la frente, y prosiguió—: Perdóname por

mi mala educación, me llamo Thomas McGrady.

—Encantada —le dijo mientras le daba dos besos—. Yo me llamo Natalie Duthij.

—Encantado —le devolvió los dos besos.

Tras la presentación, los dos se quedaron mirándose, esperando que alguno dijera algo. Después de un minuto de incomodo silencio, Natalie le dijo:

—Bueno y después de las presentaciones, ¿qué tal si nos cambiamos de ropa?

—Sí por favor, estoy empapado —respondió nervioso.

—Siento decirte que no tengo ropa de hombre —comenzó a reír—, pero te buscaré algo que te vaya más o menos bien. Pasa hacia dentro, que ahora mismo vuelvo.

—Muy bien, no me marcharé, te lo aseguro.

Natalie entró en una habitación que estaba en un pequeño pasillo al lado del recibidor, mientras Thomas pasó al comedor. Ya en él, comprobó la fascinación que tenía aquella chica por Egipto.

Las paredes estaban repletas de papiros enmarcados con temas variados, de escenas de batallas, con jeroglíficos, etc., las estanterías estaban llenas de figuritas de reproducciones de faraones, dioses, escarabajos y demás. Tenía también a los pies del sofá una pequeña mesa de cristal que se sostenía sobre una reproducción de la pirámide de Keops.

Impresionado, se quedó inmóvil en el centro del comedor esperando que ella volviera.

—No te has ido, ¿verdad? —preguntó Natalie.

Thomas se giró hacia ella y al verla quedó embelesado de nuevo.

Natalie, que apareció por una puerta que se encontraba al final del comedor, se había puesto un gracioso pijama. La parte de arriba era de color blanco, con tirantes de tonos rosas y un perrito dibujado en el centro; el pantalón era largo, de raso y de color rosa también. Su pelo, oscuro con pequeñas mechas más claras, ya no se encontraba recogido con aquel gracioso moño, estaba suelto completamente y caía con suavidad sobre su espalda.

—Pasa a la habitación, que te he dejado la ropa. Espero que te vaya bien —Natalie comenzó a reír.

—Gracias, eso espero yo también —se le dibujó una sonrisa en la cara.

Thomas pasó a la habitación de Natalie y vio sobre la cama un sencillo pijama de dos piezas de color azul. Tras ponérselo, salió de la habitación, se apoyó en el marco de la puerta y dijo:

—¿Qué te parece?

Natalie, que se había acomodado en el sofá, no pudo contener la risa, pues aunque el pijama era realmente muy bonito, le quedaba corto por todos lados.

Entre risas por parte de los dos, Thomas se acercó hasta donde estaba sentada Natalie, que sostenía un cuadro.

Al sentarse a su lado, le preguntó qué era eso que sostenía entre sus manos, pero ella le respondió que primero le debía contar él su historia.

Thomas se puso cómodo en el sofá y comenzó a explicarle con todo lujo de detalles lo que le había ocurrido hasta ese mismo instante. Natalie, boquiabierta ante tal relato, escuchaba muy atentamente; no quería perderse ni un solo detalle de tan fascinante historia.

Al acabar, Thomas se levantó, cogió su mochila y sacó de ella todos los apuntes, poniéndolos cuidadosamente sobre la mesa de cristal y explicándole el significado de cada uno de ellos.

Natalie los miraba uno a uno con fascinación, pues lo que en ellos había escrito o dibujado le era muy familiar.

Cuando Thomas acabó de contarle su relato, ella exclamó:

—¡Dios mío!, lo que me has contado y estos papeles... ¡es increíble!

—Ya te dije que mi historia sería mejor contártela personalmente.

—Sí, es cierto, pero... Esos hombres, ¿qué esconden?, ¿qué secreto guardan?

—No lo sé, estos papeles no dicen nada en especial y la sala donde encontré todo este material ya no existe. Me imagino que debe haber algo más, algo que se me ha escapado, algo que no consigo ver.

—Pues eso que se te ha escapado debe de ser importantísimo.

—Lo sé, pero quizás nunca lo descubra —respondió Thomas con la mirada perdida.

Natalie giró el cuadro que había sostenido durante toda la explicación y le dijo:

—Quizás esto te dé alguna pista.

Thomas, al verlo, abrió los ojos de par en par, pues lo que le estaba mostrando era el papiro al que había hecho referencia en sus mensajes, un papiro que estaba repleto de aquellos signos. Parecía ser un texto, un texto entero y muy bien conservado, un texto que después de miles de años podría ser traducido, dejando ver su significado oculto y, quizás, despejara alguna de sus incógnitas.

—¡Sí! —exclamó Thomas.

Rápidamente buscó entre los papeles de la mesa el diccionario que había confeccionado con aquellos signos. Cuando lo encontró, sacó de su mochila una hoja en blanco y un bolígrafo.

Natalie observaba con atención cómo Thomas traducía los signos del cuadro y escribía el resultado en el papel en blanco.

Tras cinco minutos de espera, Thomas exclamó:

—¡Ya está! ¡Acabé! Pero... —quedó pensativo.

—¿Qué pasa, Thomas?

—Es muy raro este texto, no le encuentro sentido alguno —le dijo mientras repasaba la traducción.

—¿Pero qué pone? Dime algo de una vez —le dijo nerviosa.

—No sé qué quiere decir. Léelo tú y dime si consigues darle sentido.

Natalie cogió la hoja y comenzó a leer en voz alta:

—Desde sus tronos de piedra, el hombre dios se encuentra sentado junto a los dioses, contemplando la eternidad.

»En la capital de su ciudad, el gran guerrero, con su mirada y su mente, vigila lo que nadie debe encontrar.

»Lo que fue uno, se convirtió en dos, y nadie debe volver a unirlo.

Al acabar de leer tan extraño texto, se miraron los dos a los ojos y, encogiendo los hombros, Natalie le dijo a Thomas:

—No tengo ni idea de lo que puede significar, no le encuentro ni pies ni cabeza.

—Exactamente, creo que para eso fue escrito, es como un acertijo o algo así. ¿Pero para qué fue creado?

Natalie volvió a repasarlo una y otra vez, mientras Thomas deambulaba por el salón.

—Quizás simplemente sea un poema o algo así —le dijo no muy convencida.

—No, no, no puede ser. Me niego a pensar que simplemente sea un escrito sin más. Debe significar algo. ¿Pero qué? —se preguntaba en voz alta mientras se ponía la mano en la barbilla.

—No sé, Thomas, sinceramente esto me supera. Quizás tengas razón, pero veo muy difícil encontrarle

una solución.

Tras decir esto, soltó el papel en la mesita, se levantó y dirigiéndose hacia su habitación dijo:

—Creo que por hoy ya he tenido bastantes emociones. Tal vez mañana, con la mente más despejada, vea las cosas de otra forma.

—¡Pero qué dices! —exclamó Thomas—. Vas a poder dormir teniendo este enigma sin resolver.

—No sé si podré dormir, pero creo que los dos lo necesitamos. Ya verás como mañana lo veremos diferente.

—No, tú haz lo que quieras, yo voy a continuar intentando sacarle el significado a este texto.

Natalie se despidió de Thomas y se fue a su habitación. Tras meterse en su cama, apagó la luz de una bonita lamparita de mesa adornada con letras orientales, e intentó conciliar el sueño, pero le era imposible, pues su cabeza, al igual que la de Thomas, no dejaba de darle vueltas a lo que habían hallado y, además, Thomas no paraba de hacer ruido en el salón.

Sin parar ni un momento, continuaba deambulando con el papel en la mano, leyéndolo una y otra vez, buscando el mínimo indicio que pudiera darle una solución a tal enigma.

De repente, la habitación quedó en silencio. Natalie, que aún no había podido dormirse, se extrañó, pues hacía breves instantes que había escuchado a Thomas hablar en voz alta.

—¡Thomas! ¡Thomas! ¿Estás ahí? —preguntó preocupada mientras se levantaba muy sigilosamente.

Al llegar a la puerta de su habitación, acercó su oreja a ella y comprobó que el salón se había quedado en completo silencio, ni un solo ruido se escuchaba. Temiendo que aquellos hombres los hubieran encontrado, cogió un pequeño taburete que tenía junto al armario y, armada con él, abrió la puerta muy despacio, pudiendo comprobar que no los habían descubierto, sino que Thomas se había quedado dormido en el sofá con el papel en la mano.

Natalie volvió a su habitación, sacó de su armario una pequeña manta y una almohada, regresó al salón y comenzó a recoger los papeles que Thomas había esparcido sobre la mesa y el que tenía fuertemente agarrado en su mano. Después, lo estiró con mucha delicadeza sobre el sofá, levantó su cabeza, metió la almohada bajo ella, lo arrojó con la manta y se dirigió a su habitación.

Al amanecer, el piso estaba completamente a oscuras, inmerso en el silencio, cuando de repente, un ruido que provenía del final del pasillo hizo que Thomas se despertara exaltado.

—¡Natalie, Natalie! Ha entrado alguien —susurró dirigiéndose a la puerta de la habitación de Natalie mientras se levantaba.

Sin hacer ruido alguno y apoyado en la pared, recorrió todo el pasillo hasta llegar a la puerta de la cocina. De repente, otro ruido lo alarmó; parecía como si estuvieran buscando algo en su interior. «¿Serán aquellos hombres?», se preguntó asustado. Poco a poco, fue acercando su mano al pomo de la puerta, mientras aguantaba la respiración. De repente la puerta se abrió y un grito de terror recorrió todos los rincones del piso y, tras el grito, el silencio, y tras el silencio, las risas.

—¿Qué haces en el suelo, Thomas? Me has dado un susto de muerte —preguntó Natalie mientras reía.

—*Ja, ja, ja*, pues anda que tú a mí. De poco no lo cuento —le respondió Thomas mientras se levantaba.

—Anda, deja de reír y levanta, que he preparado el desayuno —le decía sin cesar de reír.

Thomas se levantó del suelo y entró en la cocina, donde Natalie estaba ya sentada frente a una pequeña mesa plegable de madera. Encima, unos platos con huevos, beicon, y tortitas recién hechas lo esperaban.

—*Mmmm*, qué buena pinta tiene todo, hacía mucho tiempo que no desayunaba tan bien. Si es que lo tienes todo: eres lista, guapa, cocinas muy bien... —decía Thomas mientras se sentaba.

—Anda, calla y siéntate, que me vas a sonrojar.

Se acababan de conocer, pero como dos amigos de toda la vida, comían, hablaban y se reían de lo sucedido con total confianza. Al acabar de desayunar, Natalie volvió a sacar el tema del texto que habían traducido en la noche anterior.

—¿Qué querrá decir? ¿Qué significado tiene? —dijo Natalie mientras se levantaba de la mesa con su plato en la mano.

—No lo sé, me tiene desconcertado. Es muy raro todo, este texto, los símbolos, los extraños hombres que intentan salvaguardar este misterio, el yacimiento donde comenzó todo, aquella losa y... —Thomas quedó pensativo.

—¿Qué pasa? Te has callado de golpe. ¿Has conseguido averiguar algo?

—¡Pues claro! —exclamó—. El colgante, cómo no había caído antes.

—¿El colgante? ¿Qué pasa con él? —le preguntó mientras se volvía a sentar.

—¿No te acuerdas que te conté anoche que la momia llevaba un colgante con la mitad de un símbolo? El mismo símbolo que estaba en la entrada de la sala y el mismo símbolo que llevaba el hombre que intentó matarme.

—Puede ser —dijo emocionada—. ¿Pero qué tiene que ver con todo esto?

—Todo tiene sentido Natalie, ese colgante debe tener algo más. En su día no me di cuenta de su importancia, pero tras vérselo a ese hombre y recordando que estaba en la puerta de la sala... seguramente tenga algo que ver. Es lo único que pude llevarme de allí y lo único que quizás nos pueda dar alguna pista más. Pero...

—¿Pero qué? ¿Ahora qué pasa?

—Pues que yo no lo tengo, lo tiene el Sr. Arthur y, la verdad, no creo que tenga la intención de devolvérmelo.

—Tú no te preocupes por eso, tiene fácil solución.

Thomas, al escucharla tan convencida, le preguntó cómo lo harían, a lo que Natalie comenzó a explicarle su disparatado plan. Tras acabar se levantó de la mesa y le dijo:

—Venga Thomas, no podemos perder más el tiempo.

—No las tengo todas conmigo, me parece que es muy peligroso tu plan —le dijo preocupado.

—Tranquilo, todo saldrá bien. No te preocupes y confía en mí.

# ARMAS DE MUJER

## *Casa de Thomas.*

**A** l día siguiente y tras viajar en avión, se encontraban en casa de Thomas, con la intención de ultimar los detalles del plan de Natalie y prepararse para realizarlo.

Thomas estaba sentado en su sofá con un vaso de agua en la mano, dándole vueltas al peligroso plan que Natalie había urdido, mientras esperaba que ella saliera de su habitación.

Tras unos cinco minutos de espera, la puerta se abrió lentamente, y Thomas pudo ver lo que había tras ella.

—¡Dios mío, está preciosa! —susurró mientras se le caía el vaso de la mano.

Aquella visión deslumbró a Thomas, pues Natalie estaba radiante, bellísima, fascinante. Llevaba un vestido largo hasta los tobillos, de seda y sin mangas, que se sujetaba por dos pequeñas tiras atadas al cuello. De color rojo pasión, más lo ceñido que le quedaba, dejaba entrever sus curvas y daba rienda suelta a la imaginación de cualquier ser vivo. La espalda la tenía completamente descubierta y tenía un escote que dejaba sin habla. Llevaba unos bonitos zapatos rojos de tacón, atados a su pierna con unas finas cintas que acababan en un gracioso lazo. El pelo, totalmente recogido, dejaba ver sus preciosos hombros y su tentador cuello. Sus labios, sugerentes por naturaleza, llevaban un pequeño toque de brillo, que aún aumentaba más el deseo por ellos y, para acabar, se había puesto unos sencillos pendientes que adornaban sus preciosas orejas.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Natalie.

Pero Thomas, que se hallaba como en trance, no podía responder, se había quedado sin habla ante tan maravillosa visión. Tras unos instantes y con gestos torpes, se agachó y comenzó a recoger el estropicio que había causado al dejar caer el vaso al suelo. Después volvió a levantar la mirada para verla nuevamente. Natalie, apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y sin dejar de reír, le dijo:

—Por lo que he podido comprobar, le causaré una buena impresión al señor Arthur. Sólo espero que tenga la misma reacción que tú.

—¿Qué? ¿Cómo? No, no, si es que se me ha escurrido el vaso de la mano, no sé cómo me ha podido ocurrir, pero... estás muy guapa —le dijo nervioso y tartamudeando.

—Vale, vale. Anda va, acaba de recoger que se nos hace tarde.

Dicho esto y habiendo acabado de recoger los cristales del suelo, se montaron en un coche que habían alquilado en el aeropuerto para no despertar sospechas y se dirigieron a casa del Sr. Arthur. Por el trayecto, Thomas, que iba conduciendo, no dejaba de mirar de reojo a Natalie. Pensaba en lo preciosa que estaba y en el peligro al que se iba a exponer.

Media hora después, se encontraban ya en el camino que había antes de llegar a la mansión. Thomas detuvo el coche, bajó y le dijo a Natalie:

—Ten mucho cuidado, por favor, y si ves que la cosa se complica o que puede salir mal, vete.

—Tranquilo, no te preocupes más, todo saldrá tal y como lo hemos planeado, ya lo verás —le dijo mientras se sentaba para conducir.

Muy preocupado, Thomas se introdujo en el maletero y lo cerró, mientras Natalie reiniciaba la marcha y se miraba en el retrovisor para darse los últimos retoques.

Al llegar a la puerta metálica que daba paso a la mansión, se detuvo al lado del interfono y una voz preguntó:

—¿Qué desea?

—Hola, buenas noches, soy la señorita Ryna y estoy citada con el señor Arthur.

—Un momento, por favor.

Tras unos instantes, la voz volvió a decir:

—Señorita Ryna, no tengo constancia de que el señor Arthur la esté esperando.

—¿Cómo que no? Mírelo bien, mi agencia me ha dado esta dirección. Compruébelo otra vez, por favor.

—Le vuelvo a repetir que no hay constancia, le pido que se vaya.

—Por favor, espere, dígame que tengo una cosa muy importante que mostrarle y decirle —le dijo mientras sacaba medio cuerpo del coche para que pudiera verle por la cámara.

—Un momento, por favor.

Una voz procedente del maletero no cesaba de decirle: «No va a salir bien, Natalie». Harta de escucharlo y de su falta de confianza hacia ella y su plan, le susurró que se callara porque al final los descubrirían y que todo saldría bien. Y mientras le decía esto, la puerta metálica comenzó a abrirse. Al verlo, suspiró tranquila y dijo: «¿Ves?, no hay nada como una mujer persistente».

Mientras continuaba tranquilizándolo, arrancó el coche y se dirigió hacia la puerta principal.

El mayordomo que la esperaba observó cómo paraba el coche. Tras abrirse la puerta, unas interminables piernas salieron del vehículo. Serio e impassible en otras situaciones, el mayordomo no pudo contenerse de mirar, y al subir la vista quedó perdido en el abismo de escote.

—Hola guapo. Cuando despiertes, me llevas en presencia de tu jefe —le decía mientras le tocaba la cara con su mano.

—Sí, perdóneme. Pase, ahora mismo le anuncio su llegada.

El mayordomo le abrió la puerta de la mansión y la llevó a la biblioteca. El plan estaba funcionando a la perfección.

Ya allí se aseguró de que estaba sola y corrió hacia un sofá rinconero que había bajo una gran ventana que daba al jardín, con la intención de abrirla. Subida de rodillas a él y sin haber podido abrirla, escuchó cómo se abría la puerta y alguien le hablaba.

—Perdóneme señorita, ¿quién es usted y qué hace en esa postura tan indecorosa?

Era el Sr. Arthur, extrañado e impresionado a la vez ante tan majestuoso monumento.

—¡Uy! —exclamó Natalie—, perdóneme, se me había caído el pendiente detrás del sofá, pero ya lo he recogido, lo siento.

Natalie se puso de pie y comenzó a acercarse a él lentamente y con movimientos sensuales.

Mientras tanto, en el coche, Thomas abrió el maletero muy despacio para comprobar que nadie lo veía. Al asegurarse de que nadie lo hacía, salió y corrió agachado hasta la fachada de la mansión. Ya en ella, comenzó a buscar la ventana que daba a la biblioteca, pero le sería una tarea difícil, pues había

muchísimas.

Se fue asomando a ellas sin resultado alguno, pues daban a pasillos y habitaciones. En una encontró al mayordomo hablando con uno de los guardias, y por lo que pudo deducir por sus gestos, hablaban de Natalie. Ante aquellos dos hombres hablando de aquella manera de su amiga, Thomas movió su cabeza de un lado a otro, se agachó, susurró que eran unos maleducados y continuó su búsqueda.

Dentro de la biblioteca, Natalie llegó hasta el Sr. Arthur, le puso su mano sobre el hombro y lo rodeó hasta ponerse detrás de él. Sus manos comenzaron a recorrer su espalda mientras que con el pie cerraba la puerta de la biblioteca. En ese mismo instante, Natalie vio la cabeza de Thomas, que los miraba extrañado por la ventana, y con un movimiento brusco giró al pobre hombre.

—¡Estás loca! ¿Quién eres? —le preguntó.

Natalie se acercó a su oído.

—Me llamo Ryna y vengo de una agencia de señoritas de compañía, corazón mío —le susurraba mientras le hacía gestos a Thomas con su mano para que se escondiera. Éste, al verla, le hizo caso, agachó la cabeza y comenzó a sentir una rara sensación que le recorría todo el cuerpo.

En el interior, el Sr. Arthur no comprendía nada y le dijo:

—Yo no he llamado a nadie, debe de ser una equivocación. Además, me dijeron que tenía algo que decirme o enseñarme.

Natalie se colocó en medio de la biblioteca y dando una vuelta le preguntó:

—¿Te parece poco lo que te estoy enseñando? ¿Soy poca cosa para ti o es que no soy de tu agrado?

—No, yo no he dicho tal cosa, pero no he solicitado ningún servicio a su agencia.

—A lo mejor alguien ha querido darle una sorpresa. ¿No conoce a nadie que lo haya podido hacer? —le preguntó para convencerle.

—Pues no... Bueno..., el otro día cerré unos negocios con unos clientes y quedaron sumamente agradecidos.

—Pues ya está. A lo mejor han sido ellos. Y no querrá despreciar su regalo.

—No, no, claro que no. Cómo lo iba a hacer.

Natalie, más tranquila al ver que el Sr. Arthur se había quedado convencido al fin, se sentó en el sofá que había bajo la ventana. Dio unos pequeños golpecitos con su mano, e invitó al Sr. Arthur a que se sentara con ella. Inmóvil e impresionado por su regalo, él no dejaba de mirarla, pues hacía mucho tiempo que no le daban una sorpresa tan agradable.

Natalie no cesaba de insinuarse a aquel hombre para que se sentara a su lado, pero sin conseguirlo. El tiempo se agotaba, tenía que hacer algo o al final descubrirían a Thomas, que estaba en el exterior. Tras pensar qué podía hacer, optó por usar sus mejores armas, así que se levantó y comenzó a acercarse al Sr. Arthur, pero esta vez pensó en usar el erotismo. Comenzó a pasar su lengua por sus labios, le cogió la mano y empezó a frotárselos con uno de sus dedos hasta metérselo en la boca, pegándole un pequeño mordisco. Después comenzó a bajarlo recorriendo su cuerpo, primero la barbilla, luego el cuello y así hasta llegar al final de su escote. El Sr. Arthur, que no se perdía ni un solo movimiento, abrió los ojos de par en par. No podía creer lo que le estaba sucediendo.

En ese momento, Natalie lo cogió por el cuello, se acercó a su oído y lo rozó con sus labios.

—Tengo mucho calor mi amor, deberías solucionarlo —le susurraba mientras le estiraba del cuello dirigiéndolo hacia el sofá.

—¿De veras tienes calor? —preguntó excitado.

—Sí, mucho, mira —le cogió la mano y se la puso en su pecho.

—*¡Buff!* Parece que sí que tienes. ¿Cómo puedo ayudarte?

—*Mmmm...*, siéntate aquí conmigo y te lo digo.

Tras la persistencia de Natalie, el Sr. Arthur accedió a sentarse. Ya en el sofá, muy excitado, no dejaba de sudar; el pobre hombre no sabía qué hacer, no sabía cómo comportarse ante aquella situación. Ella, que sabía que podía conseguir ahora lo que quisiera de él, volvió a cogerlo y comenzó a acercarse su cuerpo al de él mientras le decía si podría abrir un poco la ventana para solucionar ese aumento de temperatura que había tenido tan repentino, a lo que el Sr. Arthur aceptó.

En el exterior, Thomas vio cómo se abría la ventana. Ésa era la señal para el siguiente punto del plan. Lentamente se levantó para ver si podía introducirse por ella sin que el Sr. Arthur lo viera, pero cuál fue su sorpresa al comprobar que no lo podría hacer, ya que ellos estaban situados bajo esa misma ventana. Pero ahí no acababan sus sorpresas, ya que vio cómo Natalie se le insinuaba y jugueteaba con él y cómo él, que se encontraba muy animado, la tocaba una y otra vez y le ponía su mano sobre la pierna. En ese mismo instante, dejándose llevar por esa sensación que no dejaba de recorrerle el cuerpo, dio un golpe en la ventana y se volvió a esconder.

Dentro, al escuchar aquel golpe, el Sr. Arthur se alarmó y apartó rápidamente su mano de la pierna de ella. Se giró y comenzó a mirar por la ventana, con la intención de averiguar qué había podido ser. En cambio Natalie, concedora de la procedencia de aquel ruido, le dijo que se tranquilizara, que habría sido una rama o un animalillo. Al escucharla, se tranquilizó y volvió a centrarse en ella.

Tras un buen rato de juegos, ella le dijo:

—Qué casa tan grande que tienes, mi amor, debes de ser muy rico y en esta biblioteca debes tener cosas muy antiguas.

—Pues sí, tengo mucho dinero, más del que me puedo gastar. Es cierto que en esta estancia tengo cosas muy antiguas.

—¿A sí? ¿Y cuál es la más rara?

—*Ja, ja, ja.* ¿Para qué lo quieres saber? ¿Me la vas a comprar? *Ja, ja, ja* —le dijo irónicamente.

—No, no creo que tenga suficiente dinero, es porque las cosas antiguas me excitan mucho.

—Ah sí. Espera, que vas a ver cosas raras y antiguas —le dijo mientras se levantaba del sofá ayudado por su bastón y la cogía de la mano.

—¿Dónde me llevas, mi amor? —preguntó Natalie en voz alta para que Thomas la escuchara desde el exterior.

—Ya verás como te gustarán, las tengo guardadas en mi caja fuerte.

Thomas, al escuchar lo que decía Natalie, volvió a levantarse para ver lo que estaba ocurriendo y observó que estaban los dos frente al cuadro que custodiaba la caja fuerte. Rápidamente, y sin hacer ruido alguno, cogió impulso y se colgó en la repisa de la ventana, escurriéndose por ella y dejándose caer por detrás del sofá.

—¿Qué ha sido eso? ¿Lo has escuchado? —preguntó el Sr. Arthur mientras se giraba.

—No, no he escuchado nada, serán imaginaciones tuyas mi amor —le decía mientras acercaba su cuerpo al de él para distraer su atención.

—Ahora deberías darte la vuelta, pues nadie sabe el secreto de esta caja fuerte.

—Muy bien mi amor, como quieras.

Tras acceder a su petición, Natalie se puso de cara al sofá, donde Thomas asomaba la cabeza una y otra vez para intentar ver algo. Natalie comenzó hacerle gestos con las manos para que volviera a esconderse, ya que estaban muy cerca de encontrar el colgante y sería una lástima que los descubrieran ahora. El Sr. Arthur se giró un instante para volver a ver aquella preciosa mujer, cuando observó extrañado el seguido de movimientos que hacía sin parar.

—¿Qué haces?

—Nada, nada, es que los nervios y la excitación del momento me recorren todo el cuerpo.

Conforme con la explicación, volvió a girarse para acabar de abrirla, mientras que Natalie, mucho más cuidadosa, le hacía a Thomas gestos de enfado por lo ocurrido.

—¡Ya está! Asómate y veras todo lo que hay en su interior.

Natalie, fingiendo que estaba sorprendida, comenzó a buscar con la mirada el colgante.

—¡Oh, cuántas cosas! Noto cómo me excito por momentos —le dijo para ganar más tiempo.

—¿De verdad? Sigue mirando, puedes coger algo si quieres.

Natalie, al escuchar lo que le dijo, comenzó a menear lo que había en el interior: papiros antiguos, fragmentos de fósiles, libros metidos en bolsas herméticas casi desechos, hasta el cilindro de aluminio que Thomas le había dicho, cosas de incalculable valor que ni siquiera estaban en los museos y ni se sabía de su existencia.

Bajo la atenta mirada del Sr. Arthur, Natalie continuaba buscando el colgante sin éxito. «¿Quizás ya no esté?, ¿quizás se haya desecho de él?, ¿lo habrá vendido?», se preguntaba una y otra vez al ver que no lo encontraba, cuando de repente, al mover una hoja de un viejo mapa, exclamó:

—¡Sí!

—¿Cómo dices? —le preguntó al ver su reacción.

Natalie se dio cuenta de que había sido demasiado eufórica y que podría sospechar algo de ella, así que rápidamente le dijo:

—Madre mía, esto sí que me pone, mi amor. Noto cómo me excito por momentos. ¿Qué es?

—Esto es lo único que conseguí de una excavación que me costó una fortuna. Un inútil que se creía algo me convenció de una historia de hadas para hacerla.

Thomas, al escuchar aquellas palabras que se referían a él y harto de aguantar los juegucitos que tenía con ella, se mordió el labio inferior, cerró los puños y se levantó para decirle algo. Cuando Natalie vio la locura que estaba a punto de cometer, agarró al Sr. Arthur fuertemente y lo besó ante la mirada atónita de Thomas, que volvió a agacharse mientras susurraba enrabiado.

—*Mmm...* Sí que es verdad que te ha gustado esta pieza —le dijo tras el beso.

—Es cierto, además, mira qué bien me queda —le dijo mientras se lo colocaba en el cuello, y le preguntó—: ¿Por qué no me lo das?

—No preciosa, esto es mío.

—Anda mi amor, dámelo.

Natalie siguió intentándolo una y otra vez, pero cada vez que lo intentaba conseguía una negación, hasta que el Sr. Arthur le rogó que no se lo volviera a pedir, que al final debería guardarlo. Al escucharlo y viendo que podría perderlo dijo:

—Muy bien, al menos déjame lo mientras esté aquí.

—Eso sí, pero cuando te vayas me lo deberás devolver.

—Muy bien, mi amor. Y ahora por qué no me ofreces una copa. Estoy sedienta.

—Siéntate. Ahora mismo te la traigo.

El Sr. Arthur se acercó a la bola del mundo donde tenía guardado el licor, sacó dos vasos y los llenó con coñac, mientras miraba como se sentaba Natalie, que llevaba el colgante en su cuello.

—Toma preciosa... —le dio la copa—. Cuando quieras subimos a la habitación —le dijo muy sonriente.

Cuando escuchó lo que le dijo, Natalie, que en ese mismo instante estaba bebiendo de la copa, soltó un bufido, provocando que todo el líquido que tenía en su boca saliera disparado.

—¿Qué te pasa? ¿No es de tu agrado el coñac? —preguntó sorprendido.

—Sí, sí, perdona, es que me he atragantado. Pero... creo que es un poco pronto aún, ¿no? Deberías enseñarme unas cuantas cosas más, para ver si así me animo más. Anda, deja tu copa en esta mesita y me sigues enseñando.

El Sr. Arthur dejó la copa al lado de la de Natalie, en una pequeña mesita de cristal que estaba cerca del sofá.

Thomas, al ver que se alejaban de nuevo hacia la caja fuerte, salió de su escondite, cogió una copa e introdujo en ella un somnífero.

Mientras, el Sr. Arthur, que cada vez estaba más impaciente, no dejaba de intentar tocar a Natalie, que sutilmente lo evitaba.

—Mi amor, qué manos más largas tienes.

—¿Tú crees? Vamos al dormitorio de una vez, que ya no aguanto más.

—No seas impaciente, las cosas buenas se hacen esperar. Primero las copas y luego subimos.

Se volvieron a sentar en el sofá, tras coger cada uno una copa, con tan mala suerte que Natalie cogió la que llevaba el somnífero. Thomas, al darse cuenta de la fatal equivocación, comenzó a pensar cómo podría avisarla antes de que le diera un trago y ya fuera tarde para ella. Tras unos instantes, sacó la mano por detrás del sofá, por encima de la cabeza del Sr. Arthur, y comenzó a agitarla enérgicamente. Natalie, al ver aquella mano, no comprendió lo que sucedía, no sabía qué era lo que Thomas le quería decir. Imaginó que sería otro ataque de rabia y no le hizo caso.

—¿Qué te pasa, preciosa? ¿Tengo algo? —le preguntó el Sr. Arthur al ver que miraba hacia su cabeza.

—Nada, bebe tranquilo, que se acerca nuestra hora.

Thomas, al escuchar esas palabras y como último recurso, se levantó y comenzó a decirle con gestos a Natalie, que lo miraba atónita, que cambiaran la copa, que no bebiera de la suya.

—¿Me quieres decir qué te pasa? Estás muy rara.

—Ya te dije que nada, mi amor. Anda, déjame que yo beba de la tuya y tú bebe de la mía, es mucho más erótico.

Al escucharla, Thomas volvió a agacharse y suspiró tranquilo al ver que ella había comprendido, al fin, lo que quería decirle.

Comenzaron a beber.

—Todo de un trago, mi amor —le dijo mientras le subía la copa hacia arriba.

Con la copa vacía y sin haber dejado ni una sola gota, el Sr. Arthur, impaciente, insistió en subir a la habitación una vez más, porque si no, no sabía lo que iba a ocurrir. Natalie comenzó a asustarse, pues

debía esperarse un rato para que le hiciera efecto el somnífero y aquel hombre comenzaba a perder los papeles.

Thomas, que escuchaba todo lo que ocurría, ya no aguantaba más, aquel hombre se estaba poniendo muy pesado y comenzaba a propasarse con ella.

—Venga guapa, vamos, no seas tonta, te va a gustar —le decía mientras intentaba quitarle el vestido.

—Qué impaciente. ¿No me enseñas nada más? —le dijo mientras intentaba deshacerse de él.

—Te he dejado ese medallón, ¿qué más quieres? —le volvió a repetir echándose las manos a la cabeza.

Parecía que el somnífero comenzaba a hacerle efecto porque el pobre hombre no paraba de hacer movimientos extraños. Le quedaba poco para quedarse profundamente dormido.

—¿Qué te pasa, guapetón?

—No lo sé, me siento muy raro. Haaabraaaa sssidoooo laaaa... —sin poder acabar la frase cayó profundamente dormido sobre los cojines del sofá.

—¡Por fin! Ya se estaba poniendo muy pesado —exclamó con alegría.

Thomas se levantó como una exhalación y comenzó a reprocharle todo lo que había hecho para conseguir el colgante. Natalie, que lo escuchaba sorprendida, le dijo que tuvo que hacer unos pequeños retoques al plan y que, sin ellos, ahora no tendrían en su poder el colgante.

—Bueno vale, pero nunca más haremos algo parecido, lo he pasado muy mal. Ahora marchémonos, ya tenemos lo que vinimos a buscar.

—Toma el colgante, Thomas, y espérame en el coche. Antes de irme debo hacer una cosa.

—Me niego, no me iré sin ti.

—Vete, corre, yo debo salir por donde he entrado para no levantar sospechas.

—Vale, vale, pero no tardes por favor.

Thomas introdujo el colgante en el bolsillo de su pantalón, se acercó a la ventana y volvió a saltar por ella.

Mientras tanto, Natalie se miraba al Sr. Arthur con cara de asco y pensaba lo viejo verde que era. Luego, se puso a buscar una hoja de papel y al encontrarla escribió en ella: «Mi amor, devuelve todas estas cosas que no son tuyas. Con cariño, Ryna».

Al acabar, la introdujo en la caja fuerte y se dirigió hacia el Sr. Arthur, al cual comenzó a desvestir, dejándole con los calcetines y unos horribles calzones largos de rayas como únicas prendas. Al acabar, Natalie se rompió un poco el vestido, se soltó el pelo, moviéndoselo para que le quedara revuelto, y se restregó el pintalabios por la cara. En verdad, su aspecto era el de haber tenido algo más que palabras con el señor de la casa.

Lentamente se acercó a la puerta y, al abrirla, descubrió al mayordomo apoyado en ella, intentando escuchar lo que estaba sucediendo en el interior.

—¿Se puede saber qué haces?

—Perdóneme señorita, no es lo que parece. Creí haber escuchado que me llamaban.

—Pues no ha sido así, pero ya que estás aquí, te diré que el señor está descansando y que no quiere que lo molesten —le dijo mientras abría un poco la puerta para que pudiera verlo estirado en el sofá—, y me ha dicho que se iba a quedar toda la noche ahí, como comprenderás, ha sido mucho esfuerzo para él.

—Muy bien señorita, ¿se marcha ya? —le preguntó avergonzado.

—Sí, ya he acabado lo que vine hacer —le respondió tocándose el pelo.

—La acompañaré hasta la puerta.

Metida en el coche y viendo que el mayordomo no la veía, susurró:

—Thomas, ¿estás ahí?

—Sí, vayámonos ya. ¡Deprisa!

—¿Te das cuenta de que no tenías que temer por nada? Era un plan que no podía fallar.

—Sí, sí, pero arranca ya —le decía asustado, porque aún los podían descubrir.

Natalie arrancó el coche y, despidiéndose del mayordomo con un gesto, inició la marcha. Cuando llevaba unos metros recorridos, un golpe en la parte de atrás del coche la sobresaltó. Era el mayordomo, que le pedía gesticulando que parara y bajara la ventanilla.

—¿Qué quieres? ¿Pasa algo? —preguntó Natalie asustada.

—No, no, venía a decirle que tiene el maletero abierto —le dijo dirigiéndose hacia él.

Natalie, al ver que podrían ser descubiertos, bajó rápidamente del coche y se dirigió hacia el mayordomo. Al llegar a él, puso sus manos sobre sus hombros.

—¿Pero qué hace, señorita? —preguntó el mayordomo sin entender su actitud.

—Nada guapo. Este maletero tiene truco: ¡mira!

Natalie apoyó su trasero contra el maletero y, dando un pequeño brinco, saltó sobre él, cerrándolo de golpe.

—¿Ves? Ya está cerrado.

—Muy bien señorita, pero debería arreglarlo.

—Gracias por tu preocupación, así lo haré.

Tras despedirse nuevamente de él, entró al coche, se puso las manos en la cara y resopló aliviada.

Cuando estuvo lo bastante lejos de la mansión, se detuvo y abrió el maletero. Mientras Thomas salía de él, comentaban lo bien que había ido y lo cerca que habían estado de ser descubiertos.

# VISIONES

## *Casa de Thomas.*

**E**l reloj marcaba las dos menos cuarto de la madrugada y el cansancio empezaba a hacer mella en ellos, pero aun así Thomas y Natalie estaban dispuestos a encontrar una solución a su enigma.

Sentados frente a la mesa, con el colgante en el centro y todas las hojas rodeándolo, leían los papeles una y otra vez, cogían el colgante y lo dejaban, como si aquella pieza, en la que habían puesto sus esperanzas para despejar sus dudas, les fuera hablar, dándoles alguna solución.

—No sé, Thomas, creo que aquí se acaba el camino —dijo Natalie muy desilusionada.

—No puede ser, debe haber algo. No te rindas, te necesito. Hemos arriesgado mucho para conseguir esto —le decía mientras removía los papeles.

—¿Es que no ves que ya no hay nada más? —le dijo entristecida mientras apoyaba la mano en su hombro.

Thomas se levantó de la mesa sin decir nada, con rostro triste y mirada perdida. Lentamente comenzó a recoger uno a uno los papeles y el medallón y, tras hacerlo, sin mediar palabra con Natalie, los introdujo en su mochila, la cerró y se sentó en el sofá, apoyando sus codos en las piernas y echándose las manos a la cara.

—¿Cómo puede ser? Ha muerto gente por esto, yo mismo he estado a punto de morir. He hecho que arriesgaras tu vida y ¿para qué? Para nada —se lamentaba Thomas.

Natalie, al ver su estado de ánimo, se levantó y se sentó a su lado, lo rodeó con sus brazos y le dijo:

—No pasa nada Thomas, sólo piensa que has descubierto una cosa sin precedentes en la historia.

—¿Y qué? No puedo demostrar ni siquiera que ha existido. Todo está destruido, ya no queda nada. Por favor Natalie, déjame solo, necesito meditar.

—Muy bien Thomas, como quieras. Por la mañana hablaremos con más tranquilidad.

Natalie, mientras se alejaba para ir a la habitación, observaba al pobre Thomas que se había quedado destrozado, desilusionado, frustrado, había perdido toda esperanza.

Dos horas más tarde, con la casa a oscuras y en silencio, Natalie se despertó al escuchar a Thomas hablar.

—¿Me has llamado, Thomas? —preguntó sin obtener respuesta.

Inquieta, se levantó y se asomó para ver qué le sucedía. Tras encender la luz, comprobó que estaba durmiendo en el sofá, se movía de un lado a otro, el sudor recorría su frente y no paraba de susurrar en sueños.

Se acercó para escuchar lo que decía y cuando estaba a pocos centímetros de él, se levantó exaltado y chillando:

—¡Corre!, ¡corre!

Natalie, que se había dado un susto de muerte, cayó al suelo de espaldas, mientras que Thomas continuaba gritando aquellas palabras.

—Tranquilo Thomas, tranquilo, es una pesadilla. Estás en casa, no pasa nada —le dijo para tranquilizarle.

Thomas, que aún continuaba gritando, miró a su alrededor y a Natalie que permanecía en el suelo. No reaccionaba, no sabía dónde se encontraba y su rostro, totalmente descompuesto, daba a entender que lo había estado pasando realmente mal.

Tras un minuto de desconcierto total, Thomas, aún nervioso y desorientado, comenzó a correr hacia su mochila. Natalie, que permanecía en el suelo, extrañada y sin entender nada, se apoyó en el sofá y se levantó, echándose las manos al trasero, pues el golpe había sido bastante fuerte.

Thomas, que parecía haber enloquecido, sacaba todos los papeles de su mochila de una forma frenética, no hablaba, no escuchaba, no hacía caso ni a Natalie, que le preguntaba sin cesar qué le ocurría y el porqué de su comportamiento tan extraño.

Cuando acabó de sacar todo el contenido de la mochila y la hubo volteado para asegurarse de que no había nada más en su interior, comenzó a rebuscar de nuevo en los papeles que había esparcido por el suelo.

—¿Qué buscas? ¿Pero qué te pasa? —le preguntaba una y otra vez asustada.

Thomas, inmerso en su locura y búsqueda frenética, se detuvo, cogió un papel y seguidamente comenzó a leerlo una y otra vez en voz alta. Aquel papel que leía era la traducción del papiro de Natalie, la traducción a la que tantas vueltas le habían dado, la traducción que les había hecho soñar y que después les había hecho despertar de repente.

Después de haberlo leído varias veces, se sentó lentamente en una de las sillas, dejó caer los brazos hacia tras y mirando hacia el techo gritó:

—¡Sí! ¡Cómo no lo supe ver antes!

—¿Estás bien? Me estás asustando mucho, Thomas. ¿Qué te pasa? —le decía mientras le echaba el brazo por encima.

—Natalie, ¡ya está! —exclamó mirándola fijamente y con una sonrisa en la cara—. Ya sé su significado —continuó.

—¿Qué dices? ¿El significado de qué?

Mientras le decía esto, se sentó a su lado muy preocupada por el comportamiento que estaba teniendo. Thomas había enloquecido, miraba aquel papel una y otra vez, lo leía sin parar y no dejaba de reírse.

—¿Estás bien? —le preguntó nuevamente Natalie.

—Nunca he estado mejor. Prepara un poco de café por favor, porque se nos presenta una noche muy larga.

Sin entender nada, se levantó y se dirigió hacia la cocina para preparar el café sin perder de vista a Thomas, que continuaba leyéndolo y riéndose.

Cuando el café estuvo a punto, Natalie llevó a la mesa dos tazas y la cafetera, le preparó una a Thomas y otra para ella, se volvió a sentar a su lado y le preguntó:

—¿Me puedes decir lo que pasa? Te estás comportando de una manera muy extraña.

Thomas cogió su taza, le dio un sorbo, la volvió a dejar sobre la mesa y le dijo:

—Te va a parecer una locura lo que te voy a explicar, pero gracias a lo que me ha sucedido, he encontrado la solución al enigma.

—¿Cómo dices? —le preguntó extrañada.

—Escucha lo que he soñado.

Empezó a explicarle que en su sueño se encontraba en la excavación donde comenzó todo. El estaba durmiendo en su tienda, cuando un ruido le sobresaltó provocando que se despertara. Rápidamente se levantó del incómodo plegatín donde dormía y salió al exterior. Al salir, no había nada, ni Pancho, ni sus hombres, ni siquiera la selva que antes lo rodeaba, estaba solo, inmerso en la oscuridad. El miedo se adueñó de él, pues no dejaba de gritar y nadie le contestaba, corría de un lado a otro, pero no conseguía llegar a ninguna parte. De repente, a lo lejos, vio un pequeño haz de luz y rápidamente comenzó a correr hacia él, pero en vez de acercarse, cada vez se alejaba más. Asustado, sin entender nada, veía como aquella luz, que podía ser su salvación, volvía a desaparecer entre las sombras. Inmerso en la oscuridad otra vez, volvió a escuchar el mismo ruido que había escuchado en la tienda, pero esta vez más fuerte y más seguido, provocando que se tuviera que tapar los oídos porque era insoportable, era tan ensordecedor, tan fuerte, que el suelo que pisaba comenzó a temblar, derrumbándose y haciendo que cayera al vacío. Le contaba que mientras caía, cerró sus ojos y que gritaba desesperado para que lo ayudaran.

Tras una caída que parecía interminable, el ruido cesó, dando paso a la calma y a la tranquilidad. En ese instante, abrió los ojos y vio asombrado que se encontraba en el interior de la sala, tal y como la vio por primera vez. Las paredes, el suelo, el misterioso cristal que la alumbraba, la puerta y el supuesto altar estaban allí, como si nada hubiera sucedido. De repente, escuchó muy tenuemente una voz que le era familiar, una voz que cada vez sonaba más fuerte. Nervioso y sin saber su procedencia, se puso a buscar de dónde venía, pues aquella voz que se escuchaba, alta y clara, era la de Pancho, pidiéndole auxilio, pidiéndole que le sacara de allí. Angustiado ante los gritos de auxilio de su amigo, comenzó a recorrer la sala de punta a punta, mirando en todos los rincones, gritándole que le dijera dónde se encontraba, hasta que llegó frente al altar y los gritos se detuvieron. Inmóvil frente al altar, le contó que se acercó muy lentamente, que puso sus manos sobre él y que acercó su oído para escuchar si su amigo estaba encerrado en su interior. Aguantando la respiración y sin hacer ningún tipo de ruido, intentaba escuchar algo, cuando de repente, el altar se movió, provocando que se cayera hacia atrás.

Una mezcla de pánico, de miedo, de impotencia se adueñó de él, pues el altar se movía de un lado a otro y los gritos de auxilio, que comenzaron a escucharse nuevamente, cada vez eran más angustiosos. No sabía qué hacer, no sabía cómo ayudarlo. Le contaba que sorprendido veía aquella macabra escena, como aquel altar saltaba y se movía por toda la sala, como aquellos gritos y golpes, que daba Pancho desde el interior, se adueñaban de su mente y de su cuerpo, infundiéndole temor, desesperación e impotencia.

De repente todo volvió a quedar en calma y pudo ver cómo el cristal que había en el techo comenzó a agrietarse, hasta romperse en mil pedazos. Aún estirado en el suelo, tuvo que girarse para no sufrir ningún daño y, al volver a mirar, vio que donde antes estaba el cristal había quedado un agujero. Lentamente se levantó y se asomó para ver dónde daba aquel agujero y, al hacerlo, comprobó que daba al exterior, pero lo que más le sorprendió era que aquella cabeza que había encima de la losa que daba paso al pasadizo parecía estar mirándole desde el agujero, como si estuviera vigilándole. Entonces, le contó que volvió a mirar al altar y que inexplicablemente estaba abierto; de inmediato se acercó para ayudar a su amigo, pero ya no estaba, había desaparecido, se había esfumado.

Mientras miraba en el interior, notó que una mano se apoyaba en su hombro. Lentamente se giró para

ver quién era y cuál fue su sorpresa al ver que era su amigo Pancho que lo miraba fijamente a los ojos. Tras alegrarse al verlo y preguntarle cómo se encontraba y cómo había podido salir de allí, Pancho, que no decía nada ni hacía ningún gesto, comenzó a retroceder y, mientras lo hacía, la sala comenzó a temblar. Mientras más se alejaba Pancho, los temblores eran más intensos, provocando que todo comenzara a desquebrajarse.

Sin dejarle de gritar a su amigo, que no le hacía caso, le contó que intentó escapar de allí, pero que sus pies no le respondían, estaban clavados al suelo tembloroso. Todo comenzó a caer y a llenarse de polvo, cuando vio que Pancho se acercaba a la puerta que daba paso a la sala, se agachaba y cogía un pedazo de piedra y se lo enseñaba.

Aquel pedazo de piedra era el símbolo que estaba grabado en aquella puerta y, tras enseñárselo, una luz lo partió en dos. Únicamente quedó una mitad, que al verla reconoció como la mitad que había dibujada en el medallón. Tras esto, el suelo comenzó a abrirse, el techo a caer y las paredes a derrumbarse, asustado, temiendo por su vida y viendo a su amigo inmóvil, comenzó a gritarle que corriera, y en ese mismo instante se despertó.

Al acabar de contarle su extraño sueño, Thomas volvió a coger su taza, dio un sorbo, la volvió a dejar y preguntó:

—Bueno, ¿qué te parece? Es increíble, ¿verdad?

—No sé qué decir... Bueno, sí que lo es... —le contestó encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que no sabes qué decir? ¿Es que no lo ves? Está muy claro. Todo cobra sentido ahora, la sala, la cabeza de piedra, el colgante.

—Mira Thomas, no entiendo nada. Vale que tu sueño es raro, pero ¿qué tiene que ver con todo esto?, ¿qué tiene que ver para que te hayas comportado de esa manera?

—Escucha y verás como lo entiendes. Al despertarme, no hacía más que darle vueltas a mi sueño, cuando sin querer encontré una similitud con la traducción del papiro —le contaba mientras le enseñaba la hoja a Natalie—. ¿Ves a lo que me refiero?

Natalie, sin entender nada, leyó una vez más aquellas frases, y cuando llegó a la que hacía referencia a la capital, Thomas le dijo que se detuviera.

—Mira, te lo explico. Aquí pone que en la capital de su ciudad, el gran guerrero, con su mirada y su mente, vigila lo que nadie debe encontrar. ¿Lo entiendes ahora?

—No Thomas, explícamelo de una vez.

—Está muy claro. Estas palabras son claves, capital, guerrero. La excavación estaba situada en la Venta, que era la antigua capital olmeca, y la losa que daba paso a la sala estaba bajo una cabeza de piedra de un antiguo guerrero. ¿Entiendes ahora?

Natalie comenzó a comprender lo que Thomas le decía. Tenía razón, o al menos se parecía mucho a lo que estaba escrito en el papiro.

—Mira Natalie —le decía nervioso—, en el sueño aparecía la cabeza del guerrero mirándome, como si estuviera vigilando o guardando alguna cosa, como a lo que hace referencia el papiro, y luego aparecía Pancho con ese fragmento de piedra que llevaba el símbolo y que se dividía en dos.

Thomas cogió la hoja y siguió leyendo:

—Lo que fue uno, se convirtió en dos, y nadie debe volver a unirlo. ¿Ves a lo que me refiero? Este colgante debe ser la mitad de otro, no está estropeado como creí al principio, sino que está fragmentado a caso hecho.

—Pero pone que no debe volver a unirse.

—Eso debe ser simplemente para alejar a los saqueadores.

Natalie no salía de su asombro, con aquel sueño Thomas había encontrado la solución. Habían tenido un golpe de suerte que no se esperaban, ¿o no?

—Este sueño ha sido una visión, no creo que haya sido sólo una casualidad. Hace tiempo tuve otro parecido, pero no le hice caso. Es como si Pancho, desde el más allá, me estuviera ayudando para conseguir llegar a algún sitio. Verdaderamente el que ideó este acertijo era muy inteligente, pues es casi imposible descifrarlo. Lo hizo de tal manera que señalaba un enclave directamente, pero al leerlo, parecía cualquier otra cosa.

—Entonces, si es así... —Natalie se detuvo, miró el papel y leyó—: «Desde sus tronos de piedra, el hombre dios se encuentra sentado junto a los dioses, contemplando la eternidad». ¿Qué señalará con éste?

—No lo sé, pero debemos hacer igual que con la otra parte, debemos encontrar las palabras clave.

—Podemos tardar una eternidad, piensa que lo has descifrado gracias a tu sueño —le dijo Natalie mientras miraba el papel y se rascaba la cabeza con un lápiz.

Thomas cogió el papel de las manos de Natalie, se levantó y dando vueltas por el salón comenzó a leerlo en voz alta. Tras varias veces, Natalie exclamó:

—¡Para, para!

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado alguna similitud? —le preguntó emocionado.

—Qué fácil se ve todo ahora —se detuvo un instante—. El hombre-Dios, ¿no te suena de algo?

—¿El hombre-Dios? —le preguntó pensativo.

—Claro que sí. ¡Qué fácil! ¿Cómo se hacían llamar los faraones?

Thomas pensó durante un instante y exclamó:

—¡Es verdad! Muy bien, Natalie. En el Antiguo Egipto los faraones eran tratados como dioses, se creían sus descendientes.

Natalie rápidamente se levantó de la silla, se acercó a la estantería y comenzó a buscar algún libro que hiciera referencia a Egipto. Tras encontrar varios, se sentó y comenzó a buscar en ellos algo que se pareciera a lo que ponía en el texto.

Thomas la miraba fascinado, pues aquella muchacha no dejaba de impresionarle, sin ella no hubiera llegado tan lejos y, posiblemente, en estos momentos estaría muerto bajo las aguas. Tras pensar esto, decidió sentarse junto a ella y buscar entre los dos la solución a aquellas frases.

Pasaban las horas y los libros se agotaban. No lograban encontrar nada, hasta que Natalie se detuvo en uno de ellos y exclamó:

—¡Sí! ¡Aquí está, Thomas! Escucha, escucha —le dijo muy excitada por su hallazgo, y señalando unas líneas del libro comenzó a leer—: «La fachada del templo tiene treinta y tres metros de altura por dieciocho metros de anchura, y está custodiado por cuatro estatuas sedentes, cada una de las cuales mide unos veinte metros de altura, esculpidas directamente sobre la roca. Todas las estatuas representan a Ramsés II, sentado en un trono con la doble corona del Alto y Bajo Egipto. El santuario contiene tres estatuas de los dioses Ra, Ptah y Amón, y una de Ramsés II, todas en posición sedente».

Al acabar, se miraron los dos, sonrieron y dijeron al unísono: «¡Abu Simbel!».

—Qué casualidad, tiene que ver hasta con el nombre que tenía en el foro y con el que me conociste, *Nefertari* —dijo Natalie mientras sonreía—, pero... ¡espera un momento! Yo he estado cientos de veces

y al igual que yo, miles de arqueólogos han visitado y estudiado aquel lugar, y nadie ha visto nunca nada que sugiriera que otra civilización tuviera algo que ver con aquel monumento.

—Es cierto, pero... aquí lo dice bien claro. «El hombre-Dios se encuentra sentado junto a los dioses» hace referencia claramente al santuario donde están Ramsés II y los dioses Ra, Ptah y Amón, y luego dice desde sus tronos de piedra contemplando la eternidad, como puedes ver, la fachada del monumento está custodiada por cuatro estatuas sedentes que representan a Ramsés II. No hay duda Natalie, se refiere a este sitio.

—Yo lo veo igual que tú, pero nadie ha descubierto nada fuera de lo normal. ¿No será otro sitio?

—No lo creo, son demasiadas coincidencias. Debemos ir allí e investigar por nosotros mismos.

—Pero no sabemos con seguridad que sea ese lugar, es una locura.

—Lo sé, ¿pero no lo es todo lo que nos está pasando?

Medio ilusionados, medio desconcertados y tras varios minutos de indecisión, Thomas convenció a Natalie de que debían personarse en aquel lugar e investigar, y así despejar la duda de si era o no era el sitio que estaban buscando.

# EGIPTO, PAÍS DE SORPRESAS

*Aeropuerto de Asuán, Egipto. Dos días después.*

Como dos turistas más, Thomas y Natalie salían del aeropuerto cargados de maletas y observando con curiosidad el lugar.

Al llegar al hotel, uno de los más baratos y menos lujosos del lugar, se registraron como señor y señora Lestriel, para así pasar desapercibidos por si aquellos hombres, los Itnicos, aún los vigilaban.

Le preguntaron a la recepcionista cuándo iba a ser la visita a Abu Simbel, y les dijo que si estaban interesados podrían apuntarse al autobús que salía desde allí a las tres de la madrugada, a lo que ellos rápidamente contestaron que sí. Tras intentar convencerles de que hicieran otras visitas, llamó a un botones, con aspecto poco agraciado, que se acercó a ellos, cogió el equipaje y con un gesto de su mano les indicó que le siguieran hasta la habitación. Al llegar a la puerta, dejó las maletas junto a ella, la abrió y alzó su mano con la palma hacia arriba esperando una generosa propina. Thomas, que lo miraba, introdujo su mano en uno de los bolsillos de su inseparable chaleco, sacó cinco piastras y se las entregó. No muy contento con la propina, el botones le dedicó unas palabras a Thomas en su idioma, se dio media vuelta y se fue refunfuñando por el estrecho pasillo. Thomas miró a Natalie, que se reía a carcajadas, y le preguntó:

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada, nada, simplemente que te ha llamado tacaño —continuó riéndose.

—¿Y tú cómo lo has entendido?

—Ya te dije que vengo muy a menudo por aquí, y además tú nunca me lo preguntaste.

Tras la conversación entraron en la habitación, que era muy pequeña; tenía un pequeño ventilador de techo sobre la única cama que había. Al lado de ella había un pequeño armario, y enfrente una pequeña mesa con dos sillas. Al otro lado, un pequeño balcón ofrecía unas maravillosas vistas de Asuán.

Thomas comenzó a dar vueltas por la habitación, como si buscara algo o hubiera perdido alguna cosa.

—¿Pero se puede saber qué buscas? —le preguntó Natalie.

—El lavabo. ¿Dónde está?

—Está fuera, hay un lavabo común para cada planta —le decía mientras se reía.

—¿Cómo? ¿Pero dónde me has traído?

—Ya te dije que era un hotel algo peculiar. Además, me dijiste que no querías levantar sospechas, y aquí no las levantaremos.

Thomas salió por la puerta de la habitación corriendo y comenzó a buscar el lavabo por las numerosas puertas que había en el pasillo. Mientras, Natalie comenzó a guardar el equipaje en el armario. De repente, escuchó a Thomas y a una mujer gritar, pero continuó con su tarea sin inmutarse. Pero cuando escuchó que la puerta de la habitación se cerraba de golpe, se giró y vio a Thomas apoyado en ella y con cara de asustado.

—Si te cuento lo que me ha pasado, no te lo vas a creer —le dijo mientras miraba por la mirilla.

—Cuenta, cuenta, que ya me lo imagino —comenzó a reír.

—Pues que cuando logré encontrar el lavabo, abro la puerta para entrar y me encuentro a una anciana haciendo sus necesidades. Dios mío qué visión, no sabía qué hacer, si disculparme o cerrar la puerta, y entonces la mujer comenzó a gritar y a perseguirme por el pasillo. Madre mía, qué mal lo he pasado.

Natalie, que no dejaba de reír, se lo miraba pensativa, pues aquel hombre, que a veces parecía tan seguro y valiente para unas cosas, había salido corriendo asustado por una pobre anciana. En el fondo, le gustaba mucho su forma de ser.

—Anda, deja de reír ya y dime una cosa. ¿Dónde voy a dormir yo? —preguntó Thomas.

—De verdad que a veces me asombra, pues dormiremos juntos —le respondió.

—¡Qué bien!... —se le escapó—. Pero... dormiremos muy pegados, es muy estrecha la cama.

—No te preocupes por eso, no te haré nada, no muerdo. ¿Y tú? —le preguntó con tono pícaro.

—No, no, yo tampoco —respondió nervioso.

—Bueno, como ya hemos decidido cómo dormiremos, he guardado todo, y como hasta las tres de la madrugada no sale nuestro autobús, ¿qué te parece si nos damos una vuelta y te enseño el lugar?

—Me parece bien, son las once de la mañana y nos da tiempo a ver muchas cosas antes de acostarnos.

—Una cosa te pido.

—¿Qué cosa? —preguntó Thomas.

—Queda terminantemente prohibido hablar del tema para el que hemos venido. Hoy nos lo vamos a pasar bien tú y yo, ¿de acuerdo?

—Acepto.

Al acabar la conversación, Thomas cogió su mochila, se la colgó en la espalda y salió junto a Natalie de la habitación.

Estuvieron toda la mañana paseando por las calles de Asuán. Como si de unos recién casados se tratara, hablaban de cosas de las que nunca antes habían hablado. Recorrieron el mercado, entraron en numerosas tiendas y hasta jugueteaban y tenían miradas de complicidad... Parecía que algo estaba surgiendo entre ellos.

Tras la larga caminata, se detuvieron en un restaurante para comer. Natalie, como no sabía lo que le iba a gustar a Thomas, pidió de primero unos *mezze*, unos pequeños entrantes muy típicos del país. Los pequeños platos de entrantes eran el *tabbouleh* (ensalada de perejil y sémola de trigo), la *baba ghannoush* (puré de berenjenas acompañado de ajos), la *kobeiba* (pescado, carne y nueces), *basterma* (cecina ahumada), *kiev* (albóndigas de carne de cordero frita y sémola de trigo), *hummus bi tabina* (garbanzos en puré con salsa de sésamo), *sambousek* (empanada de verdura), *betingan* (rodajas de berenjena adobadas), *wara annab* (hojas de parra rellenas de variados ingredientes). Tras degustar todo este surtido, Natalie pidió *mashi*, arroz con carne acompañado con hojas de parra, pimientos verdes, pimientos y berenjenas. Tras la copiosa comida y una larga charla, prosiguieron su paseo hasta el anochecer.

Muy cansados y muertos de sueño, llegaron hasta la puerta del hotel, donde se detuvieron. Natalie miró a Thomas y le dijo:

—Me voy a dormir ya. Dentro de pocas horas debemos levantarnos y tenemos que estar bien despiertos para que no se nos escape nada.

Thomas, que no dejaba de pensar que debía dormir junto a ella en aquella cama tan estrecha, le dijo:

—Yo aún no subo, voy a ir a tomarme algo en aquella terraza. ¿Por qué no vienes?

—No Thomas, estoy muy cansada. Venga, súbete conmigo —le insistió.

—No, no, de verdad, sube tú. Dentro de un rato iré.

Natalie, tras insistir varias veces más y viendo la negativa de Thomas, se despidió de él, le comentó que no tardara mucho en subir y se metió en el hotel. Thomas, por su parte, cruzó la carretera que lo separaba de la terraza y, mientras lo hacía, pensaba en lo tonto que estaba siendo, pues se moría de ganas de estar con ella.

Tras sentarse y llamar al camarero, vio como se encendía la luz de su habitación y aunque las cortinas estaban echadas, se podía ver la silueta de Natalie recorriéndola. Continuó mirando la ventana sin pudor alguno, pues aquella silueta comenzó a quitarse la ropa. Thomas, al ver esto, se acomodó mejor en la silla para no perder detalle, mientras que a su lado, el camarero esperaba que le dijera qué iba a tomar. Sin darse ni cuenta de la presencia de aquel hombre, Thomas continuaba mirando embelesado la silueta, que se había desnudado por completo, dejando entrever sus curvas. Después se puso una pequeña prenda mientras desaparecía de la ventana, y seguidamente se apagó la luz.

Al ver esto, Thomas decidió que la copa que se iba a pedir se la tomara otro, pues ya no aguantaba más, quería estar con ella. Rápidamente se levantó y sin mirar ni siquiera al camarero, que estaba sorprendido, cruzó la carretera corriendo hasta llegar al hotel, subió las escaleras y se detuvo frente la puerta de la habitación. Respiró hondo y mantuvo el aire en sus pulmones. El corazón le latía con rapidez y con fuerza y un cosquilleo le comenzó a recorrer el estómago. Su mano temblorosa agarró el pomo de la puerta y mientras la abría poco a poco, soltaba con suavidad el aire que mantenía retenido. Tras esto, metió la cabeza para ver si Natalie continuaba despierta, pero ya se había dormido, había desperdiciado una oportunidad que quizás no se le iba a volver a presentar.

Sigilosamente fue hasta el armario, se quitó la ropa y se puso unos pantalones de deporte como pijama. Se acercó hasta el lado de la cama que Natalie, que estaba tapada hasta el cuello y de espaldas, le había dejado. Se metió muy lentamente, evitando hacer ruido y rozarla.

Natalie, que estaba despierta, se moría de ganas de que Thomas se arrimara a ella, pero los minutos pasaban y ese momento no llegaba. Cansada de esperar, decidió darse la vuelta y dejar caer su brazo y su pierna sobre él, pero Thomas, rígido como una piedra y aun teniendo a Natalie casi encima, no hacía ningún movimiento. Harta de esperar, se levantó de la cama, encendió la luz, se puso de pie frente a él y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta?

—¿Cómo? ¿Pero no estabas durmiendo? —contestó Thomas mientras la miraba perplejo.

—Pues ya ves que no, te estaba esperando, pero veo que pierdo el tiempo.

—¿Qué dices? ¿Eso es verdad? —le preguntaba sin mover ni un músculo.

Natalie, al ver la reacción tan tímida que Thomas estaba teniendo, comprendió que el problema no era que ella no le gustara, sino que él era muy vergonzoso y no era capaz de dar el primer paso. Como para estas cosas era más valiente, pensó que si no lo daba ella, podrían pasar así toda la noche. Se sentó en el pico de la cama y comenzó a acercarse lentamente hacia él. Su mano comenzó a recorrer la corta distancia que les separaba, hasta llegar a la de Thomas, que continuaba inmóvil. Continuó subiendo por su brazo hasta llegar a su pecho descubierto, y lo comenzó a acariciar con suavidad. Por su parte,

Thomas en un acto de valentía, se incorporó y comenzó a tocarle el pelo, introduciendo sus dedos por él, hasta llegar a la nuca, y la comenzó a acariciar. Con la otra mano, pasaba los dedos por sus labios, mientras se miraban fijamente a los ojos. Thomas, se acercó a su cuello y comenzó a besarlo muy despacio, recorriéndolo palmo a palmo. Ella, que estaba muy excitada, apoyó su mano sobre la cara de Thomas, la levantó y mirándolo fijamente lo besó. En ese instante, Thomas le quitó a Natalie la camiseta que le hacía de pijama, dejando al descubierto su bello cuerpo desnudo. Comenzó a acariciar sus pechos con suavidad pero con pasión. Ella le quitó el pantalón a Thomas y se subió encima de él, y ambos se fundieron en una sola persona.

Estuvieron haciendo el amor durante horas, hasta acabar agotados y quedarse dormidos.

El despertador comenzó a sonar, el reloj marcaba las dos de la madrugada y sólo hacía una hora que se habían quedado dormidos. Thomas, que se había despertado al escucharlo, lo apagó y miró a Natalie, que aún dormía. «¿Es un ser humano o un ángel?», pensó. Tras esto, le apartó el pelo que le cubría media cara y la frente, se la besó y se levantó para prepararse.

De repente, unos golpes en la puerta lo alarmaron. Rápidamente y sin hacer ruido, pues nadie sabía que estaban en aquel lugar, despertó a Natalie. Se acercó a la puerta y miró para ver quién era, mientras ella se vestía. Era un desconocido. Se giró hacia Natalie haciéndole un gesto para indicarle que no sabía quién era y se apartó de la puerta. Aquel hombre, cansado de esperar, gritó:

—Abre guapísima, sé que estas ahí. Soy Peter.

Al instante, Natalie corrió a la puerta, la abrió y, al ver quién le esperaba tras ella, lo abrazó y besó en la cara.

—¡Mi amor! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo tú por aquí?

Thomas, que no daba crédito a lo que veía, se preguntaba quién era aquel hombre y por qué tenían tanta confianza los dos. ¿Sería algún antiguo novio?

—Perdona si os he despertado o he interrumpido algo, pero me iba a trabajar y he decidido pasar para verte.

—No pasa nada, nosotros nos íbamos ahora, pero cuéntame, ¿sigues en lo mismo?, ¿cómo has sabido que estaba aquí?

—Sí, sí, continúo trabajando en lo mío y te he encontrado porque, anoche..., ¿te acuerdas de aquel jovencito que tenía de ayudante?

—Sí que me acuerdo.

—Pues anoche te vio entrar en este hotel y me lo comentó. No me podía creer que estuvieras por aquí. Hoy, al pasar, he visto luz en una de las habitaciones y he decidido entrar para asegurarme y ver si la que tenía esa luz eras tú. Al entrar, le he dado tu descripción a la recepcionista y me ha dicho en qué habitación estabas. He subido, he escuchado un despertador y me he imaginado que te estarías levantando.

Thomas, que se había quedado en la habitación y veía que hablaban en el pasillo como si él no existiera, tosió disimuladamente. Natalie, al escuchar tan disimulada acción, reaccionó.

—Perdón, ven aquí, te presento a Peter.

—Mira Peter, este es mi amigo Thomas.

—Hola buenas, yo soy Peter, un viejo amigo de Natalie —le dijo mientras se daban un apretón de manos.

Thomas, muy cortésmente, le invitó a entrar, pero Peter respondió que no podía, pues le esperaban en

la entrada, pero que si querían podían quedar por la tarde en la terraza de enfrente del hotel, y así podrían hablar sin ninguna prisa.

Tras quedar a las seis de la tarde con el amigo de Natalie y despedirse de él, se volvieron a meter en la habitación para prepararse para la excursión. Mientras acababan de arreglarse, Thomas le preguntó que de qué lo conocía, y Natalie le dijo que si lo preguntaba porque estaba celoso no tenía por qué preocuparse, pues sólo era un buen amigo al que conocía desde hacía mucho tiempo. Continuó explicándole que habían estudiado juntos Historia en la universidad, pero que a él siempre le habían gustado los animales, concretamente los que viven en el agua, así que dejó la carrera de Historia y comenzó la de Biología. Le comentó que durante los últimos años habían coincidido un par de veces y también le dijo, para tranquilizarlo, que nunca había habido nada entre ellos salvo una buena amistad.

De repente, el teléfono interrumpió la conversación. Natalie lo cogió y preguntó quién era. Se trataba de la recepcionista, que quería saber si estaban interesados aún en la excursión, ya que el autobús estaba a punto de salir y si no se daban prisa lo perderían. Tras agradecerle el aviso, cogieron las cosas que se iban a llevar y sin perder más tiempo salieron corriendo de la habitación, bajaron las escaleras y subieron al autobús, que ya estaba lleno de turistas.

Acomodados dentro, escucharon al guía decir que el viaje duraría un par o tres de horas, así que se pusieron a dormir, pues estaban muy cansados.

Tras casi tres horas de viaje, el autobús llegó a su destino, y un murmullo despertó a Thomas y a Natalie, que continuaban durmiendo. Aquel murmullo era de la gente que había en el interior del vehículo al ver aquella inmensa, majestuosa y fascinante construcción, realizada miles de años atrás, y que se levantaba imponente ante ellos. Habían llegado a Abu Simbel.

Tras las indicaciones del guía de que ya podían bajar, comenzó a explicarles a todos los turistas la historia de aquella construcción, pero Thomas y Natalie no lo escuchaban, pues estaban absortos ante tanta majestuosidad y muy nerviosos por entrar e intentar buscar algo que les arrojara algo de luz o, quien sabía si una pista, para seguir con su búsqueda.

Apartados de los demás, miraban las cuatro imponentes estatuas de unos veinte metros que había en la fachada y las pequeñas figuras de parientes que tenían entre las piernas. No sabían por dónde empezar, pues eran enormes y no podían examinarlas como ellos quisieran. Tras separarse, comenzaron a revisarlas palmo a palmo, observaban hasta las grietas de la roca por si en ellas se escondiera alguna cosa que hubiera pasado desapercibida ante los ojos de los arqueólogos o, quizás, no la hubieran encontrado relevante. Natalie revisó también todas las citas que había grabadas en las esculturas de Ramsés, y Thomas, por su parte, revisó la que había en la pared norte de la entrada escrita por Siptah, que alababa a los dioses. Después de tres cuartos de hora y sin haber encontrado nada, decidieron entrar. Mientras subían las escaleras que daban acceso al interior, hablaban de que era demasiado obvio dejar algo tan a la vista de cualquier intruso y que, seguramente, si tenían que encontrar alguna cosa, la encontrarían dentro. Thomas, que iba unos pasos más adelantado que ella, alzó su brazo deteniendo a Natalie justo en la entrada y mirándola le dijo:

—Creo que nos va a ser más difícil de lo que nos imaginábamos.

Delante de ellos estaba la gran sala hipóstila, de dieciséis metros de longitud y dieciocho de anchura. El techo se sostenía por ocho pilares osiríacos y, apoyado en cada uno de ellos, había un coloso que representaba a Osiris, pero que tenía los rasgos de Ramsés II. Los de la izquierda llevaban la corona del

Alto Egipto y los de la derecha la corona Pschent (la doble corona símbolo de la unificación de las dos Tierras). Cada uno de los colosos medía aproximadamente diez metros de altura. El techo de la sala estaba decorado con pinturas que representan a la diosa Nejbet con las alas desplegadas y textos reales. La decoración de las paredes mostraba, de izquierda a derecha desde la entrada: inmolación de prisioneros y cortejo de príncipes, escenas de batallas en Siria, Libia y Nubia junto a ofrendas, presentación de prisioneros a Ra-Harmajis y Ramsés II divinizado, la batalla de Qadesh e inmolación de prisioneros y princesas con el sistro.

—Madre mía Thomas, sí que va a ser difícil —le decía asintiendo con la cabeza—, pero bueno, aquí parados no vamos a hacer nada. Tú ve por la izquierda que yo iré por la derecha. Te espero para entrar en las cámaras que hay por mi lado.

Tras separarse, comenzaron a buscar concienzudamente, sorteaban todo tipo de trabas, turistas despistados, guardias. Hasta que se volvieron a encontrar.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Thomas.

—No, nada de nada. ¿Y tú?

—Nada, incluso he entrado a las dos salas inacabadas donde se guardaban los objetos y ahí tampoco.

—No pasa nada, entremos a las cámaras que hay en este lado. Yo entraré a estas dos y tú ve por aquel pasadizo que hay en la esquina a las otras dos.

Cuando se volvieron a unir, las preguntas fueron las mismas y las contestaciones también. En aquellas salas no había nada que les interesara, tan sólo vieron techos estrellados y paredes con diferentes grabados.

—Se acaba el templo y no encontramos nada —dijo Thomas.

—¿Puede ser que se nos haya escapado algo?

—No creo, lo he mirado todo con mucho detenimiento y no he visto nada raro.

Tras decir esto, pasaron a la segunda sala hipóstila, que tenía cuatro pilares cuadrados con escenas del rey abrazado por diferentes divinidades. Revisaron los once metros de longitud y los siete metros y setenta centímetros de anchura que tenía. Después, se encontraron con las tres puertas que daban paso a la sala de ofrendas, tras atravesar una de ellas, revisaron los tres metros y treinta centímetros de longitud decorados con escenas de ofrendas y adoración, pero de igual modo que hasta entonces, no encontraron nada.

—Bueno Thomas, sólo nos quedan estas tres puertas. Como aquí no encontremos nada se nos acabó el camino —dijo Natalie desanimada.

—No puede ser, es imposible que el acertijo se equivocara.

—No has pensado que quizás fuéramos nosotros los que nos hemos equivocado, quizás no fuera ésa la traducción, quizás nos dejamos llevar por el entusiasmo, que nos hizo ver lo que no era y provocó que nos equivocáramos.

—Me niego a pensar eso, seguro que es este sitio. Pero no adelantemos acontecimientos, nos quedan tres estancias aún.

—Es cierto, quizás esté en una de ellas —dijo Natalie mientras miraba las puertas.

—Bueno, dejaremos la central, que es la más importante, para la última, y primero entraremos cada uno a una de las otras dos. ¿Cuál quieres? —bromeó.

—Anda tonto, entra tú a ésa —le dijo señalándole la de la izquierda.

Tras diez minutos, salieron de las capillas desilusionados, se volvieron a reunir en el centro y dijeron

al unísono:

—Ésta debe ser.

Atravesaron la puerta central que conducía al propio sanctasanctorum, que como ya sabían, contenía las cuatro estatuas talladas en la roca, que representaban de izquierda a derecha a Ptah, Amón-Ra, Ramsés II divinizado y Ra-Horajti.

Apoyados en la barandilla que había justo enfrente de las estatuas, Thomas dijo:

—Desde aquí no veo nada.

—Tienes razón, yo tampoco. ¿Qué hacemos? —preguntó Natalie.

—Déjame que piense... Hay demasiada gente y, para ponerlo más difícil, está el guardia ahí plantado.

—Tengo una idea. Me voy a acercar al guardia y cuando llegue a su altura fingiré que he sufrido un desmayo. Entonces captaré la atención de él y también la de la gente. Así ganarás algo de tiempo.

Dicho y hecho. Natalie realizó su plan, dejándose caer y acaparando toda la atención del guardia y de los turistas que allí se encontraban, mientras que Thomas sorteaba la barandilla y se acercaba para observar aquellas estatuas más de cerca.

Muy desilusionado porque no vio nada, volvió a sortear la barandilla y se acercó al tumulto de gente que rodeaba a Natalie. La tenía cogida uno de los guardias, que daba la impresión de ser demasiado cariñoso. Thomas comenzó a apartar a la gente diciendo que era su mujer y que él era médico. Al lograr llegar a ella, la cogió y, tras apartar los tentáculos, más que manos, del guardia, comenzó a hacerle una reanimación rarísima. La gente seguía murmurando, pues decían que era la primera vez que veían tratar un desmayo de esa forma. Tras unos minutos de comedia, Natalie recobró el sentido, se levantó, cogió del brazo a Thomas y, agradeciendo a la gente su ayuda, se encaminó a la salida.

Sentados en las escaleras del exterior y tras haberse enterado de que no había logrado encontrar nada, Natalie miraba con tristeza a Thomas, que tenía la cara completamente tapada con sus manos. Estaba destrozado, desilusionado, no reaccionaba ni decía nada.

—No te preocupes Thomas, volveremos a leer el acertijo, como ya te dije, quizás nos hayamos equivocado —le decía para consolarle.

Thomas abrió los dedos dejando entrever su ojo que la miraba y le dijo:

—Eso que me estás diciendo no te lo crees ni tú. Sabes que se refería a este sitio.

Natalie se colocó de cuclillas frente a él, le cogió las manos y se las apartó de la cara, le besó en los labios y le dijo:

—Por favor, no te rindas, ya verás cómo todo se solucionará.

Tras decir esto, Natalie miró por encima del hombro de Thomas y claramente asustada se levantó. Thomas, al ver su reacción, se dispuso a dar media vuelta para ver lo que pasaba, cuando una mano le cogió del hombro. Era uno de los guardias, que no dejaba de repetirle unas palabras.

—No le entiendo, no hablo su lengua —le decía Thomas una y otra vez.

—Te está diciendo que te levantes, Thomas. ¿Te ha visto alguien pasar la barandilla? —preguntó Natalie preocupada.

—No, nadie —le respondió mientras se levantaba.

Cuando estuvo completamente levantado, otro guardia, con cara de pocos amigos se les unió, habló con su compañero, miró a Thomas fijamente y se acercó a él. Thomas, asustado por lo que le podía pasar,

dio un paso atrás. El guardia cogió a Thomas del brazo y lo sentó nuevamente. Las caras de Thomas y Natalie cambiaron cuando vieron que agarraba el fusil que llevaba, pero para su suerte lo cogió para colocárselo en la espalda. Justo después se agachó y le acercó su pie descubierto, que más que un pie era una venganza de lo estropeado que lo tenía. Tras esto, le dijo unas palabras que al escucharlas Natalie se puso a reír.

—¿Qué pasa Natalie? No entiendo nada —preguntó Thomas con el pie del guardia entre sus manos.

—Te ha pedido que si, ya que eres médico, le haces el favor de mirarle la uña del dedo gordo del pie, que cada día le duele más —continuó riéndose.

Tras mirarle el problema al guardia y darle un remedio casero que casualmente había visto por la televisión, subieron de nuevo al autobús que les conduciría al hotel. Sentados en sus asientos y sin hablar, Thomas volvía a mirar el acertijo, rebuscando entre las palabras algo que no hubiera visto antes y que le diera la razón a lo que le decía Natalie.

De repente, un codazo en su brazo le hizo regresar del mundo donde se encontraba.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas.

—Escucha, escucha al guía.

En aquel mismo instante explicaba que en 1959 se inició una campaña internacional de recogida de fondos para salvar los monumentos de Nubia, ya que algunos de ellos estaban en peligro de desaparecer bajo el agua, como consecuencia de la construcción de la presa de Asuán.

Comentaba que el salvamento de los templos de Abu Simbel se inició en 1964 y costó la suma de treinta y seis millones de dólares. Entre 1964 y 1968, los templos se desmantelaron, cortándose en grandes piezas numeradas, para volver a ser reconstruidos en una zona próxima, sesenta y cinco metros más alta y unos doscientos metros más alejada.

El guía, haciendo un inciso en su explicación, señaló unos barcos que había sobre el río y dijo:

—Más o menos, su ubicación original estaba allí, por donde se encuentran aquellos barcos.

Tras decir esto, continuó con su explicación, pero Thomas y Natalie ya no escuchaban, estaban pegados al cristal mirando aquel lugar fijamente. Les había vuelto la ilusión, no estaba todo perdido aún.

Al llegar a la habitación del hotel, después de haber parado para comprar un libro sobre la historia de la presa, se sentaron. Querían averiguar más cosas sobre el antiguo emplazamiento de Abu Simbel. Una y otra vez se preguntaban cómo se les había olvidado ese dato tan importante; conocían la historia de aquel templo al dedillo, pero ni siquiera se les había pasado por la cabeza.

Thomas, desesperado al no encontrar nada en el libro, preguntó al aire sin esperar contestación:

—¿Cómo puede ser?

—No te enfades ni te desesperes. Algo encontraremos, pero creo que no estamos buscando en el mejor lugar —dijo Natalie.

—¿Cómo dices?

—Debemos salir a la calle, los ancianos de estos lugares saben mucho más que los libros de historia. Además, nos irá bien que nos dé un poco el aire.

Tras decir esto, salieron del hotel y comenzaron a andar por las calles de Asuán. En su paseo, iban deteniendo a todo anciano que se encontraban en su camino y le preguntaban por el templo y la presa, pero ninguno de ellos les decía nada relevante.

Después de casi dos horas, agotados y habiendo perdido toda esperanza, se sentaron en una pequeña terraza de un restaurante. Thomas y Natalie se lamentaban de su mala suerte, cuando el camarero se les

acercó y les dijo:

—Perdónenme si me meto donde no me llaman, pero he escuchado por casualidad de lo que estaban hablando. Les aconsejaría que fueran a hablar con el anciano que regenta aquella pequeña tienda de antigüedades, pues la gente dice que es el más sabio de todos, y cuando tienen un problema se acercan a él para que se lo solucione. Además...

Sin dejarle acabar, se levantaron corriendo y se acercaron hasta la tienda. Los pobres se agarraban a un clavo ardiendo.

Al llegar a ella, abrieron la cortinilla de pequeñas bolas de madera que hacía de puerta y entraron. La tienda era realmente pequeña y las estanterías, repletas del polvo acumulado por el paso del tiempo, rebosaban de figuras y piedras sin valor alguno. El aire estaba recargado de incienso de canela, que provocaba que fuese casi irrespirable. Estaba muy poco iluminada, solamente tenía un pequeño fluorescente colgado del techo, con una luz tan tenue que se hacía casi imposible ver los estrechos pasillos que había entre las estanterías. Al fondo de la tienda había un pequeño y deteriorado mostrador y, tras él, el anciano.

Tras adentrarse por los oscuros pasillos y sortear las numerosas figuras que había colocadas por el suelo, llegaron hasta el mostrador. Allí se encontraba el anciano, durmiendo sobre un pequeño taburete de madera. Tenía la cara y las manos completamente arrugadas por el inevitable paso del tiempo, su ropa estaba llena de retales y sobre su cabeza llevaba un pequeño sombrero redondo.

Natalie, tras intentar despertarlo con llamadas, acercó su mano a él para ver si tocándolo reaccionaba, pero cuando estaba a punto de hacerlo, un grito que parecía ser de niño se escuchó tras ellos. Alarmados, se giraron para ver qué pasaba.

En medio de uno de los pasillos había un niño de unos ocho o nueve años que, al igual que el anciano, vestía con ropas llenas de retales y llevaba un sombrero idéntico al de él. Natalie comenzó a hablar con él. Tras unos minutos de conversación, el niño asintió con la cabeza y se dirigió hacia el anciano. Thomas, que había estado atento a como hablaban, pero que no había entendido nada de nada, le preguntó a Natalie qué le había dicho. Ella le contó que aquel anciano era el abuelo del niño y que le había dicho que ni se les ocurriera despertarlo; sólo él podía hacerlo, pues tenía muy mal despertar. Ella le había preguntado si podría hacerles el favor de despertarlo, ya que tenían un gran problema, y solo él podría darles una solución. El niño, asintiendo con su cabeza, aceptó.

El niño se acercó hasta su abuelo y comenzó a zarandearlo y a gritarle, mientras Thomas y Natalie se miraban impresionados por la poca delicadeza que estaba teniendo. Al ver sus caras, el niño les comentó que además de tener un sueño muy profundo estaba un poco sordo, y continuó gritándole y zarandeándolo. De repente, el anciano abrió los ojos y vio a Thomas y Natalie. Acto seguido, comenzó a gritarles y maldecirles por haber interrumpido su confortable sueño, hasta que comprobó que el que lo había hecho era su joven nieto, y entonces se tranquilizó.

Tras hablar entre ellos, el anciano hizo un claro esfuerzo y se levantó del taburete, colocó como pudo a su nieto sobre él e indicó a Thomas y a Natalie que lo siguieran por una pequeña puerta que había tras él.

Aquella puerta daba paso al almacén, en el que sólo había unas cajas repletas de figuritas y trastos, una mesita, cuatro cojines que la rodeaban y un pequeño hornillo con una tetera humeante. Sin hablar aún con ellos, se sentó en uno de los cojines y les indicó que se sentaran.

Estando acomodados, Natalie, que era la única que se podía comunicar con él, le dijo educadamente y con mucho respeto:

—Hola, noble anciano, somos dos extranjeros interesados en tu fascinante tierra. Nos han comentado que eres el más sabio del lugar y que sólo tú podrías hablarnos sobre un tema.

—Pregúntame lo que quieras, intentaré contestarte como buenamente pueda —le respondió con voz temblorosa y mientras se tocaba la barbilla.

Thomas, que no entendía nada de lo que hablaban, le preguntó a Natalie qué ocurría, pero ella le respondió que se estuviera callado, que cuando se fueran se lo contaría todo. Al escucharla, y entendiendo que él allí no hacía nada, se levantó, hizo una reverencia al anciano y le dijo a Natalie que estaría dando una vuelta por la tienda para ver si veía algo interesante.

Después de casi una hora de aburrimiento, Thomas se alegró al ver salir al anciano y a Natalie por la puerta del almacén.

Tras estrecharle la mano, Natalie se acercó a Thomas con una sonrisa dibujada en su rostro, lo cogió del brazo y le dijo:

—Si me invitas a algo te cuento lo que me ha dicho.

Y de este modo, salieron de la tienda y se dirigieron a la terraza en la que antes el camarero les había dicho dónde encontrar respuesta a sus preguntas.

Thomas bombardeaba constantemente a Natalie con preguntas, pero ella, que tenía una sonrisa en la cara que le llegaba de oreja a oreja, no soltaba prenda.

—Tranquilo Thomas, no te desesperes. Cuando nos traigan las bebidas te cuento —le dijo para hacerle sufrir un poco más.

—Pero no seas así, dime algo. ¡Cuéntame! —le decía desesperado.

Natalie, que se lo estaba tomando con mucha calma, cogió el vaso que le había traído el camarero, le dio un trago y, dejándolo sobre la mesa dijo:

—Es fascinante lo que llegan a saber los ancianos; son como libros de historia. Me ha contado cosas que nunca antes había escuchado ni leído.

—¿Pero qué dices ahora, Natalie? Deja de andarte por las ramas y cuéntame algo.

—Vale, vale, vale. Mira que eres pesado —le dijo riéndose, y continuó—: Al principio estaba un poco reacio a contarme nada, pues decía que la humanidad está llena de misterios y que algunos de ellos es mejor que sigan siéndolo. Intrigada por sus misteriosas palabras y por lo que podía saber, le he dicho que éramos unos apasionados de los misterios y que me haría un gran favor si me contaba alguno. Tras insistirle varias veces más, accedió a contarme algo de lo que sabía. Comenzó a explicarme cosas fascinantes sobre las pirámides y otras construcciones, pero no me hablaba de la que nos interesaba, y entonces le dije que si sabía algo de Abu Simbel y de su traslado.

»Al preguntarle, se levantó, se acercó a la tetera y se comenzó a preparar un té, mientras me decía que aquel traslado estuvo lleno de misterios. Comenzó sobre 1963 ó 1964, no recordaba muy bien la fecha. El tuvo la suerte de poder trabajar allí, pues decía que estuvo muy bien pagado el trabajo. Tenía cuarenta años y coordinaba a un grupo reducido de hombres, encargados del traslado de varias piezas de distintas zonas. Me explicaba cómo fue de duro el trabajo y cómo lo hacían, pero no me decía nada fuera de lo normal o que no hubiera leído en los libros.

«Entonces lo interrumpí y le pregunté si no había pasado nada raro en todo el tiempo que duró el

traslado, y me dijo que sí. El y sus hombres llevaban varios días trabajando en el santuario, cortando en varias piezas el trono donde estaban sentados los dioses con Ramsés, y cuando lo pudieron mover vieron lo que parecía ser una grieta debajo de él. Me contaba que quiso acercarse para averiguar qué era aquello, pero que cuando fue a hacerlo, dos hombres muy bien vestidos se les acercaron y les dijeron que tenían que comprobar unas cosas en ese lugar y que durante ese día no podrían trabajar más allí. Después de decirles esto, cogieron sus herramientas y se marcharon a trabajar a otro sitio.

»Al principio no le pareció raro, pues todo el traslado de la construcción estuvo repleto de parones similares, pero lo raro viene ahora, Thomas. Me ha dicho que al día siguiente, cuando fueron al mismo lugar para continuar trabajando donde lo habían dejado antes de que les interrumpieran aquellos hombres, ya no había nada, lo habían trasladado todo, sólo quedaba una plancha de hormigón en el suelo, que inexplicablemente habían puesto allí. Lo más raro es que no sabe quién desmanteló aquel lugar, pues dice que durante aquel día nadie entró y que por la noche no se trabajó, o al menos, eso le aseguraron.

Thomas, que la escuchaba muy atento, preguntó:

—¿No te ha dicho nada más de la grieta y de aquellos hombres?

—No..., bueno sí, de la grieta nada más, pero de los hombres me ha dicho que nunca más volvió a verlos por allí y que al preguntar por ellos, nadie sabía nada.

—¿Y ya está? ¿Nada más?

—Sí, ya está, luego me levanté, le agradecí el tiempo que había perdido conmigo y lo demás ya lo sabes.

Thomas se quedó pensativo, repasaba en su mente todo lo que le había contado Natalie.

—Esa grieta —susurró.

—Esa grieta debe de ser algo importante. Aquellos misteriosos hombres se apresuraron a sacarlos de allí. Además, al día siguiente había desaparecido, y en su lugar había una plancha de hormigón.

—Es cierto. ¿Pero quiénes eran?

—Ni él lo sabe. Quizás lo que me ha contado sea solamente una anécdota, que no fuera nada, no sé qué pensar ya.

—Yo sólo sé que ahora mismo esa grieta es lo único que tenemos, debemos averiguar más sobre ella.

—¿Pero cómo? Está bajo el agua, a muchos metros de profundidad y sobre ella tiene una plancha de hormigón. Además, ¿cómo la encontramos? Necesitaríamos material electrónico para ello y permisos para poder bucear y demás. ¡*Bufff!* —resopló Natalie—. Lo veo francamente difícil.

—Es cierto, son muchas las cosas que necesitaríamos, pero tú tranquila, algo se nos ocurrirá.

Continuaron hablando de los problemas que surgían para poder encontrar aquella grieta. Parecía ser que cuanto más cerca tenían la solución más difícil se les ponía encontrarla.

Sin haber encontrado solución a su nuevo problema, volvieron al hotel, pues se acercaba la hora de quedar con Peter.

# AYUDA INESPERADA

*En la terraza. Las 18:15 h de la tarde.*

**T**homas y Natalie estaban sentados en la terraza en la que habían quedado con Peter, que llegaba con retraso. Llevaban un cuarto de hora esperando, pero no se habían dado ni cuenta de ese detalle, pues estaban muy atareados buscando cómo iban a llegar hasta aquella grieta.

Después de un cuarto de hora más, Peter apareció.

—Lo siento mucho, pero es que tuve que arreglar unas cosas antes de venir y se me ha hecho tarde — se disculpó Peter.

—Tranquilo, tranquilo, ni siquiera nos habíamos dado cuenta de la hora que era, no pasa nada —le dijo Natalie.

Tras las disculpas, Peter se sentó y comenzaron a hablar de la universidad, del tiempo que hacía que no se veían, etc., hasta que Peter preguntó:

—Bueno, ¿qué es de tu vida ahora? ¿Y qué os ha traído a Asuán?

Natalie se quedó en blanco, no sabía qué contestar a su pregunta. Entonces, Thomas, que vio el aprieto en el que se encontraba, intervino:

—Pues nada, me enteré de que Natalie era una entendida en egiptología y pensé: «¿Quién mejor que ella para que me enseñe todos los secretos de este lugar?».

—Tienes razón, ha sido la mejor elección que has podido hacer. Natalie siempre tuvo un alma aventurera —dijo Peter mientras la rodeaba con su brazo.

—Y tú, ¿en qué trabajas ahora? —le preguntó Natalie.

—Como ya sabes, acabé la carrera de Biología y ahora me dedico a estudiar la fauna y flora de los ríos.

—Debe ser apasionante tu trabajo —dijo Thomas.

—La verdad es que sí, aunque a veces te das cuenta del daño irreparable que estamos causando sobre el medio ambiente. Pero bueno, para eso estamos los biólogos, para dar cuenta de ello.

—¿Y no te cansa ver tanta agua? —le preguntó Thomas.

—No hombre, a mí me encanta el agua. Podría pasarme toda una vida mirándola. Además, donde estoy ahora tengo unas maravillosas vistas de Abu Simbel.

—¿Cómo dices? —preguntaron al mismo tiempo Thomas y Natalie.

—Pues eso, que desde donde estoy trabajando veo Abu Simbel perfectamente, estoy justo enfrente — les respondió Peter.

—¿Podrías enseñarnos algún día cómo trabajáis? Nos interesa mucho todo lo que nos has contado, ¿verdad, Thomas? —preguntó mientras le daba una patada por debajo de la mesa.

—Sí, sí, verdad, verdad —contestó Thomas dolorido.

—Muy bien, pues si os va bien mañana, podemos quedar —les propuso Peter.

—Vale, te tomo la palabra —dijo Natalie.

Peter miró su reloj y dijo:

—Bueno, me tengo que ir, mañana a las ocho pasará un coche a recogeros a la puerta de vuestro hotel, yo os esperaré en el campamento que tenemos frente al río. Os espero —añadió mientras se levantaba.

Tras despedirse de ellos y volverles a recordar la hora a la que los pasarían a recoger, Thomas y Natalie, eufóricos y sin poderse creer la suerte que habían tenido, se abrazaron.

Ya en la habitación del hotel y metidos en la cama, Natalie le decía a Thomas que quizás deberían contarle a Peter lo que estaba ocurriendo, que seguramente les ayudaría, pues disponía de todo lo que necesitaban para ello, pero Thomas, al escucharla, se negó rotundamente, pues era demasiado peligroso y no quería cargar con la muerte de nadie más. Natalie le dijo que por ahora nadie más había intentado hacerles nada, que quizás aquellos hombres que le intentaron matar creían que lo habían conseguido. Thomas se negó otra vez y le pidió que no se lo contara, que ya se le ocurriría alguna cosa. Natalie, que no lo veía muy claro, le besó y se despidió de él. Tras esto, Thomas apagó la luz y se echó a dormir, sabiendo que ella tenía toda la razón, que sin la ayuda de Peter no lograrían llegar hasta aquella plancha.

Por la mañana, bajaron a la puerta del hotel para esperar el coche que les llevaría junto a Peter. Thomas continuaba repitiéndole a Natalie que ni se le ocurriera contarle nada, pues ella le había vuelto a insistir, diciendo que era la opción más adecuada para poder llegar a descubrir algo.

Mientras discutían, el coche, que llegaba puntual, dobló la esquina de la calle y se detuvo frente a ellos. Un hombre se bajó y les preguntó si eran los amigos de Peter, a lo que ellos respondieron que sí. Tras esto, les indicó dónde debían sentarse y, cuando estuvieron acomodados en el interior, reinició la marcha y se dirigió hacia el campamento.

Con la mirada perdida en el desierto, Thomas continuaba dándole vueltas a las palabras de Natalie. Sabía que tenía razón, sabía que posiblemente era la única forma de llegar, sabía que ellos solos jamás conseguirían lo necesario para poder hacerlo.

De repente, la voz del conductor interrumpió los pensamientos de Thomas.

—Ya hemos llegado, aquellas tiendas que están cerca de la orilla del río son nuestro campamento —las señaló con el dedo.

Seguidamente, el coche se detuvo frente a una de las tiendas y de ella salió Peter.

—Buenos días, bienvenidos a mi campamento —dijo Peter mientras les ayudaba a bajar del coche.

Thomas y Natalie, tras saludarle, miraron el río en busca de aquellos barcos que habían visto desde el autobús de la excursión, pero ya no estaban. Quizás se habían precipitado y no eran de él.

—¿No teníais unos barcos? —preguntó Thomas.

—Sí que los tenemos, ahora mismo iban a salir, pero les he dicho que se esperaran a que vosotros llegais, así podríais ir conmigo en uno de ellos y ver más de cerca cómo trabajamos y la vista tan magnífica que tenemos de Abu Simbel. Pero primero, venid conmigo —respondió Peter.

Comenzó enseñándoles todo el campamento y los experimentos y pruebas que se hacían en él, pero ellos, no muy atentos a lo que les estaba enseñando, no dejaban de mostrar interés en subir al barco.

Como le insistían tanto, Peter decidió que ya era hora de subirse y mostrarles el trabajo que se realizaba desde ellos.

Ya en el barco, comenzó a explicarles cómo usaban el radar para sondear el suelo y cómo los buzos se sumergían para coger muestras, pero Thomas y Natalie, que únicamente pensaban en una cosa,

continuaban sin hacerle caso.

—Oye Natalie, llevo un buen rato explicándoos cosas y la verdad es que no os veo demasiado atentos. ¿Qué os pasa?, ¿os aburro? —preguntó Peter al ver la falta de atención que estaban mostrando.

Natalie, al escucharlo y con un enorme peso de conciencia por estar engañándole, se disculpó un momento, cogió a Thomas del brazo y se apartaron de él.

—Mira Thomas, él es el único que nos puede ayudar. Sé que no quieres, pero es que no ves lo difícil que nos resultaría a nosotros solos. Aunque lográramos todo el equipamiento y permisos necesarios, yo no sé hacer funcionar un radar y creo que tú tampoco. Además, tendríamos que bucear, y quién mejor que él para hacerlo, que es un experto buceador. Tengo mucha confianza en él y sé que no nos defraudará.

—Lo sé, me doy cuenta de ello, pero sabes que sería meterlo en problemas —le dijo Thomas apoyándose en la barandilla del barco y mirando al agua.

—Como te dije anoche, hace tiempo que no pasa nada.

—Ya, pero a veces tengo la sensación de que nos vigilan... No sé, déjame pensar.

Natalie pasó su mano por la espalda de Thomas y se marchó junto a Peter, dejándolo solo para que pensara en lo que habían hablado.

Thomas, que miraba el agua que golpeaba el casco del barco, metió su mano en uno de los bolsillos de su chaleco, sacó el colgante y, en ese instante, comprendió que tenía razón. Aquel hombre era una puerta para llegar a donde querían, y posiblemente era la única.

Dentro de un camarote, Natalie y Peter estaban riendo y conversando, cuando de repente un golpe en la mesa los interrumpió. Cuando se giraron para ver qué lo había causado, vieron que sobre la mesa había un colgante. Peter se quedó extrañado, pero Natalie que sabía lo que era, levantó la mirada y vio a Thomas apoyado en la puerta mientras decía:

—Me has convencido. Contémosle la verdad.

—Gracias por comprenderlo, verás como no te arrepientes —le dijo Natalie muy contenta.

—Eso espero, no quiero tener sobre mí ninguna carga más —le recordó mientras se sentaba junto a ellos.

Natalie comenzó a explicarle a Peter, que sostenía el colgante en sus manos y que no entendía nada, todo lo que les había sucedido y la ayuda que les podría brindar.

Al acabar tan fascinante y extraño relato, Peter se levantó y preguntó:

—Si eso es cierto, estamos hablando de algo muy importante y peligroso. ¿Por qué no contactáis con el gobierno para que os ayude?

—Si no lo hemos hecho es porque no tenemos las pruebas para demostrarlo, sólo tenemos este colgante y unos papeles copiados de los originales. ¿Piensas que nos creerían? —le preguntó Thomas.

—No, la verdad es que no, me cuesta hasta a mí creérmelo —respondió Peter.

—Sé que suena a locura todo esto, pero te aseguro que es cierto. Por favor, ¿nos ayudarás? —le suplicó Natalie.

Peter salió del camarote, observó Abu Simbel y seguidamente el colgante, después entró nuevamente y dijo:

—Muy bien, os ayudaré, aunque soy biólogo, guardo en un rincón de mi corazón el alma aventurera —comenzó a reír.

Tras estas palabras, se sentó junto a Thomas y Natalie y comenzaron a diseñar el plan, un plan que a medida que tomaba forma parecía sencillo.

Primeramente y como era muy temprano, les daría unas pequeñas pero intensas clases de buceo. Luego esperarían a que anoheciera para estar completamente solos y cogerían uno de los barcos para intentar buscar la plancha de hormigón con el radar. Si la conseguían localizar, bajarían hasta ella Thomas y Peter para inspeccionarla y, si fuera necesario, poner unas pequeñas cargas de explosivo para que quedara al descubierto la grieta de la que habían hablado. Tras la explosión y habiendo comprobado que aquella grieta existía, volverían a bajar para introducirse por ella, pero esta vez acompañados de Natalie.

# EN LAS PROFUNDIDADES

**A**l caer la noche, el campamento quedó completamente vacío. Amparados por la oscuridad y con la tenue luz que reflejaba la Luna, se podían distinguir las siluetas de unas personas, que como unos ladrones, se movían por el campamento con mucho sigilo. Aquellas personas eran Thomas, Natalie y Peter, que se preparaban para subir a uno de los barcos. Todo estaba a punto para que comenzara la búsqueda.

Peter encendió los motores del barco y preguntó si sabían hacia dónde debía dirigirse. Thomas, que había leído dónde estuvo emplazada la antigua construcción, le dijo que debía encontrarse, más o menos, a unos doscientos o trescientos metros de su actual emplazamiento. Al escucharle, accionó una palanca y el barco comenzó a moverse.

—Allá vamos —le dijo Natalie a Thomas al oído mientras le cogía la mano.

Tras dos largas y desesperantes horas de búsqueda, no habían logrado encontrar el sitio. Peter les comentaba que quizás, por el paso del tiempo, podría haber quedado tapado por fango o por otra cosa, o que, en el peor de los casos, podía ser que no existiera, y que quizás aquel anciano sólo les hubiera contado una historia para turistas.

—No puede ser —dijo Thomas desilusionado.

—Llevamos un par de horas dando vueltas y nada de nada. Quizás éste no sea el sitio —dijo Peter buscando alguna otra justificación.

—Tiene que estar. Aquel anciano no nos ha engañado, seguro que está —afirmó Thomas.

Tras una hora más de búsqueda, el ánimo de aquellas tres personas ya no era el mismo; estaban muy desilusionados, cansados. En la mente de cada uno de ellos, ganaba fuerza el comentario sobre el anciano, quizás fuera verdad, quizás fuera un engaño.

Thomas, que estaba sentado junto a Natalie y Peter alrededor de la pantalla del radar, se levantó y salió fuera del camarote.

—Tranquilo Thomas, ya verás como la encontramos —le dijo Natalie, que había ido tras él para consolarlo.

—¿Tú crees? Creo que tiene razón, lo que nos contó el anciano es mentira —dijo Thomas.

—Puede ser, ¿pero qué me dices del acertijo?

—Ya no sé qué pensar. Quizás todo en sí sea una mentira, quizás aquella sala fuera única, quizás el acertijo sea como la historia que nos contó el anciano, sólo una mentira.

—¡Venid, corred! —gritó Peter desde el camarote interrumpiéndoles.

Thomas y Natalie corrieron hacia donde estaba Peter, que miraba con cara de felicidad la pantalla.

—¡Está aquí! ¡Mirad, mirad! ¡No es mentira! —les decía señalándoles con el dedo una zona de la pantalla.

—¿Pero el qué? No veo nada —dijo Natalie.

—Eso es porque no estáis acostumbrados a ver este tipo de imágenes, pero te aseguro que está ahí. Esperad, que ahora os la enseño.

Peter, tras detener los motores del barco, se volvió a sentar y comenzó a explicarles cómo debían

mirar la imagen para distinguir lo que les estaba enseñando.

—Para distinguir la plancha de lo demás, debéis mirar la imagen completa, entonces veréis una pequeña irregularidad en ella. Si miráis bien, veréis que en esta zona hay como un pequeño desnivel cuadrado. Es como cuando hacen una foto desde un satélite al desierto, para buscar alguna construcción enterrada bajo la arena. A primera vista no se distingue nada, pero si miras el conjunto de la imagen, se aprecia que en algunos lugares hay como unos pequeños desniveles, y esos desniveles son las construcciones enterradas. ¿Lo veis ahora? —les preguntó Peter tras la explicación.

—Sí, sí, es verdad, ahí está —dijo Thomas eufórico.

—¿Ves, Thomas? Ni el anciano ni el acertijo nos han engañado. Ya estamos muy cerca —le dijo Natalie mientras lo abrazaba.

Siguiendo las pautas del plan, Thomas y Peter se prepararon para la inmersión. Repasaron una y otra vez el equipo, pues todo debía estar en orden y en perfectas condiciones, ya que si surgiera algún contratiempo, la inmersión podría tener un final catastrófico. Peter les recordó que si estaba a muchos metros de profundidad, deberían tener cuidado al volver a subir a la superficie, pues debían seguir el método de descompresión.

Tenían todo a punto: las pequeñas cargas de explosivo, los trajes de neopreno, las bombonas de oxígeno, las máscaras especiales que les cubrían la cara y que, además de llevar un transmisor que les mantendrían en contacto en todo momento, tenían la posibilidad de visión nocturna y unos potentes focos para poder iluminar el lecho del río.

Completamente preparados y situados en posición para zambullirse en el agua, Natalie hizo una última prueba con el sistema de comunicación y les deseó suerte. Por su parte, ellos le indicaron con el dedo pulgar que todo estaba *ok* y se tiraron al agua, sumergiéndose rápidamente y adentrándose en sus profundidades.

Tras varios minutos de silencio, Natalie, que se encontraba en el barco muy nerviosa y preocupada, preguntó:

—¿Cómo os va, chicos? ¿Todo bien?

—Sí, perfecto, la visibilidad es muy mala, casi nula, pero ya casi hemos llegado al fondo —contestó Peter.

Dentro del agua, inmersos en la oscuridad y el silencio, Thomas y Peter enfocaban con sus potentes luces el lecho del río, intentando encontrar aquella plancha. La búsqueda se les complicaba, pues sólo veían fango y alguna que otra planta acuática.

—¿Ves algo, Peter? —le preguntó Thomas.

—Nada, con tanto fango nos va a resultar más difícil de lo que creía —le respondió.

—Debéis buscar algún punto de referencia. Aquí en la pantalla veo como si hubiera una pequeña pared al lado del desnivel. Mirad a ver si la encontráis —les aconsejó Natalie desde el barco.

Tras un buen rato buscando aquel punto, Peter exclamó:

—¡Aquí! ¡Acércate, Thomas, la encontré!

Thomas, que estaba a unos metros de él, se acercó y vio como Peter apartaba con su mano el fango del lecho.

—¡Mira, mira, ya se ve! —exclamó Peter al dejar al descubierto lo que parecía ser un trozo de la plancha.

Thomas lo ayudó a limpiar aquella superficie para estar seguros de que era realmente lo que estaban

buscando.

—Natalie, parece mentira pero está aquí, tal y como nos contó el anciano —dijo Thomas al acabar de limpiarla por completo.

Lo habían encontrado al fin, su búsqueda dio sus frutos, pues las luces de los focos que iluminaban el lecho del río ponían al descubierto una plancha de hormigón de unos tres metros cuadrados.

Mientras comentaban con Natalie el feliz hallazgo, comenzaron a inspeccionarla concienzudamente, para comprobar, si a causa del paso del tiempo o por estar sumergida en el agua, había sufrido algún deterioro y se podía ver la grieta sin necesidad de usar los explosivos.

—¿Cómo va? —preguntó Natalie.

—Todo bien. Por lo que vemos, la plancha está muy deteriorada, pero la grieta no se ve por ningún lado —respondió Thomas.

—Es cierto, el agua ha hecho estragos en ella, pero no los suficientes para que se vea la grieta. Creo que la única opción es usar los explosivos —dijo Peter.

Viendo que era la mejor opción, Peter comenzó a situar las cargas explosivas estratégicamente por la plancha, ayudado por Thomas, que le iluminaba la zona. Al acabar de situarlas y habiéndolas repasado tres veces, Peter le señaló con el dedo a Thomas que debían subir al barco. Mientras lo hacían, se tuvieron que detener un par de veces para hacer la descompresión, pues habían estado a muchos metros de profundidad.

En el exterior, Natalie, que los esperaba apoyada en la barandilla para verlos salir, miraba el agua atentamente. De repente, vio unas luces muy tenues y, acompañándolas, unas burbujas. Primero eran aleatorias, pero a medida que las luces se intensificaban se hacían más constantes, hasta que al final aparecieron los dos, con caras de satisfacción.

Subieron al barco rápidamente y se despojaron de la máscara y de las bombonas de oxígeno. Thomas, dejándose llevar por la euforia, agarró a Natalie por la cintura y la besó apasionadamente. Peter al verlo, preguntó con disimulo:

—¿Pero no erais sólo amigos?

—*Ja, ja, ja* —comenzó a reírse Natalie y le contestó—: Se podría decir que somos algo más que amigos —continuó riéndose.

Mientras Peter volvía a poner en marcha el barco para apartarlo unos metros de aquel punto, por si la explosión provocaba algún daño en el casco, Thomas le explicaba a Natalie cómo era la plancha, como habían distribuido los explosivos por ella y que habían colocado la boya de posicionamiento para encontrar de nuevo el lugar.

Ya a una distancia prudencial, Peter, que tenía en sus manos el pulsador que accionaba los explosivos, les aconsejó que se agarraran a cualquier sitio y que se agacharan.

Cuando estuvieron preparados, Peter comenzó una cuenta atrás:

—Tres, dos, uno...

—¡Cero! —exclamaron los tres a la vez. En ese momento, Peter pulsó el botón con fuerza mientras se agachaba.

Tras unos instantes de incertidumbre, Natalie comentó:

—No pasa nada. ¿Nos podemos levantar ya?

—¡Agarraos! —gritó Peter.

En ese mismo instante, una enorme burbuja apareció en la superficie del agua, explotando y provocando que el agua salpicara varios metros y que el barco sufriera una sacudida, haciéndoles caer al suelo.

Cuando todo volvió a quedar en calma, Peter se levantó y les dijo que ya se podían levantar ellos también. Les comentó que las explosiones en el interior del agua eran muy diferentes a las que hay al aire libre, pues el agua, primero, amortigua la explosión, pero luego la reproduce de golpe y la onda expansiva es mayor.

Natalie, que ya se había levantado con la ayuda de Thomas, vio algo extraño sobre el agua que se acercaba.

—¡Mirad allí! ¿Son luces?

Peter, que estaba dirigiendo el barco hasta el punto donde habían parado, se asomó para comprobar a qué se refería Natalie antes, y al mirar por los prismáticos dijo:

—Mierda, es una patrulla de policía. Habrá escuchado la explosión.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Thomas.

—Nada, vosotros no hagáis ni digáis nada. Primero debemos quitarnos el traje de neopreno y cuando lleguen yo hablaré con ellos —respondió mientras detenía el motor.

Cuando llegó la patrulla de policía, se detuvo al lado del barco. Peter se asomó y saludó amigablemente a los cuatro ocupantes de la otra embarcación que lo apuntaban con sus armas, mientras que Thomas y Natalie recogían la cubierta para disimular.

Llevaban un rato discutiendo cuando dos de ellos decidieron subir al barco, mientras que los otros dos, sin dejar de apuntarle, permanecían en su barca con el motor en marcha. La discusión continuó en el barco, Peter no dejaba de enseñarles papeles y de señalar el agua. Thomas, que no entendía nada de lo que estaban hablando, le susurró al oído a Natalie si le podía explicar qué estaba sucediendo. Ella le contó que los policías le preguntaban quiénes eran, por qué estaban aquí y si habían sido los causante de la explosión. Peter, para responder a sus preguntas, les enseñaba la documentación que demostraba que era un científico y les explicaba que estaban haciendo unas comprobaciones en los aparatos y que de repente oyeron la explosión, que posiblemente fuera causada por una bolsa de gas.

Uno de los policías dejó la discusión y comenzó a registrar el barco, introduciéndose en todos los camarotes y mirando por todos los rincones. Después, se acercó a Thomas y Natalie y los llamó. Ellos, que estaban de espaldas, se giraron, y el policía, al verlos, puso cara de sorprendido. Después se acercó al que estaba discutiendo con Peter y le susurró algo al oído, provocando que también los mirara de igual modo. El mismo policía que le había susurrado al otro, se asomó y llamó a uno de los otros dos que esperaban en la otra barca. Rápidamente, subió al barco el policía al que había llamado y se acercó a donde estaban ellos.

Asustados y sin saber lo que pasaba, se temían lo peor, no sabían lo que iba a suceder, ni por qué habían causado aquella impresión al policía.

El último policía que se sumó se acercó despacio hacia Thomas, enfundó el arma que llevaba en su mano y lo abrazó fuertemente.

Entonces, los otros dos policías enfundaron sus armas y comenzaron a reírse y a darle palmaditas en la espalda a Peter y a Natalie, mientras que ellos, con cara de sorprendidos, no entendían nada.

—¿Qué pasa, Natalie? —le preguntó Thomas, que continuaba abrazado por el policía.

—No tengo ni idea.

El policía que estaba abrazando a Thomas se apartó, se iluminó la cara con una linterna y le dijo unas palabras.

—Claro, ya sé quién es —dijo Natalie al escucharle.

Aquel policía era al que le había dado en las escaleras de Abu Simbel el remedio casero para su dedo del pie. Lo abrazaba en muestra de agradecimiento porque su dolor, que lo había acompañado durante mucho tiempo, había desaparecido.

Tras los agradecimientos y las disculpas por haber interrumpido de aquella forma, se subieron a su barca y se fueron.

Thomas, Natalie y Peter, sin haberse recuperado del mal rato que habían pasado, suspiraron de alivio y comentaron la suerte que habían tenido al ser reconocidos por aquel policía, pues si hubiera sido otro seguramente hubiesen acabado los tres en la cárcel.

Más tranquilos y habiéndose asegurado de que los policías ya no estaban por ningún lado, Peter volvió a encender el motor del barco, mientras que Thomas y Natalie se ponían los trajes de neopreno.

Con todo preparado, el barco sobre el punto exacto donde estaba la plancha, los tres con el traje de neopreno y con todo el equipo de buceo, se colocaron en posición para tirarse al agua.

—Un momento —dijo Thomas por el transmisor.

—¿Qué pasa? —le preguntó Natalie mientras veía como Thomas se metía en el camarote.

—Me iba sin esto, no me la puedo dejar —dijo Thomas enseñándoles su mochila.

—Es verdad, tu mochila inseparable.

Tras este pequeño despiste, se volvieron a situar, comprobaron una vez más que todos los equipos estuvieran bien y se lanzaron al agua.

Esta vez la inmersión les resultaría más fácil, pues Peter había colocado una boya para localizar el lugar con exactitud. Sin ella, les resultaría casi imposible llegar, porque la explosión había removido el fango depositado en el lecho del río, enturbiando así el agua y provocando que la visibilidad fuera completamente nula.

Descendiendo por la cuerda que les llevaría hasta donde antes estaba la plancha de hormigón, Natalie les comentaba que estaba muy nerviosa al no saber lo que se iban a encontrar, que quizás les esperaba una cosa que había estado oculta durante miles de años y que solamente esperaba que la explosión no le hubiera causado ningún daño. Thomas, que iba tras ella, la tranquilizaba diciéndole que todo iba a ir bien, que no se pusiera nerviosa ni se preocupara, pues si lo hacía, consumiría más oxígeno de la cuenta y debería subir antes al barco para poder coger otra bombona, provocando que se retrasaran demasiado y poniendo en peligro todo el plan.

Peter, que iba delante al ser el más experto, se detuvo al acabarse la cuerda.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas.

—Mirad, ahí delante —les dijo Peter.

—¿Dónde? —preguntó Natalie.

Tras soltarse de la cuerda e indicarles que se quedaran donde estaban, se acercó a un agujero que antes no estaba para mirar por él.

—¿Qué pasa, Peter? —volvió a preguntar Thomas.

—Hay un agujero aquí, debe de ser la grieta que te dijo el anciano, no os mintió —respondió Peter.

—¿Se ve algo? —preguntó Natalie.

—No, parece una cueva o algo así. Con las luces no consigo ver mucha cosa, el agua está demasiado enturbiada aún. ¿Qué pasa?... Esperad un momento —dijo Peter alarmado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Thomas.

—Algo pasa en la superficie. He dejado conectado un detector de proximidad en el barco. Algo o alguien debe estar cerca de él.

—¿Qué hacemos?, ¿subimos? —le preguntó Natalie.

—No, no, vosotros quedaros aquí, seguramente sean los policías otra vez. Yo me encargaré de ellos, sólo será un momento —les dijo mientras volvía a subir por la cuerda.

Thomas y Natalie, que continuaban agarrados a la cuerda y que llevaban unos veinte minutos esperando, comenzaron a preocuparse, pues Peter se demoraba demasiado.

—Oye Natalie, quizás deberíamos subir, está tardando mucho, ¿no crees?

—Creo que sería lo mejor —le respondió Natalie.

Mientras subían, intentaban hablar con Peter a través de los transmisores, pero no contestaba, parecía que lo había desconectado.

Cuando les faltaban pocos metros para llegar al barco, Thomas se detuvo en seco, provocando que Natalie, que continuaba detrás, colisionara con él.

—¿Qué haces? ¿Por qué te paras ahora? —le preguntó Natalie.

—Espera, he visto algo raro en la superficie, una especie de flashes o algo así.

—¿Como que una especie de flashes? ¿Qué dices?

—Esto me da muy mala espina Natalie, creo que nos deberíamos quedar aquí quietos y esperar a que él venga.

En ese mismo instante, y haciendo caso omiso a sus palabras, Natalie, que estaba muy preocupada por su amigo, pasó por delante de él como un rayo.

—¡Espera! ¡No vayas! —le gritó Thomas.

Pero ella continuó nadando hacia la superficie, hasta que vio que del barco caía algo al agua, primero en su superficie y después se hundió. Al ver esto, Natalie, que con el nerviosismo ni siquiera llevaba conectados los focos, lo hizo e iluminó el objeto que había visto caer.

—¡Dios mío! —gritó.

Aquel grito escalofriante atravesó los oídos de Thomas.

—¿Qué pasa, Natalie? —le preguntó preocupado.

Pero ella no le respondía. Natalie continuaba gritando, parecía estar aterrorizada; no dejaba de moverse de un lado a otro. Thomas, que no sabía qué le ocurría, comenzó a nadar para alcanzarla, pues en ese estado y, bajo el agua, podía sucederle cualquier cosa. Al llegar junto a ella, la agarró con fuerza e intentó calmarla, pero ella no dejaba de gritar y de moverse. Sin saber lo que le había ocasionado aquel estado, Thomas iluminó el objeto que había visto caer, y cuál fue su desagradable sorpresa al ver la cara de Peter, con los ojos abiertos y con una profunda brecha en su garganta, por la que emanaba sangre, que se esparcía rápidamente por el agua. Thomas quedó paralizado, no entendía nada, no sabía quién había podido causar tal carnicería. En ese mismo instante, la luz de Natalie iluminó por un instante la mano de Peter, dejándole entrever a Thomas algo que sujetaba. Rápidamente lo iluminó con su luz y, al ver lo que era, el miedo recorrió todo su cuerpo. No podía ser cierto, era imposible, no se lo podía creer. Sin

perder tiempo, agarró con más fuerza a Natalie, que había dejado de moverse y de gritar, y comenzó a bajar con rapidez hacia el fondo del río.

Mientras descendía, comenzó a escuchar unos ruidos por el receptor, y una voz se dirigió a él.

—Hola Thomas, nos volvemos a encontrar.

—¿Quién eres? —le preguntó a la misteriosa voz.

—Tú ya sabes quién soy. Hace no mucho tuvimos una conversación y, casualmente, también fue al lado de un río —le respondió la voz.

—No sé quién eres, o sí...

En ese mismo instante, le vino a la cabeza lo que había visto en la mano de Peter. Eran ellos otra vez, los Itnicos, pues lo que vio era un botón idéntico al de la gabardina que llevaba el hombre que habló con él en aquel coche en Londres.

—Eres muy difícil de matar, Thomas, pero esta vez te aseguro que no vais a escapar ni tú ni tu amiguita.

—No me hagas reír, ni siquiera sabes dónde estoy —le dijo Thomas tras introducirse por el agujero.

—¿Crees que no? He enviado a dos hombres para buscarte y por desgracia para ti, me han informado de que te has introducido en un agujero, un agujero que ya tapamos hace muchísimo tiempo.

Al escucharle, Thomas apagó su luz, quedándose completamente a oscuras. Dio media vuelta para volver a salir por donde había entrado, pero vio unas luces que iluminaban la boca del agujero.

—Thomas, este sitio va a ser el último que vas a ver. Al menos, antes de morir, podrás ver lo que te ha costado tanto encontrar. Hasta nunca Thomas. —La voz se despidió y desconectó la transmisión.

Sin saber qué hacer, completamente a oscuras, con Natalie en un estado de *shock* y atrapados sin salida aparente, Thomas comenzó a pensar que esta vez sí que era el fin.

«¿Cómo puede ser que nos hayan encontrado?, ¿nos habrán estado siguiendo todo este tiempo?, ¿sabían en cada momento cuáles eran nuestros movimientos?», se preguntaba una y otra vez.

En ese mismo instante, Natalie, que parecía que estaba saliendo del estado en el que se encontraba, preguntó algo desorientada:

—¿Qué ha pasado, Thomas? No recuerdo nada, no veo nada. ¿Dónde estamos?

—Tranquila Natalie, estamos dentro del agujero —le respondió Thomas.

—Y Peter..., ¡Dios mío!, Peter... —comenzó a recordar.

Thomas intentó calmarla, pero las noticias que le tenía que dar no le iban a facilitar mucho el trabajo. Tras intentar explicárselo de una manera que le afectara lo menos posible, Natalie comenzó a llorar, pues como Thomas, veía que aquel agujero era lo último que iba a ver, que no tenían salida.

—¿Cómo puede ser que nos hayan encontrado Thomas? —le preguntó Natalie.

—La verdad es que no lo sé. Esta gente debe de ser como un pulpo, tiene brazos por todas partes —le respondió mientras se asomaba desde donde estaba para mirar lo que pasaba en la boca del agujero.

—¿Qué miras? Es que...

—*Shhh*... —la hizo callar Thomas.

Lo que estaba viendo era que aquellos dos hombres a los que había hecho referencia la voz estaban haciendo algo en la abertura, algo que le resultaba muy familiar a Thomas.

—¡Explosivos! —le gritó a Natalie.

Thomas, viendo que lo que estaban haciendo era colocar explosivos para volver a sellar la entrada, cogió a Natalie, encendió la luz de su foco y comenzó a adentrarse por la cueva rápidamente.

—¿Cómo que explosivos? ¿Pero qué pasa? —preguntaba Natalie muy asustada.

—No preguntes y nada, por Dios. Pase lo que pase no te pares —le decía Thomas estirando de ella.

De repente, Thomas dejó de nadar y miró hacia atrás, como si estuviera esperando a alguien o alguna cosa. Una extraña sensación comenzó a recorrerle el cuerpo, como si le succionaran desde el lado hacia donde miraba. En ese mismo instante, Thomas abrazó a Natalie y la miró fijamente a los ojos, no hubo palabras entre ellos, pero Natalie comprendió que algo malo iba a suceder, pues en los ojos de Thomas se podían ver reflejados el temor y la tristeza.

De repente, y sin previo aviso, la sensación de succión cambió por una fuerte corriente que les comenzó a empujar hacia el interior de la cueva, separándolos y provocando que se fueran golpeando contra las paredes de roca hasta perder el sentido y quedar a merced de la fuerte corriente.

En el exterior, en la cabina del barco, se encontraba frente la radio aquel hombre de voz misteriosa que hablaba con sus dos buzos:

—El agujero ha quedado sellado nuevamente. ¿Qué hacemos ahora señor? —le preguntó uno de los buzos.

—Recoged el cadáver del agua y quemad el barco con él en su interior. Debe parecer un accidente —les decía mientras se levantaba riéndose.

Ya en su embarcación, los tres hombres miraban cómo el barco era consumido por las llamas.

—Recordad que nunca debe ser descubierto nuestro secreto. Lo que ha sido entregado, generación tras generación, debe descansar en el olvido, y nosotros debemos velar para que siga así, cueste lo que cueste.

A la mañana siguiente, todos los periódicos y canales de televisión hablaban del trágico accidente y del fatídico final del científico Peter Lowes, fallecido al incendiarse su barco debido a una explosión ocasionada por una incorrecta manipulación de explosivos.

Mientras tanto, en las entrañas de la tierra, bajo toneladas de agua e inmersa en la más profunda oscuridad, se podía escuchar una voz, una voz que reflejaba dolor, una voz que no dejaba de gritar un nombre:

—¡Thomas! ¿Dónde estas?

Aquella voz era la de Natalie, que milagrosamente había logrado sobrevivir.

Sin dejar de llamar a Thomas, y muy preocupada porque quizás él no lo había conseguido, se levantó a duras penas del suelo rocoso y húmedo, y con la única ayuda de sus manos, comenzó a palpar el suelo buscándolo.

—¡Thomas! Si estás malherido y no puedes hablar, al menos haz ruido para que te pueda localizar —gritaba por si la escuchaba.

Llevaba unos diez minutos de búsqueda, cuando inesperadamente se interpuso algo en su camino.

—¿Qué es esto? —se preguntó a sí misma—. Esto es...

Lo que había hallado en el suelo era uno de los focos con los que iban equipados y que, para su suerte, funcionaba perfectamente.

Tras encenderlo, comprobó que se hallaba en una enorme estancia excavada en la roca, una estancia que no era natural, sino que claramente había sido creada por la mano del hombre; menos el suelo, toda la estancia estaba alisada, tanto paredes como techo.

De repente detuvo la luz en un punto, era una abertura en la pared, no muy grande y colocada a ras de

suelo, por la que fluía poca agua.

—Seguramente habré salido expulsada por ella —pensó en voz alta.

Tras unos minutos más de búsqueda, pasó la luz del foco fugazmente por un bloque de techo que se hallaba en el suelo y, tras enfocar a otro lugar, lo volvió a iluminar, pues algo que se encontraba tras él le llamó la atención.

—¿Eres tú, Thomas? —preguntó mientras se acercaba lentamente.

Cuando estuvo lo bastante cerca, comprobó que efectivamente era Thomas, que se encontraba boca abajo y sobre un charco de sangre. Rápidamente, y dándole gracias a Dios, se apresuró a darle la vuelta para comprobar si estaba bien. Al hacerlo, acercó su cara a su nariz y comprobó que aún respiraba. También vio que aquel charco de sangre procedía de una profunda brecha que tenía en la frente.

—Tranquilo Thomas, yo cuidaré de ti —le decía mientras intentaba pararle la hemorragia.

Sentada en el suelo y con el cuerpo de Thomas entre sus piernas, Natalie no dejaba de pedirle a Dios que se pusiera bien. Había olvidado completamente dónde estaban y las circunstancias por las que ahora se encontraban así; su único pensamiento era para él.

Agotada y dolorida por los golpes que había sufrido, se quedó dormida abrazada a Thomas.

# ASOMBROSO

Natalie, que se estaba despertando, buscó con sus manos el cuerpo de Thomas, pero ya no estaba. Asustada, abrió los ojos rápidamente y comprobó que estaba a oscuras y sola.

—Thomas, ¿dónde estás? —gritaba desesperada.

No comprendía lo que había ocurrido, ya no tenía ni el foco ni a Thomas. «¿Dónde está ahora? ¿Nos habrán encontrado otra vez?», se preguntaba.

De repente, procedente del agujero que había visto antes, vio salir un haz de luz.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Thomas? —preguntaba sin moverse del suelo.

Nadie contestó a sus preguntas, pero veía cómo aquel haz de luz se hacía cada vez más intenso, indicándole que, fuera quien fuera, se acercaba peligrosamente hacia donde estaba ella.

Aquella luz, ante la mirada atónita de Natalie, iluminó desde la entrada del agujero el interior de la sala y se dirigió a ella, cegándola momentáneamente.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Dónde está Thomas? —le preguntaba con los ojos cerrados al portador de la luz.

—Soy yo, Natalie —le respondió Thomas apartándole la luz de la cara.

Natalie, al escucharle, se levantó y lo abrazó tan fuerte como pudo.

—Me has asustado, creí que te había vuelto a perder —le decía sin soltarle.

—Tranquila, no te vas a deshacer de mí tan fácilmente —comenzó a reírse—; es un milagro que hayamos sobrevivido. Cuando la corriente comenzó a arrastrarnos por el interior de la cueva, pensé que sería nuestro fin.

—¿Cómo estás, te encuentras bien? —le preguntó Natalie mirándole la brecha de la frente.

—Sí, sí, ha dejado de sangrar. Estoy bastante magullado y dolorido, pero bueno, podría haber sido peor.

—¿Dónde habías ido?

—Al despertarme y verte durmiendo, decidí dejarte descansar un rato más y me puse a explorar este lugar por si encontraba alguna salida.

—¿Has encontrado alguna? —le preguntó esperanzada.

—No, pensé que quizás por ese agujero la encontraría y me adentré en él, pero llegado un punto está completamente inundado.

—Estamos atrapados, es nuestro fin —le dijo Natalie abrazándolo de nuevo.

—No digas eso, mira dónde nos encontramos. Este lugar no es natural, está hecho por la mano del hombre, seguro que hay alguna salida escondida por aquí.

Tras tranquilizarla con sus palabras, comenzaron a buscar la salida por todos lados, pero sin éxito, hasta que...

—Thomas ven, ¡corre! —le gritó Natalie, que estaba en el extremo de unas de las paredes.

Tras acercarse e iluminar lo que con tanta insistencia le quería mostrar Natalie, Thomas quedó maravillado, sin palabras.

Lo que había encontrado detrás del moho que cubría la pared era un grabado, pero no un grabado

cualquiera. Era el mismo símbolo que Thomas encontró en su excavación, el símbolo que había grabado en la pared que daba paso a la sala.

—Es fantástico, no me lo puedo creer. Aquí está lo que buscábamos.

—Sí Thomas, el acertijo tenía razón, estamos muy cerca.

—Espera, mira..., debajo del símbolo parece que hay otra cosa —le dijo entregándole el foco a Natalie.

Thomas comenzó a quitar con sus manos el moho y al dejar al descubierto lo que había, exclamó:

—¡Asombroso! Una inscripción dentro de un sello egipcio. Esto sí que no esperaba encontrármelo.

—Rápido, lee lo que pone, quizás diga por dónde podemos salir.

—No puedo —le dijo encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que no puedes? —le preguntó extrañada.

—Pues eso, no puedo. He perdido mi mochila y en ella lo llevaba todo, el diccionario que había hecho para traducir esta escritura, el medallón y todo lo demás.

—No puede ser, debemos buscarla, tiene que estar por aquí —le dijo mientras miraba por el suelo.

—No te canses, no está. Mientras dormías la he buscado y no la he encontrado; debió caerse cuando nos arrastró la corriente.

Natalie se quedó pensativa y le comentó a Thomas que debían intentar buscarla en el interior del agujero, a lo que él se negó. Le dijo que era demasiado peligroso adentrarse en él, pues no sabían si las paredes serían estables y, además, sin una bombona de oxígeno era casi imposible lograrlo, pues no aguantaría mucho rato. Natalie, que no estaba dispuesta a morir en aquel lugar y que estaba decidida a salir de allí, salió corriendo hacia el agujero, mientras que Thomas, que fue corriendo tras ella para persuadirle de su temeraria idea, cayó al suelo y vio con impotencia cómo se introducía por el agujero y desaparecía.

A oscuras y solo, Thomas se levantó del suelo y se acercó hasta el agujero, se introdujo por él y caminó a ciegas hasta donde el agua cortaba el paso. Al llegar, se sentó y se dispuso a esperarla. Mientras lo hacía, rezaba para que no le ocurriera nada y, de vez en cuando, gruñía reprochándole lo cabezona que llegaba a ser cuando quería.

Los minutos pasaban y Natalie no aparecía.

Thomas comenzó a desesperarse, pues había calculado que llevaba más de cinco minutos dentro del agua y no daba señales de vida. Miles de cosas se pasaron por su cabeza, desde un derrumbamiento de alguna de las paredes, hasta que se hubiera adentrado demasiado y que al intentar volver, se hubiera quedado sin oxígeno. Muy preocupado, se levantó, cogió aire y se dispuso a tirarse al agua para intentar encontrarla, cuando de repente, tras casi diez minutos de espera, apareció Natalie dándole un susto de muerte.

—¡Dios mío! Creí que te había pasado algo. ¿Cómo has conseguido aguantar tanto bajo el agua? —le preguntó Thomas mientras se levantaba del suelo tras el susto.

—*Ja, ja, ja*, como me has dicho tú antes, no te vas a deshacer de mí tan fácilmente —continuó riéndose, y prosiguió—: Además, mira lo que he encontrado.

Natalie, que aún estaba en el agua, dejó el foco sobre el suelo y, ayudándose con sus dos manos, sacó del agua una bombona de oxígeno; atada en un extremo de ella se encontraba la mochila de Thomas. Lo había logrado.

Mientras salía del agua, le explicó a Thomas la suerte que había tenido encontrando la bombona de

oxígeno, ya que el que tenía ella en sus pulmones se le estaba acabando y que gracias a ella, pudo adentrarse todavía más en el agujero. Le comentó también que cuando lo daba todo por perdido, vio algo bajo un montón de piedras y ese algo era una de las asas de la mochila.

Tras las explicaciones y una pequeña reprimenda por parte de Thomas hacia Natalie, por la locura que había cometido, se acercaron hasta el lugar donde estaba la inscripción.

Impaciente por saber lo que ponía, Thomas sacó de la mochila su diccionario y comenzó a traducir aquella inscripción, mientras Natalie la alumbraba con el foco.

—¿Qué pone? —le decía ansiosa.

Pero Thomas no respondía, estaba muy concentrado, repasaba una y otra vez la traducción para no equivocarse con ella. De repente, se apartó unos pasos de la pared y se sentó en el suelo. Su rostro había cambiado, no tenía expresión alguna, su mirada estaba perdida, parecía que no estuviera, como si lo que había traducido le hubiera causado tal impresión que lo hubiese transportado a otro mundo. Natalie, sorprendida ante su reacción, no dejaba de preguntarle qué pasaba, pero Thomas, que continuaba inmerso en su trance, no le respondía.

Tras unos minutos de desconcierto, Thomas susurró:

—Ahora lo entiendo todo, ahora entiendo por qué estos hombres tenían tanto interés en guardar este secreto.

—¿Pero qué dices, Thomas? Me estás asustando. ¿Me quieres decir lo que pone?

Thomas levantó la mirada y dijo:

—Natalie, esto es increíble, no tengo palabras para describir este momento. En esa inscripción hay un nombre y el estatus social de dicha persona.

—¿Cómo dices? ¿Sólo pone eso? No creo que sea para tanto.

—Sí Natalie, solamente pone eso, pero te aseguro que cuando te lo diga te vas a quedar como me he quedado yo.

—Pues dímelo ya de una vez, no me tengas más en vilo.

—Primero, y para que tome forma toda esta historia, debemos recordar lo que traduje del sarcófago. Como ya te expliqué, dentro de él había multitud de inscripciones, que debido al derrumbamiento estaban incompletas, pero había una que me llamó la atención más que ninguna, aquella inscripción era el nombre de la persona que estaba momificada en su interior y decía: «Soy Aketarram, uno de los sabios supremos de la...», y así acababa. Pensé que el fragmento que faltaba indicaba de qué poblado sería y así era, porque al ver aquí nuevamente el símbolo y al haber traducido esta inscripción, está claro que estas dos personas estaban relacionadas y venían del mismo lugar. En verdad te digo que me he quedado sorprendido, jamás en la vida hubiera pensado una cosa igual.

—¿Pero qué pone? Ya no aguanto más —le decía muy nerviosa y sin entender aún qué quería decirle.

Thomas se levantó, se acercó hasta la inscripción y comenzó a traducírsela, mientras pasaba sus dedos por ella.

—Soy Tixtare, uno de los sabios supremos de la... —se detuvo un instante, se giró hacia Natalie y mirándola a los ojos dijo—: Uno de los sabios supremos de la Atlántida.

Tras decir esto, los dos quedaron mudos. Natalie le miraba sin saber cómo reaccionar, inmóvil, pues lo que había escuchado era el sueño de cualquier arqueólogo o historiador.

Los dos estaban frente a un hallazgo sin precedentes en la historia de la humanidad, un hallazgo que

podría cambiar el rumbo de la historia. Aquella inscripción en la fría pared era lo que tantas personas habían buscado durante miles de años, aquella inscripción era un indicio de que la Atlántida había existido y no era una mera leyenda.

—¿Seguro que pone eso, Thomas? —preguntó Natalie.

—Seguro, no hay duda de ello —le confirmó moviendo la cabeza.

Natalie se acercó a la pared y comenzó a tocar con sus temblorosos dedos la inscripción. No se lo podía creer aún, estaba frente a una de las incógnitas más buscadas de la historia.

—Esto es increíble, está aquí, frente a nosotros, a unos pocos pasos —dijo Natalie muy emocionada.

—Sí, Natalie —le dijo agarrándola del hombro.

—Lo que no entiendo es por qué esos hombres no quieren que salga a la luz. Éste es uno de los más grandes descubrimientos de la historia.

—Yo tampoco lo entiendo —quedó pensativo y prosiguió—. Quizás oculten algo más.

—¿Pero qué? ¿Qué secreto es merecedor de que corra la sangre por él? —le preguntó con los ojos húmedos al recordar a su amigo Peter.

—No lo sé, en la primera sala tampoco hallé nada que se saliera de lo normal. Quizás en aquel sarcófago ponía algo que no querían que se supiera o quién sabe si lo que escondía era la localización exacta de la Atlántida.

—No entiendo nada Thomas, son tantas dudas las que tengo, tantas preguntas sin respuesta —le dijo sentándose en el suelo y echándose las manos a la cara.

—Yo también tengo miles de incógnitas en mi cabeza. Este descubrimiento nos ha pillado por sorpresa, nunca creímos que íbamos a encontrar esto. Nosotros pensábamos que estábamos buscando una civilización perdida, y en parte es lo que hemos encontrado. Pero lo que no pensábamos era que esa civilización era la de los atlantes —le decía Thomas sin dejar de mirar la inscripción.

—Lo que no entiendo de todo esto es qué tiene que ver Egipto con Honduras, qué relación había entre estos dos lugares.

Thomas, como buen profesor de Historia, le explicó cómo surgió la leyenda de la Atlántida.

Todo empezó cuando Platón era un simple niño y se escondía para escuchar cómo su padre y sus amigos hablaban de diferentes temas. Un día Sócrates, que más tarde sería el mentor de Platón, comenzó a explicar la historia sobre un lugar llamado Atlántida. Solón, uno de los siete sabios de Grecia, había viajado hasta Egipto y allí, en el recinto más sagrado de la capital del Antiguo Egipto, pudo ver los registros de una época muy remota y, en ellos, los secretos de un tiempo perdido, cuando una civilización de poder y prestigio incomparables había dominado el mundo entero, unos nueve mil años antes. Se refería al imperio de la Atlántida.

Natalie, muy atenta a lo que Thomas explicaba, lo interrumpió y le preguntó nuevamente qué tenían que ver aquellas dos civilizaciones con la Atlántida. El le respondió que los egipcios y los mayas, estos últimos descendientes de los olmecas, tenían muchas cosas en común, eran grandes conocedores de las estrellas, sus impresionantes construcciones eran muy parecidas, sus costumbres, su forma de gobernar... Le dijo que él siempre había creído que estas grandes civilizaciones debieron tener en algún momento de su historia un mismo punto en común, un punto de inicio semejante. Pero el paso de los años y la distancia entre ellas, las hizo diferenciarse poco a poco. Su teoría, y viendo aquello creía que era la más acertada, era que hacía miles de años la civilización de la Atlántida dominaba todo el mundo, pues ellos estaban extrañamente más avanzados que cualquier otra civilización y que un día, por desgracia,

aquella civilización tan superior desapareció.

De aquella hecatombe, unos pocos pudieron salvarse, viajando por el mar hasta otros lugares. Creía y podía afirmar por todo lo que habían hallado que llegaron hasta Egipto y Honduras, donde se encontraron con unos nómadas del desierto y unos indígenas respectivamente, a los que les enseñaron a mirar y comprender las estrellas, a los que dieron una escritura para comunicarse, a los que dieron conocimientos de matemáticas y arquitectónicos. Las pruebas de sus hallazgos confirmaban todo lo que le estaba explicando a Natalie.

Le recordó también aquel dibujo que encontró en el pasadizo, un hombre que surcando el mar en barca llegaba hasta unos indígenas, a los que les hablaba mirando al cielo. Podía demostrar que aquellos hombres que venían del mar separaron su propia escritura en dos y se la enseñaron por separado a aquellas precarias personas, y que aquellas mismas personas dejaron constancia de la existencia de aquellos viajeros que vinieron del mar; en Egipto dejaron el pergamino que ella tenía, y en Honduras, el cilindro que le enseñó el Sr. Arthur.

—Todo cobra sentido ahora Natalie, hace tiempo tuve un sueño con ellos y con ese hombre que venía del mar, pero no lo entendí, pero ahora veo que estos hombres que han intentado acabar con nosotros son los mismos que custodiaban aquella barca en el dibujo. Deben de ser descendientes de aquellos guardianes.

—¿Estás seguro de todo lo que me has explicado? —le preguntó Natalie.

—Sí, seguro.

—Entonces, si tu teoría es la correcta, la momia que encontraste en Honduras y la persona a la que se refiere esta inscripción eran supervivientes de la Atlántida.

—Estoy seguro que sí, todo indica eso —dijo Thomas muy convencido.

—Ahora sí que estoy echa un lío. A ver si lo he entendido: los egipcios y los olmecas, que dieron paso a los mayas, son descendientes de los atlantes.

—No, no son descendientes, sino que aprendieron todo lo que sabían de estas personas y, por eso, fueron tratados y enterrados como dioses. Ocultándolos en lugares secretos para que no se encontraran.

—Vale, y otra pregunta es que si habían separado su escritura en dos, ¿por qué aquí y dentro del sarcófago que encontraste estaban unidas? ¿Y quién sabía cómo se escribía? —preguntó Natalie.

—No lo sé, llevo un rato dándole vueltas a eso, quizás fueran los guardianes, pero no lo sé. También le estoy dando vueltas al significado de ese símbolo —respondió Thomas acercándose a él.

—Quizás sea como su bandera o algo así.

—Puede ser, no sé —dijo tocándose la barbilla.

—Debemos dar a conocer todo esto Thomas.

—Creo, por todo lo que ha pasado y viendo el estado en que nos encontramos, que no es una buena idea. Aquellos hombres llevan miles de años ocultando este secreto y han hecho muy bien su trabajo durante todo ese tiempo.

—Pero no podemos hacer como si no existiera, la gente debe saberlo.

—Claro que debe saberlo, y lo sabrá, pero primero debemos llegar al final de todo esto.

Natalie, que estaba sentada, se levantó y dijo:

—Bueno, pues ahora que todo ha quedado claro, ¿por qué no intentamos descubrir lo que hay detrás de esta pared? Y de paso, miramos si hay alguna salida.

Thomas se echó a reír y, haciéndole caso, comenzó a buscar junto a ella la manera de atravesar aquella pared.

# UNA NUEVA INCÓGNITA

Levaban más de una hora buscando la manera de poder atravesar aquella pared sin éxito alguno. Pasaban sus manos en busca de algún mecanismo o alguna piedra que pudieran mover o arrancar.

Tras otra hora más, el cansancio empezaba a hacer mella en ellos y la esperanza de poder atravesarla se les iba agotando. Thomas, que estaba sentado mirando cómo Natalie repasaba una y otra vez la misma pared, pensaba que aquello ya lo había vivido antes, que se volvía a repetir la misma situación que había pasado junto a Pancho en aquella sala, cuando de repente, Natalie se dirigió a él diciéndole:

—¡He encontrado algo!

Thomas se levantó rápidamente y se acercó hasta Natalie, que había descubierto, bajo el moho que cubría la pared, una grieta.

—Muy bien. ¡Qué haría sin ti! —le dijo Thomas dándole un beso.

Sin perder tiempo, se acercó hasta su mochila y sacó de ella su martillo y la escarpa. Tras esto, se dirigió hasta la grieta e, introduciendo la escarpa por ella, comenzó a golpearla enérgicamente.

Después de más de media hora de enérgicos golpes, la grieta comenzó a ceder y a hacerse más grande.

—Apártate Natalie —le dijo Thomas agarrándola del brazo.

Al apartarse, vieron que la grieta comenzaba a recorrer la pared desde el suelo hasta casi el techo. Después y ante la atenta mirada de los dos, comenzó a dibujar lo que parecía ser una entrada.

—Mira Thomas, parece una puerta —le dijo señalándola con el dedo.

—Es cierto, pero...

Antes de poder acabar la frase, un fuerte ruido los alarmó, e hizo que se apartaran todavía más de aquella pared.

Poco a poco, veían cómo las piedras que habían sellado aquella entrada durante miles de años comenzaban a desquebrajarse y cómo de las grietas que se estaban formando salía un chorro de agua.

—Esa agua, ¿de dónde sale? —preguntó Natalie.

—No sé, pero lo que haya detrás de esta entrada debe estar inundado. Vente, corre —le decía mientras la llevaba a un extremo de la cueva.

Refugiados tras una roca, veían cómo las piedras comenzaban a moverse por la fuerza del agua que debía haber en el otro lado, hasta que de repente, no aguantaron más la presión y comenzaron a desprenderse, provocando que saliera un gran caudal de agua. Al ver esto, se agarraron con fuerza a la roca, pues no querían ser arrastrados por la corriente que se había producido al salir el agua del interior de aquella entrada. Tras unos instantes angustiosos, el nivel del agua comenzó a disminuir.

Cuando volvió a quedar todo en calma, vieron que había quedado al descubierto un rectángulo perfecto de unos cinco metros de alto por dos de ancho y que, a través de aquel rectángulo, surgía una intensa luz que alumbraba parte de la cueva.

—¿De dónde sale esa luz? ¿Y el agua? —preguntó Natalie.

—Creo saber de dónde proceden —le respondió con una sonrisa dibujada en su rostro.

Lentamente y sorteando los fragmentos de piedra que habían caído del muro, se acercaron hasta el quicio de la puerta. Ya en él, y pudiendo ver el interior de aquella sala por completo, Natalie cayó de rodillas al suelo y dijo:

—Esto es increíble.

Delante de ellos se encontraba una sala con paredes, techos y suelo completamente lisos y recubiertos por oro; en el centro del techo, y como en la primera sala que había encontrado Thomas, había un extraño cristal que desprendía luz. Al igual que en la sala anterior, no había dibujos, ni inscripciones por ningún sitio. Al final de aquella sala había lo que engañosamente parecía un altar, pero Thomas y Natalie sabían que seguramente era un sarcófago, y unos metros por encima de aquel supuesto altar había una abertura por la que emanaba un chorro de agua.

—Mira Natalie, de ahí salía el agua.

—¿Pero por qué?

—Es sencillo, esa abertura fue creada para ventilar este lugar, como en la otra sala, ¿recuerdas?

—Sí, sí.

—Pero seguramente y debido a que esta zona fue inundada cuando construyeron la presa, el otro extremo debe estar bajo el agua.

—Ahora lo entiendo. ¿Y ese cristal? ¿Cómo puede dar esa luz? ¿Es igual al que viste en la otra sala? —le preguntó mientras lo miraba maravillada.

—Es idéntico, pero no me preguntes cómo puede dar esa luz, porque no tengo la más remota idea.

Comenzaron a recorrer la sala maravillados ante aquella obra arquitectónica. Les parecía increíble todo aquello: una sala todavía no explorada, una sala ocultada durante miles de años, una sala que seguramente tendría los restos de un atlante.

Tras recorrerla por completo, se acercaron hasta lo que parecía ser un altar.

—¿Crees que es un sarcófago? —preguntó Natalie.

—Estoy convencido. A primera vista, por su tamaño y forma, parece que no lo sea, pero te aseguro que lo es.

—¿Y por dónde se abre? —le volvió a preguntar mientras lo miraba por todos lados.

—Eso ya sí que no lo sé. El anterior se abrió..., bueno, se rompió porque le cayó un fragmento de techo, o sea... que tendremos que buscar la manera de abrirlo.

Se pusieron a buscar la mejor forma de abrirlo sin causarle ningún desperfecto, pero no era tarea fácil, pues las paredes eran completamente lisas y no se apreciaba ninguna junta.

Continuaron buscando la forma durante unos diez minutos más, lo miraban por todos los lados, repasaban cada centímetro, pero sin conseguir nada.

—Creo que deberemos romperlo —comentó Natalie.

—¡Ufff! —resopló Thomas—. Sería una pena hacer eso; podríamos dañar algún escrito que haya en su interior.

—Ya lo sé, ¿pero ves alguna forma mejor? —le preguntó levantándose del suelo y sentándose sobre él.

Al hacerlo, Thomas vio sorprendido cómo aquella pieza se introducía unos milímetros en el suelo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó levantándose y mirándola.

—Nada, sólo me he sentado. ¿Qué he hecho mal? —le preguntó extrañada.

—Levántate otra vez —dijo mientras se agachaba y miraba la unión con el suelo.

Al levantarse Natalie, el sarcófago volvió a recuperar aquellos milímetros que se había hundido en el suelo.

—Esto es increíble —dijo Thomas mientras se levantaba y se echaba las manos a la cabeza.

—¿Pero qué pasa?

—Pues que cuando pones peso sobre él, se hunde en el suelo. Ese debe ser el mecanismo para abrirlo. A estos egipcios siempre les ha gustado hacer este tipo de cosas.

Sin perder tiempo, se sentaron sobre él los dos, pero no ocurría nada, parecía ser que su peso no era suficiente para accionar el mecanismo que lo abría. Thomas volvió a levantarse y comenzó a traer piedras del exterior de la sala, pero por muchas o pocas que pusiera, no conseguía dar con el peso exacto.

—Podemos tirarnos toda una vida intentando abrirlo de esta manera, es imposible saber cuál es el peso para ello —le dijo Natalie decepcionada.

—No, no puede ser, debe de haber algo por aquí que tenga ese peso exacto. ¿Pero qué?

—No sé si te habrás dado cuenta de que por aquí no hay nada, ni un solo grabado que nos pueda dar una pista de cómo abrirlo.

—¡Eso es! El grabado —le dijo Thomas mientras salía corriendo hacia la entrada.

Natalie, que no entendía esos arrebatos que le daban a Thomas de vez en cuando, salió detrás de él para ver lo que se le había ocurrido. Al salir, vio que estaba frente a la inscripción que habían hallado anteriormente, con la maceta y la escarpa en la mano.

—¿Qué vas hacer? —le gritó Natalie.

—Creo que ésta es la solución. Esta inscripción está dentro de un sello egipcio, como los que usaban cuando escribían el nombre del faraón. Cuando la vi por primera vez me resultó algo extraña y ahora entiendo el porqué.

—Pues yo no lo entiendo.

—Mira, ¿qué ves? —le dijo señalándole aquella inscripción.

—Veo esos símbolos metidos dentro de un sello.

—Y... —le dijo Thomas.

—¿Y... qué? Quieres dejarte de misterios y explicármelo de una vez.

—Está claro Natalie, los egipcios sólo metían dentro del sello el nombre del faraón, si este texto está dentro de él, es por algo.

—¿Quieres decir? —le preguntó ante su aclaración.

—Claro, ya verás.

Thomas comenzó a golpear con mucha delicadeza al lado del sello, cuando de repente, en una de las esquinas, apareció lo que parecía ser una junta.

—Mira Natalie, una junta, no está grabado en la misma roca, este fragmento se añadió luego —le dijo muy entusiasmado.

No se lo podía creer, Thomas había encontrado la solución.

Ayudándose con la escarpa y sin dar ni un solo golpe más para no deteriorar el sello, comenzó a hacer palanca con suavidad, hasta que al fin el sello se separó de la roca limpiamente.

—Vigila que no se caiga —le dijo Natalie mientras lo ayudaba a cogerlo.

Volvieron a la sala y, colocados frente el altar, se miraban nerviosos por saber si aquello iba a ser la solución para abrirlo.

—A la de tres lo dejamos encima —dijo Thomas nervioso.

—Uno... —comenzó a contar Natalie.

Al acabar de contar, los dos aguantaron la respiración y lo fueron bajando hasta colocarlo suavemente sobre él, tras hacerlo, se separaron unos pasos y se quedaron quietos para ver qué ocurría.

—No pasa nada, me parece que ésa no era la solución —le dijo Natalie tras un rato.

—Tiene que serla, esperemos un rato más. Pasaron un par de minutos más.

—Nada Thomas, que no es —le decía agarrándolo del hombro.

—Pues ahora sí que ya no sé qué puede ser, me parece que lo único que podemos hacer es romperlo, pero...

Y antes de poder acabar la frase, un ruido se escuchó desde el altar.

—¡Espera, mira! —exclamó Thomas.

Ante sus ojos, el altar comenzó a hundirse en el suelo, muy poco a poco, y mientras lo hacía, al lado de él se abría el suelo.

Al acabar de hundirse por completo quedó al nivel del suelo, y una abertura de unos dos metros de largo por uno de ancho quedó al descubierto.

—¿Qué ha pasado, Thomas?

—Esto sí que no me esperaba que ocurriera. Ese altar en verdad era una trampa para los saqueadores —le dijo acercándose a la nueva abertura.

Natalie, que permanecía quieta, vio que Thomas se acercaba y se agachaba para ver el interior. De rodillas en el suelo, introdujo su mano dentro de ella y dijo:

—Sólo hay arena.

—¿Cómo que sólo hay arena? —preguntó Natalie furiosa.

Rápidamente se acercó hasta donde se encontraba Thomas y, apartándolo de un empujón, se agachó e introdujo sus manos para comprobar si lo que le estaba diciendo era cierto.

—No puede ser, sólo arena. ¿Para esto hemos arriesgado nuestras vidas? ¿Para esto ha muerto mi amigo? Estamos atrapados sin salida y lo único que encontramos es un montón de arena —le decía llena de rabia a Thomas, que permanecía en el suelo sentado.

Cegada por la cólera, se levantó y se dirigió hacia la mochila de Thomas, que había quedado en la entrada de la sala, sacó de ella el medallón y le gritó a Thomas:

—Por esta cosa estamos aquí.

Thomas, que continuaba sentado, levantó la mirada y vio el estado de nervios en el que se encontraba Natalie y que en una de sus manos sostenía el medallón. Se levantó y comenzó a acercarse a ella para tranquilizarla y para que no hiciera ninguna tontería.

Natalie no quería entrar en razón y, en un acto de furia, lanzó con fuerza el medallón, que recorrió toda la sala hasta llegar a colisionar contra la pared, haciéndose añicos.

Tras esto, cayó al suelo de rodillas, con su rostro lleno de lágrimas y compadeciéndose de su mala suerte.

Thomas, que no daba crédito a lo que había hecho, comenzó a recoger los pedazos que había esparcidos por el suelo. De repente, su afán por recoger los fragmentos se detuvo, pues al empezar a

recoger los que había dentro de la abertura, vio algo inesperado, algo que le hizo llamar a Natalie:

—¡Corre, ven!

Natalie, que permanecía de rodillas, reaccionó al escuchar a Thomas y, al levantar la mirada, vio que miraba el interior de la abertura entusiasmado. Rápidamente se levantó y se acercó a Thomas y cuando estuvo a su lado, vio lo que le había causado aquella impresión.

Sobre la arena de la abertura, había un montón de fragmentos del medallón y el cordón semienterrado, pero eso no era lo que les había impresionado, sino que bajo la arena parecía haber algo que relucía.

—¿Qué es eso, Thomas? —preguntó Natalie limpiándose las lágrimas de la cara.

—No sé lo que es.

—¿Cómo puede ser que la arena reluzca? Quizás bajo ella haya algo.

—Claro, ¿cómo me he podido olvidar!

Thomas le recordó a Natalie que el sarcófago donde encontraron la primera momia estaba completamente lleno de hojas secas, que era lo que más abundaba en aquel lugar, así que, por la misma regla de tres, allí lo que más abundaba era la arena.

—Entonces, debajo de toda esta arena, ¿hay una momia?

—No lo sé, pero deberíamos averiguarlo.

Entusiasmados, comenzaron a sacar los fragmentos de la superficie de la arena. Cuando Natalie sacó el cordón, algo inesperado le había ocurrido.

—Mira Thomas —le dijo enseñándole el cordón.

Cuando Thomas vio lo que le estaba enseñando, se quedó sin palabras, pues en el extremo donde antes había aquel pedazo de piedra, ahora tenía enganchada una pieza que parecía de metal. Su color era plateado, como el del aluminio, y su tamaño era como el de un sello de carta pero algo más grueso, y su forma era exactamente igual que la del medallón de piedra.

—¿De dónde ha salido? —preguntó al recobrar el habla.

—Estaría en el interior del medallón de piedra, oculto, y fíjate... —le dijo entregándoselo—, tiene la misma porción de símbolo y todo.

—Es verdad, y fíjate en esto.

Thomas acercó el medallón a la fina arena que contenía la abertura y, al hacerlo, comenzó a iluminarse. El símbolo desprendía una potente luz que iluminaba por completo el interior de aquella abertura y, a su vez, volvía a relucir lo que hubiera bajo la arena.

Sin saber ni cómo ni por qué aquella pieza desprendía luz, ni qué se ocultaba bajo la arena, comenzaron a sacarla del interior de la abertura, con la única ayuda de sus manos y con la esperanza de encontrar alguna cosa.

De repente, y tras haber sacado una gran cantidad de arena, Natalie se detuvo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Thomas.

—He tocado algo —le respondió.

Muy suavemente, apartó la fina capa de arena del sitio en cuestión, dejando al descubierto lo que parecía ser una venda.

Al ver esto, continuaron sacando arena, pero ahora mucho más rápido. Cuando acabaron de vaciarla por completo, Thomas y Natalie se levantaron y observaron lo que habían dejado al descubierto, lo que durante miles de años había permanecido oculto bajo aquella arena, lo que con tanto afán habían escondido aquellos hombres de los ojos de la humanidad.

Allí se encontraban Thomas y Natalie, bajo toneladas de agua, encerrados sin salida en el interior de una cueva y, paradójicamente, estaban entusiasmados, felices, pues estaban frente el mayor descubrimiento de la historia.

—Esto es fascinante, tenías toda la razón, Thomas. Ha valido la pena todo el esfuerzo que hemos realizado para llegar hasta aquí.

—Ya te lo dije —le dijo agachándose para ver con más detenimiento lo que habían dejado al descubierto.

Tenían ante sus ojos nada más y nada menos que una momia, pero aquella momia no era como todas las demás, ni siquiera como la que había encontrado Thomas. Aquella momia, que tras miles de años continuaba en perfecto estado, estaba recubierta por una venda de un material que no era el habitual, y cada tira estaba llena de aquella escritura extinta.

—¿Es como la que encontraste? —preguntó Natalie sin salir de su asombro.

—Lleva el mismo sombrero y está en posición fetal como la que encontré, pero aquella no estaba liada con vendas, ni había ningún escrito sobre ella.

—Me imagino que los egipcios usaron los mismos rituales que seguían con sus faraones. ¿Pero la escritura?

—Puede ser, pero la venda no es la usada por los egipcios y esa escritura..., yo creo que debieron ser aquellos hombres los que se encargaron de acabar de preparar a la momia, los Itnicos, pues sólo ellos sabían de su existencia y cómo se escribía.

—Es verdad, seguramente fueron ellos. Tradúcela, corre, a ver qué pone.

Thomas cogió su diccionario y comenzó a traducir:

—Soy Tixtare, sabio supremo de la Atlántida, portador de la sabiduría y el poder de la vida. Vine a vosotros para...

Mientras traducía, y sin darse cuenta, acercó la mano en la que tenía el nuevo medallón a las vendas, provocando que se volviera a iluminar y que la momia se iluminara también.

En ese mismo instante, la potente luz que salía del medallón y de la momia, comenzó a deteriorar la escritura que había sobre la venda.

—¡Thomas! Aparta el medallón —le gritó Natalie al ver lo que estaba ocurriendo.

Rápidamente apartó la mano, pero ya era demasiado tarde, pues la escritura había desaparecido por completo. Los que habían escrito sobre aquellas vendas, lo habían hecho de tal forma que al iluminarse con una luz potente desapareciera.

—¿Pero cómo puede ser? Esto es rarísimo, cada vez entiendo menos —susurraba Thomas mientras se metía el medallón en un bolsillo para no causar ningún problema más.

—Cada vez que estamos a punto de descubrir alguna cosa nos pasa igual... —dijo Natalie lamentándose de la suerte que estaban teniendo—. Al menos nos queda la momia —prosiguió.

—Calla, calla, que aún le pasará alguna cosa —le dijo riéndose.

Acto seguido comenzaron a sacar la momia del lugar donde había permanecido durante tanto tiempo y, mientras lo hacían, Thomas observó que debajo de ella había otra abertura, cuadrada y de unas dimensiones muy pequeñas, unos quince centímetros.

Después de dejar la momia en el suelo, Thomas se introdujo en el interior de la primera abertura y se agachó para ver qué escondía la nueva.

—¿Qué ves? —preguntó Natalie desde arriba.

—Está llena de arena —le respondió mientras introducía sus manos para sacarla.

Tras cinco minutos, Thomas acabó de vaciarla por completo y dijo:

—No es muy honda, pero no consigo ver bien el fondo. Parece como si tuviera unos dibujos o algo así.

—Espera, que te traigo el foco —le dijo mientras lo iba a buscar.

Con el foco en la mano, Thomas iluminó el interior y dijo:

—Efectivamente son dibujos.

—¿Y qué son? —preguntó intrigada.

—No lo sé, no tengo la más remota idea de lo que puede significar. Acércame mi mochila un momento por favor.

Natalie, sin entender lo que iba a hacer, cogió la mochila y la llevó hasta donde estaba él.

Thomas la abrió y sacó del interior un papel y un carboncillo. Comenzó a calcar los dibujos para mostrárselos a Natalie y ver si entre los dos conseguían saber qué representaban.

Natalie miraba y remiraba el calco, no dejaba de darle vueltas a la hoja intentando descubrir qué demonios era aquello.

—Yo no sé tú, pero no le encuentro ni pies ni cabeza —dijo Thomas.

—Yo creo... Parece... —se quedó pensativa.

—¿Qué crees? ¿Qué parece? ¡Dilo ya!

—Es que no sé, déjame que lo mire un poco más.

—Muy bien, tú sigue mirando el calco que yo voy a ver si descubro algo en la momia.

Thomas sacó de su mochila una pequeña navaja y comenzó a romper las vendas.

Poco a poco y con mucho cuidado, fue dejando al descubierto el cuerpo que se escondía bajo ellas.

Cuando ya casi había acabado de quitarle el traje de vendas que le había arropado durante miles de años, un grito le asustó de tal manera que la mano con la que estaba cortando las vendas con precisión de cirujano se le movió repentinamente e hizo un corte profundo a la pierna de la momia, que provocó que se separara del resto del cuerpo.

Horrorizado ante el estropicio que había causado por culpa del grito de Natalie, se giró hacia ella y le dijo:

—¿Estás loca o qué? Siempre haces lo mismo Natalie, cualquier día conseguirás que me dé un ataque al corazón.

—¡Ya está! Sabía que me sonaba de algo —decía sin hacer mucho caso a sus reproches—. Pero... ¿qué le has hecho a la pierna de la momia? —le preguntó al ver lo que había pasado.

—Nada, nada, déjalo —le respondió echándose una mano a la cara, y prosiguió—: Dime qué has averiguado.

Natalie se agachó y dejó el calco en el suelo. Le señaló una de las rayas que contenía la hoja y le dijo:

—¿Ves esta raya?

—La veo.

—¿No te parece algo familiar?

—La verdad es que no.

—Mírala y luego mira las demás. Es un mapa —le dijo muy contenta.

—¿Un mapa? ¿Y tú dónde ves que esto sea un mapa? —le interrogó no muy convencido de su veredicto.

—Durante todos mis años en el museo, han pasado por mis manos miles de mapas de diferentes épocas, y te aseguro que estas rayas son costas de algún continente.

Thomas cogió el calco y lo miró, después miró a Natalie y le dijo:

—No sé qué decir, yo sigo sin verlo.

—Confía en mí, Thomas, te aseguro que lo es. ¿Pero de dónde?

Tras esta pregunta, y al ver que estaba muy segura de lo que decía, Thomas se introdujo en la abertura y miró el sitio exacto del que había sacado el calco, por si había pasado alguna cosa por alto.

Al mirar con más detenimiento, encontró algo en una de las esquinas, pero a causa de la poca iluminación y lo pequeña que era la abertura, no conseguía ver con claridad qué era.

—Parece que hay algo, pero no consigo verlo. Espera... —le dijo metiendo la mano.

Muy suavemente pasó las yemas de sus dedos por aquel nuevo hallazgo y, al palparlo, gritó:

—¡Corre Natalie! Pásame otra hoja y el carboncillo.

Sin perder tiempo, le acercó lo que le pedía y observó cómo Thomas apoyaba la hoja en una de las paredes y pasaba con dificultad el carboncillo sobre ella. Al acabar salió de la abertura y le enseñó el nuevo calco.

—Esto es...

—Sí, Natalie, es el símbolo del medallón, pero aquí está completo y además... —dejó de hablar y se sacó el medallón del bolsillo—. ¡Mira!

Lo acercó al calco y, poniéndolo sobre el dibujo, pudieron comprobar que eran del mismo tamaño.

—Déjame un momento Thomas.

Mientras se lo decía, le cogió el calco de las manos, con tan mala suerte que el medallón, que continuaba encima, cayó junto a la momia. De repente, el medallón comenzó a brillar y la momia, que permanecía en el suelo y sin una de sus piernas, comenzó a brillar también.

—Nos habíamos olvidado de este detalle —le dijo Thomas agachándose para recoger el medallón.

Cuando lo tuvo en sus manos, lo pasó por encima de la momia para ver mejor en qué punto relucía con más intensidad.

—Mira Thomas, parece que es por la zona del pecho —le señaló con su dedo.

Thomas continuó quitando los últimos trozos de venda que quedaban, con la esperanza de que debajo hubiera algo que les diera un poco de luz sobre lo que estaba ocurriendo.

Tras quitar el último pedazo de venda, y para su decepción, Thomas vio que aquella momia estaba vestida exactamente igual que la que había encontrado en Honduras y que, salvo ese detalle, no parecía que tuviera nada más que se saliera de lo normal.

—Es como la otra —dijo decepcionado.

Al escuchar sus palabras y ver la cara de desilusión de Thomas, Natalie se agachó, le cogió el medallón y le dijo que debía esconder alguna cosa más, pues aún no habían logrado averiguar de dónde salía aquella luz.

Con el medallón en su mano, comenzó a pasarlo por encima de la momia lentamente, recorriendo cada centímetro, hasta que, al pasárselo por el pecho, volvieron a iluminarse intensamente tanto el

medallón como la momia.

—Thomas, coge la navaja y ábrela por aquí —le dijo señalándole el lugar—, parece que tiene algo en su interior.

—¿Cómo? Esta momia tiene miles de años, no estoy dispuesto a hacer eso. Además, me da un poco de reparo hacerlo.

—A veces me asombras. Anda, trae la navaja —le dijo quitándose la de las manos.

Con la navaja en la mano, Natalie comenzó a rajarla desde la garganta hasta el ombligo y, tras hacerlo, introdujo la mano en su interior.

Thomas veía cómo Natalie, sin pudor alguno, metía cada vez más su brazo en el interior de la momia, y la trasteaba como si nada.

—¡Ya está! Tiene que ser esto —le dijo sacando su brazo del interior.

Abrió su mano y le mostró lo que había encontrado.

Los ojos de Thomas se abrieron de par en par, pues lo que sostenía en su mano era otra pequeña pieza metálica.

Natalie, con una pieza en cada mano, comenzó a observarlas para ver si eran iguales.

—El color y el tamaño es el mismo, pero la forma y el símbolo son diferentes y me parece que... —se calló y comenzó a acercarlas la una a la otra.

Mientras lo hacía, la intensidad de la luz iba aumentando y, a su vez, una extraña fuerza provocaba que sus manos se unieran. Al no entender qué ocurría, intentaba luchar contra aquella misteriosa fuerza, pero no lo lograba. De repente, en un momento de flaqueza, sus manos se unieron, provocando que las dos piezas se tocaran, y en ese mismo instante y ante la mirada atónita de Thomas y Natalie, una nueva luz, una luz aún más potente que la anterior, surgió de entre sus manos, cegándolos momentáneamente.

Asustados por lo ocurrido y sin poder ver bien, no dejaban de preguntarse si aquello era el fin, pues todo lo que les estaba ocurriendo no era normal: las momias, el medallón, las luces, aquellos hombres y, cómo no, la Atlántida. Incluso llegaron a pensar que aquello era obra de extraterrestres. Miles y miles de cosas les pasaron por la cabeza en escasos segundos.

Cuando la luz desapareció y recobraron la visión, estaban sentados junto la momia, abrazados. Natalie miró sus manos, pero ya no tenía ninguna de las piezas de metal. Rápidamente intentó averiguar dónde estaban. Miró por la ropa de Thomas y por encima de la momia, cuando él le dijo recogiendo algo del suelo:

—No busques más, está aquí.

—¡Ufff!, creí que se habían volatilizado o algo así.

—Pues no, pero algo ha cambiado en ellas —le dijo abriendo su mano.

Al abrirla, le enseñó una única pieza de metal que colgaba del cordón. Se habían unido formando una sola pieza. Estaban ensambladas perfectamente, como si nunca hubieran estado separadas, y lo más fascinante de todo era que el símbolo, antes fragmentado por la mitad, ahora estaba completo.

Asombrados por lo ocurrido, no lograban entender cómo era posible que se hubieran vuelto a unir.

—¡Claro! —exclamó Thomas interrumpiendo el momento.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba pensando en este medallón y en lo que ha ocurrido y después de mucho pensar, he recordado lo que ponía en el acertijo: «Lo que fue uno, se convirtió en dos y nadie debe volver a unirlo». ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Pues ya está, esto es a lo que se refería el acertijo —dijo Thomas.

—Entonces, ese acertijo estaba hecho para ocultar las partes de este medallón. ¿Pero por qué? ¿Qué tiene de malo? —le preguntó mirándose.

—No lo sé.

Thomas y Natalie miraban la pieza como si ella fuera a responderles a sus preguntas, cuando de repente y sin aviso previo, Natalie cogió el medallón, se levantó y se acercó hasta la pequeña abertura. De rodillas ante ella, introdujo la mano en la que llevaba el medallón, y tras un instante la volvió a sacar, pero esta vez sí en él.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está? —le preguntó Thomas al ver que ya no lo tenía.

—Acércate, tengo una corazonada —le dijo saliendo de la abertura y sin dejar de mirar.

De repente, algo empezó a ocurrir en ella.

Mientras se acercaban para ver más de cerca qué pasaba, vieron como del interior salía una luz de un color amarillenta, pero esta vez no era tan intensa. Rápidamente se metieron en el interior de la primera abertura y se asomaron para ver qué era aquello que relucía de aquella manera. Asombrados, veían cómo el medallón había cambiado de color y la luz que antes era amarillenta ahora había cambiado a roja. Después, como si de un líquido se tratase, comenzó a descender por la pared, introduciéndose por los surcos de las líneas que había calcado Thomas. Luego, cuando todas las líneas estuvieron llenas de aquel líquido, comenzó a subir por las paredes, dibujando en ellas nuevas formas y líneas, y cuando todas las paredes estuvieron repletas de aquellos nuevos dibujos, volvió a cambiar nuevamente de color, a un color blanco, un blanco reluciente.

Thomas, al ver que se había detenido, cogió rápidamente de su mochila unas hojas en blanco y comenzó a dibujar lo que había salido, pues temía que desaparecería cuando menos se lo esperaran.

—¿Qué haces? —le preguntó Natalie.

—Pues dibujar lo que ha aparecido. Seguramente sea lo que nos faltaba del mapa —le decía sin dejar de dibujar.

—¿Y por qué usas tantas hojas?

—Uso una hoja para cada cara y las numero para luego saber en qué posición iban. Así, viéndolo en grande y en la disposición en la que están en el interior, nos será más fácil averiguar de qué o de dónde se trata.

—Yo no sé tú, Thomas, pero no me puedo llegar a imaginar quién o quiénes pudieron hacer semejante artefacto, si se le puede llamar así. Tenían una tecnología superior a la nuestra, esto escapa a mi entendimiento —decía Natalie, maravillada.

—Si en realidad esta momia y la anterior son atlantes, ahora comprendo por qué las civilizaciones egipcias y las que surgieron tras los olmecas estuvieron tan adelantadas.

—¿Por qué lo dices?

—Sólo hay que ver todo el legado que nos dejaron. Por ejemplo, sus construcciones; hoy por hoy siguen en pie maravillándonos, por la manera de construirlas y por muchas cosas que hicieron en ellas. Con la tecnología actual seríamos incapaces de igualarlas. Y no olvides que tenían conocimientos de medicina, matemáticas, astrología y a saber de cuántas cosas más que no nos podemos llegar ni a imaginar. Seguramente, esta momia y la que yo encontré pertenecieron a dos atlantes que cuando

estuvieron en vida vinieron a estos dos lugares pidiendo refugio, y en agradecimiento a ellos por dárselo les enseñaron parte de sus conocimientos.

—¿Pero cómo es posible que nunca se haya sabido de ellos? ¿Y cómo podían tener este nivel tecnológico?

—Como ya hemos comprobado tú y yo, estos que se hacen llamar Itnicos se han encargado muy bien de que no se supiera de su existencia. La otra pregunta no sabría respondértela, pero creo que si encontramos la Atlántida, saldremos de dudas.

—¿Pero cómo la encontraremos?

—Quizás cuando estudiemos con más detenimiento lo que aquí...

Antes de poder acabar la frase, las líneas iluminadas que había en el interior de la abertura comenzaron a desaparecer. El extraño líquido volvió a cambiar al color rojo, después al amarillento y, tras ir retrocediendo por las paredes, volvió a su estado original, al medallón.

Tras recoger el medallón, se sentaron en el suelo y comenzaron a mirar los dibujos.

—Estoy muy cansada, Thomas, cada vez me cuesta más respirar —dijo Natalie.

—Tienes razón, yo también lo había notado. No te dije nada ya que creía que me pasaba porque estaba agotado, pero... diría que es por el aire.

—¿El aire?

—Sí, el oxígeno que había quedado atrapado en el interior de la cueva se nos está agotando.

—Entonces... —le dijo levantándose del suelo—, debemos salir de aquí como sea. ¿Pero por dónde? No hay salida. Con todo esto nos hemos olvidado por completo de buscarla.

—No te pongas nerviosa, déjame que piense cómo hacerlo. Tú ve guardando en la mochila todo lo que hemos encontrado, que mientras tanto yo buscaré la forma de salir de aquí.

# CON EL AGUA AL CUELLO

**T**homas comenzó a pensar de qué forma podrían salir de allí, pero por más vueltas que le daba, no lograba encontrar una solución factible, pues dado el lugar y la situación lo veía imposible.

Sentado en el suelo, miraba cómo Natalie se le acercaba tras haber acabado de recogerlo todo. Preocupado y cada vez más agotado por la falta de oxígeno, puso las manos en su cara y dijo:

—Por más vueltas que le doy, no sé cómo vamos a salir de aquí.

—No me digas eso, engáñame si hace falta —le dijo Natalie, que se había sentado a su lado y le acariciaba el pelo—. Este no puede ser nuestro final, me niego a pensarlo. Yo confío en ti y sé que podrás encontrar una salida.

Al escucharla y ver la confianza ciega que tenía depositada en él, tuvo la sensación de que el mundo se le caía encima, pues Natalie, aun estando en una situación que no les era nada favorable, continuaba pensando que él encontraría la forma de salir de allí.

De repente, como si alguien o alguna cosa le hubiera dado un pequeño empujoncito a su mente, Thomas recordó un detalle, un detalle que había pasado por alto, un detalle que podría ser la solución.

Ante la mirada atónita de Natalie, se levantó rápidamente. Su rostro había cambiado por completo, ya no reflejaba ni tristeza ni preocupación, sino todo lo contrario, ahora lo que reflejaba era entusiasmo y seguridad.

—Levántate y gírate Natalie, que voy a coger una cosa de la mochila —le dijo con voz seria.

Natalie, que llevaba colgada la mochila en su espalda, se levantó y se giró sin comprender qué quería hacer. Después, cuando Thomas ya había cogido lo que estaba buscando, se volvió a girar y vio que en sus manos sostenía el martillo y la escarpa.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó extrañada.

—Tú sígueme, creo que ya lo tengo —le dijo dirigiéndose hacia donde antes estaba el altar.

Al llegar, Thomas le señaló la abertura de la que emanaba agua y le dijo:

—¿Recuerdas que al entrar en la sala te expliqué que la abertura se ideó para ventilar la sala?

—Sí que me acuerdo, ¿pero qué pasa? —le preguntó sin entender a dónde quería ir a parar.

—Pues que es nuestro billete hacia el exterior.

Natalie miró la abertura, después miró a Thomas y le dijo:

—¿Qué dices? Es muy pequeña. Además, ¿no ves que por allí sale agua? El otro extremo debe de estar también inundado.

Thomas se puso a reír y comenzó a golpear dicha abertura con fuerza mientras le decía:

—Es imposible salir por esta pequeña abertura. Primero debemos hacerla más grande, y el hecho de que el otro extremo esté inundado es precisamente lo que nos puede ayudar. Piensa que este lugar lleva bajo el agua mucho tiempo, y seguramente el agua que sale por aquí se debe haber filtrado poco a poco por la piedra, haciéndola más blanda y, por lo tanto, mucho más quebradiza.

Aunque no estaba muy convencida de la explicación que le había dado, comenzó a buscar fuera de la sala una piedra que pudiera usar para ayudarla, pues veía que era la única forma que había encontrado Thomas para salir de allí.

Los fuertes golpes que daban se veían amplificadas al chocar con las paredes, acabando con el silencio que había reinado en aquel lugar durante miles de años, hasta que...

—Para, para, no golpees más —dijo Thomas—. ¡Mira! —le señaló con el dedo.

La abertura de la pared comenzó a agrietarse rápidamente y, por esas mismas grietas que se estaban formando, comenzó a salir agua.

—¿Ahora qué? ¿Seguimos golpeando? —preguntó Natalie.

—No, ahora lo que vamos a hacer es apartarnos un poco y esperar que la presión del agua haga su trabajo —le dijo cogiéndola del brazo y llevándosela hasta la entrada de la sala.

Sin quitarle ojo a la abertura y a las grietas, veían que cada vez salía más agua y se hacía más grande.

—¿Ves, Natalie? Se está haciendo más grande.

—Es verdad, la piedra está cediendo, está funcionando —le dijo abrazándolo.

Tras varios minutos, la abertura había aumentado considerablemente de tamaño, y el agua que salía por ella comenzaba a inundar la sala y la cueva.

—No sé si lo habrás notado, pero el agua me llega por los tobillos —le dijo Natalie preocupada.

—Tranquila, funcionará —le decía sin dejar de mirar la abertura.

Unos minutos más tarde, la abertura había dejado de hacerse más grande, pero el agua, que no había cesado de subir, les llegaba ya por el cuello.

Natalie, viendo que se les agotaba el tiempo y que el plan de Thomas había fracasado, lo abrazó con fuerza y, con el rostro lleno de lágrimas, le dijo:

—Quiero que sepas que nunca había conocido a nadie como tú. Al principio puede que te viera un poco raro, pero poco a poco me has hecho sentir cosas que nunca antes había sentido. Todo el tiempo que he pasado contigo ha sido como una gran aventura, una aventura que me ha hecho muy feliz, una aventura que me ha hecho enamorarme locamente de ti. Te amo Thomas McGrady.

—¿Pero por qué me dices esto así? Parece una despedida.

—No sigas engañándote, tu plan ha fallado, no tenemos escapatoria —le decía abrazada a él.

Thomas la miró a los ojos y se dio cuenta de que tenía toda la razón; su plan había fracasado rotundamente y estaban a punto de morir ahogados.

—Tienes razón, Natalie, ha fallado —dijo muy triste—, pero antes de que todo se acabe quiero que sepas que si no estuviéramos en esta situación, si todo no hubiera ido como ha ido, te hubiera hecho la mujer más feliz del mundo, pues yo también te amo con toda mi alma y por todo ello, estoy contento.

—¿Contento? —le interrumpió Natalie.

—Sí, contento, pues voy a morir junto a la mujer que más he amado y amaré en toda mi vida.

Tras decir esto, le acarició la cara con su mano y, diciéndose con sus miradas lo mucho que se amaban, se fundieron en un beso como nunca antes se habían dado, pues sabían que ese beso sería el último.

De repente, un temblor sacudió la sala.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada Natalie.

—No lo sé. Espera, voy a ver una cosa —le dijo Thomas mientras se sumergía en el agua.

Tras unos segundos, Thomas volvió a aparecer y le dijo a Natalie, muy contento, que aún no estaba todo perdido. Le explicó que lo que había sucedido era que debido a la diferencia de presión y gracias a las grietas el aire se había hecho un camino para salir al exterior, provocando que la pequeña abertura se

convirtiera en un gran agujero. También le dijo que deberían darse prisa, pues el caudal de agua que ahora entraba era mayor, y eso estaba provocando que el nivel de agua subiera rápidamente.

Tras acabar de explicárselo todo, con las caras pegadas en el techo de la sala y apurando el poco oxígeno que les quedaba, Thomas le dijo a Natalie:

—Prepárate, llegó el momento. Coge aire y no te sueltes de mi mano.

—Muy bien, confío en ti.

Tras decir esto, cogieron aire y se sumergieron mientras el agua cubría por completo la sala.

Mientras tanto, en la superficie, ignorando el trágico final que les esperaba a Thomas y Natalie, una vieja faluca surcaba las aguas bajo la luz de la Luna. Tumbados en ella, una pareja de enamorados contemplaba el cielo estrellado de Egipto, mientras se dedicaban, el uno al otro, bonitas palabras de amor.

De repente, cuando se disponían a darse un beso, un extraño ruido los alarmó.

—¿Qué haces, mi amor? —le preguntó el joven enamorado a su amada al ver que se levantaba.

—Nada cariño, me ha parecido escuchar un ruido —le dijo mientras se asomaba por la faluca y miraba al agua.

—No te preocupes, yo también lo he escuchado. Seguramente habrá sido el aire golpeando los papiros o un simple pececillo —le decía mientras le daba pequeñas y suaves palmaditas en el culo.

Continuó tranquilizándola con suaves caricias, cuando volvieron a escuchar el ruido.

—¿Y ahora qué? ¿También han sido los papiros y tu pececillo? —le preguntó irónicamente.

—No, no, el ruido parece haber venido del agua.

Asustados y a la misma vez intrigados, miraban el agua para ver si podían averiguar su procedencia, cuando de repente vieron cómo aparecían unas pequeñas burbujas sobre la superficie.

—¿Qué son esas burbujas? —preguntó mientras retrocedía muy asustada.

El joven, al ver que estaba aterrorizada y queriéndose hacer el valiente, se acercó.

—¿Qué haces?, ¿estás loco? ¡Apártate de ahí! —le gritaba llorando.

—Es un monstruo y nos va a comer —le bromeaba mientras acercaba la mano a aquel extraño fenómeno.

—No hagas eso, me estás asustando. ¡Vente conmigo! —le insistía llorando.

El joven, que tenía metida la mano en el agua, se giró y le dijo que no fuera tonta, que no pasaba nada, cuando repentinamente, algo hizo que él cayera al agua. Ella gritó de forma desgarradora.

Con las piernas temblorosas, sin dejar de gritar y de llorar, la joven comenzó a acercarse para ver lo que le había sucedido a su enamorado, cuando escuchó:

—Tranquila mi amor, deja de llorar ya. No pasa nada, simplemente he resbalado y he caído al agua —le decía desde el agua, riéndose.

Ya en el interior de la barca y pasado el susto, el joven le enseñaba una bombona de oxígeno, que no cesaba de soltar aire por su extremo, a su desconsolada enamorada. Le explicó que esa bombona era la que producía las burbujas en la superficie del agua y que, cuando la vio salir, se asustó tanto que le hizo resbalar y caer.

Unas horas más tarde, al amanecer, en la portada de todos los periódicos se podía leer la asombrosa historia de los dos jóvenes y la extraña aparición de una bombona de oxígeno de las profundidades del agua.

La noticia explicaba que las autoridades del lugar no sabían de dónde procedía, pero apuntaban que

lo más probable era que procediera del incendio que había devastado el barco y ocasionado la muerte del científico Peter Lowes. Continuaba diciendo que posiblemente, en una de las explosiones, la bombona saliera despedida, cayera al agua y, siendo arrastrada por ella cientos de metros más allá, y apareció en aquel lugar. La noticia concluía con la afirmación por parte de las autoridades de que continuarían investigando el extraño suceso hasta encontrar su solución.

# ¿VIVOS?

## *El Cairo, Egipto. Un día después.*

**E**n el interior de un ascensor de uno de los hoteles más lujosos de El Cairo, un joven botones, con su uniforme recién planchado, de color blanco impoluto y con un gracioso gorrito redondo de color lila sobre su cabeza, subía un carrito con el desayuno de una de las habitaciones.

Mientras esperaba llegar hasta el piso de dicha habitación, entre risas, leía la noticia de la investigación que se estaba llevando a cabo sobre la bombona misteriosa, cuando, sin darse cuenta, el ascensor se detuvo y una voz electrónica dijo: «Ha llegado al doceavo piso. Que pase un buen día».

Rápidamente dobló el periódico y lo volvió a dejar sobre el carrito del desayuno, pues si algún huésped del hotel lo veía y decía alguna cosa al director, podrían despedirle.

Al abrirse la puerta, el joven botones salió del ascensor sorteando con su carrito a una pareja que quería entrar en él, después, atravesó el largo pasillo que estaba repleto de puertas de color azul pastel y recubierto con una majestuosa alfombra roja, hasta que se detuvo en una de ellas.

El joven botones sacó de un pequeño bolsillo de su chaqueta un papel en el que ponía: «Piso doceavo, habitación quince».

Tras cerciorarse que efectivamente ésa era la habitación, se preparó el uniforme para que todo estuviera correcto y se dispuso a llamar. Golpeó tres veces la puerta con sus finos nudillos y esperó a que le dieran permiso para entrar, pero nadie le respondió. Volvió a golpear tres veces, más enérgicamente, pero nadie le respondió. Siguiendo sus pautas de trabajo, dejó el carrito delante de la puerta y se dispuso a marchar, cuando la puerta se abrió unos pocos centímetros. El joven botones, extrañado, no sabía muy bien qué hacer, si marcharse o quedarse. Después de esperar unos segundos por si aparecía alguien o le daban permiso para entrar, decidió asomar la cabeza. Abrió unos centímetros más la puerta y, al mirar en el interior de la habitación, vio unas cuantas prendas por el suelo esparcidas y unos charquitos de agua que venían del lavabo hasta la puerta y que volvían a ir hacia él nuevamente.

—¡Le traigo el desayuno! —gritó por si alguien le escuchaba.

Pero nadie le contestó, lo único que escuchaba era unas risas que salían de aquel lavabo. Harto de esperar, entró muy sigilosamente y dejó el carrito al lado de un mueble que había junto a la puerta, después, salió de la habitación y cerró mientras se quejaba de que no le habían dejado nada de propina.

En el interior del lavabo, el vapor de agua hacía que la visibilidad fuera casi nula; únicamente se podían distinguir dos siluetas en la ducha que reían y jugaban con el agua.

De repente, en una de las mesitas que había junto a la cama deshecha, el teléfono comenzó a sonar, pero como le había pasado al joven botones, nadie fue a contestar. Tras varios tonos, el contestador se activó grabando el siguiente mensaje: «Señores Misturi, ha llegado el paquete que estaban esperando. Cuando quieran pueden pasar por recepción a recogerlo o, si lo desean, pueden llamar para que se lo suba un botones. Muchas gracias y que pasen una feliz estancia».

Al terminar el mensaje, una voz dijo:

—No me ha dado tiempo a cogerlo. ¿Has escuchado el mensaje? Ya ha llegado.

—Sí que lo he escuchado. Llama y pide que te lo suban —dijo Natalie con una toalla en la cabeza mientras se asomaba por la puerta del lavabo.

—Después. Primero vamos a desayunar tranquilamente.

Vestido con el albornoz del hotel, Thomas estaba sentado frente el carrito del desayuno, leyendo el periódico y sin dejar de reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Natalie al salir del lavabo.

—Qué gracia. Escucha, escucha.

Thomas comenzó a leerle una noticia que explicaba que aún no se había averiguado la procedencia de la bombona de oxígeno y que volvía a relatar la historia de su aparición.

Al acabar de leer, se miraron los dos y comenzaron a reír.

—Pobrecitos, vaya susto se tuvieron que dar —dijo Natalie mientras se llevaba a la boca una tostada con mantequilla y azúcar.

—Es verdad, pero gracias a esa misteriosa bombona hoy podemos contarlo.

En ese mismo instante, les vino a la mente aquel angustioso momento, cuando el agua les cubría casi por completo, con las caras pegadas en el techo y casi sin oxígeno que respirar.

# RECORDANDO AQUELLOS MINUTOS ANGUSTIOSOS

*En el interior de la sala. Un día antes.*

**P** repárate, llegó el momento. Coge aire y no te sueltes de mi mano.  
—Muy bien, confío en ti.

Tras decir esto, cogieron aire y se sumergieron mientras el agua cubría por completo la sala.

Aprovechando la luz que daba el cristal que había en el centro de la sala, Thomas guió a Natalie hasta el agujero al que se había referido antes.

Frente a él y sin perder tiempo, pues no tenían mucho, Thomas introdujo su cuerpo y comenzó a ayudar a Natalie para que introdujera el suyo, cuando de repente y para el horror de Natalie, la momia apareció justo delante de ella, le dio un susto de muerte e hizo que se le escapara una gran cantidad de aire y que se soltara de la mano de Thomas.

Cuando se tranquilizó, y al ver que no ocurría nada, apartó la momia hacia un lado, y al hacerlo, vio la bombona de oxígeno en el suelo de la sala. Rápidamente se dirigió hacia ella para cogerla, pues les sería de gran ayuda, sobre todo a ella, ya que había perdido una gran cantidad de aire tras el susto, pero la suerte les volvía a abandonar, ya que a la bombona, debido al desprendimiento de la pared, se le había roto el respirador, convirtiéndola en un objeto inservible para ese uso.

Tras la amarga sorpresa, Thomas, que la había seguido preocupado al no entender qué ocurría, la cogió de la cintura y la arrastró nuevamente hacía el agujero, ya que no debían perder más tiempo.

Natalie, muy preocupada al ver que no aguantaría hasta llegar a la superficie, le explicó a Thomas con gestos lo que le sucedía. El, tras entenderla, buceó hasta la bombona, la cogió, se dirigió de nuevo hacia el agujero donde le esperaba Natalie y la ayudó a introducirse por él.

Ya dentro del túnel, completamente a oscuras y con la única ayuda de sus manos para guiarse, comenzaron a ascender por él como podían.

Los segundos corrían y el oxígeno de sus pulmones, cada vez más empobrecido, hacía que se angustiaran cada vez más, sobre todo la pobre Natalie, que ya casi no aguantaba más.

De repente, cuando lo daban todo por perdido, vieron ilusionados lo que parecía ser la salida, pues a lo lejos había un pequeño claro.

Natalie, que ya no aguantaba más, se giró y se acercó a Thomas para intentar explicárselo, pero le era imposible, ya que en el interior de aquel túnel no se veía nada.

De repente, Thomas agarró a Natalie y le dio un beso, pero no era un beso de amor, sino que con ese beso le pasó un poco de su oxígeno.

Sin dejar de besarla, Thomas la agarró de la cintura con fuerza y después, con un fuerte golpe contra una de las paredes del túnel, rompió la válvula de la bombona de oxígeno. El aire que había en su interior salió rápidamente y convirtió aquella bombona en una especie de torpedo que hizo que Thomas y Natalie, que se encontraban agarrados a ella, salieran disparados.

Por suerte para ellos, consiguieron salir del túnel sin colisionar con ninguna de las paredes.

Mientras ascendían hacia la superficie a gran velocidad, Thomas, muy preocupado, no dejaba de mirar a Natalie. De repente, ella le hizo gestos para que mirara hacia la superficie. Al mirar hacia arriba, creyó que se refería a que ya estaban muy cerca, pero eso no era lo que le estaba señalando, sino una silueta, la silueta de una barca. Thomas, al verla, decidió soltar la bombona y nadar hacia el lado contrario, pues en aquella barca podían estar los hombres que querían acabar con ellos y que una vez más habían fracasado.

Ya en la orilla, sobre el fango, a salvo y tras unos minutos que habían parecido horas, Thomas y Natalie respiraban con fuerza, llenando sus pulmones de aire puro; parecía como si fuera la primera vez que lo hacían.

Una hora después, sin haber hablado ni una sola palabra entre ellos y abrazados, Thomas le comentó la suerte que habían vuelto a tener, parecía como si sus ángeles de la guarda estuvieran siempre a punto para echarles una mano. Natalie comenzó a reírse, se acercó a él y lo besó. Tras el beso y después de comentarle lo afortunados que eran, Natalie le dijo que deberían buscar otro hotel, porque en el que se hospedaban ya no estarían seguros.

# DE VUELTA A LA REALIDAD

## *Habitación del hotel.*

**D**espués de recordar lo sucedido y dar gracias a Dios por haberles salvado, Thomas y Natalie continuaron desayunando tranquilamente.

Al acabar, Natalie se levantó, fue hasta un armario empotrado que había junto la cama y comenzó a vestirse, mientras que Thomas cogió el teléfono y llamó a recepción para que le subieran el paquete.

Tras mantener una breve conversación, colgó el teléfono y comenzó a vestirse también.

Natalie, que ya había acabado de prepararse, estaba sentada junto una mesa y con la mochila sobre las piernas. Uno a uno comenzó a sacar y a colocar los dibujos que habían calcado en el interior de la pequeña abertura.

Cuando acabó de vestirse, Thomas se acercó para ayudar a Natalie, cuando de repente se escucharon unos golpes en la puerta.

—Sigue tú, ya abro yo —dijo Natalie dirigiéndose hacia ella.

Un joven botones llevaba un paquete fino y de pequeñas dimensiones entre sus manos.

—Menos mal, creí que me harían como antes —susurró el botones.

—¿Cómo dices? —le preguntó Natalie con una sonrisa en la cara.

—Nada, nada. Aquí le entrego el paquete que habían solicitado —le respondió resoplando.

—Muchas gracias. Espera, no te vayas.

Natalie volvió a entrar en la habitación y cogió un billete de uno de los cajones del mueble que había junto la puerta. Después, salió y le dijo al botones mientras le entregaba la propina:

—Muchas gracias por todo, esto es para ti.

—Muchas gracias y que pasen un buen día.

Ya fuera, el botones, que estaba muy contento por la propina, no dejaba de pensar si había sido tan generosa con él, porque había escuchado el comentario que había hecho.

Mientras tanto, en la habitación, Natalie volvió a dirigirse hacia la mesa con una sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó Thomas al ver su cara.

—El pobre botones me ha hecho mucha gracia, pero bueno... ¿Ya has acabado? —preguntó Natalie.

—Ahora mismo. ¡Mira! —le respondió.

Sobre la mesa y gracias a que habían numerado las hojas, Thomas había acabado de montar, sin ninguna dificultad, aquel puzle de miles de años de antigüedad.

—¿Piensas aún que no es un mapa? —le preguntó Natalie.

—No sé, puede que tengas razón. ¿Pero de dónde? —le respondió con otra pregunta.

—Eso ahora mismo lo averiguaremos —le dijo enseñándole el paquete.

Natalie comenzó a romper el papel de color marrón oscuro que envolvía el paquete hasta dejar al

descubierto un libro, un libro que contenía multitud de imágenes tomadas desde satélite de los continentes, también tenía una breve descripción de la evolución de dichos continentes desde que empezaron a separarse.

—¿Crees que ese libro nos dará la solución? —le preguntó Thomas no muy convencido.

—Estoy segura de ello —afirmó Natalie con rotundidad.

Rápidamente lo abrió y comenzó a ojear las páginas buscando algo que se pareciera a lo que había sobre la mesa.

El dibujo estaba compuesto por unas líneas continuas irregulares que serpenteaban por las hojas de una punta a la otra. En el centro, y tras haberlas unido, había aparecido una especie de círculo, pero al igual que ocurría con las líneas, tenía un trazado irregular.

—No sé, no sé, no estoy muy seguro de que esto sea lo que dices. A mí, personalmente, no me parecen líneas de costa —le dijo rascándose la cabeza.

—Ten un poco de fe, piensa que este dibujo está hecho desde hace miles de años —le respondió sin levantar la mirada del libro.

—Por eso lo digo, en aquella época no se conocía aún la existencia de otros continentes.

—Ya, pero... —Natalie enmudeció.

—¿Pero qué? ¿Has visto alguna cosa?

Ella no daba crédito a lo que estaba viendo, no se lo podía llegar a creer.

Lentamente, dejó el libro sobre la mesa junto los dibujos y dijo:

—Ahora sí que ya no entiendo nada.

—¿Cómo que no entiendes nada? Dime lo que has visto —le decía intentando ver en el libro lo que a ella le había causado tal impresión.

—Mira esto, Thomas, es increíble —le dijo señalándole una de las fotos.

Al ver la foto, Thomas se quedó mudo, boquiabierto. Aquel descubrimiento, si en verdad era cierto, iba a tener una repercusión sobre la humanidad increíble.

Sin poder creer aún lo que sus ojos habían visto, se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa.

—No puede ser, tiene que estar equivocado. Quizás lo dibujé mal. Quizás sólo sea una mera coincidencia. O quizás, simplemente, tenga razón Natalie —especulaba en voz alta.

—No Thomas, está muy claro, todo coincide.

—Pero si ese dibujo es correcto, si ese dibujo es exactamente lo que he visto... No, no, es imposible, tiene que estar mal —Thomas continuaba negando lo que parecía ser evidente.

Natalie lo cogió del brazo al pasar por su lado y lo acercó otra vez al libro.

—Míralo bien, ¿aún crees que no lo es?

Thomas volvió a mirar la foto y el dibujo nuevamente.

—Ha cambiado un poco, pero son iguales. ¿Cómo puede ser? —preguntó Thomas.

—Me parece que este dibujo no tiene miles de años, sino unos cuantos más.

Al escucharla, Thomas se acercó hasta la cama, y como si un rayo le hubiera caído encima fulminándolo, se dejó caer sobre ella, quedando boca arriba, con los brazos y las piernas abiertas y la mirada perdida en el techo.

—Madre mía, Natalie, me resulta imposible creerlo.

—Ya lo sé, y a mí también, pero aquí está —le decía mientras comparaba una y otra vez los dibujos

con la foto.

—Increíble, increíble —repetía Thomas una y otra vez.

—Ahora entiendo el afán que tienen esos hombres por mantener esto en secreto. Este descubrimiento supondría el derrumbamiento de todas las teorías que se han formulado sobre el hundimiento y la posible ubicación de la Atlántida.

—Exactamente, Natalie —le dijo Thomas mientras se levantaba y se le acercaba—, la Atlántida podría estar aún en pie y esperando que alguien la descubra.

Desde la antigüedad hasta la actualidad, se había mantenido la teoría del hundimiento de la Atlántida, ya que nadie había conseguido encontrar, salvo lo que Platón dejó escrito, ningún resquicio sobre aquella civilización. Pero eso iba a cambiar, ya que Thomas y Natalie estaban frente a un mapa muy detallado de la ubicación exacta de la Atlántida, ya que las líneas que Natalie había identificado correctamente como costas, pertenecían a los continentes de América y África.

El mapa les había dado la solución a por qué nadie había logrado encontrar la Atlántida, ya que, donde hoy hay agua, mostraba un continente, pero no el continente que se había creído siempre que se perdió bajo el agua, sino un continente que hoy en día, en la actualidad, está sobre ella. Debido a esto y a la situación de los otros continentes, llegaron a la conclusión de que ese mapa debía tener millones de años, ya que aquello que nadie había logrado encontrar, aquello que había permanecido en el secreto tantísimos años, aquel continente sumergido, hoy en día, se llama Antártida y estaba esperando a ser descubierto, descansando en silencio bajo metros y metros de hielo acumulados por el paso del tiempo.

—No me lo puedo creer, nunca hubiera imaginado que estuviera ahí. Pero hay algo que no entiendo. Platón hablaba de un sitio maravilloso, con ríos, espesos bosques, exóticas plantas y multitud de animales. ¿Cómo puede ser? —le preguntó Natalie.

—Es muy fácil, y si te fijas bien, el mapa te da la solución.

—Pues explícamela, porque yo no consigo verla.

Thomas se sentó junto a Natalie, cogió el libro y buscó en él el capítulo en el que se hacía referencia a la formación de los actuales continentes. Cuando lo encontró, le explicó a Natalie, mientras se lo intentaba recrear con dibujos, que hacía millones de años los continentes habían estado unidos formando uno solo, y que aquel mega continente se llamaba Pangea. Le explicaba que poco a poco, y tras miles y millones de años, se fueron fragmentando y separándose, hasta formar los continentes que hoy en día conocemos.

—Eso ya lo sé —le interrumpió Natalie.

—Espera y déjame que termine —le dijo Thomas.

Thomas continuó explicándole que al igual que los continentes se habían movido, el eje de la Tierra también había sufrido cambios, provocando que tanto los polos como el ecuador cambiaran de lugar y que eso había provocado que donde hoy en día hace un frío extremo, millones de años atrás el clima fuera completamente diferente.

—Entonces... —volvió a interrumpirle Natalie.

—Sí, Natalie, la Antártida hace millones de años fue un lugar lleno de vida, pero poco a poco, por el movimiento de los continentes y del eje de la Tierra, fue separándose y helándose, convirtiéndose en un lugar sin vida e inhóspito.

—¡Claro! —exclamó Natalie—. Por eso nadie lo ha encontrado, pero la Antártida hace millones de

años que se encuentra en el polo Sur. ¿Cómo puede ser que los egipcios tuvieran constancia de su existencia y la describieran como un lugar tan diferente?

—Creo que ellos nunca la vieron, debieron ser aquellos hombres que procedían del mar los que les hablaron sobre ella.

—¡Las momias! —exclamó Natalie.

—Exacto.

—Pero si todo esto es cierto, ¿qué antigüedad tenía la civilización de los atlantes? —preguntó Natalie extrañada.

—No lo sé, pero creo que esto sólo hay una manera de averiguarlo —dijo Thomas levantándose de la silla y señalándole en el libro la Antártida con su dedo índice.

# DOS SEMANAS DESPUÉS

*Situación: en algún lugar del océano Atlántico Sur  
Destino: la Antártida.*

**S**urcando las frías aguas del océano Atlántico Sur, estaba el *Iño*, un pequeño y viejo barco de mercancías.

En la proa, apoyadas en la fría barandilla, se podía distinguir a dos personas que observaban el horizonte mientras charlaban plácidamente.

Mientras tanto, en el puente de mando, el anciano capitán junto a su joven ayudante mantenían una conversación mientras repasaban la carta de navegación.

—Vaya pareja más rara —dijo el capitán.

—Sí que lo son —le respondió el joven.

—Tras seis días de navegación, es la segunda o la tercera vez que los veo fuera del camarote, ni siquiera lo han abandonado para comer.

—Es normal mi capitán, son recién casados —comenzó a reír.

—¡Encima eso! —exclamó el capitán—. Si ya son raros de por sí, más raro es el lugar que han elegido para pasar su luna de miel: ¡solos en la Antártida! Estos científicos están locos.

—Pues han tenido mucha suerte que nosotros tuviéramos que venir a abastecer a una de las bases científicas que hay.

—Sí que es verdad, porque debido al mal tiempo se han cancelado todos los cruceros hasta la zona y les hubiera sido imposible llegar, pero si lo miras bien, el beneficio ha sido mutuo, nos han pagado una cuantiosa suma de dinero por traerlos hasta aquí, esperarlos cuatro días y luego regresar. Nunca me habían pagado tan bien un transporte —comentó el capitán mientras se frotaba las manos.

En ese mismo instante, la puerta metálica del puente de mando se abrió y sus bisagras oxidadas hicieron un ruido desagradable.

—Buenos días —dijeron Thomas y Natalie al unísono.

—Buenos días —dijo el capitán y repitió el joven ayudante.

—Veníamos a preguntarle cuánto nos queda para llegar —quiso saber Thomas.

—Debemos estar aproximadamente a un par de horas, pero por eso no se preocupen, si quieren pueden ir preparando sus cosas para desembarcar, que cuando estemos a punto les llamaremos —respondió el capitán.

—Perfecto, así quedamos —dijo Thomas.

Tras despedirse, Thomas y Natalie salieron del puente de mando y se dirigieron hacia su camarote.

Transcurridas tres horas, el motor del *Iño* se detuvo.

—Ya hemos llegado, cuando lo deseen pueden salir a cubierta —se escuchó decir al capitán por un pequeño altavoz situado en una de las esquinas del camarote que ocupaban Thomas y Natalie.

Al escuchar aquellas palabras del capitán, salieron rápidamente del camarote y se dirigieron hacia la

cubierta, donde vieron extrañados que el barco se encontraba a unos doscientos metros de la costa de hielo.

—¿Por qué hemos parado aquí? —preguntó Natalie.

—No lo sé —respondió Thomas—, pregúntales a ellos, a ver qué te dicen.

—Perdona, ¿por qué hemos parado aquí? —le preguntó Natalie al joven que pasaba con unos paquetes por su lado.

—Es muy peligroso acercarse más a la costa, piense que aunque no lo vea, bajo el agua podría haber una placa de hielo, y si así fuera atravesaría el casco como si fuera mantequilla fundida. Es más seguro ir hasta la orilla en una lancha —le respondió—. Vengan, ya casi está lista —dijo invitándoles a que le acompañaran.

Cuando llegaron a la proa del barco, vieron que el capitán se encontraba en el interior de dicha lancha. Estaba esperándoles para cargar sus equipajes y llevarlos a ellos y los paquetes hasta la orilla.

Ya en el interior de la lancha, Thomas, Natalie, el capitán y el joven; junto al equipaje y los paquetes para la base científica, comenzaron a dirigirse hacia la orilla.

Mientras recorrían los escasos metros que les quedaba para llegar, Thomas y Natalie quedaron maravillados al ver aquel frío, congelado y desolado paisaje. Columnas de hielo se alzaban sobre el agua hasta alcanzar alturas impresionantes, multitud de placas de hielo surcaban el mar sin rumbo fijo y de vez en cuando se podía ver alguna foca, que llevada por su curiosidad, asomaba tímidamente la cabeza entre las placas de hielo para ver qué era aquello que osaba interrumpir su plácida y tranquila vida.

Cuando llegaron a la orilla, el capitán y el joven bajaron de la lancha y les indicaron a Thomas y a Natalie que ya podían hacer lo mismo, y sin perder tiempo alguno comenzaron a descargar el equipaje y los paquetes.

—Parece que se acerca una tormenta —comentó el joven a su capitán.

—Eso parece, debemos darnos prisa en descargarlo todo antes de que nos alcance —dijo el capitán.

Thomas y Natalie, que miraban al cielo y no veían ni una sola nube, les dijeron:

—Pero si está despejado.

—Ustedes háganme caso, llevo más de treinta años haciendo esta ruta y la experiencia me dice que se acerca —les dijo el capitán.

En ese mismo instante y a gran velocidad, dos motos de nieve aparecieron por el horizonte. El capitán, al verlas, extendió sus brazos y comenzó a hacerles señales.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Natalie mientras ayudaba a descargar la lancha.

—Son los científicos de la base a la que traemos las provisiones —respondió el joven.

Cuando llegaron hasta ellos, un piloto bajó de la moto y comenzó a hablar con el capitán.

—¿Estas son las dos personas que me comentaste?

—Sí, son ellos —respondió el capitán.

Seguidamente se acercó a Thomas y Natalie y quitándose el casco y las gafas dijo:

—Hola, mi nombre es Erick y aquella que está cargando las cosas en los remolques de las motos es mi compañera y amiga Alexandra.

—Encantado de conocerte, yo me llamo Thomas y ella es mi mujer, Natalie —dijo mientras cogía a Natalie por la cintura y la acercaba hasta ellos.

—El capitán me comentó que sois una pareja de científicos que habéis venido a pasar vuestra luna de miel aquí, a la Antártida.

—Así es —contestó Thomas.

—Es un lugar un poco raro, ¿no? —le preguntó Erick.

—Sí que lo es. Siempre habíamos querido venir, pero a causa del trabajo nunca nos lo habíamos podido permitir, pero ahora que nos hemos casado y tenemos unos días para la luna de miel, qué mejor que venir donde siempre habíamos soñado.

—Me parece muy bien, siempre he dicho que los sueños hay que cumplirlos y qué mejor que con la mujer a la que amas.

—¡Vamos! Luego seguiréis hablando, debemos darnos prisa o nos alcanzará la tormenta —les dijo Alexandra.

Thomas y Natalie se acercaron al capitán y al joven y volvieron a recordarles que les esperaran cuatro días. Después se despidieron de ellos y subieron a las motos, Thomas con Erick y Natalie con Alexandra.

Mientras se dirigían hacia la base, el paisaje que veían era desolador, miraran por donde miraban sólo había hielo, y el aire era tan frío, tan severo, que aún yendo bien equipados les calaba hasta los huesos, y aquel frío que sentían no hacía más que despertarles una duda: ¿cómo era posible que los atlantes pudieran vivir en aquellas condiciones?

Después de casi de una hora de viaje por el hielo, vieron una pequeña edificación redonda semienterrada por la nieve y al lado de aquella edificación parecía distinguirse la silueta de un helicóptero, tapado con unas lonas.

Al llegar a la base, Erick y Alexandra bajaron rápidamente de las motos y les indicaron a Thomas y Natalie que entraran dentro, pues el aire estaba ganando fuerza e intensidad.

Ya en el interior de la caseta y con una temperatura mucho más agradable, Thomas y Natalie se quitaron las gruesas chaquetas y las incómodas botas y miraron a través de una pequeña ventana cómo Erick y Alexandra luchaban contra el fuerte viento para asegurar todos sus instrumentos de medición. Al terminar de hacerlo, entraron también, y al igual que habían hecho Thomas y Natalie, se despojaron de sus abrigo, guantes, gafas y demás.

—Yo aún no me había presentado. Soy Alexandra —les dijo acercándose a ellos.

—Hola, yo soy Thomas y ella es Natalie —contestó Thomas mientras se levantaban los dos y le daban dos besos.

—Erick me comentó que os acababais de casar y que veníais a pasar vuestra luna de miel aquí. ¿No es un lugar un poco raro? —preguntó Alexandra.

—Sé que puede parecerlo, pero este lugar es de una belleza incomparable y, además, queríamos un sitio donde pudiéramos estar solos, y cuál mejor que éste —explicó Thomas.

—Tienes razón —comenzó a reírse Alexandra—. Nosotros llevamos dos meses solos, con la única compañía de nuestros instrumentos y alguna que otra foca que pasa de largo.

—Poca compañía os haremos nosotros —quiso puntualizar Thomas.

—Hombre, hoy por lo menos nos la haréis, puesto que la tormenta, seguramente, no cesará hasta mañana y con este tiempo sería una locura que salierais al exterior, no duraríais ni una hora fuera de aquí.

—Me parece que tienes razón, esto no tiene pinta de parar —asintió mientras miraba a través de la ventana.

—Pues que no se hable más. ¡Erick! —gritó Alexandra—. Haz comida para dos más.

Cuando Alexandra se fue hacia la pequeña cocina para ayudar a Erick a hacer la comida, Thomas pasó el brazo por encima de los hombros de Natalie y le susurró al oído que no estuviera así de triste, que no pasaba nada. Natalie, al escuchar aquellas palabras tranquilizadoras, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Thomas y le dijo que era una lástima que se encontraran tan cerca y tan lejos a la vez.

Media hora después y sentados en una mesa redonda, comenzaron a comer mientras Erick y Alexandra comentaban el tiempo que llevaban solos en aquella base y la soledad tan grande que sentían. Les decían que la única compañía y visita que recibían era la del capitán y su joven ayudante cuando les traían los suministros cada tres meses. Después, les preguntaron a Thomas y Natalie cómo se habían conocido y cuáles eran los trabajos que desempeñaban, para lo que Thomas, rápidamente, se inventó una historia, pues ellos no podían saber cuál era el verdadero propósito de su viaje.

La comida se alargó durante horas, pues aquellas dos personas necesitaban hablar y desahogarse con alguien del exterior.

Natalie, que no dejaba de pensar en que ya habían perdido un día entero y que quizás el tiempo les impediría salir al siguiente, se levantó de la mesa y, excusándose a sus anfitriones, les preguntó amablemente dónde podría ir a dormir, a lo que Alexandra le respondió que siguiera el pasillo y que junto al lavabo había una habitación donde podrían dormir los dos. Thomas se levantó también y les comentó que acompañaría a su mujer a dormir, ya que al otro día, si el tiempo no se lo impedía, saldrían temprano.

Ya en la habitación, Thomas, viendo que Natalie estaba muy decepcionada, sacó el mapa de la mochila y le dijo que lo ayudara a repasarlo y a planificar lo que harían al día siguiente, para así lograr que se distrajera y olvidara que sólo les quedaban tres días para lograr encontrar la Atlántida.

Veinte minutos más tarde, agotados por el viaje y por la aclimatación a aquel lugar, cayeron sobre la cama y se quedaron dormidos.

De repente, un fuerte ruido despertó a Natalie.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó sin levantarse de la cama.

—¿Qué ruido? —respondió Thomas medio dormido.

—¿No lo has escuchado? Venía del exterior.

—No.

—¿Cómo que no? Pues yo sí que lo he escuchado.

—Son las seis de la mañana Natalie —le dijo mirando su reloj—. Anda, duérmete, que seguramente habrá sido alguna cosa que habrá golpeado la caseta.

—No me duermo, te digo que lo he escuchado.

Ante la insistencia de Natalie, Thomas se levantó y abrió la puerta para intentar averiguar de dónde procedía aquel ruido que la tenía aterrorizada.

—No se escucha nada —dijo Thomas cerrando la puerta y volviendo a la cama.

Pero en ese mismo instante, se volvió a escuchar el ruido.

—¿Ahora tampoco lo has escuchado? —le preguntó Natalie irónicamente, y prosiguió—: ¿No serán...?

—¡Calla! —le cortó Thomas levantando la mano—. No pronuncies ese nombre ni en broma.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Espera, tranquilízate. No saques conclusiones tan rápidamente, quizás sean Erick y Alexandra

haciendo alguna cosa.

Thomas se vistió y salió de la habitación, comenzó a recorrer el pasillo mientras llamaba a Erick y Alexandra, pero nadie le contestaba. Continuó caminando hasta llegar al comedor y allí vio colgadas en el perchero las dos chaquetas de ellos.

Desconcertado, sin saber qué estaba ocurriendo, ni por qué nadie le contestaba, volvió a la habitación y le dijo a Natalie que se vistiera rápidamente.

—¿Pero qué pasa?, ¿qué es ese ruido? ¿Dónde están Erick y Alexandra? —le interrogaba asustada mientras se vestía.

—Date prisa y no preguntes —le decía Thomas sin dejar de mirar por la puerta.

Al acabar de vestirse, salieron de la habitación muy despacio y sin hacer el más mínimo ruido. Recorrieron el pasillo hasta llegar al comedor y allí volvieron a escuchar el ruido.

—Estoy muy asustada Thomas —le susurró Natalie al oído.

Thomas se giró y puso el dedo índice en sus labios para indicarle que no dijera nada más.

Ya en el comedor, Thomas se dirigió hacia la ventana para intentar ver si en el exterior había alguien, pero le fue imposible, ya que estaba completamente cubierta de nieve y no se podía ver a través de ella.

—¿Ves algo? —le preguntó Natalie escondida bajo la mesa.

—No se ve nada, la nieve ha tapado la ventana.

En ese mismo instante, escucharon un ruido que provenía de la puerta.

Al oírlo, Thomas corrió hasta donde se encontraba Natalie y la abrazó con fuerza.

—¿Dónde están Erick y Alexandra? ¿Qué nos va a pasar ahora? —decía Natalie acurrucada en los brazos de Thomas.

De repente, el pomo comenzó a girar, pero la puerta no se abría, entonces y para su horror, alguien o algo comenzó a embestir la puerta con la intención de echarla abajo.

Los golpes eran cada vez más fuertes, hasta que al final la puerta no aguantó más y se abrió.

—¡No! —gritaron Thomas y Natalie al unísono.

—¿Pero qué os pasa? ¿Qué hacéis ahí? —les preguntaron sorprendidos Erick y Alexandra desde el quicio de la puerta al verlos bajo la mesa y gritando.

Tras el sobresalto, se levantaron y les explicaron que habían escuchado unos extraños ruidos y que al salir de la habitación, para averiguar qué los provocaba, ellos no estaban. Erick y Alexandra, al escuchar aquella historia de terror que se habían inventado, se comenzaron a reír y les dijeron que habían estado quitando la nieve acumulada sobre el techo de la caseta con unos ganchos y que esos mismos ganchos, cuando golpeaban la chapa del techo, producían un ruido que retumbaba en el interior. Continuaron explicándoles que desde hacía un tiempo la puerta se atascaba, y que la única manera que habían encontrado para abrirla era golpeándola con fuerza.

Después de haberlo aclarado todo, se sentaron a la mesa y comenzaron a desayunar. Erick les comentó que ya que el día se había levantado despejado y que tenían que hacer un vuelo de reconocimiento con el helicóptero, podrían acompañarles y así, si veían algún lugar en especial que les gustara, podrían dejarlos allí. Natalie, al escuchar aquel ofrecimiento, lo aceptó con agrado, pues pensó que desde el aire podrían ver mejor la zona y hacerse una idea de por dónde podrían empezar a buscar la Atlántida, ahorrándoles la ardua tarea de buscarla a pie.

Ya en el interior del helicóptero y con todo el equipaje preparado, Erick accionó uno de los numerosos botones que tenía el cuadro de mando y las hélices comenzaron a moverse, provocando que la

capa de nieve que había a su alrededor comenzara a levantarse.

Mientras surcaban el cielo y como si de unos guías turísticos se trataran, Erick y Alexandra les explicaban curiosidades de las zonas que sobrevolaban. Thomas y Natalie, que les escuchaban atentamente, quedaron fascinados con aquel paisaje helado y, como si hubieran vuelto a su infancia, dejaban volar la imaginación al observar montículos de hielo, intentándoles dar un parecido con algún animal u otra cosa.

De repente, Natalie tocó el brazo de Thomas y le dijo al oído:

—Mira la mochila disimuladamente.

Thomas, para no levantar sospechas, bajó la mirada muy lentamente y vio que de ella salía una luz.

La escondió entre sus piernas tan pronto como pudo para que Erick y Alexandra no se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, y tras asegurarse de que no le miraban, comenzó a abrirla y vio sorprendido que aquella luz procedía del medallón.

—Es el medallón —le susurró Thomas a Natalie al oído.

—Pero... ¿por qué ahora?

—No lo sé, es muy raro, quizás lo haga porque estemos cerca de la Atlántida.

Mientras se lo decía, el medallón comenzó a perder intensidad hasta apagarse completamente.

—¿Qué ha pasado? Ha dejado de relucir —dijo Thomas.

—Espera, vamos a comprobar una cosa —le dijo Natalie—. Puedes volver a pasar por donde lo acabamos de hacer, es que me ha gustado mucho ese sitio —le dijo a Erick, que pilotaba el helicóptero.

—Claro —le respondió haciéndolo girar.

En ese mismo instante, el medallón comenzó a relucir nuevamente.

—Es aquí, tiene que serlo —dijo Natalie entusiasmada.

—¿Dónde estamos ahora? —le preguntó Thomas a Alexandra.

—Estamos sobrevolando un llano en el que se han formado unas enormes grietas a consecuencia del cambio climático. Es una pena que este lugar tenga los días contados.

—¿Nos podrías dejar aquí? —preguntó Thomas.

—¿Aquí? —le respondió extrañada Alexandra.

—Sí, este lugar nos servirá para hacer un estudio sobre el cambio climático y la repercusión que está teniendo sobre la Atlántida —respondió Natalie.

—Que está teniendo, ¿sobre qué? Es que no te he escuchado muy bien —le preguntó Alexandra.

—Sobre la Antártida —dijo Thomas mientras miraba a Natalie, que resoplaba aliviada al ver que Alexandra no la había escuchado.

—Muy bien, como queráis —dijo Alexandra.

El helicóptero comenzó a descender hasta posarse sobre el suelo helado. Thomas y Natalie se bajaron de él y se despidieron de Erick y Alexandra, no sin antes pedirles si podrían recogerlos cuando hubieran pasado los tres días, a lo que los jóvenes aceptaron.

Se apartaron unos metros y el helicóptero comenzó a ascender y a alejarse de ellos hasta perderse en el horizonte.

De nuevo solos y ante lo desconocido, Thomas y Natalie volvían a estar frente a una nueva incógnita que les hacía preguntarse:

—¿Y ahora qué hacemos?

# EN EL INTERIOR DE LA GRIETA

**T**homas y Natalie subieron a una pequeña roca situada al filo de la ladera que daba al llano y observaron aquel extraño pero a la vez fascinante paisaje.

Delante de ellos se extendía una gran superficie de unos cuantos kilómetros cuadrados, completamente llana, repleta de inmensas grietas y a unos quince o dieciséis metros de desnivel.

—¿Estará aquí? —preguntó Natalie.

—Puede ser, me he dado cuenta de que cuanto más nos acercamos a este lugar, más se ilumina el medallón —le dijo Thomas mientras se lo mostraba.

—Si está aquí, ¿por dónde entraremos? Este lugar cubre una superficie enorme.

—Lo sé, lo sé, la única opción que veo y que tenemos es introducirnos por una de las grietas.

—¿Estás loco? Esas grietas deben tener decenas de metros de profundidad y además, ¿quién te dice que vayan a parar a algún lado? Quizás no tengan salida o, mucho peor, si hubiera algún desprendimiento cuando estuviéramos en su interior, sería nuestro fin.

—¿Ves tú alguna opción mejor? —le dijo Thomas alargando su mano y mostrándole el lugar.

No muy convencida de la temeridad que quería hacer Thomas, recogió su mochila y comenzó a bajar por la ladera, ayudada por él, hasta llegar al gran llano.

—Ten cuidado Natalie, este suelo no parece muy estable —le decía mientras lo comprobaba hincando su piolet en el suelo.

—Encima dame ánimos —le dijo agarrándose a la mochila.

Tras decir esto, comenzaron a sacar las cuerdas, clavos, arneses, en fin, todo lo que les haría falta para el peligroso descenso por la grieta.

Cuando acabaron de sacarlo todo, comenzaron a ponerse el equipo, el arnés, los crampones en las botas, los cascos con luz, etc., y tras esto, Thomas cogió la estaca para hielo y la clavó junto a una enorme grieta de unos ocho metros de ancho por quince de largo. Pasó la cuerda por ella, encendió la luz de su casco, cogió la mochila y se acercó hasta el filo de la grieta.

—¿Estás seguro, Thomas, de lo que vamos hacer? —le dijo mirando al interior de la grieta.

—Claro, después de todo lo que hemos pasado para poder llegar hasta aquí, deberías estar acostumbrada al riesgo —le dijo, y se puso a reír.

Cuando Thomas miró la oscuridad de la grieta y comenzó a descender ante la atenta mirada de Natalie, que como una hoja al viento, no dejaba de temblar.

Thomas, que ya llevaba unos metros, comenzó a notar que una suave brisa de aire ascendía desde lo más profundo, y en ese mismo instante se detuvo y dijo:

—Vamos Natalie, debemos ir los dos juntos.

Al escucharle, tragó saliva, encendió su luz del casco, cogió la cuerda y comenzó a descender.

Cuando llegó a la altura de Thomas, que aún la estaba esperando, Natalie dijo:

—Parece como si viniera aire desde abajo.

—Eso parece, al menos ya sabemos que esta grieta acaba en algún lugar —comenzó a reírse y continuó el descenso.

Llevaban unos cuantos metros más cuando pudieron comprobar que la grieta comenzaba a estrecharse y que la brisa que habían notado estaba ganando intensidad, provocando que se tambalearan de un lado a otro.

En su descenso, Natalie, que estaba muy asustada y era inexperta en temas de escalada, intentaba encontrarle sentido a lo que estaban haciendo, pues no había ningún indicio de que bajo aquella grieta o en aquel lugar fuera donde estaba la Atlántida, pero Thomas, al contrario que ella, cada vez estaba más emocionado, pues veía que el medallón, colgado en su cuello, continuaba reluciendo. Presentía que ahí abajo, al final de aquella grieta, había algo, alguna cosa que les estaba esperando y que debían descubrir.

Pese a los inconvenientes que les estaban surgiendo, la oscuridad, la grieta que cada vez se hacía más estrecha y el fuerte aire, continuaron descendiendo.

Sin previo aviso, Natalie se detuvo, clavó el piolet y los crampones en el hielo y miró hacia arriba para ver la salida, pero lo único que pudo ver fue la oscuridad y las paredes de la grieta iluminadas por la tenue luz de su casco. Después miró hacia abajo y vio que la luz del casco de Thomas se perdía poco a poco en la oscuridad. En ese mismo instante el pánico se adueñó de ella, su cuerpo comenzó a temblar y se quedó paralizada por el miedo, sin poder continuar. En un esfuerzo intentó ascender por la cuerda para salir de allí, pero ni sus manos ni sus pies le respondían, estaba completamente paralizada. Miró hacia abajo buscando a Thomas, pero ya no se le veía. Entonces, al borde de la desesperación, gritó:

—¡Thomas!

Thomas, que estaba unos metros más abajo, escuchó aquel grito desgarrador y se detuvo.

Natalie, aún paralizada, oyó un extraño ruido que recorrió el interior de la grieta y comenzó a notar que pequeños fragmentos de hielo le golpeaban en el casco y en el cuerpo. Desconcertada porque no sabía de dónde venían aquellos fragmentos, miró hacia arriba.

—¿Qué has hecho, insensata? ¿Es que no sabes que puedes provocar el derrumbamiento de la grieta? —le dijo Thomas mientras la agarraba por la pierna.

—Perdóname, pero es que no me puedo mover, estoy muy asustada y el cuerpo no me responde.

—No temas, no nos va a pasar nada. Hemos salido de situaciones peores que ésta.

Mientras Thomas intentaba tranquilizarla, notaba que los fragmentos de hielo caían cada vez con más rapidez y en más cantidad, y se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo en aquella grieta.

En el exterior, a consecuencia del grito de Natalie, la boca de la grieta comenzaba a desmoronarse, provocando que los fragmentos que se desprendían cayeran. Pero eso no era lo peor: las nuevas grietas se acercaban peligrosamente al punto donde había clavado la estaca Thomas.

Mientras, él seguía intentando que Natalie entrara en razón, cuando de repente la cuerda perdió tensión e hizo que cayera al vacío. Arrastró a Natalie con él y se detuvieron unos metros más abajo, quedando colgados en el aire y lejos de las paredes heladas.

Thomas, viendo lo sucedido, agarró con fuerza a Natalie y le dijo:

—Natalie, no es por asustarte, pero esto no pinta muy bien.

—¿Qué me quieres decir con eso?

Sin previo aviso, cayeron unos metros más, y al volver a detenerse Thomas dijo:

—Esto quiero decir.

—¿Pero qué está pasando? —le preguntó abrazada a él.

—Creo que tu grito ha hecho que la boca de la grieta comenzara a desquebrajarse, y por lo tanto se ha

movido el punto donde había puesto la estaca.

—¿Es nuestro fin? —le dijo esperando que le diera ánimos.

—No lo sé, pero debemos pensar algo rápido antes de que la estaca se suelte y caigamos al vacío.

Thomas sacó una bengala de la mochila que llevaba colgada Natalie, la encendió y la dejó caer para ver la profundidad que tenía la grieta. Rápidamente comenzó a ganar velocidad. Parecía que aquella nunca aquella grieta no acabase nunca, pero de repente, y para la alegría de Thomas, vio cómo se detenía y se deslizaba hasta perderse en la oscuridad. Sin perder tiempo, encendió otra y la volvió a lanzar, para intentar calcular la distancia que había entre ellos y el final. Después de haber visto de nuevo que se deslizaba, comprendió que aquella era la única salida que tenían si querían salvar sus vidas, pero ahora lo más complicado era convencer a Natalie para intentar llegar hasta el fondo.

Mientras tanto, en el exterior, el hielo no dejaba de agrietarse. Grandes placas comenzaron a desprenderse y se precipitaban hacia el interior de la grieta. Pero eso no era lo peor, pues la estaca cayó con una de ellas.

De inmediato, Thomas y Natalie volvieron a caer, pero esta vez nada los detendría.

Al ver el final que les esperaba, Thomas cogió a Natalie y la puso frente a él. Le dijo que lo rodeara con sus piernas y brazos y que se agarrara con fuerza a su cuerpo. Entonces cogió el piolet de Natalie y el suyo y, gracias a que mientras caían se habían acercado a una de las paredes, los clavó con fuerza para intentar detener la caída, pero debido a la gran velocidad que llevaban no consiguió su objetivo. Viendo el rotundo fracaso de su idea inicial, clavó sus crampones en la pared y esta vez, con más éxito, consiguió que la velocidad comenzara a disminuir, hasta tal punto que se detuvieron.

Thomas, al ver que había conseguido lo que parecía imposible, respiró aliviado e intentó tranquilizar a Natalie, que no paraba de gritar. Entonces, un gran bloque de hielo pasó por delante de ellos, precipitándose al vacío y, tras el bloque, vio horrorizado que la cuerda que hasta entonces los había sostenido se precipitaba también, dándole a entender que si no conseguía desprenderse de ella, serían arrastrados hacia el fondo. Le dijo a Natalie que intentara soltar la cuerda de los arneses, pero ella, que continuaba gritando, no reaccionaba a sus palabras. En ese mismo momento, y viendo su estado de nerviosismo, comprendió que no podía ayudarlo y que sólo él podría hacerlo. Entonces, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se soltó de un piolet y sacó la cuerda de los arneses de los dos.

Clavado en la pared, Thomas pensaba en cómo podrían salir de allí, mientras observaba con temor que los bloques de hielo continuaban cayendo y pasando a escasos centímetros de ellos, cuando algo llamó su atención.

Al tiempo de pasar junto a ellos, parecía como si aquellos bloques se golpearan con algo, y seguidamente se hacía el silencio hasta el próximo bloque que pasaba. Esto le dio la idea a Thomas de que lo que había visto antes con la bengala debía estar cerca, ya que habían recorrido muchos metros durante la caída.

Sin pensárselo dos veces, sacó una bengala de la mochila de Natalie y la clavó en la pared. Después sacó otra bengala, la encendió y la lanzó al vacío. Besó el casco de Natalie y, respirando con fuerza, soltó los crampones, de manera que volvieron a caer.

Sin quitarle ojo a la bengala, Thomas intentó frenar otra vez la caída, pues si llegaban al final a aquella velocidad morirían aplastados. De repente, vio como la bengala, que estaba a varios metros de distancia, golpeaba contra el suelo y se deslizaba perdiéndose en la oscuridad.

—¡Estamos salvados, Natalie! —exclamó al verlo.

Thomas continuaba intentando frenar la caída, pero esta vez no lo conseguía. Caían a gran velocidad y el final de la grieta estaba cerca. Entonces, un gran bloque de hielo pasó a su lado y a Thomas se le ocurrió una idea.

Soltó los piolets y los crampones y, cogiendo impulso con la pared, se precipitó sobre el bloque de hielo. Cayeron sobre él y le clavó los piolets con toda la fuerza que le quedaba.

Sobre aquella improvisada plataforma, Thomas no dejaba de rezar para que el bloque les amortiguara el golpe cuando llegaran al final. Pero de repente, sin esperárselo, aquel bloque se detuvo. Sin entender qué había pasado, Thomas levantó la cabeza y pudo ver gracias a la luz de su casco que se había quedado bloqueado. Tras dejar a Natalie, que se había desmayado por la tensión sobre el bloque, comenzó a golpearlo por donde se había quedado encallado.

Mientras tanto, en el exterior, otra gran placa de hielo se precipitó.

Thomas continuaba golpeando con su piolet el extremo del bloque, cuando algo le cayó en el casco. Entonces, miró hacia arriba y vio cómo alguna cosa se llevaba por delante la bengala que había dejado clavada en el hielo. Al verlo, continuó golpeando aún con más fuerza, pues si aquello caía sobre ellos, los aplastaría.

Comenzó a sudar, notaba que su respiración cada vez era más profunda y que su pulso se le aceleraba por momentos, no podía entender cómo podían tener tan mala suerte. Furioso, comenzó a gritar y a golpear el bloque, y gracias a su esfuerzo consiguió que volviera a caer.

Rápidamente se estiró sobre el bloque y se abrazó a Natalie, viendo con horror que el bloque que se les aproximaba estaba a unos escasos metros de ellos. Y de repente, volvieron a detenerse. Thomas pensó que ése era el fin de los dos. Cerró los ojos, apretó a Natalie contra su pecho y esperó la muerte.

En ese mismo momento escuchó un fuerte ruido y unos pequeños golpes sobre su cuerpo y su casco. Temeroso, abrió lentamente un ojo y vio con asombro que el bloque que iba a acabar con sus vidas se había detenido a escasos centímetros de ellos. Aliviado, suspiró, y en ese mismo instante el bloque en el que estaban comenzó a moverse, pero esta vez no caía, sino que se deslizaba.

Milagrosamente se habían vuelto a salvar de una muerte que parecía segura.

Tras unos segundos de desconcierto, Thomas se incorporó y cogió la última bengala que tenía Natalie en su mochila para averiguar dónde se encontraban. Tras encenderla y clavarla en la parte trasera de la improvisada plataforma, que ahora les servía de trineo, vio que se deslizaban a gran velocidad por una especie de túnel, un túnel que hacía una circunferencia casi perfecta de unos seis metros de diámetro.

—Despierta Natalie, ya estamos a salvo. El peligro ha pasado —le decía zarandeándola suavemente.

Pero Natalie no reaccionaba, parecía que aquella aventura había sido demasiado para ella.

Thomas, agotado, se sentó junto a ella y comenzó a pensar en todo lo que les había ocurrido hasta ese mismo instante, cuando de repente, la bengala se fue apagando hasta dejarlos nuevamente a oscuras.

—Dios mío, ¿qué más nos puede ocurrir? —susurró.

En ese mismo instante, en el interior de aquel túnel, comenzó a escucharse un leve ruido, y a medida que se deslizaban por aquella especie de rampa se hacía más fuerte.

Preocupado por no saber de dónde provenía ni qué lo producía, se volvió a levantar y con la única fuente de luz que tenía, que era la de su casco, intentó averiguarlo, pero le fue imposible.

El ruido cada vez era más intenso y se escuchaba con más claridad, hasta tal punto que Thomas, sin verlo, averiguó de qué se trataba.

—Gracias por contestar a mi pregunta tan rápidamente, pero podría haber sido otra cosa —volvió a susurrar.

Después de averiguar de qué se trataba, y sin perder tiempo, se estiró sobre Natalie, clavó fuertemente los piolets y los crampones en el hielo y cerró los ojos.

De repente y sin previo aviso, el túnel acabó y cayeron sobre un río subterráneo. Escasos segundos después, se precipitaron por un salto de agua de varios metros de altura.

Tras quedar sumergidos en la gélida agua durante unos instantes, la placa de hielo salió a flote y se detuvo en una de las orillas.

Empapado y estirado aún sobre Natalie, Thomas abrió los ojos y al ver que ya no corrían peligro, pues se habían detenido, se levantó y comenzó a quitarle la ropa húmeda. Tras hacerlo, se la quitó él también, pues si permanecían mucho tiempo con ella podrían morir congelados. De repente, Thomas se percató de un detalle, un detalle que le hizo preguntarse a sí mismo:

—¿Cómo es posible que pueda ver?

Extrañado, giró lentamente su cabeza y, al ver la procedencia de aquella misteriosa luz, se maravilló ante lo que sus ojos estaban contemplando.

# CAMINANDO POR EL PASADO

Thomas no salía de su asombro, no se lo podía creer.

—¡Sí! ¡Por fin! —gritó.

Entusiasmado, comenzó a zarandear a Natalie.

—¡Vamos, despierta! ¡Tienes que ver esto! —le gritaba una y otra vez sin dejar de moverla.

Sus párpados, que habían permanecido cerrados en todo momento, comenzaron a moverse, y después de varios parpadeos continuos y lentos, quedaron al descubierto aquellos maravillosos ojos.

—¿Qué me ha pasado? ¿Estamos muertos? —preguntó desorientada.

—*Ja, ja, ja* —se rió Thomas—. No tonta, estamos bien vivos.

—Entonces, ¿volvemos a estar en la superficie?

—No, seguimos bajo el hielo —le decía Thomas mientras le acariciaba la cara suavemente.

—Pero... ¿y esa luz tan fuerte?, ¿de dónde procede? Es que no veo bien, lo veo todo borroso.

—Levántate y lo comprobarás por ti misma.

Aturdida, se incorporó sobre la placa y comenzó a frotarse los ojos para intentar ver con claridad dónde se encontraban. Poco a poco, los bultos y sombras comenzaron a tomar forma. Al recuperar la visión completamente, se extrañó al darse cuenta de que no llevaba ni la chaqueta ni el pantalón impermeable. Se puso en pie con dificultad y observó que estaba sobre una placa de hielo, flotando sobre el agua.

—¿Dónde ha ido Thomas? —se preguntaba al no verlo a su lado.

Giró la cabeza y lo vio sobre un pequeño montículo de nieve. Estaba inmóvil, mirando hacia donde parecía estar la fuente de luz. Tras llamarlo varias veces y no obtener respuesta, se dirigió hacia donde estaba y se quedó paralizada.

Lo que sus ojos les estaban mostrando les hizo quedarse completamente inmóviles, mudos. Sus respiraciones, que estaban aceleradas por todo lo sucedido, ahora eran lentas y pausadas. De repente, e interrumpiendo aquel momento, Natalie suspiró y dijo:

—¿Esto es un sueño o es realidad?

—Esto es, ni más ni menos, lo que hemos estado buscando. ¡Lo hemos conseguido! —le dijo Thomas mientras la abrazaba.

Por fin y tras numerosas aventuras, habían encontrado lo que con tanto afán habían buscado. Delante de ellos estaba la Atlántida, que después de miles de años perdida y ocultada en el más profundo y oscuro de los secretismos había sido encontrada.

—Fíjate Thomas, es tal y como la describió Platón en sus diálogos —dijo Natalie señalándosela con la mano desde aquella pequeña montaña que les dejaba ver una magnífica panorámica del lugar.

Parecía mentira, pero aún habiendo pasado miles de años aquella ciudad dejaba entrever el respeto, la fascinación y, cómo no, la envidia que tuvo que infundir a otras civilizaciones en el momento de su pleno esplendor.

Debido al frío extremo al que estaba sometida o la manera en que fue diseñada y construida, todos los edificios y los barcos que se hallaban sobre las congeladas aguas y que esperaban amarrados a su capitán

estaban perfectamente conservados. Era como si la ciudad entera esperara pacientemente y en silencio a que sus habitantes volvieran.

La ciudad de la Atlántida era tal y como la habían descrito y dibujado algunas de las civilizaciones antiguas. Su diseño y arquitectura era fascinante e increíble; no se podía entender cómo aquellas personas que la habían levantado hacía muchísimo tiempo pudieron estar tan avanzadas en aquellos campos, incluso en el arte de la guerra, puesto que estaba construida e ideada de tal forma que parecía una isla dentro de un continente, lo que la convertía en un lugar inexpugnable.

La ciudad estaba compuesta por un centro redondo, dos anillos de tierra y tres de agua. Primero, y separándola de tierra firme, había un anillo de agua; después, y conectándose con tierra firme con cuatro puentes, se hallaba un anillo de tierra. Tras él había otro anillo de agua atravesado por otros cuatro puentes que conectaban con otro anillo de tierra, que de la misma forma que el anterior, y para finalizar, era separado del centro por otro anillo de agua atravesado por otros cuatro puentes.

Los anillos de agua, que estaban congelados, eran enormes y estaban conectados entre sí por un carril central que salía de la ciudad y que parecía llegar hasta el mar. Aquella infraestructura de canales les era perfecta para tener conectada la ciudad entre sí mediante barcos y barcas y, cómo no, para darles la posibilidad a los habitantes de llegar hasta mar abierto.

Los anillos de tierra estaban repletos de edificaciones de diversos tamaños y estilos, y en sus orillas se podían distinguir los embarcaderos repletos de barcos y pequeñas barcas. En el centro, y para finalizar, había lo que parecía ser un templo de culto o la residencia de quien gobernó toda la ciudad.

Aquella magnífica y esplendorosa ciudad quedaba resguardada del exterior por una gigantesca cúpula de hielo, y en el centro de ella había la fuente de luz, un enorme cristal como los que habían visto en las salas.

Thomas, que no salía de su asombro, recuperó el habla:

—A qué esperamos. Bajemos de una vez, ¡Natalie!, ¡Natalie! —la llamaba una y otra vez mientras la buscaba por todos lados.

—¡Estoy aquí! —le gritó Natalie desde una rampa de hielo que había unos metros más adelante—. ¿A qué esperas para bajar? —le decía mientras le hacía gestos con sus manos para que se diera prisa.

Al llegar al llano donde estaba asentada la ciudad, se dirigieron a uno de los cuatro puentes que atravesaban el primer anillo de agua. Como los otros tres que cruzaban el primer anillo, aquel puente estaba construido en su totalidad con inmensos bloques de piedra lisos, al igual que los dos pilares circulares que lo sostenían por su mitad y que se introducían en la congelada agua.

—Mira Natalie, parece que pone algo aquí —dijo Thomas al ver un gran bloque de piedra esculpida que había justo en la entrada del puente.

—¿Qué pone? —le preguntó acercándose.

Thomas, que se había arrodillado para verlo mejor, dejó en el suelo su mochila, la abrió y sacó la hoja donde tenía las traducciones de aquella lengua extinta.

—Es como el típico cartel que se pone en las entradas de las ciudades para dar la bienvenida a los turistas —comentó.

—¿Pero qué pone? —le volvió a preguntar Natalie.

—«Bienvenidos a la ciudad de la Atlántida, ciudad de sabios y dioses».

Al acabar de leer aquella frase, volvió a guardar la hoja en el interior de la mochila y se la colgó en la espalda. Apoyó su mano izquierda en el bloque de piedra, se levantó, se giró hacia Natalie y mientras

le hacía un gesto cortés le dijo:

—¿A qué esperamos? Nos están invitando a entrar.

Con pasos lentos para no perderse ni un solo detalle, comenzaron a atravesar el puente. De repente, un seguido de sensaciones, ilusión, entusiasmo, miedo e intriga comenzaron a recorrerles el cuerpo, puesto que caminaban hacia lo desconocido, hacia un lugar en el que miles de años antes vivió una civilización que desapareció de la noche a la mañana, sin dejar rastro alguno y sumida en el más profundo misterio.

Thomas, que iba por detrás de Natalie, pasaba su mano por la fría piedra mientras pensaba en el gran hallazgo que iba a representar para la humanidad, un hallazgo que seguramente supondría un antes y un después. Aquel lugar, sumado a lo que ya sabían sobre las dos momias y el legado que posiblemente les habían dejado a las civilizaciones olmeca y egipcia, daría un vuelco a todas las ideas y teorías sobre la procedencia de aquellas dos civilizaciones y las que surgieron tras la olmeca y las dudas acerca de por qué estaban tan avanzadas y poseían aquellos conocimientos.

Absorto en aquellos pensamientos, se detuvo un instante y recordó a Pancho y a Peter, que desgraciadamente habían muerto sin saber que aquello por lo que lo hicieron existía. También se preguntó por qué aquellos hombres, los Itnicos, que durante toda la búsqueda los habían estado saboteando e intentando matar, pretendían ocultar aquella ciudad a la humanidad.

En ese mismo instante, Thomas colocó su mano derecha en su pecho y tocó el medallón, que hasta ahora había sido la única prueba, el único indicio de que aquel lugar podía existir.

Lentamente comenzó a estirar del cordón y, al tenerlo al descubierto por completo, vio extrañado que la luz que desprendía había desaparecido, había dejado de brillar.

—¿Pasa alguna cosa? —le gritó Natalie al ver que no iba.

—No, no pasa nada. Espérame donde estás, que ya voy —le respondió dirigiéndose hacia ella mientras volvía a guardar el medallón.

Cuando acabaron de atravesar el puente y pusieron los pies en el primer anillo de tierra, quedaron boquiabiertos, pues al ver más de cerca aquellos edificios se dieron cuenta de que eran muy parecidos a los que habían visto en ciudades como las de los mayas y los egipcios. Todo aquel lugar, su distribución, sus edificios y la manera en la que estaban contruidos, era una réplica de aquellas ciudades, que aún estando separadas unas de las otras por miles de kilómetros eran tan parecidas y compartían tantas cosas.

Thomas y Natalie, mientras caminaban por la única calle que tenía el anillo, miraban admirados aquellas construcciones.

Estaban hechas con inmensos bloques de piedra del mismo tamaño, que encajaban entre sí de tal manera que entre bloque y bloque no se podía introducir ni un alfiler. Las fachadas, completamente lisas, estaban adornadas con multitud de colores. Todos los edificios tenían unas pequeñas ventanas con forma rectangular y en el centro de la fachada, de forma cuadrada, se encontraba la entrada.

—Entremos en uno de ellos —dijo Natalie desde una de las entradas.

En el interior, el silencio era sepulcral, ni siquiera escuchaban el crujir del hielo o el goteo constante del agua, que en el exterior oían continuamente. El aire, además de estar a una temperatura gélida, estaba viciado por el paso del tiempo.

Estaban en una habitación iluminada por una rudimentaria lámpara de madera con forma de jaula que colgaba del techo y que tenía en su interior un pequeño cristal. Aquella sala era muy grande, de unos siete

metros de largo por unos ocho metros de ancho y una altura de más de cuatro metros. Tenía las paredes y el techo recubiertos con un material de color blanquecino y muy agradable al tacto.

En la pared frontal, y ocupándola casi en su totalidad, había un seguido de pequeños hornos de piedra y unos montones de leña.

—Mira Thomas, dentro de uno aún hay lo que parece ser pan. Está muy deteriorado, pero gracias a la temperatura extrema se ha conservado bastante bien, esto es fabuloso —le dijo mientras se asomaba al interior de uno de ellos.

—Pues si eso te parece fabuloso, ya verás cuando veas esto —le decía Thomas desde la entrada a otra habitación.

Lo que Thomas estaba viendo eran unas ánforas y recipientes de barro amontonados.

—¿Y esto? —preguntó Natalie.

—Pues esto debe ser...

Thomas, mientras le decía aquellas palabras, introdujo su mano en una de las ánforas y, al sacarla, Natalie dijo:

—Parece trigo.

—No lo parece, lo es —afirmó Thomas, y prosiguió—: Y si en la otra habitación había unos hornos y en esta hemos hallado trigo, me falta...

—¡Mira esto! —exclamó Natalie sin dejarle acabar la frase.

Unos pocos pasos más adelante, en otra habitación, había unos enormes platos de barro en el suelo con unos pequeños bancos de madera delante de cada uno. Tras acercarse para verlos más detenidamente, vieron sobre esos platos algunos granos de trigo enteros y otros molidos.

—Esto parece una antigua panadería —dijo Natalie.

—Sí que es verdad, aquí debían hacer el pan para abastecer a la población —le dijo mientras continuaba mirando el lugar—. Anda, corre, entremos en otro y veamos lo que nos depara —le dijo agarrándola de la mano.

Tras salir de aquella vieja panadería se adentraron en otro edificio, iluminado de la misma forma que el anterior. Vieron multitud de herramientas sobre una gran mesa de piedra y, al observarlas atentamente y ver en el suelo un montón de sillas, mesas y diferentes cosas hechas de madera, tanto acabadas como sin acabar, llegaron a la conclusión de que se trataba de una carpintería.

Después de haber visitado varios edificios más y ver en algunos de ellos distintos oficios y en otros frutas, telas, etc., se confirmó lo que estaban pensando. Aquel anillo de tierra estaba destinado a la venta y a todo tipo de oficios que seguramente servían para abastecer a la ciudad, a sus ocupantes y para hacer negocio con los extranjeros.

Durante veinte minutos más, caminaron por aquella calle observándolo todo atentamente hasta llegar a otro puente idéntico al primero que cruzaron. Ansiosos por saber lo que les depararía el otro lado, lo atravesaron rápidamente.

Con sus pies en tierra firme nuevamente, observaron que, como en el anterior anillo de tierra, sólo había una calle. También vieron que las construcciones estaban edificadas exactamente igual que en el anterior, con inmensos bloques de piedra encajados entre sí a la perfección. En este anillo, dichas construcciones eran mucho más señoriales, más grandes, con más detalles en sus fachadas y con unas puertas de madera adornadas con diferentes colores que impedían el paso a los extraños.

Tras abrir una de las puertas sin esfuerzo alguno, ya que no tenían ningún tipo de cerradura ni de nada

que se le pareciese, se adentraron en el interior de una de esas construcciones.

—No veo nada, este lugar no tiene iluminación alguna —dijo Thomas totalmente a oscuras.

—Enciende alguna linterna —le dijo Natalie.

—No tengo, los cascos que llevábamos con luz los dejé sobre la placa de hielo cuando tuve que quitarme y quitarte la ropa húmeda que llevábamos. Y desgraciadamente, la luz que llevaba en la mochila me la olvidé en el barco —le dijo Thomas mientras jugueteaba con sus pies avergonzado por su descuido.

—Qué despistado eres a veces. ¿Y ahora qué hacemos? Así no veremos nada.

—Tú no te muevas, intentaré encontrar alguna cosa.

Thomas comenzó a caminar a ciegas por el interior.

—¡Aaaaahh! —gritó de repente.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó angustiada al escucharle.

—Nada, estoy bien, me he golpeado en la espinilla con algo.

—Me has asustado, no vuelvas a hacerlo nunca más —le reprendió Natalie mientras se apoyaba aliviada en la pared—. ¿Qué es esto? —susurró.

De repente, el interior se iluminó por completo, dejando al descubierto aquello con lo que Thomas, que estaba sentado en el suelo tocándose la pierna, había colisionado.

—¿Qué haces en el suelo? —preguntó Natalie mientras se reía.

—Nada, nada, se me había caído una cosa —le dijo mientras intentaba disimular buscando algo—. Pero... ¿qué ha pasado? ¿Cómo es posible que haya luz ahora? —preguntó mientras se levantaba.

—Parece mentira, pero he encontrado el interruptor de la luz.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Sí, mira.

Natalie le enseñó una fina cuerda que sostenía en su mano y que estaba atada a un trozo de madera clavado en la pared. Aquella cuerda, que ascendía hasta el techo, accionaba una pequeña trampilla que había en él y que al abrirse dejaba al descubierto uno de esos cristales lumínicos.

—No me lo puedo creer, esto sí que es asombroso —dijo Thomas observando aquel invento.

—Mira Thomas, estamos en una casa —le decía mientras le señalaba con su dedo el interior.

Al girarse, vio lo que Natalie le estaba diciendo y señalando.

Estaban en una habitación con unas dimensiones y acabados parecidos a los que habían visto en los edificios del anterior anillo. Thomas tenía al lado una mesa cuadrada de madera. Encima de ella, y como si los que habitaron allí hubieran salido corriendo, había tres platos con restos de comida, vasos y cubiertos de metal. Las sillas eran también de madera y estaban colocadas una delante de cada plato, menos una, que era con la que se había golpeado.

Atravesaron un pequeño arco que había en una de las paredes y que estaba adornado con vivos colores y encontraron, tras iluminar el interior de la misma forma que lo había hecho Natalie en la otra habitación, otra estancia más pequeña que la anterior. En ella vieron lo que parecían ser unos fuegos para cocinar y al lado, en unas estanterías de piedra, estaban los vasos, los platos y los cubiertos, y bajo esa estantería, una pequeña puerta. Natalie se acercó, se agachó y la abrió con mucha cautela, pues no sabía qué podía haber tras ella.

—Ten cuidado —le aconsejó Thomas.

—Tranquilo, no te preocupes —le dijo Natalie tranquilizándolo.

Cuando estuvo abierta, introdujo su cabeza con sumo cuidado para ver qué había.

—¿Ves algo? —preguntó Thomas.

—Es una despensa, está llena de comida —le respondió con la cabeza aún metida en el interior.

Durante unos minutos más estuvieron mirando todo lo que contenía aquella estancia, luego volvieron a atravesar el arco y se dirigieron hacia una escalera de piedra que habían visto al entrar junto a la puerta.

—Cuidado Natalie, puede que no sea muy estable —le dijo muy atento mientras la ayudaba a subir.

—Deja de preocuparte, no me va a pasar nada.

Cuando llegaron al piso superior, vieron una habitación con grandes ventanas que daban al exterior y tres camas de piedra situadas una al lado de la otra. Sobre cada una de ellas había un saco de tela que, por su grosor, parecía estar relleno con algún tipo de material. Thomas, intrigado por lo que debieron usar para hacer el relleno, se acercó a uno de ellos, le hizo una pequeña incisión con una navaja que había sacado de su mochila, y comprobó que habían utilizado plumas de ave.

Tras salir de aquella casa y visitar algunas más, llegaron a un edificio muy diferente a los que ya habían visto y visitado, no sólo por su tamaño, ya que era enorme, sino también por su aspecto majestuoso e imponente.

Lentamente, pasaron bajo el gran arco de piedra que hacía de entrada y se introdujeron en una especie de pasadizo. Caminaron por él durante unos pocos segundos completamente a oscuras y, al llegar al final, Thomas dijo:

—Asombroso.

Frente a ellos estaba, posiblemente, el primer teatro de la historia.

Aquella edificación no tenía techo, dejando así que la luz entrara sin problema alguno. Cientos de asientos, agrupados en varias gradas y conectados entre sí por escaleras de piedra, miraban hacia una plataforma circular de piedra que estaba en el centro, elevada del suelo unos cuatro metros y rodeada de arena. Tras acceder a la plataforma por unas escaleras de piedra y ver en su totalidad aquella majestuosa y fantástica construcción, Thomas y Natalie se quedaron sin palabras, pues se sentían insignificantes y pequeños ante aquella civilización que había logrado levantar de la nada tan fantástica e increíble ciudad.

—Esto es fascinante Natalie, no me puedo creer que consiguieran hacer todas estas cosas.

—Es verdad, no me puedo imaginar de qué modo pudieron construir todo esto ni las técnicas que usaron.

—Además, estaban organizados perfectamente. Tenían dos zonas separadas, la primera servía para la fabricación, abastecimiento y venta, y la otra, que es donde estamos ahora, era de ocio y descanso —le decía sin poder dejar de mirar aquel lugar.

—¿Y qué me dices de los canales de agua para conectar la ciudad entre sí? Aquellos canales son como las carreteras de hoy día.

Thomas, abrumado ante tan fantástico hallazgo, se sentó en el suelo y dijo:

—Me parece un lugar increíble, maravilloso. Debemos averiguar más cosas para poderlo dar a conocer.

Natalie, que estaba de espaldas a él y mirando la magnitud de aquel lugar, le respondió:

—Date cuenta que necesitaríamos muchísimo tiempo para poder recorrerlo todo y desgraciadamente

no lo tenemos.

—Eso ahora no me preocupa —le respondió Thomas.

—¿Y qué es lo que te preocupa? —le dijo dándose la vuelta y mirándolo.

—Más que una preocupación es una duda que me está dando vueltas todo el rato. Hay algo que no entiendo de este lugar —le respondió mientras se tocaba la barbilla.

Natalie se sentó a su lado y mirándolo fijamente le preguntó:

—Anda, dímelo. ¿Qué es eso que no entiendes?

—Desde que hemos llegado no he visto ni un solo esqueleto, ni una sola escritura.

—En la entrada hemos visto una —puntualizó Natalie interrumpiéndole.

—Ésa es la única. Después de ésa, nada de nada. No hay ni un solo indicio que nos arroje algo de luz sobre cómo llegaron hasta aquí y cuándo, dónde están, cómo vivieron y murieron o por qué desaparecieron.

Thomas, en ese mismo instante, se levantó y dijo:

—Natalie, creo que la solución sólo la podemos encontrar en el edificio del centro de la ciudad. Tiene que estar allí, porque si no, nunca sabremos qué les ocurrió realmente.

Tras decir esto, se encaminaron en busca de uno de los cuatro puentes que atravesaban el último anillo de agua.

# INCÓGNITAS RESUELTAS

Caminaron durante ocho largos minutos hasta encontrar el puente. Al llegar a él, Thomas, con la cara descompuesta, se detuvo en la entrada.

—Eso es... —dijo angustiada.

Lo que Thomas estaba viendo era un seguido de estatuas situadas en la entrada y a lo largo de todo el puente.

—Son ellos, los Itnicos —dijo acercándose a una de ellas.

—¿Seguro? —preguntó Natalie.

—Sí, sí, estoy seguro. Su vestimenta es inconfundible, y además la espada que tienen en la mano señalando hacia el cielo la tuve bien cerca de mi cara, y nunca la podría olvidar. Todo cobra sentido ahora, el dibujo de aquella pared y aquello que me dijeron en una ocasión de que eran los guardianes del secreto —comentó mientras tocaba una de las estatuas.

—Bueno, sólo son estatuas, no creo que nos vayan a hacer nada —le dijo mientras le tocaba la espalda.

—Ya, éstos seguro que no —le dijo girándose hacia ella y con una sonrisa dibujada en su cara.

Tras la pequeña pausa, reanudaron la marcha y comenzaron a atravesar el último anillo de agua.

—Dios mío —susurró Natalie.

Frente a ellos se erguía una de las construcciones más hermosas que habían visto en su vida. Debía medir unos doscientos metros de altura y tenía forma piramidal. La cara frontal, completamente plana y con un color blanquecino, tenía en cada lado una escalera de piedra que subía unos pocos metros hasta llegar a una entrada cuadrada. En el centro de aquella cara había una enorme plataforma con dos entradas a cada lado. A la plataforma se accedía gracias a una escalera que llegaba hasta ella por su mitad y que continuaba hasta llegar a la parte superior, que era plana y albergaba una especie de construcción cuadrada con el techo en forma de punta de pirámide que, debido a la altura de la construcción, no podían distinguir bien de qué estaba hecha.

Las otras tres caras, del mismo color que la frontal, tenían un ángulo de unos cincuenta o cincuenta y cinco grados, y en la mitad de cada cara, sobre un gran pedestal que surgía de la piedra, se alzaba una gigantesca estatua de aquellos hombres que custodiaban el secreto.

—Esto es increíble, parece como si hubieran fusionado una pirámide egipcia y otra maya —dijo Thomas.

—Sí que lo parece —afirmó Natalie—. Cuanto más indagamos en este lugar, más sorpresas vamos teniendo —continuó.

A medida que se acercaban por el puente a aquella construcción, Thomas notaba una sensación muy extraña, que surgía de su pecho y se apoderaba de su cuerpo.

—Espera Thomas, no te muevas —le dijo Natalie mientras lo cogía de los brazos y se ponía frente a él.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado al ver la reacción que había tenido.

—Mira, tu pecho.

Thomas agachó la cabeza y vio que su pecho relucía.

—Ha vuelto a suceder —dijo sacándose el medallón. Nuevamente estaba brillando, pero esta vez era una luz diferente, mucho más cálida. De repente, Thomas agarró a Natalie de la cintura y la giró, le señaló la parte superior de la pirámide y le dijo:

—Mira la punta de aquella construcción, está brillando también, es como si el medallón y la pirámide estuvieran conectados.

—¿Pero cómo? ¿Cómo es posible que lograran hacer todas estas cosas?

—No lo sé, pero seguramente allí arriba están todas las respuestas a nuestras preguntas.

Debido al afán de conseguir dichas respuestas, se olvidaron completamente de las dos escaleras con sus respectivas entradas y comenzaron a subir por la empinada escalera central.

A medida que recorrían los cientos de escalones que debía haber hasta llegar a la parte superior, el medallón y la punta de la pirámide ganaban intensidad.

—Estoy cansada, llevamos un buen rato subiendo escalones. ¿Por qué no descansamos un poco? —le propuso a Thomas mientras se sentaba.

—No, debemos llegar lo antes posible, quiero esclarecer de una vez por todas el misterio —le dijo sin detenerse.

Tras la rotunda negación de Thomas, continuaron subiendo sin hacer ni una sola pausa, ni tan sólo se detuvieron al pasar por la plataforma que había justo en la mitad de la pirámide.

Cuando consiguieron llegar arriba del todo, vieron que la punta con forma de pirámide que tenía aquella construcción, que misteriosamente se parecía muchísimo a un templo egipcio, era de cristal, de un color azul muy suave y cálido.

—Es sorprendente, tienen el mismo color y tonalidad que el medallón —dijo Thomas mostrándoselo a Natalie.

—Aquí todo es sorprendente —le respondió sin hacerle mucho caso, estirada en el suelo y resoplando por el cansancio.

—Anda, levanta, ahora no es momento de descansar. Además, mira qué bonita vista tenemos desde aquí arriba.

Natalie se incorporó despacio y observó aquella vista tan hermosa y fantástica, que jamás olvidaría.

—Qué bonito Thomas, es como haber viajado por un túnel del tiempo y habernos trasladado a tiempos inmemorables.

—Sí, sí, muy bonito. Pero mira esto.

Al girarse, vio a Thomas agachado e intentando sacar de su mochila alguna cosa.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Mira estas dos columnas, están llenas de grabados. Al fin sabremos algo sobre ellos —le respondió ilusionado.

—¿Qué pone?

—Aún no lo sé, estoy buscando la hoja... —le decía mientras removía el interior de su mochila—. ¡Ya está! —exclamó al encontrarla.

Thomas comenzó a leer lo que estaba grabado en aquellas columnas, mientras que Natalie intentaba encontrar algún modo de entrar en aquella especie de templo.

—Hablan de sabiduría, de poder y de las estrellas.

—¿Estrellas? —preguntó Natalie sin dejar de buscar la manera de entrar.

—Sí, estrellas, parece ser que esta gente tenía un conocimiento sobre ellas fuera de lo normal.

De repente y sin previo aviso, Natalie agarró a Thomas, levantándolo bruscamente y acercándolo hasta un bloque de piedra.

—¿Qué haces? Aún no he acabado —le dijo extrañado.

—Me parece que esto te interesará más —respondió señalándole con el dedo una pequeña forma en la piedra.

—¿Qué es? —le preguntó—. Pero si es... —dijo al acercarse para verlo mejor.

—Sí —afirmó—, es el símbolo del medallón, y por lo que parece tiene las mismas dimensiones. Acércalo para ver si coincide, quizás sea la llave para abrir alguna cosa. Recuerda que en la sala nos sirvió para ver el mapa que había oculto en el interior de aquel agujero —le recordó mientras lo empujaba suavemente hacia el bloque.

—Vale, vale, tampoco tienes que empujar.

Thomas agarró con fuerza el medallón por el extremo con su mano derecha. Después, muy lentamente, se lo sacó por la cabeza. Abrió su mano y, ayudándose con la otra, lo colocó de manera que encajara con la forma que tenía la piedra.

Tras unos segundos, Natalie dijo:

—No pasa nada.

—Me parece que esta vez nos hemos equivocado —le dijo mientras miraba a un lado y a otro con la esperanza de que ocurriera algo.

—Pues vaya, yo creía que...

Y antes de poder acabar la frase, el medallón y el cristal del techo de aquella construcción dejaron de brillar. Seguidamente, el bloque de piedra donde habían colocado el medallón comenzó a hacer un ruido muy extraño.

—¿Qué pasa? —preguntó Natalie.

—No lo sé, pero por el ruido que está haciendo, algo va a ocurrir —le respondió mientras la cogía del brazo y la apartaba unos metros.

Poco a poco, y bajo la atenta mirada de Thomas y Natalie, el bloque de piedra que les impedía ver el interior de aquella especie de santuario comenzó a abrirse, dejándoles entrever, por la pequeña abertura que estaba surgiendo, una luz que salía desde el interior.

—Dentro hay luz. Acerquémonos para verlo mejor —le dijo Natalie.

—Espera, no seas impaciente. Primero esperaremos a que se haya abierto del todo —le dijo agarrándola del brazo para que no se moviera.

Al detenerse el bloque por completo y dejar el paso libre, Thomas y Natalie se agarraron de las manos con firmeza, tragaron saliva, respiraron hondo y comenzaron a caminar hacia lo desconocido.

Ya en el interior, una luz que surgía de unos pequeños orificios que había en las paredes iluminaba toda la estancia. Dicha estancia no tenía ni un solo grabado, salvo en una de las paredes, donde estaba esculpido el símbolo del medallón. El techo era transparente, pues el cristal que habían visto desde el exterior hacía esa función. Justo en mitad del suelo, había un agujero del que surgía un enorme obelisco que llegaba hasta el cristal y se introducía unos centímetros en su interior.

—Mira Natalie, el símbolo del medallón está esculpido en aquella pared. Y mira ese obelisco, está

lleno de inscripciones —le dijo acercándose a él.

—Este símbolo debía significar mucho para esta gente, me muero de ganas de saber qué significa —le decía mientras pasaba su mano sobre la pared en la que estaba grabado, y prosiguió—: Quizás en el obelisco ponga algo de su significado.

—Eso espero —dijo sonriente—, pero espera..., parece que... No, no, no lo parece, es de metal —dijo Thomas al ver más de cerca el obelisco—. Y parece como si no tuviera fin, es como si fuera igual de alto que la pirámide —comentó impresionado mientras intentaba ver su base por el interior del agujero.

—Pero eso es imposible, esta pirámide es enorme.

—¿Imposible? Ya nada me parece imposible. Desde que estoy inmerso en esta aventura he visto demasiadas cosas para pensar ahora que esto no es posible, ¿no crees?

—Hombre..., mirándolo así... Tienes toda la razón. ¿Y qué me has dicho, que es de metal?

—Sí, es parecido o igual al del medallón —le dijo buscándolo en su pecho—. ¡El medallón! —se asustó al no encontrarlo.

—Tranquilo, tranquilo, lo tengo yo. Lo habías dejado puesto en el bloque y lo he cogido cuando entrábamos. A veces me asombras Thomas —le decía mientras se lo mostraba y movía su cabeza de un lado a otro.

—¡*Buff!* —resopló aliviado—, qué susto.

—Bueno, ¿y qué pone en el obelisco?

—Ahora mismo lo traduzco.

Thomas sacó la hoja de su mochila y comentó:

—Espero que de una vez por todas lo que hay aquí escrito nos aclare algo.

Tras detenerse un instante para coger aire, agarró con fuerza la hoja, miró a Natalie y dijo:

—Allá voy.

Con voz firme, comenzó a leer lo que ponía en el obelisco.

—Este es el legado que dejamos a las generaciones venideras, para que sepan y tengan presente de dónde proceden.

»Hace millones de años, nuestra civilización surgió en una galaxia muy lejana a ésta.

»En el planeta primogénito, donde nació nuestra cultura y nuestra forma de vida, nuestros antepasados, como personas pacíficas y civilizadas que eran, se dedicaban a cultivar la tierra, a la ganadería y al comercio. Durante millones de años vivieron en armonía con la naturaleza y con todo aquello que les rodeaba. Poco a poco, nuestra cultura fue evolucionando tanto intelectualmente como tecnológicamente, pero siempre respetando al planeta que les daba cobijo y les proporcionaba todas aquellas maravillosas cosas. Pero por desgracia nada dura eternamente, pues el planeta en el que habían vivido desde el principio de sus tiempos, poco a poco se estaba muriendo.

»Esa muerte lenta e irreversible estaba provocada por la estrella que nos bendecía con su luz, una estrella, que cada vez se acercaba más a ellos.

«Después de docenas de años buscando una manera o una solución para aquel problema, el consejo de sabios llegó a la conclusión de que se debía intentar buscar algún planeta para poder colonizarlo y, así, poder salvar y perpetuar la especie.

»Tras aquella decisión, los viajes a los planetas cercanos al nuestro comenzaron, pero lamentablemente ninguno de ellos tuvo éxito, pues a los planetas a los que acudían les era imposible

albergar algún tipo de vida.

»Al ver la situación angustiosa en la que se encontraban y ver el fin cada vez más cerca, los sabios volvieron a reunirse.

»Tras varios días de deliberación, y viendo la situación crítica en la que se encontraban, dictaminaron que debían dejar el planeta lo antes posible y surcar el universo para no morir con él y así, poder tener la posibilidad de sobrevivir.

»Unos años después, miles de naves colonizadoras, cada una de ellas con un número determinado de personas que garantizara la continuidad de la especie, salieron del planeta, separándose unas de las otras y esparciéndose por el inmenso universo. Comenzaron así la ardua tarea de encontrar ese planeta que les salvara.

»Y así, de esta forma, abandonamos nuestro planeta y nos vimos navegando por el espacio, en la más profunda soledad y con una sola misión: que alguna de las naves, aunque sólo fuera una, llegara a algún planeta y pudiera perpetuar la especie.

»Tras años y años de viaje, sin un rumbo que seguir, la desesperación comenzó a adueñarse de nosotros, pues nos parecía increíble que en un universo tan grande no hubiera ni un solo planeta en el que pudiéramos vivir.

»Continuaron pasando los años y la esperanza comenzó a abandonarnos. La comida iba escaseando, la gente comenzó a enfermar y a morir, las comunicaciones con las otras naves se perdieron, ya fuera por la lejanía o por la destrucción de las mismas... Parecía que estábamos destinados a morir, tanto nosotros, como nuestra raza.

»Pero un buen día llegamos a una galaxia. No era muy grande, pero en ella se escondía un preciado secreto, un planeta virgen e idóneo para poder vivir en él.

»Rápidamente comenzamos con los preparativos para el aterrizaje y, tras acabarlos, pusimos rumbo hacia él.

«Ilusionados ante una nueva vida y por haber conseguido que nuestro linaje no se perdiera en el olvido, llegamos a tierra firme.

»Ya en ella, tomamos la decisión de purificar aquel planeta y así, exterminaríamos todo el mal que pudiera haber en él y nosotros podríamos empezar de cero, creando un planeta como en el que vivíamos anteriormente.

»Y éste es nuestro legado y aquí quedará escrito durante toda la eternidad, para que nunca olvidéis el fin del principio de nuestra existencia.

Thomas, al acabar de leer aquel fascinante relato, se levantó del suelo y sin decir ni una sola palabra comenzó a rodear el obelisco con semblante pensativo.

—¡Esto es increíble! ¿Será verdad? —decía Natalie sorprendida.

—Increíble no es la palabra —respondió Thomas mientras continuaba rodeando el obelisco.

—Llámalo como quieras, pero según esto, estas personas están aquí desde el principio, cuando comenzó la vida en el planeta. Qué digo, son ellos los que crearon la vida tal y como la conocemos.

—Puede ser, pero esta historia es demasiado irreal. Hablamos de hace millones de años. ¿Cómo puede ser que pasaran desapercibidos durante todo ese tiempo? ¿Cómo puede ser que no se haya encontrado nada de esa época que los relacionara?

—No puedo responderte, pero... ¿es que no lo pone ahí? ¿No hay nada más?

—No, no pone nada más. Este obelisco narra su historia hasta llegar a la Tierra, no habla de nada de lo que ocurrió después.

—Debe de haber algo más, estamos ante una civilización extraterrestre. ¿Me has escuchado, Thomas? ¡Extraterrestre!

Al escucharla, Thomas se apoyó en la pared que tenía el símbolo y dijo:

—Extraterrestres, esto sí que no me lo esperaba. Pancho tenía razón —susurró mientras se reía, y prosiguió—: Pero si esto es cierto, si esto es verdad, descendemos de ellos, así que toda la humanidad pertenece a una civilización extraterrestre. Pero... ¿y la teoría de la evolución del mono? No sé, Natalie, hay que asegurarse que están hablando de esa época y que todo lo que hay aquí escrito es cierto.

—Dios mío, quedan tantas incógnitas aún.

—Es que por más que pienso no logro entenderlo. Si estaban tan avanzados, ¿cómo es que este lugar parece tan primitivo? ¿Cómo puede ser que durante todo este tiempo no continuaran evolucionando?

—Puede que no quisieran cometer errores pasados y así, utilizando el mínimo de tecnología, pudieron vivir perfectamente —Natalie intentó responder a sus preguntas.

—¿Y qué me dices de su misteriosa extinción? Es muy extraño todo, tiene que haber algo que nos arroje algo de luz sobre lo que sucedió tras llegar al planeta.

—Seguro que lo hay. ¿Pero dónde?

—No lo sé, quizás esté aquí, en la Atlántida, o quizás esté en otro lugar del mundo.

—Espera, ¡mira esto! —exclamó Natalie al ver una cosa que le llamó la atención en la pared.

—¿Qué?, ¿qué hay?

—Mira, en el centro hay una pequeña abertura. ¿Qué será?

Thomas, al mirar en su interior, exclamó:

—¡Es el símbolo! Trae el medallón y veremos qué pasa.

—Espera, espera...

Pero Thomas, eufórico y muy rápido en sus movimientos, le arrebató el medallón y lo introdujo en el interior de aquella abertura.

—Ya está —dijo muy contento.

En ese mismo instante, como si procediera de las entrañas de la pirámide, comenzó a escucharse un leve silbido.

—¿Y ahora qué va a ocurrir? —preguntó Natalie asustada.

—No lo sé, pero esto me da muy mala espina —le respondió Thomas.

Aquel leve silbido comenzó a ganar intensidad, convirtiéndose en un ruido molesto.

El agujero del que surgía el obelisco comenzó a iluminarse de un color rojo intenso y, como si de un río de sangre se tratase, la luz comenzó a recorrer el obelisco hasta llegar al cristal, que se iluminó de igual forma.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué va a pasar? —continuaba preguntando Natalie.

Thomas, que no dejaba de mirar aquella sucesión de acontecimientos, cogió a Natalie de la mano y, tirando de ella, la sacó del interior de aquella construcción.

Desde fuera, vieron que el cristal volvía a cambiar de color, pasando del rojo intenso a un verde claro, y que de su punta salía un haz de luz azul que subía hasta la cúpula de hielo.

—¿Qué es esa luz? Parece que está derritiendo la cúpula —dijo Natalie muy preocupada y

señalándole el punto exacto.

—No sé qué significa, pero creo que ésa va a ser nuestra salida. Ya era hora de que la suerte nos sonriera.

De repente, un fuerte temblor hizo que Tomas y Natalie cayeran al suelo.

—¿Qué está pasando, Thomas?

—No lo sé Natalie, no lo sé.

En ese mismo instante, una fuerte luz surgió desde la entrada de la construcción y, como si de un cañón se tratase, salió impulsada por el cristal, recorriendo el haz de luz y colisionando con la cúpula de hielo, que debido al impacto se derritió instantáneamente dejándoles ver el exterior.

—Mira Thomas, se ve el cielo, esa luz ha conseguido derretir todo el grosor de la capa de hielo.

Tras aquel impacto, el haz de luz consiguió salir de su prisión de hielo, elevándose cientos de metros para luego caer sobre la superficie y esparcirse como el viento en todas direcciones.

El caos y la destrucción comenzaron a reinar en el lugar. La ciudad estaba siendo destruida por enormes bloques de hielo que caían de la cúpula, ya que debido al enorme agujero que se había ocasionado había perdido toda su estabilidad. Y entonces, en ese momento en que parecía que sus vidas llegaban a su fin, Natalie abrazó a Thomas y le susurró:

—Abrazame Thomas, tengo mucho miedo, no me...

Y antes de poder acabar la frase, una fuerza misteriosa que surgió desde el interior de aquella construcción les hizo perder el sentido, provocando que se desplomaran sobre el suelo.

# LA NUEVA EXTINCIÓN

¿Qué ha pasado? —preguntó Thomas desorientado y con los ojos aún cerrados.

—Abre los ojos, Thomas McGrady —le contestó una voz. Al escuchar aquella voz, que no era de Natalie y que le era peculiarmente conocida, abrió lentamente los ojos y vio horrorizado que él y Natalie, que estaba a su lado y aún permanecía inconsciente, estaban rodeados por aquellos misteriosos hombres. Se encontraban en el interior de un coche que llevaba los cristales completamente tintados y que les impedía ver el exterior.

Asustado, intentó despertar a Natalie zarandeándola mientras gritaba que no se acercaran a ellos y que los dejaran libres. Entonces, uno de aquellos hombres, el que tenía frente a él, se despojó de su capucha.

Tenía el pelo de color rubio y recogido con una trenza. Su semblante era el de una persona joven, pero en él y en sus ojos, unos ojos de color azul claro que ya había visto en otra ocasión, se podía apreciar una profunda tristeza.

—Al fin lo has conseguido, Thomas. Has logrado encontrar la Atlántida —le dijo con voz pausada y llena de dolor.

—¿Pero cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo habéis conseguido encontrarnos? —preguntaba muy asustado y temiéndose lo peor.

—No nos ha sido muy difícil encontraros, simplemente hemos visto lo que ha ocurrido.

—¿Ocurrido? ¿De qué estás hablando? No entiendo nada.

Natalie, en ese mismo instante, recuperó la conciencia, y al abrir los ojos y ver a aquellos hombres comenzó a gritar histéricamente.

—Tranquila, Natalie Duthij, ya no os va a suceder nada —le dijo el hombre de los ojos azules.

—¿Qué está pasando, Thomas? ¿Nos van a matar? ¿Cómo nos han encontrado? ¿Pero qué...? —le preguntaba mientras se agarraba a él con fuerza.

—*Shhh*, tranquilízate, Natalie, que no pasa nada —le dijo para calmarla mientras le acariciaba el pelo.

De repente, aquel hombre, con un gesto de su mano, le indicó al conductor que detuviera el coche. Al detenerse, abrió la puerta, salió del coche y muy amablemente les invitó a salir con él.

—No te fíes Thomas —le dijo agarrándolo del brazo.

—Algo me dice que debemos confiar en él, si nos hubieran querido hacer algo, ya nos lo hubieran hecho. ¿No crees?

Tras decir esto, Thomas y Natalie salieron del coche y vieron un panorama que nunca olvidarían.

Se encontraban en la calle más popular y concurrida de la ciudad, cerca de la casa de Thomas, pero paradójicamente estaba desolada. Aquella calle que siempre estuvo llena de vida, ahora tenía edificios en llamas, vehículos parados en medio del asfalto, otros ardiendo, otros volcados, otros dentro de los escaparates de las tiendas..., y la gente, que antes recorría aquella calle como si de hormigas se tratase, incomprensiblemente permanecía estirada en el suelo, en silencio, dormida.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué la gente está así? —preguntó Thomas sorprendido ante tal visión.

—Entremos en el coche y os lo explicaré.

Aquel misterioso hombre, que antes había intentado acabar con ellos y que ahora les trataba tan cordialmente, comenzó a explicarles lo que pasaba:

—Lo que habéis visto está ocurriendo en todo el planeta. Todas las ciudades del mundo están igual que esta calle, desoladas, exentas de vida.

—¿Pero qué estás diciendo? Eso es imposible —dijo Thomas.

—No, no lo es. La gente que habéis visto en el suelo no está durmiendo, ni siquiera desvanecida, está muerta.

—¡Muerta! —exclamaron al unísono Thomas y Natalie.

—Sí, muerta.

—¿Cómo que muerta? ¿Pero qué ha pasado? ¿Una guerra? ¿Un virus? —le preguntó Natalie.

—No, nada de eso. Ha sucedido algo peor.

—¿Qué? —preguntó Thomas.

—Dejadme que os lo explique y así lo entenderéis todo.

Aquel hombre abrió su gabardina y sacó una gran espada, la apoyó sobre las piernas de Thomas y comenzó a hablar:

—Nosotros, como ya te expliqué en una ocasión, Thomas, somos los Itnicos, los guardianes de un secreto, un secreto que habéis logrado encontrar. El secreto era la Atlántida, y durante miles de años hemos conseguido que continuara oculta..., hasta ahora.

—¿Pero qué tiene que ver eso con lo que ha ocurrido? —preguntó Thomas cortándole.

—No me interrumpáis y dejad que me explique, ya veréis que lo entenderéis perfectamente cuando acabe —les dijo muy serio, y prosiguió—: Como os iba diciendo, la Atlántida no es solamente una ciudad, es mucho más. Aquella ciudad que habéis encontrado escondía un poder, una fuerza capaz de... purificar. Así es como lo llamamos nosotros, «purificar» todo el planeta, y eso es exactamente lo que ha sucedido.

Thomas, que aún tenía la espada sobre sus piernas, observó que en la hoja había unas inscripciones. Al traducirlas mentalmente, leyó:

—«Somos los guardianes de la sabiduría y la pureza, de nosotros depende la continuidad de la vida».

Al acabar de leerlo, Thomas miró a aquel hombre y le preguntó:

—Pero... ¿quieres decir que somos los culpables de lo que ha ocurrido, que somos los responsables del exterminio de la vida de la Tierra?

Natalie, que no se podía creer lo que estaba escuchando, comenzó a llorar desconsoladamente.

—Exactamente Thomas, habéis activado esa fuerza, y por desgracia, no tiene marcha atrás.

—No puede ser, esto tiene que ser una pesadilla. Además, si todo eso es cierto, ¿cómo es posible que nosotros aún sigamos vivos?

—Nosotros continuamos vivos porque nuestras espadas fueron forjadas con un material que nos protege de esa fuerza. Ese material, es el mismo del que está hecho el medallón, el obelisco que habéis encontrado en la pirámide y una sala que contiene la misma pirámide que protegió en su día a nuestros antepasados.

—¿Y Thomas y yo? —preguntó Natalie con la cara llena de lágrimas.

—Esa pregunta os la contestaré más tarde. Primero tengo que explicaros otras cosas para que

entendáis la respuesta.

—No lo comprendo. ¿Por qué vuestros antepasados fabricaron un arma con tal poder de destrucción? —preguntó Thomas.

—Ése fue uno de los mayores errores que cometieron.

Nuestros antepasados, cuando tomaron la decisión de irse de su planeta natal, construyeron un arma capaz de eliminar toda la vida que hubiera en el planeta al que llegaran, ya fuera por protección o para cambiarlo y conseguir que fuera como el planeta de donde procedían.

—Pero eso es una atrocidad, es horrible —comentó Natalie.

—Es cierto, por eso decidieron separar en dos y ocultar la única llave que podía activarla.

—¡El medallón! —exclamaron Thomas y Natalie a la vez.

—Sí, el medallón. Ésa es la llave que separaron y ocultaron los dos sabios, para que jamás fuera encontrada ni unida de nuevo.

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho? —se compadeció Thomas mientras se cubría la cara con las manos.

—Pero hay otra cosa que todavía no os he contado.

—¿Qué? ¿Qué más malas noticias quedan? —preguntó Natalie.

—El símbolo del medallón identifica a la hermandad a la que pertenecía el sabio o el grupo de sabios encargados de cuidar a toda la gente que había en el interior de las naves de colonización, así pues, cada nave tenía un símbolo y una llave diferentes.

—¿Cómo? —preguntó Thomas, que no entendía a dónde quería ir a parar.

—Con esto os quiero decir que sólo aquellos sabios que pertenecían a la hermandad a la que correspondía el símbolo podían activar el proceso de purificación y sobrevivir a él.

—¿Cómo? —volvió a preguntar Thomas.

—Sí, Thomas, es lo que estás pensando. Seguro que en ocasiones habrás notado sensaciones extrañas, sensaciones que no has sabido explicar o entender, o incluso hayas tenido sueños premonitorios.

—Sueños premonitorios —le dijo Natalie a Thomas.

—Sí, Thomas, un poder, una fuerza, o un sexto sentido, como lo quieras llamar. Por eso has sobrevivido, porque eres un descendiente directo de uno de aquellos sabios —le decía a la vez que le hacía una reverencia.

Al escucharle, Thomas no podía creerse aquella historia macabra. La extinción de toda la vida del planeta, el medallón con su significado y su increíble historia, la Atlántida y, cómo no, lo de que él era un descendiente directo de uno de aquellos dos sabios.

—¿Y yo? ¿Yo también lo soy? —preguntó Natalie.

—No, tú no —le negó rotundamente.

—Entonces, ¿cómo es que sigue viva? —preguntó Thomas.

—Los sabios tenían un problema genético que provocaba que tan sólo pudieran tener hijos varones —le explicó a Natalie.

—¿Entonces? —le insistió Thomas.

—Es fácil —le dijo mientras le acercaba la mano a la barriga—, está embarazada.

—¿Pero qué estás diciendo? —gritó Natalie.

—Lo que estás escuchando. Has sobrevivido porque Thomas es un sabio, y es el padre de la criatura que estás engendrando en tu vientre.

Thomas y Natalie, que no se podían creer aún todo lo que habían escuchado, se abrazaron

fuertemente.

—¿Y ahora qué va a pasar? ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Correremos la misma suerte que los atlantes? —preguntó Thomas muy preocupado y entristecido.

—Tranquilos —le calmó el hombre—, no tenéis que preocuparos de nada. Ahora nosotros somos vuestros siervos y guardianes. Y lo que va a suceder a partir de ahora y lo que sucedió con los atlantes os lo explicaré cuando lleguemos.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó Natalie.

—Primero debemos recoger a una persona que ya conocéis y que tiene una cosa que nos hace falta —les dijo aquel hombre mientras le indicaba al conductor que se diera prisa.

—¿A quién? —preguntó Thomas intrigado.

—No os lo puedo decir. Me ha pedido que no os diga nada. Lo que sí os diré es que tras recogerlo nos dirigiremos de nuevo hacia la Atlántida.

—¿La Atlántida? —preguntaron Thomas y Natalie.

—Sí, la Atlántida. Allí es donde están todas las respuestas a vuestras preguntas. Cuando estemos allí os mostraré qué ocurrió con los atlantes y os explicaré qué debemos hacer de ahora en adelante. Thomas, Natalie, no es momento de llorar ni de derrumbarse. Vuestra verdadera aventura comienza ahora.

Y así, de la misma forma que fueron extinguidos los dinosaurios hace millones de años, la raza de los humanos, junto a todos los seres vivos de la Tierra, desapareció.

CONTINUARÁ...